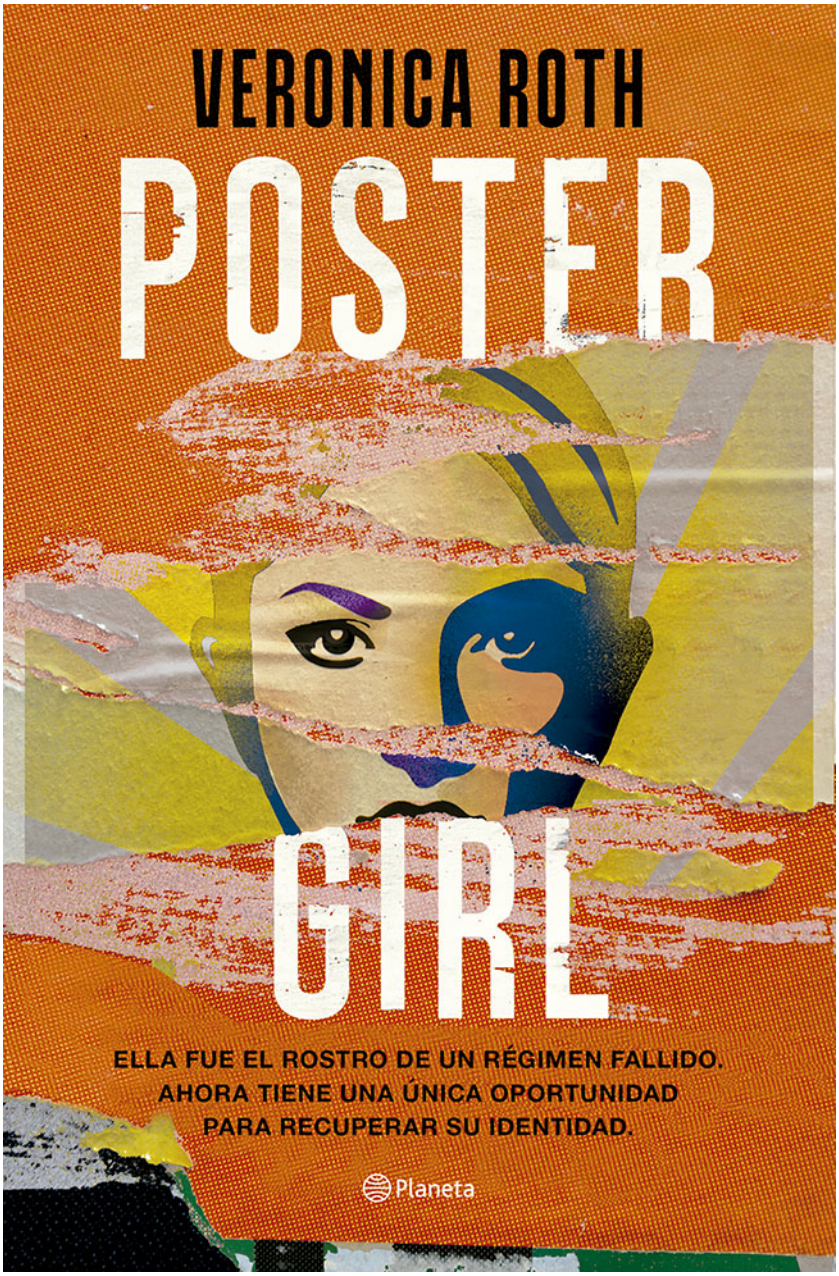
VERONICA ROTH
POSTER
GIRL
ELLA FUE EL ROSTRO DE UN RÉGIMEN FALLIDO.
AHORA TIENE UNA ÚNICA OPORTUNIDAD
PARA RECUPERAR SU IDENTIDAD.
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Todos conocen a Sonya Kantor. Su imagen fue usada en un cartel como propaganda por parte de la Delegación, un Gobierno que controló durante décadas a la población a través de la Clarividencia, un implante ocular que premiaba o castigaba cada acción. Sin embargo, se produjo un levantamiento y todos sus miembros y simpatizantes fueron llevados a la Abertura, una prisión en la que cumplen cadena perpetua. Ahora, tras diez años encerrada, un viejo conocido le ofrece a Sonya un trato a cambio de su libertad: deberá encontrar a una niña desaparecida. Sonya acepta el reto sin saber que su investigación la llevará a bucear en su propio pasado familiar y a desenterrar oscuros secretos. ¿Hasta dónde será capaz de llegar para conseguirlo?

Inquietante y absorbente, *Poster Girl* explora los límites de la naturaleza humana, los peligros de las nuevas tecnologías y los dilemas morales que estas plantean. Una nueva realidad que todos aceptamos, tal vez, con demasiada facilidad.

Poster Girl

Veronica Roth

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Planeta

A Tera y Trevor, anfitriones del oasis
pandémico
en que escribí este libro
y queridísimos amigos

1

Cuando piensa en lo que hubo antes, se acuerda de la sesión de fotos. La mujer que maquilló a Sonya olía a lirio de los valles y a laca. Cuando se inclinaba para empolvarle las mejillas con colorete, o taparle una imperfección con un punto de corrector beige en el dedo, Sonya clavaba la mirada en las pecas que tenía en la clavícula. Cuando terminó, la mujer se embadurnó las manos con aceite y se las pasó a Sonya por el pelo para que le brillara.

Acto seguido, le acercó un espejo para que se viera, y los ojos de Sonya se posaron primero en el rostro de la mujer, semioculto por el cristal. Luego, en la aureola pálida de su Clarividencia, un círculo de luz en torno a su iris derecho que relució al reconocer la propia Clarividencia de Sonya.

Ahora, una década más tarde, trata de recordar su reflejo en aquel preciso instante, pero no es capaz de ver más que el producto final: el póster. En él, su joven rostro tiene la mirada fija en un horizonte invisible. Uno de los eslóganes de la Delegación la abraza desde arriba:

LO JUSTO

Y, debajo:

ES JUSTO

Recuerda el flash de la cámara, la mano del fotógrafo cuando

le indicó hacia dónde mirar, la suave música de piano que sonaba de fondo. El presentimiento de estar en medio de algo importante.

Arranca un tomate cherry de la mata y lo echa en la cesta con los demás.

—Si las hojas se ponen amarillas es que las hemos regado demasiado —dice Nikhil, antes de escrutar con gesto ceñudo el libro que tiene en el regazo—. Espera..., o muy poco. Puf, ¿cuál será?

Sonya se arrodilla sobre la grava de la azotea del Edificio 4, rodeada por los cajones de cultivo que había construido Nikhil. Cuando moría alguien del edificio, él se llevaba los muebles más maltrechos y los desmontaba, quitando clavos y tornillos, y recuperaba toda la madera posible. De ahí que los cajones de cultivo parecieran estar hechos de retales, con maderas de distintos colores y texturas; un listón de caoba pulida por aquí, un trozo de roble sin barnizar por allá.

Más allá de la azotea se extiende la ciudad, pero ella no le presta atención. Bien podría ser el fondo de una obra de teatro escolar, pintado sobre una sábana.

—Ya te he dicho que ese libro no vale para nada —dice ella —. La única forma de aprender a cuidar las plantas es a base de prueba y error.

—Puede que tengas razón.

Aquella es la última cosecha del año. Pronto limpiarán los cajones de cultivo de plantas muertas y los cubrirán con lonas para proteger la tierra. Luego, trasladarán todas las herramientas al cobertizo para que no se mojen y llevarán las macetas de menta al piso de Sonya para poder masticar las hojas durante el invierno. En enero, tras meses alimentándose solo de comida enlatada, no verán el momento de probar algo verde.

Él cierra el libro y Sonya recoge la cesta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —propone ella—. O no quedará nada que valga la pena.

Es sábado, día de mercado.

—Llevo dos meses vigilando esa radio rota y nadie le ha hecho ni caso. Allí seguirá.

—No te confíes. ¿Te acuerdas de que me pasé tres semanas detrás de un jersey y en el último momento me lo quitó el señor Nadir?

—Pero al final lo conseguiste.

—Porque el señor Nadir se murió.

Nikhil le guiña el ojo.

—Todo final es un principio.

Caminan juntos hacia la parte superior de la escalera, al ritmo de Nikhil, porque ya no tiene las rodillas para muchos trotes y les queda un largo descenso hacia el patio. Sonya coge un tomate de la cesta y se lo acerca a la nariz.

De niña jamás trabajó en los huertos. Aprendió todo lo que sabe ahora a base de fracasos y aburrimiento. Pero aún asocia el aroma dulzón y polvoriento con el verano, y recuerda la calima sobre la acera, y la tensión de las cuerdas de la raqueta de bádminton, y los tonos rojizos y púrpuras de la sangría de su madre, un capricho infrecuente.

—No te comas nuestros productos —le recrimina Nikhil.

—No iba a comérmelo.

Llegan al pie de la escalera y cruzan el patio, un espacio verde y descuidado donde los árboles se precipitan sobre el edificio que los contiene y arañan las ventanas de aquellos lo bastante afortunados como para disfrutar de las vistas. Sonya los envidia. Pueden engañarse. Hay otros, como ella, cuyas ventanas dan a la ciudad que hay más allá de la Abertura, que deben enfrentarse cada día al hecho de saberse encerrados. Tres pisos por debajo de la ventana de Sonya hay una concertina de alambre de espino y, enfrente, un colmado decadente en el que ofrecen cinco minutos con un par de prismáticos por un precio simbólico. Hace diez años que cubrió las ventanas con una sábana y no la ha descorrido desde entonces.

Arrodillada a un borde del camino del jardín se encuentra la señora Pritchard, con el pelo canoso recogido en un moño. Está arrancando un diente de león de raíz con la ayuda de una pala

hecha con varias cucharas de cocina atadas entre sí. Tiene las manos descubiertas y la alianza le sigue reluciendo en el anular, aunque hace mucho que ejecutaron al señor Pritchard. Se apoya sobre los talones.

—Buenos días —saluda.

La Clarividencia del ojo derecho se le ilumina cuando establece contacto visual con Sonya, y de nuevo cuando mira a Nikhil; un recordatorio de que, aunque la Delegación haya caído, todavía puede haber alguien observándolos.

—¿Ya es día de mercado? —pregunta—. No sé en qué día vivo.

A pesar de estar de rodillas en la tierra, la señora Pritchard está impecable, con una camiseta sin arrugas metida por dentro de unos vaqueros. Le ha arreglado ropa a Sonya otras veces, después de que Lainey Newman muriera y se redistribuyeran sus posesiones en la Abertura.

—Buenos días —responde Nikhil.

—Buenos días —dice Sonya—. Sí, Nikhil quiere una radio rota, por alguna extraña razón.

—Una radio rota que Sonya arreglará —replica Nikhil.

—No tengo ni la menor idea sobre radios.

—Ya te las apañarás. Como siempre.

La señora Pritchard emite un quejido con los labios apretados, y dice:

—Esos tomates valen más que una radio. ¿Se puede saber qué esperas oír de...? —Hace un gesto hacia el muro exterior de la Abertura—. ¿De ahí fuera?

—Todavía no lo tengo claro —contesta él—. Supongo que lo descubriré cuando disponga de una radio.

Ella cambia de tema.

—¿Habéis hablado con los del Edificio 1 sobre las patrullas para la visita?

—Anna me ha asegurado que se encargan ellos.

—Porque no podemos permitirnos otro incidente como el de hace tres años.

—Por supuesto que no.

—No nos conviene que piensen que somos una panda de animales salvajes...

Tres años atrás, cuando los tres líderes del gobierno que había «ahí fuera» visitaron la Abertura, varios residentes ebrios del Edificio 2 les arrojaron botellas. Estuvieron semanas sin recibir ningún envío en la Abertura. Hubo gente que se quedó sin comida. A todo el mundo le conviene que haya paz cuando los visitan los forasteros, pero debido a la política de no intervención de los guardias, les corresponde a los prisioneros controlarse a sí mismos.

—Mary, no queremos entretenerte —dice Sonya con una sonrisa.

La señora Pritchard deja escapar una risita y recoge la pala improvisada. Sonya y Nikhil continúan andando y atraviesan el túnel de ladrillo que cruza el callejón. Los ladrillos están llenos de nombres que Sonya acaricia con los dedos al pasar. No disponen de tumbas para las personas que han perdido; aquellos nombres son el único recuerdo. El suelo del túnel está cubierto de la cera de las velas de los que han ido a llorar la muerte de un ser querido. Piensa a menudo que tal vez deberían rascar la cera del suelo y fundirla para fabricar velas nuevas, pero no lo hace. En la Abertura, todos están acostumbrados a anteponer lo práctico a lo sentimental, pero aquellos muros son intocables.

—Gracias, por cierto —dice Nikhil—. Lleva semanas dándome la murga con lo mismo.

—Siempre le ocurre algo. La semana pasada estaba enfadada por las bolsas que se acumulan al lado de los contenedores. Como si aquí pudiéramos controlar con qué frecuencia recogen la basura.

Antes de salir del túnel, Sonya levanta la mano hasta dar con el nombre que ella misma grabó subida a un taburete inestable y con la punta de un destornillador en la mano. «David.» Las puntas de los dedos se le llenan de gravilla.

Hay dos calles en la Abertura: la calle Verde y la calle Gris, nombradas a partir de los colores de la Delegación. Dividen la Abertura en cuadrantes, y en cada cuadrante hay un edificio de apartamentos idénticos. El suyo es el Edificio 4, y está lleno de viudas, viudos y Sonya.

El mercado se encuentra en el centro de la Abertura, donde confluyen las dos calles. Sonya recuerda cómo eran los mercados de antes, filas de paradas de madera con techos de lona para protegerse de las inclemencias del tiempo. Allí, la gente lleva lo poco que tiene para intercambiarlo, hay quien distribuye sus bienes sobre mantas y quien se pasea por el lugar haciéndoles ofertas a los demás. Casi todo son baratijas, pero las baratijas pueden llegar a ser útiles; un puñado de cucharas puede convertirse en una pala, y una mesa desvencijada, en un cajón de cultivo.

No ha olvidado la sensación de las cosas hermosas. El frío roce de la seda en sus brazos desnudos. El repiqueteo de los zapatos nuevos en el parqué. Los dobleces que hacía con las uñas en el papel de regalo de Navidad. Su madre siempre compraba el dorado y verde.

Por lo visto, el tiempo no lo embota todo.

Se pega a Nikhil cuando pasan junto a un grupo de hombres de su edad. Se sabe todos los nombres (Logan, Gabe, Seby y Dylan), y precisamente por eso finge que no los ha visto. Están esparcidos; uno apoyado en el Edificio 2, otro en mitad de la calle, otro sentado en la acera y el último con la mano posada sobre la farola.

—La chica del póster —canturrea Logan mientras gira alrededor de la farola, agarrándose a esta con las puntas de los dedos.

La llamaban así incluso antes de llegar a la Abertura, sobre todo porque reconocían su rostro pero no sabían cómo se llamaba. Hubo un momento en que le parecía un halago, cuando tenía dieciséis años y por fin dejaba de vivir a la sombra de su hermana mayor. Pero ahora ya no es un halago.

—En la Abertura no puedes hacer como si no nos conocieras, Sonya. Tampoco somos tantos peces en esta puta pecera —le espeta Gabe antes de acercarse a ella y pasarle un brazo por encima de los hombros—. ¿Por qué ya no vienes a vernos?

—Probablemente se crea superior a nosotros —dice Seby, hurgándose los dientes con una uña.

—¿Ah, sí? —Gabe sonríe. Huele a alcohol casero y a jabón de lavanda—. Mira que yo no lo recuerdo así.

Sonya le aparta el brazo de sus hombros y le da un ligero empujón.

—Vete a molestar a otra persona, Gabe.

Los cuatro se ríen de ella.

—Buenas tardes, muchachos —saluda entonces Nikhil—. Espero que no os estéis metiendo en problemas.

—Claro que no, señor Price. Solo nos estamos poniendo al día con una vieja amiga.

—Ya veo —contesta Nikhil—. Bueno, la cuestión es que estamos haciendo unos recados, así que vamos a tener que irnos.

—Sin problema, señor Price. —Gabe la señala con una mano y agita los dedos, pero no los sigue.

El Edificio 2, donde terminaron la mayoría de los jóvenes después de que los encerraran, es el lugar más caótico de la Abertura. Logan fue a la escuela con Sonya, unos cursos por encima de ella. El año anterior estuvo a punto de incendiar el Edificio 2 mientras preparaba una droga a partir de medicamentos para el resfriado. Y por el patio del edificio siempre flotan vapores de las bañeras de licores caseros. Hubo un tiempo en que podía identificar quién estaba preparando cada remesa por cómo le quemaba la nariz y se le agarraba a la garganta. La gente del Edificio 2 no tiene otro objetivo más que matar el tiempo.

La calle Gris confluye con la calle Verde en un tramo de pavimento resquebrajado, cubierto ahora de colchas viejas y montañas de todo tipo de cosas: altas torres de prendas de vestir manchadas o rasgadas, montones de latas con las etiquetas arrancadas, cordones con las puntas raídas, sillas plegables, almohadas rotas, tiestos mellados. En su mayoría, son objetos usados, donados por las gentes que viven fuera de la Abertura. La organización que los recoge, las Manos Misericordiosas, viene una vez al mes con nuevas ofrendas y sonrisas de disculpa.

A veces, la gente vende objetos nuevos que construyen a partir de los viejos; una pequeña escoba hecha con un puñado de cables, unas sábanas cosidas a partir de retales, bandejas con las

tapas duras de los libros. Esas son las cosas favoritas de Sonya. Parecen nuevas, y eso no es algo que abunde en la Abertura.

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho?

Nikhil levanta un viejo despertador con radio. Tiene una pantalla con dos altavoces a cada lado. Es negro y achaparrado, y las esquinas están desgastadas. De la parte trasera sobresalen varios cables. Georgia, una vecina del Edificio 1, está subida en una caja vieja detrás del cementerio de cachivaches electrónicos.

—No funciona —afirma.

No es el argumento de venta más efectivo.

Sonya le quita la radio a Nikhil de las manos y, con movimientos afectados, echa un vistazo por la parte trasera para verle las entrañas.

—No sé yo —le dice a Nikhil—. Tal vez no se pueda arreglar.

No la educaron para reparar radios viejas. Ni tampoco le enseñaron a cultivar tomates en la azotea de un edificio en ruinas, ni a quitarse de encima a hombres ociosos que ya estaban borrachos a media mañana. Ha aprendido muchas lecciones en la Abertura por las que no había mostrado ningún tipo de interés hasta el momento. Pero Nikhil parece esperanzado y quiere que ella tenga proyectos, de modo que esboza una sonrisa.

—Pero por probarlo no perdemos nada —añade.

—Así me gusta.

Él se encarga de negociar con Georgia. Tres tomates por una radio rota. No, responde Georgia. Siete.

A unos metros de allí, Charlotte Carter le hace un gesto a Sonya para que se acerque. Parece salida de un cuento, con su vestido a cuadros, la larga trenza y la piel salpicada de pecas y manchas de la edad. Los ojos se le arrugan por las comisuras cuando le dirige una sonrisa a Sonya.

—Sonya, cariño. ¿Me harías un favor?

—Puede ser. ¿Qué necesitas?

—Mi hermano, Graham..., el del Edificio 1, ¿lo conoces?

Es una pregunta ridícula. En la Abertura se conoce todo el mundo.

—De vista.

—Ay, qué bien. Bueno, pues el último quemador de la cocina dejó de funcionarle justo ayer, y no ha podido prepararse nada de comer desde entonces. —Aprieta mucho los labios—. Ha estado usando el que tengo en mi apartamento.

—Ya veré si tengo alguno de sobra —contesta Sonya.

—¿Esta noche? —Charlotte parece inquieta. Se le tensan los tendones de la garganta—. No quiero meterte prisa; lo que pasa es que suele venir a cocinar... y se queda.

Sonya reprime una risotada.

—Esta noche tengo una fiesta. Pero puedo ir por la mañana.

—Ay, sí —dice Charlotte—. La fiesta de despedida, me había olvidado.

Sonya ignora el gesto triste que distingue en las comisuras de la boca de Charlotte.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí, perfecto.

Nikhil y Georgia siguen discutiendo. Sonya se reúne con ellos justo en el momento en que Georgia acusa a Nikhil de haberle dado tomates en mal estado la última vez que le compró algo, y entonces se aclara la garganta.

—Cinco tomates —dice Sonya—. Es una oferta generosa, y no pienso repetirla.

Georgia suspira y accede. Sonya le entrega los tomates.

Hay veces en que Nikhil se pasa el día en el mercado, charlando con todo el mundo. Pero ella no. Ella vuelve al Edificio 4 con el radiodespertador bajo el brazo, sola.

Se saca el tomatito que ha robado y le da un mordisco; el sabor del verano le inunda la lengua.

Sonya tiene un vestido bonito. Apareció en una de las montañas de donaciones de las Manos Misericordiosas dos años atrás, una explosión amarillo pálido. Vio a las demás suspirando por la prenda, y sabía que lo más generoso, lo que le habría proporcionado unos cuantos desideratos bajo el gobierno de la Delegación, habría sido que se lo dejara a alguien más joven. Pero

no fue capaz de deshacerse de él. Se lo plegó sobre un brazo y se lo llevó a casa, donde se pasó semanas colgado delante del tapiz, como un sol pintado.

Ahora lo guarda debajo de la cama, en una caja de cartón junto con el resto de su ropa. Lo saca y lo sacude, llenando el ambiente de polvo. La cintura está arrugada por donde lo dobló, pero no tiene fácil solución. La señora Pritchard es la única con plancha en todo el edificio.

Mientras se lo pone, piensa en su madre. Julia Kantor se pasaba los días de fiesta en fiesta. Para acicalarse, se sentaba en el taburete acolchado de su tocador y se recogía el pelo en un moño; se mojaba las puntas de los dedos con perfume y se frotaba la parte trasera de las orejas; rebuscaba en el joyero hasta dar con el par de pendientes perfectos, las perlas, los diamantes o los aritos de oro. Tenía las manos tan elegantes que todo parecía una elaborada pantomima.

Sonya se toca la nuca desnuda; ahora se corta el pelo con maquinilla, pero le cuesta perder el hábito. Retuerce la mano en la espalda para subirse la cremallera. El vestido no le acaba de quedar bien; le va demasiado holgado en la cintura y le aprieta demasiado los hombros. Le flota hasta las rodillas.

La fiesta se celebra en el patio del Edificio 3. Tendrá que pasar por delante del Edificio 2 para llegar allí, de modo que se guarda una navaja en el bolsillo.

Con todo, esta vez en la calle Gris no hay ni un alma. Oye risas y gritos desde uno de los apartamentos, el estruendo de la música, un cristal que se rompe. El roce de sus propias pisadas. Camina por el centro de la Abertura, donde ya han desmontado el mercado. Salta por encima de una grieta y gira hacia el túnel que conduce al patio del Edificio 3.

Si el Edificio 4 es un lugar para los recuerdos y el Edificio 2 para el caos, el Edificio 3 es el lugar del autoengaño. No el autoengaño de que el mundo exterior no exista, sino de que la vida en la Abertura puede ser igual de satisfactoria. En el Edificio 3 se organizan bodas, fiestas y noches de póquer; imparten clases; practican calistenia en grupos pequeños, corriendo arriba y abajo

por las calles Verde y Gris, y subiendo y bajando por la escalera del edificio.

A Sonya se le da fatal fingir.

El patio no está tan cuidado como el del Edificio 4, pero apenas hay unos pocos hierbajos y alguien ha podado los árboles para que no arañen las ventanas interiores. Han colgado una guirnalda de luces de un extremo al otro; solo unas pocas se han fundido en los casquillos. Hay una pequeña mesa dispuesta a la derecha, donde unas velas desgastadas titilan dentro de tarros de cristal.

—¡Sonya! —Una joven deja una cesta de pan delante de las velas, se limpia las manos y echa a andar hacia Sonya con los brazos abiertos. Se llama Nicole.

Sonya la abraza y la lata que le ha traído se le clava en las costillas.

—¡Anda! —exclama Nicole—. ¿Qué has traído?

—Tu favorita —contesta Sonya, y levanta la lata. La etiqueta está desgastada, pero la imagen sigue intacta: rodajas de melocotón.

—Hala. —Nicole sostiene la lata con ambas manos, y a Sonya le recuerda a cuando cogía mariposas de niña, a cómo echaba un vistazo por el espacio que tenía entre las manos para verles las alas —. ¡No puedo aceptarla! ¿Cada cuánto las traen, una vez al año?

—La he estado guardando justo para esta ocasión —dice Sonya—. Desde que aprobaron la ley.

Nicole esboza una sonrisa torcida, entre la alegría y la tristeza. La Ley de los Niños de la Delegación se aprobó hace meses, y permite que los residentes de la Abertura que entraron siendo niños vuelvan a la sociedad. Nicole es una de las más mayores que están autorizadas a marcharse; tenía dieciséis años cuando la encerraron.

Sonya tenía diecisiete. Ella no se irá a ninguna parte.

—Voy a buscar un abrelatas —dice Nicole.

En ese momento, Sonya saca la navaja y traza un círculo en la tapa de la lata, antes de hacer palanca para levantarla hacia un lado. Están llegando más invitados, pero por un instante no existe

nada más que Sonya y Nicole, hombro con hombro, con los dedos pringados de almíbar. Sonya sorbe un pedazo de melocotón y está dulce, fibroso y ácido. Se chupa el almíbar de los dedos. Nicole cierra los ojos.

—Allí fuera no sabrán igual, ¿verdad? —pregunta—. Podré comerlos cuando me plazca y ya no me parecerán tan buenos.

—Puede ser —contesta Sonya—. Pero también podrás conseguir otras cosas. Y mejores.

—A eso voy. —Nicole pesca otro trozo de melocotón entre los dedos—. Da igual lo que pueda conseguir; nada volverá a saberme tan bien como ahora.

Sonya echa un vistazo por encima del hombro de Nicole a los que acaban de llegar: Winnie, la madre de Nicole, una mujer de ojos saltones que vive en el Edificio 1; Sylvia y Karen, las amigas de Winnie, todas con rizos a juego hechos con latas de refresco, y un puñado de personas del Edificio 3, incluidas las que eran demasiado mayores para acogerse a la ley. Renee y Douglas, que se casaron hace dos años en ese mismo patio, y Kevin y Marie, recién prometidos. Marie lleva puesto el viejo anillo de graduación de Kevin, relleno de cera para que le quepa en el anular.

—Menudo vestido, señorita Kantor —le dice Douglas. La última vez que lo vio, comenzaba a clarearle la coronilla, pero se ha rapado la cabeza y se ha dejado crecer la barba hasta tener una mata espesa—. ¿Se lo has robado a una viuda?

—No.

—Te estoy tomando el pelo.

—Ya, me he dado cuenta.

—Uf. —Douglas hace una mueca mirando a Renee—. Un público exigente.

—Ah, ¿no lo sabías? Ahora la chica del póster es una puta aguafiestas —repone Marie. Se dirige a la mesa y hunde los dedos en la lata de melocotones. Ella también lleva un vestido compuesto por una camiseta y una falda cosidas en la cintura. En la muñeca se le ve un tatuaje desgastado de un sol—. La diversión va a morir al Edificio 4. A veces literalmente.

—Marie —le susurra Kevin—. No...

—Pues sí, me sabe mal estar perdiéndome los buenos ratos del Edificio 3 —replica Sonya—. Aquel club de calistenia mañanero que montaste tiene pinta de ser la bomba.

Marie frunce los labios, pero Renee suelta una risotada. Nicole alza la vista y señala hacia el cielo justo en el instante en que un avión sobrevuela la Abertura. Todo el mundo se detiene a observarlo. Es un acontecimiento lo bastante inusual como para llamar la atención incluso de aquellos que no se plantean abandonar la Abertura. Es la prueba de la existencia de otros sectores, de otros mundos más allá del suyo. Los viajes entre sectores eran algo prácticamente inexistente bajo el gobierno de la Delegación, y no parecen ser mucho más habituales con el Triunvirato.

—¿Te toca patrulla mañana? —le pregunta Winnie a Douglas con una mirada tierna, preocupada—. Me ha parecido ver tu nombre en la lista de voluntarios.

—No quería perderme algo tan emocionante —responde Douglas.

—Pues esperemos que no sea demasiado emocionante —replica Winnie—. No me gusta que los chicos tengáis que cargar con toda la responsabilidad.

—Es la política de no intervención. —Douglas se encoge de hombros—. Los guardias están aquí para que no nos escapemos, no para que nos portemos bien.

—Casi parece que quieran que nos comamos vivos.

—Mejor eso que la alternativa —dice Sonya, levantando demasiado la voz. Todo el mundo se vuelve hacia ella, y ella se endereza—. No sé si quiero que sean ellos los que decidan qué significa «portarse bien», ¿no os parece?

Hay personas en la Abertura que aún confían en que el viejo régimen, la Delegación, sea el árbitro de la bondad. Y hay personas a las que ni siquiera les preocupa dicha «bondad». Pero, sea como fuere, el acuerdo tácito es no fiarse en ningún caso del gobierno exterior, del Triunvirato. No es posible que quien los tiene allí encerrados, quien participó en la ejecución de tantos de sus seres queridos, sea capaz de ningún acto de bondad. Incluso cuando no

mostraba interés alguno por seguir las normas de la Delegación, Sonya detestaba al Triunvirato, aquellas supuestas personas rectas que habían matado a su familia, a sus amigos, a Aaron.

—Bueno. —Winnie resopla—. Supongo que sí.

El viento sopla por el patio. El cielo se oscurece y las lucecitas titilan sobre sus cabezas. Sonya saca otro trozo de melocotón, le pregunta a Sylvia por la rodilla mala y le cuenta a Douglas cómo arreglar el ventilador que se le ha roto. Nicole deambula de persona en persona y les habla de la nueva identidad que le ha asignado el gobierno, y de todo lo que planea hacer durante la primera semana que pase fuera. No vivirá cerca; cogerá el tren a Portland y empezará de cero con un nombre nuevo. Se comprará una botella de leche y se sentará a la orilla del río a bebérsela entera. Saldrá a bailar. Paseará durante toda la noche, porque sí, porque podrá.

En un momento dado, Renee le da un codazo a Sonya.

—Vamos a subir a la azotea a fumarnos un cigarrillo. ¿Te apuntas? —le pregunta.

—No tardaré en irme —contesta Sonya.

Renee se encoge de hombros y vuelve con los demás. Sylvia y Karen se marchan. Las velas se han extinguido. A Nicole le brillan las mejillas por las lágrimas. Sonya le da otro abrazo.

—No me puedo creer que no te dejen salir —le dice Nicole, y Sonya nota su aliento cálido y acelerado en la oreja.

Sonya sujeta a Nicole a un brazo de distancia y piensa que aquella es una buena forma de recordarla: apenas iluminada, con el pelo enmarañado por el viento, los ojos llorosos, enfurecida por el destino de una amiga.

—Te voy a echar de menos —le dice.

Nicole le da el almíbar del melocotón para que se lo beba. Ella lo sorbe mientras camina de vuelta al Edificio 4, despacio, saboreándolo.

Se despierta de noche con un estruendo seco, como el restallido de un látigo. Se incorpora y con el resplandor de su Clarividencia

puede ver que el baúl que arrastra cada día hasta la jamba de la puerta (la única «cerradura» que ha sido capaz de conseguir) sigue en su sitio.

Descalza, se acerca a las ventanas y aparta el tapiz que las cubre. La calle está vacía. El viento levanta una hoja de periódico por la ruinosa acera. La persiana de metal tapa las ventanas del colmado como un párpado cerrado.

Recuerda el vídeo que su padre le mostró cuando no era más que una cría, transmitiéndoselo desde su Clarividencia hasta la de ella. Las imágenes de una calle llena de humo y sumida en conflictos. Coches aparcados de cualquier manera, farolas tumbadas. Y el sonido agudo e intenso de un tiroteo viniendo en todas direcciones.

Él se sentaba a su lado en el sofá mientras ella lo reproducía una y otra vez con el implante. «Así era el mundo —le explicaba él — antes de que llegara la Delegación.» Mostrarle aquello le costaba doscientos desideratos; no estaba permitido que los niños vieran aquellas cosas. Pero el sacrificio le merecía la pena, y así respondía a sus preguntas.

La luna está alta y creciente, casi llena. Ya ha pasado otro mes. El tiempo sigue adelante sin freno.

Se vuelve a la cama.

Al principio, cuando alguien fallecía en la Abertura, eran como abejas huyendo de la colmena y dejando atrás la cera y la miel; nadie tocaba sus pertenencias. No obstante, las normas sobre la propiedad no tardaron en modificarse por pura necesidad. Ahora, cuando alguien muere, el resto de los vecinos invaden la vivienda y rebuscan entre las propiedades hasta que no queda más que una decadente colmena. Cuando Sonya necesita alguna nueva pieza de repuesto, echa un vistazo al mapa que hay en la escalera sur, donde se marcan los apartamentos vacíos con equis rojas, para decidir dónde buscar restos.

Este en particular (el apartamento 2C, antigua propiedad del señor Nadir) huele a humo de cocina y a gato. No hay ningún gato

en la Abertura, así que debe de ser un olor que el señor Nadir trajo ya consigo. No es la primera vez que Sonya visita aquel lugar. Había ido en varias ocasiones a arreglar las lámparas; el cableado siempre había sido defectuoso. Una vez, fue a cenar. Y otra, después de que muriera, fue a llevarse la minúscula nevera, que tuvo que arrastrar por cuatro tramos de escalera sin la ayuda de nadie.

El hornillo del señor Nadir está roto, pero los quemadores, las cuatro frías espirales de metal, aún funcionan. Levanta uno y se lo guarda en la bandolera antes de dirigirse al baño. No lo limpió nadie después de su muerte, de modo que aún hay manchas de pasta de dientes seca en el lavabo y huellas dactilares en el espejo. Se acerca para observar una de cerca; una huella de pulgar, quizá, con sus líneas y espirales únicas.

Luego baja la escalera, hacia el patio, para encontrarse con Charlotte. Hoy no lleva la tela a cuadros, sino un vestido de lino marrón sujeto en la cintura. El cielo está despejado y en el aire se respira todavía parte del calor del verano. Charlotte se pasa la larga trenza por encima del hombro y le sonríe a Sonya.

—Buenos días —la saluda—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días —contesta Sonya—. ¿Oíste un ruido anoche?

—Pues sí —dice Charlotte, y echan a andar juntas hacia el túnel—. No sé yo a cuento de qué tiran petardos en esta época del año, pero al menos podrían tener la decencia de no tirarlos de noche.

—A mí no me pareció un petardo —comenta Sonya.

—¿Y qué pudo ser si no?

Sonya niega con la cabeza.

—No lo sé. Otra cosa.

—Bueno, quién sabe lo que se traerán entre manos ahí fuera —dice Charlotte.

Por inercia, Sonya alza la vista hacia el nombre de David cuando pasa por el túnel. Fue el cuarto nombre que grabó en los ladrillos de la Abertura, pero los de su familia se encuentran en el túnel que conduce al Edificio 2, donde vivía antes, conque ya no suele verlos nunca. August Kantor. Julia Kantor. Susanna Kantor.

Todos muertos y enterrados.

—Graham trabajaba en la morgue de la Delegación —dice Charlotte—. De hecho, era el director... Aquella amiguita tuya, Marie, trabajaba para él. Siempre fue un tipo un poco... extraño. Incluso cuando éramos niños.

—¿Ya no habláis? —le pregunta Sonya.

—No demasiado —contesta Charlotte—. Debe de sonar fatal. Sé que soy muy afortunada de tenerlo aquí conmigo.

A veces, Sonya se pregunta cómo habría sido tener allí a su hermana, en la Abertura. Susanna era cuatro años mayor que Sonya, y vivía su vida como si Sonya no existiera, como una hija única que, casualmente, tenía una hermana. Era más una indiferencia descuidada que malicia. Susanna no necesitaba a nadie. De todas las cualidades que Sonya envidiaba de su hermana, aquella era la que más anhelaba.

Cuando Sonya y Charlotte cruzan la calle Verde, Sonya mira hacia la entrada de la Abertura, que le debe el nombre a su portón. Cuando se abre, unas placas entrelazadas se separan desde un punto central, un efecto que recuerda a una pupila dilatándose en la oscuridad.

Justo delante de la pupila se encuentran en ese momento Nicole y Winnie, fundidas en un abrazo. Nicole tiene el morral a los pies. El guardia del portón, un tipo corpulento con uniforme gris, espera a unos pocos metros a que las dos se despidan.

Nicole se seca la cara, recoge el morral y se despide de su madre. Atraviesa el centro del portón y la pupila se contrae a sus espaldas. Winnie se lleva una mano a la boca para contener un sollozo.

Charlotte y Sonya cruzan la mirada.

—Mejor le damos un poco de intimidad —le dice, y Sonya se gira.

Ha visto a tres amigas atravesar aquel portón: Ashley, Shona y Nicole. Ashley y Shona tenían catorce años cuando las encerraron en la Abertura, al poco de que la constituyeran, justo después del alzamiento, hace una década. Eran de Portland, así que no las conocía, y no se hizo amiga de ellas hasta que fueron mayores, lo

bastante como para mudarse de los apartamentos de sus padres en la Abertura al Edificio 2. No sabe cómo fueron sus primeros años; no llegó a preguntárselo. Hay que andarse con cuidado con las preguntas que se formulan allí. Los pasados de la gente están salpicados de tragedia.

Ahora Sonya ya puede añadir otra más a la lista; es la persona más joven que queda en la Abertura.

Atraviesan el túnel y entran en el patio del Edificio 1. Apenas ha pisado ese bloque en los años que lleva allí. Los residentes del Edificio 3 viven sumidos en un estado de negación, pero los del Edificio 1 han aceptado su situación. Se han rendido. Es la zona de la Abertura que más recuerda a una prisión.

Pisotea los hierbajos que han crecido demasiado, hundiéndose ya bajo su propio peso, de camino a la entrada, que chirría cuando Charlotte la abre. Suben en silencio hasta la tercera planta, donde el pasillo huele a tabaco. Hay bolsas de basura apiladas contra la puerta de alguien, y cajas de cartón desmontadas en otra. La moqueta se está deshilachando por uno de los extremos, separándose del parqué.

Charlotte llama a la puerta del apartamento 3B. En algún lugar, alguien grita, y hay otra persona escuchando una lúgubre música de guitarra.

Graham abre la puerta. Es un tipo corriente: algo más alto que Sonya, con un pelo cano que le envuelve la coronilla como un mantón y unos ojos caídos. La piel bajo la mandíbula ha perdido vigor y firmeza con los años.

—¡Señorita Kantor! —exclama—. Cuánto tiempo. Hola, Charlotte. Pasad, pasad.

El apartamento parece una chatarrería. Las paredes están llenas de cajas con objetos diminutos: una contiene pomos y manijas; otra, cajitas de cartón; una tercera, botellas de cristal vacías. Sonya recuerda que en el mercado suele extender todas las semanas una manta con objetos desechados. Los residentes del Edificio 2 deben de considerarlo una persona bastante valiosa, con aquella infinita necesidad de recipientes vacíos que tienen. Para el alcohol casero, evidentemente.

—Ya veo que no tengo que presentaros —dice Charlotte.

—Conocía al padre de Sonya —contesta Graham—. ¿No te acuerdas de August? Íbamos juntos a clase. Y estábamos en el mismo equipo de natación.

—No tengo tan buena memoria, lo siento —responde Charlotte.

—A veces venía a comer conmigo a la morgue. O sea, no en la morgue. Tu padre siempre fue de estómago delicado. Solía taparse la nariz cuando pasábamos por delante de los contenedores que había en la parte de atrás del mercado; todos los chicos se metían con él: «Qué delicadito, August Kantor»... —Arruga la nariz y se la pinza con el pulgar y el índice para mostrárselo.

Ella sonríe.

—Él se habría descrito como *escrupuloso* —dice Sonya—. Pero sí, le pega.

—¿Cómo murió? ¿Lo ejecutaron? —pregunta Graham, y Sonya pierde la sonrisa.

—¡Graham! —Charlotte le da un manotazo en el brazo—. No le preguntes eso.

—No lo digo con mala intención, es que...

—No, no lo ejecutaron —dice Sonya—. Charlotte me ha dicho que se te ha roto el hornillo.

Graham la acompaña a la cocina y Charlotte los sigue ruborizada. Él le muestra los quemadores defectuosos, uno tras otro, cuyas espirales permanecen negras por mucho que toquetee los mandos. Sonya deja la bandolera en el suelo y se dirige a la pared del fondo, donde el cuadro eléctrico la espera oculto detrás de una puerta gris. Busca el interruptor de la cocina y la desconecta.

—¿Dónde has aprendido a hacer estas cosas? —le pregunta Graham—. A una chica buena de la Delegación como tú seguro que no se lo enseñaron en el colegio.

—Te sorprendería las cosas que puedes aprender con un manual y varias pruebas y errores —contesta Sonya.

—Es joven —dice Charlotte—. A los jóvenes se les da bien entender estas cosas. Sobre todo en un edificio lleno de viejos en el

que nadie tiene ni idea de nada.

—Tú no eres vieja —repone Sonya.

—Eso mismo le dije yo cuando decidió irse al Edificio 4 —apunta Graham—. Pero ella venga a insistir.

—A lo mejor no soy vieja, pero estoy viuda —se defiende Charlotte—. Allí me siento como en casa. Igual que Sonya después de que... —Carraspea—. Bueno —continúa—. En el Edificio 4, todos hemos perdido a alguien.

Sonya la escucha a medias. Sustituir un quemador no es difícil; se desconecta el viejo y se coloca el nuevo. Lo ha hecho decenas de veces, pero disfruta de la sensación de saber qué lugar le corresponde a cada cosa, y de ser ella quien lo coloque.

De pequeña no se le daba bien casi nada, al menos en comparación con Susanna. Su hermana era divertida, sabía bailar, tenía buen oído para la música y sacaba buenas notas sin esfuerzos aparentes. Sonya era más guapa, y había habido un momento en que aquello le pareció lo único que importaba. Pero la belleza no era útil en la Abertura, de modo que se había buscado otros usos. No era experta en electrónica ni en tecnología ni en las herramientas de las que los residentes del Edificio 4 solían pedirle que se encargara, pero estaba dispuesta a intentarlo, y a veces con eso bastaba.

Le gustaba sentirse útil.

—¿A quién has perdido tú, Sonya? —le pregunta Graham cuando Charlotte desaparece en el baño. Es un hombre solitario, y siempre lo ha sido, así que la pérdida le fascina. Después de todo, necesitas haber tenido algo para poder saber qué se siente al perderlo.

Sonya enciende la luz y luego prueba con el mando del hornillo. Pasa por encima la mano para ver si calienta.

No sabe por qué le responde. Ni siquiera pensaba hacerlo.

—A todos —le dice, y apaga el quemador—. Arreglado. Gracias por la anécdota de mi padre.

—Gracias a ti —contesta él.

El día que perdió a todos:

Están sentados a la mesa de la cabaña en sus lugares habituales: August en un extremo, Julia en el otro, Susanna a la derecha de su padre, y Sonya, a su izquierda. August les sirve a todas un vaso de agua. Julia canturrea mientras vierte las pastillas del frasco: una, dos, tres, cuatro.

Sonya recita la letra en su cabeza.

Si tú me cuidas,
yo te cuido a ti.

Cinco, seis, siete, ocho. Julia le alarga una pastilla a Susanna, otra a August y otra a Sonya, y se guarda una para ella.

Un paso tras otro...
Saldremos de aquí.

La píldora brilla con un amarillo intenso en la palma de Sonya.

2

Hay un hombre en su apartamento.

Sonya se lleva la mano a la navaja del bolsillo. Sabe lo que significa que te cojan desprevenida, enfrentarse a las consecuencias de estar sola y rodeada de personas que no tienen nada que perder.

Pero en la Abertura no hay cerraduras, así que no tiene forma de proteger su humilde apartamento cuando está fuera. Y tampoco es que importe; no pueden robarle nada de valor. Y el tipo no ha ido a robarle.

Se ha sentado a la diminuta mesa, en una de sus sillas plegables. Es una mesa en condiciones que la persona que ocupó el apartamento abandonó antes del alzamiento. Hay un nombre grabado en la parte delantera, BABS, escrito con las mayúsculas de una criatura. Se ha inventado una historia sobre la tal Babs: una niña, de unos once años, rebelde, a la que regañan por balancear las piernas cuando está sentada, por no poder estarse nunca quieta. Desesperada por ser permanente de algún modo; grabando las letras con el cuchillo de la carne cuando sus padres no prestan atención.

Sonya conoce al hombre. Se llama Alexander Price. Alto, con las rodillas apretadas contra la parte inferior de la mesa baja. Tiene los ojos tan oscuros que casi parecen negros, y la barba recortada, que no arreglada, le repta por la garganta, irregular en algunos puntos.

—Fuera de aquí —le ordena ella.

Sostiene el quemador inservible de Graham sobre su vientre, a modo de escudo.

—Pero bueno —responde él—, esa no es la hospitalidad de la Delegación de la que me hablaron de pequeño.

—La reservo para los invitados, y tú eres un intruso —replica

ella—. Vete.

—No.

—¿Te crees que solo por que sea una prisionera aquí puedes entrar en mi casa cuando te dé la gana?

Deja caer la espiral del quemador sobre la encimera cuadrada en la que se prepara la comida. Él posa la mirada sobre las manos tensas de ella, y luego sobre su rostro. No parece importunarlo.

Ella busca automáticamente el anillo de luz en el iris derecho, pero no ve nada. Todas las personas con las que se cruzó antes del alzamiento —y también ahora, con algunas excepciones— tenían una Clarividencia. No tenerla es como que te falte un dedo, o una oreja; aquel hombre parece descompensado sin ella. O sin terminar, como si alguien hubiera dejado de dibujarlo antes de tiempo.

—No has cambiado nada —dice él—. Salvo por el pelo. Me sorprende que los vejestorios de aquí te dejen llevarlo tan corto. Con ese peinado no te habrías ganado ni un desiderato.

Regresa a la puerta del apartamento y la abre de par en par. El aire frío del pasillo se cuela hacia el interior. Irene, la vecina de al lado, no está en casa; se pasa la mayor parte del día en el piso de abajo, con la señora Pritchard y otras tres viudas, las de más cerca. Pero Sonya quiere que aquel hombre sepa que, si grita, su voz no la amortiguará ninguna puerta cerrada.

Cuando se vuelve hacia él, el tipo tiene el ceño fruncido.

—No voy a hacerte daño. ¿De verdad me crees capaz de algo así?

—Ahora mismo, te creo capaz de muchas cosas —contesta ella.

Aquel es el hombre que le contó a los del alzamiento dónde podían encontrar a la familia de Sonya cuando trataron de huir de la ciudad. De no haber sido por él, quizá habrían podido escapar. De no haber sido por él, tal vez seguirían vivos. No estaba preparada para el dolor que le causa volver a verlo.

Espera, porque no sabe lo que le podría salir de la boca si la abriese.

—Bueno —dice él después del silencio que ha tomado forma

entre ellos—. Iré al grano, entonces.

Se saca algo del bolsillo. Es un dispositivo rectangular, del tamaño de la palma de la mano. Un Sonsacador. No lo reconoce por experiencia propia, sino de las lecciones de historia sobre la Clarividencia; se trata de un viejo aparato tecnológico que la precede. Como la Clarividencia, el Sonsacador se diseñó para que las personas lo llevaran siempre encima, de tal modo que aumentara su realidad e informara a una red sobre su comportamiento.

A esas alturas, el sistema le parece burdo; ¿por qué llevar algo en la mano cuando puedes llevarlo en la cabeza? Si te pasas el día sosteniendo algo, cuidándolo, sintiendo su calor, casi mejor que forme parte de tu cuerpo, algo tan integrado como un ojo.

Sujeta el Sonsacador por la esquina inferior derecha sin ningún tipo de cuidado. Aunque Sonya no sepa usarlo, es consciente de su valor; si se lo quitara en ese momento, podría intercambiarlo por lo que quisiera en la Abertura, solo por su rareza.

Pero en la Abertura no puedes querer nada.

El Sonsacador se enciende, y por el reflejo en los ojos del hombre casi parece que, en efecto, lleve una Clarividencia. Casi le recuerda a como era antes, limpio y ordenado, con esa perpetua sonrisa reticente. Alexander, el hermano mayor que caminaba a la sombra de su hermano pequeño.

De adolescente, Sonya estaba prometida con Aaron, el hermano de Alexander. Aaron y Sonya eran la pareja perfecta de la Delegación, con un futuro perfecto allí. Pero a Aaron lo mataron durante el alzamiento, en la calle, como a otros tantos cientos de personas.

Alexander le muestra la pantalla. En ella aparece un artículo que Sonya ya ha visto antes. Bajo el gobierno de la Delegación, solo había una fuente de noticias que cualquiera podía consultar bajo demanda en su Clarividencia; podías leerlas con solo echar un vistazo por la ventana del tren. Sin embargo, con la caída de la Delegación, parece que los periódicos vuelven a estar en boga; hay media docena, todos competencia de los otros, cada uno con una

interpretación distinta de los mismos datos. Aquel es la *Crónica*, a juzgar por la adornada «C» de la parte superior, y aquella edición en concreto ya apareció en la Abertura meses atrás. LOS NIÑOS DE LA DELEGACIÓN, reza el artículo, en grandes letras negras en la parte superior. Firma «Rose Parker».

—Ya lo he visto —le espeta Sonya—. ¿Y qué?

—¿Ya lo has visto? —Arquea las cejas—. Supongo que Rose consiguió colarlo de alguna forma. Le debía de aterrar la idea de que su gran obra pasara sin pena ni gloria. —Deja el Sonsacador sobre la mesa, aún encendido—. Entonces sabrás que este artículo es el responsable de la Ley de los Niños de la Delegación. Todo aquel que fuera un niño cuando lo encerraron en la Abertura, acusado por los crímenes de su familia, tiene derecho a que lo liberen. Personas como tú. —Ladea la cabeza—. A ver, no exactamente como tú. Tú eras algo mayor, ¿verdad?

—Me sorprende que finjas no saberlo —replica.

Después de todo, ella y Aaron tenían la misma edad. Alexander tuerce la boca.

—Tal vez te hayas percatado de que últimamente han liberado a muchos de los jóvenes a los que metieron en la Abertura. Les han proporcionado identidades nuevas y la oportunidad de vivir una vida digna en lugar de... —Hace un gesto despectivo con la mano—. Esto.

Sonya toma consciencia del lamentable estado de su apartamento como si lo viera por primera vez. La cama con las sábanas de retales, la manta deshilachada. La sartén rayada que ha puesto a secar al lado de la pila, sobre una toalla manchada y ajada. Las cosas que ha utilizado para decorar el espacio: las plantas que ocupan el alféizar encima de la pila de la cocina, con latas haciendo de macetas; los patrones de negro que ha pintado en el tapiz que cubre las ventanas del salón y la protegen de los mirones; el montón de lámparas con bombillas tenues que ha puesto en una caja, cerca de la cama. Además, Alexander recuerda dónde vivía ella antes.

«Que te den», piensa. Esa es una de las muchas frases que jamás ha pronunciado en voz alta; en el pasado porque le habría

costado unos cuantos desideratos, y ahora porque sería una señal de que está retrocediendo, de que vuelve a ser la chica que vivía sumida en la tristeza y conocía el sabor del alcohol casero. Pero lo piensa de todas formas. «Que te den, te odio, ojalá te ahogues y te mueras...»

Alexander permanece en silencio, quizá a la espera de una reacción. Al ver que ni se inmuta, continúa:

—Nos has presentado un buen dilema. No eres lo bastante joven como para ser una candidata fácil para que te liberen ni lo bastante vieja como para que nos olvidemos de ti.

—¿Eso es lo que habéis hecho con la gente de aquí? ¿Olvidaros de nosotros?

—Por lo general, sí. Y ni te imaginas el alivio que nos ha supuesto.

—Bueno, pues si piensas que yo te he dedicado un solo pensamiento, te equivocas.

—Me partes el corazón. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un pedazo de papel doblado en cuatro—. Como decía, se nos ha ocurrido ofrecerte un trato...

—¿A ti y a quién más?

—Te daremos la oportunidad de enmendar uno de los errores de la Delegación. Si lo consigues, te concederemos la libertad. Si fracasas, seguirás aquí pudriéndote.

Se estremece al oír esa última palabra, porque así era como David se refería a su vida hacia el final, como si fuera un trozo de carne que hubieran dejado en la encimera hasta pudrirse. Jamás fue capaz de encontrar las palabras para rebatírselo. Ni siquiera tenía claro que no estuviera de acuerdo con él.

—No soy una hormiga que podáis freír con una lupa —exclama—. No pienso retorcerme para entreteneros.

Él hace una pausa, con el papel aún medio doblado.

—¿Ni siquiera quieres oír lo que queremos que hagas?

Sonya se agarra con tanta fuerza a la encimera que deja de sentir los dedos.

—No —contesta—. Fuera de aquí.

Alexander se guarda el Sonsacador en el bolsillo y se pone en

pie. A pesar de que los separa todo el espacio posible, tiene la sensación de estar demasiado cerca de él.

—De momento, voy a dejar que te salgas con la tuya —dice él —. Pero volveré en unos días. Espero que para entonces hayas entrado en razón.

Los tres representantes del Triunvirato visitan la Abertura una vez al año, acompañados por un pequeño batallón de periodistas y agentes de las fuerzas del orden. El propósito oficial de la visita es encontrarse con los líderes de la Abertura, dos por edificio, elegidos democráticamente, pero Sonya no se chupa el dedo. El Triunvirato hace acto de presencia para demostrar que no han olvidado. Como un acto de misericordia, sí, pero también para recordarle al público que los hijos e hijas favoritos de la Delegación siguen todavía encerrados a buen recaudo.

David solía decir que las visitas a la Abertura lo hacían sentirse como un animal en el zoo. Antes de que muriera, se pasaban el día de la visita bebiendo hasta que se les embotaban los sentidos. A veces, ponían viejas canciones propagandísticas y las cantaban a pleno pulmón, con la esperanza de que el Triunvirato los oyera a través de las paredes. Pero lo más habitual era que los venciera el sueño en la cama de David a media tarde.

Este año, la señora Pritchard, presa del pánico, encuentra a Sonya antes de que lleguen los representantes y le suplica que cambie las bombillas fundidas del pasillo de mantenimiento. Los representantes visitarán la planta baja, y, en palabras de la señora Pritchard: «No queremos que piensen que no nos cuidamos». La señora Pritchard vive avergonzada, siempre atenta a no infringir una norma de la que solo ella tiene conocimiento. Es más fácil obedecerla que discutírselo.

Sonya carga con una escalera de mano y una bolsa de bombillas hasta el pasillo de mantenimiento. Una a una, desenrosca las bombillas negras de los casquillos y las sustituye, y luego mueve la escalera unos centímetros para repetir el proceso. Acaba de llegar al final del pasillo cuando la puerta del otro

extremo se abre y entran los representantes del Triunvirato.

No conoce sus caras, pero, por sus ropas, es imposible que no sean ellos. Una lleva un vestido rojo que le llega hasta la rodilla, y el pelo liso y casi tan corto como el de Sonya. La otra, un traje pantalón azul y los dedos adornados con piedras verdes. Son Petra Novak y Amy Archer, aunque no sabe cuál es cuál.

El tercero, un hombre alto de traje gris, es el primero que la reconoce. Se llama Easton Turner. Lo eligieron hace unos pocos años. David lo oyó en la radio.

—¡Vaya, vaya! —exclama—. Qué sorpresa.

Sonya termina de enroscar la bombilla y baja de la escalera. Nikhil y la señora Pritchard siguen a los representantes del Triunvirato de cerca, y, unos metros por detrás, un puñado de periodistas alarga los micrófonos y levanta los Sonsacadores, como si estuvieran grabando la escena en vídeo. Sonya se endereza. Desearía haberse puesto algo más que un par de pantalones holgados y una camiseta vieja con el dobladillo descosido. Desearía no parecerse tanto a la adolescente que aún vive en la memoria de los demás.

—¿No la reconoces, Petra? —pregunta Easton—. Es la chica de los pósteres de propaganda.

—¡Anda! —exclama la mujer del vestido rojo. Tiene las uñas largas y acabadas casi en punta en los extremos; precisas y afiladas —. Quién lo diría. A todo esto, ¿cómo te llamas?

—Kantor —responde—. Sonya.

—Me había olvidado de que estabas aquí, Sonya —dice Easton.

Es atractivo, pero de una forma que sugiere que de joven tenía un aspecto tierno y aniñado y justo ahora ha encontrado su rostro. Tiene el pelo canoso, denso, corto, rapado en el cuello.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a Sonya la mujer del traje pantalón azul, Amy Archer. Parece una guardia de seguridad que acaba de descubrir a un intruso—. ¿No deberían haberte liberado con la Ley de los Niños de la Delegación?

—No —contesta Sonya—. Me pasaba del límite de edad.

—Pero aprobamos algo relacionado contigo, ¿me equivoco?

—dice Easton. Se da unos golpecitos en el lateral de la nariz y la señala—. Sí, sí. Una excepción personal, a cambio de un acto de servicio.

—Algo he oído —replica Sonya.

Petra sonríe.

—¿Ah, sí? —Suelta una carcajada—. ¿Y qué te parece?

—Me parece —responde Sonya, y se echa al hombro la bandolera llena de bombillas— que no tengo claro cómo tomármelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Petra.

—Me ha dado la impresión de que no es obligatorio —dice Sonya—. De que la elección está en mis manos.

—Por descontado —contesta Amy Archer—. Lo que pasa es que hemos dado por sentado que aprovecharías la oportunidad sin pensártelo dos veces.

—A menos, por supuesto, que te... —Petra deja caer la mirada hacia la bandolera con bombillas que lleva Sonya—. Que te satisfaga tu situación actual.

Sonya aprieta tanto la mandíbula que los dientes le chirrían.

—Bueno —concluye Easton—. Espero que tomes la decisión más conveniente.

Petra le dirige una sonrisa a Easton.

—Al fin y al cabo, «lo justo es justo».

Todos estallan en carcajadas, Easton, Petra, Amy, los periodistas y los guardias que llevan detrás, e incluso la señora Pritchard.

Sonya busca una réplica y acaba con las manos vacías. Se echa a un lado con la escalera de mano cuando el grupo pasa por delante, y Nikhil le da un apretón en el hombro de camino. Los periodistas le apuntan con los Sonsacadores. Entre ellos reconoce a Rose Parker, la que escribió el artículo sobre los Niños de la Delegación.

Cuando el pasillo vuelve a vaciarse, lo único que rompe el silencio es su respiración entrecortada.

Esa noche, va al apartamento de Nikhil a cenar y se lo encuentra en bata, con pantuflas y una taza de infusión en la mano. Mary Pritchard cultiva manzanilla en su apartamento y la seca en las encimeras de la cocina. Debe de haber intercambiado tomates por la infusión, o judías verdes.

Ella levanta la lata de judías que ha traído y él le señala la cocina, donde un cazo de arroz ya hecho espera en el fuego. Nikhil saca otra taza y vierte la mitad de la infusión de manzanilla.

—Me he enterado de que esta mañana has tenido visita —dice, ofreciéndole la taza.

Ella echa las judías en un cazo y enciende el fuego correspondiente antes de sentarse a la vieja mesa de comedor del señor Nadir. Después de que muriera de un infarto, Nikhil fue a su apartamento a desenroscar las patas y subir el tablero por cuatro tramos de escalera hasta su salón. En aquel momento, ya habían arrasado con el apartamento y se lo habían llevado todo. Sonya se encargó de ponerle otra vez las patas, aunque las enroscó en la dirección que no era. Sin embargo, Nikhil le dijo que le gustaban así y las dejaron.

La parte inferior de la mesa guardaba una sorpresa: una foto de Priya, la hija del señor Nadir, cuando era adolescente, pegada justo en el centro. Durante el alzamiento, Priya traicionó a su padre a cambio de su libertad.

Nikhil y Sonya dejaron la foto donde estaba.

—Bueno, *visita* es una palabra demasiado amable. Yo diría que esta mañana han «allanado» mi casa —responde—. ¿Cómo te ha ido la reunión?

—Bien. Inútil —contesta Nikhil, y apoya la espalda en la encimera—. Dime qué ha pasado con el allanador.

A pesar de la cercanía de sus familias, Sonya apenas veía a Nikhil después de que los encerraran. Pero entonces David murió, y una noche, al llegar a casa, descubrió que la estaba esperando un hombre en el apartamento vacío de la familia. Le sonaba como de vista, de esa forma distante en que conocía a la mayoría de las personas de la Abertura. El tipo la atacó y ella le hundió el pulgar en la cuenca ocular. No se sentía a salvo después de aquello, de

modo que Nikhil convenció a la gente del Edificio 4 para que la dejaran mudarse allí.

Ha visto a aquel hombre otras veces. Ahora lleva un parche en el ojo.

Sonya se encoge de hombros.

—Cuando he vuelto esta mañana, había un matón de la resistencia sentado en mi apartamento.

—¿Un matón de la resistencia?

Sonya vacila unos instantes antes de responder.

—Sí.

—Y te ha ofrecido una vía de escape.

—Si les bailo el agua, sí.

—Pero no has aceptado.

—No.

Nikhil le lanza una larga mirada inquisitiva.

—¿Por qué no? —le pregunta.

—Ya has visto cómo me hablan los del Triunvirato —contesta —. Aunque pudiera completar la misión que sea que tengan en mente, ¿qué tipo de vida podría llevar ahí fuera? Hubo un tiempo en que mi cara estaba por todas partes.

—Y llegará un tiempo en que nadie lo recordará —repuso Nikhil—. Solo tienes que aguantar hasta entonces.

—Estoy harta de aguantar —dice Sonya.

—Pues yo no acepto eso —responde él.

Sonya suele olvidarse de que no es una anciana. Si la pena empequeñece a una persona, ella ha acabado igual de reducida que el resto de los habitantes del Edificio 4. Su sitio está con las viudas, acomodadas para la larga espera que las aguarda. Pero ahora distingue las sombras que se acumulan en las arrugas del rostro de Nikhil y recuerda la edad de él, y la suya.

—Esto es un regalo, Sonya —añade Nikhil antes de posarle la mano en el brazo con delicadeza—. Piénsatelo, nada más.

A la mañana siguiente, recibe una notificación. La constante luz de la Clarividencia parpadea una sola vez, y entonces una frase se

despliega ante ella como un cartel. Chequeo médico obligatorio. Por un momento, las palabras se superponen a lo que tiene ante ella, la espuma de la pila, el estropajo de su mano. Y luego desaparecen.

Es una sensación familiar y extraña. Sus padres pidieron que le implantaran la Clarividencia en el cerebro cuando no era más que un bebé, según lo que dictaban las leyes y las costumbres. En cierto modo, era un procedimiento salvaje: se hundía una aguja gruesa en la córnea del ojo de la criatura recién nacida. Pero lo cierto es que las culturas siempre han abrazado el salvajismo en aras de un bien mayor, y a veces durante un largo tiempo después de que dejara de ser necesario. La sumersión del bautismo. La circuncisión. Los ritos de iniciación.

Bajo el gobierno de la Delegación, la Clarividencia estaba activada y le ofrecía a la persona acceso a toda la información que pudiera llegar a requerir. De niña, ella le había formulado las preguntas que, en otras circunstancias, le habría hecho a un progenitor que desconocía las respuestas: «¿Por qué el cielo es azul?», «¿A qué velocidad corre la persona más rápida?», «¿Cómo funcionan los coches?». Le proporcionaba las respuestas de forma visual o auditiva, según sus preferencias. Y las capacidades de la Clarividencia no terminaban ahí. La conectaba con sus seres queridos; podía ver un episodio de *Los buscapistas* con su amiga Tana a altas horas de la noche, cuando se suponía que debería estar durmiendo, o escuchar una canción nueva de su hermana pocos segundos después de que Susanna la grabara. La Clarividencia caminaba por la vida junto a ella.

Y cuando la Delegación cayó, se quedó en silencio.

El nuevo gobierno vinculó a todos los prisioneros de la Abertura a un sistema cerrado, de modo que el Triunvirato podía seguir viendo a través de sus ojos a placer, en cualquier momento. Y también podían enviar mensajes a los prisioneros, como el que acababa de recibir. Pero no había música, ni vídeos ni televisión. Nada de llamadas de voz, ni de buscar algo en medio de una conversación para verificarlo, ni garantías de seguridad cuando te perdías o tenías algún problema.

Parpadea y el mensaje desaparece. Termina de fregar los

platos y los deja escurriendo en el trapo de la encimera, y luego se seca las manos. Se mira en el espejo, aparta el baúl de la jamba de la puerta y sale del apartamento.

Los chequeos médicos son anuales, a menos que tengas alguna enfermedad o envíes una solicitud especial. El doctor Hull atiende a los hombres y la doctora Shannon, a las mujeres. Estuvieron un tiempo sin despachos propios en la Abertura, hasta que Alan Dohr, del Edificio 3, murió por una intoxicación etílica y convirtieron su apartamento en una consulta.

De camino hacia allí, ve a la señora Pritchard sentada en el banco del patio con la señora Carter, las dos tejiendo. La lana escasea, así que, por lo general, cuando la señora Pritchard y las demás tejen, tienen que deshacer otra cosa que ya hayan hecho.

—Buenos días, Mary, Charlotte —saluda al cruzar el patio.

—¿Adónde vas? —le pregunta la señora Pritchard. Le gusta estar al tanto de las cosas.

—Me toca la anual —contesta.

La señora Pritchard sacude la cabeza.

—Qué horror lo que os hacen a las jovencitas.

Sonya no responde. Atraviesa el túnel que conduce la calle Gris y gira a la derecha. En el centro de la Abertura, seis personas juegan con una vieja pelota de fútbol. Han colocado cubos a modo de porterías en los dos extremos de la calle Verde. Gabe y los demás están cerca del muro exterior, fumando cigarrillos y hablando con uno de los guardias que hay arriba. Probablemente cerrando algún trato, piensa ella, aunque no tiene claro qué podría ofrecerle Gabe a un guardia de la Abertura más allá de un licor casero mediocre.

Cuando pasa por el túnel de camino al Edificio 3, ve a Renee, Douglas y Jack, un escritor canoso que vive en la segunda planta, haciendo corrillo en torno a algo. Cuando se aproxima, se da cuenta de que es un periódico desplegado sobre una mesa baja en la esquina del patio.

—¡Sonya! —la llama Renee—. Ven a ver esto. Son las noticias de ayer.

Sonya se acerca y se inclina por encima del hombro de Renee

para leer el titular de la portada. LA ARMADA ANALÓGICA REIVINDICA LOS ASESINATOS. Hay dos imágenes justo debajo, una al lado de la otra: en la primera, se ve a un joven sonriente con una mata de pelo castaño. El subtítulo: «Sean Armstrong, de 32 años, apareció muerto en su apartamento el martes por la noche». La otra fotografía es un primer plano de una nota garabateada en un pedazo de papel, con un imperdible atravesándola por la parte superior. El texto: «Una nota firmada con la insignia de la Armada Analógica, clavada en el pecho de la víctima». La imagen está demasiado borrosa como para entender la mayor parte del texto. Sonya distingue algunas frases sueltas: «diseñado una tecnología de implantes...», «restablecer la estructura de almacenamiento en la nube...».

—Es una lista de sus supuestos «crímenes» —comenta Jack, siguiéndole la mirada.

—La Armada Analógica —dice Sonya—. ¿Es aquel grupo terrorista que el año pasado bombardeó una fábrica tecnológica?

Tuvieron acceso a los diarios durante un tiempo gracias a Rose Parker, la periodista que trabajaba en el artículo sobre los Niños de la Delegación. Solo les llevaba una copia, en la mayoría de los casos, pero la gente la compartía por toda la Abertura como si de una lujosa pieza de cerámica o de pan de oro se tratara. Nikhil se los leía en voz alta por las noches en el Edificio 4, o al menos a aquellos a los que les interesara escuchar. Mucha gente, como la señora Pritchard, no quería ni saber qué se cocía fuera de los muros de la Abertura. Y Sonya no los culpaba. Al fin y al cabo, aquello ya no les competía. A ninguno de ellos.

—Los mismos —contesta Jack—. Me encantaría poder leer una copia de su manifiesto.

—Son una panda de psicópatas que odian la tecnología —suelta Douglas—. ¿Qué más quieres saber?

Jack atraviesa a Douglas con una mirada inexpresiva, como si no supiera por dónde empezar.

—Que tú no tengas ni la más mínima curiosidad no significa que a los demás nos pase lo mismo —indica Renee, pasando a la siguiente página del diario—. Me pregunto quién diseña el logotipo

de una organización terrorista. ¿Creéis que habrán contratado a alguien?

—¿Ese logotipo? —pregunta Sonya, observando las dos aes superpuestas—. Qué va. Ya os digo yo que eso es obra de un aficionado.

—El artista aficionado de la Armada Analógica —dice Renee con una carcajada.

—A todo esto, ¿de dónde lo habéis sacado? —se interesa Sonya.

—Rose Parker se presentó aquí ayer con aquella turba de periodistas —contesta Jack—. Nos lo dio ella. Se ve que los «petardos» que oímos hace un par de noches eran en realidad disparos.

—Disparos —repite Renee—. ¿Dónde habrá conseguido armas la Armada Analógica?

—Ni idea.

—¿Podríais llevarlo al Edificio 4 más tarde? —dice Sonya—. Seguro que a Nikhil le hará ilusión hacer una lectura pública.

—Sin problema —contesta Jack—. Luego se lo llevo a su casa.

—Gracias —dice Sonya—. Tengo que irme. La doctora me espera.

Renee tuerce el gesto. No pueden ni ver a los doctores.

No hay ninguna diferencia entre aquel apartamento y el resto de los pisos de la Abertura: una gran estancia con la cocina y un baño anejo como un forúnculo. Y, en lugar de una cama, el espacio lo ocupa todo el equipo médico: una mesa de reconocimiento, un armario lleno de suministros y varias máquinas en fila. Aquella es la única habitación de la Abertura en la que se permite que haya cerradura, porque de lo contrario la gente habría robado los suministros a la primera de cambio.

La doctora Shannon es una mujer mayor, severa, con el pelo tan corto como el de Sonya, pero blanco como la nieve. A veces le tiemblan las manos cuando usa el estetoscopio. Nunca es capaz de encontrarle las venas a Sonya cuando le tiene que extraer sangre, y

siempre la observa con un gesto acusatorio, como si creyera que Sonya se las empequeñece a conciencia. Mira el reloj cuando la ve entrar.

—Me ha llegado el mensaje en un momento muy inoportuno —se excusa Sonya—. He venido en cuanto he podido.

—Qué le vamos a hacer. De todas formas, supongo que contigo tampoco se tarda mucho —contesta la doctora Shannon—. Siéntate en la mesa y déjame que te mire la presión.

Sonya se dispone a llevar a cabo el ritual de siempre: se quita el cárdigan, se sube las mangas, se sienta en la fría mesa de metal que la doctora Shannon desinfecta después de cada visita, extiende el brazo para que le coloque el brazalete que luego le oprime, se sube en la báscula que anuncia que su peso está «dentro de la normalidad» y observa la carpeta que la doctora Shannon hojea para recordar el historial médico de Sonya.

—En principio, estás bien —dice la doctora Shannon—. Vamos con la inyección.

Sonya extiende el brazo.

La inyección dura un año entero, aunque Sonya no haya necesitado prevenir el embarazo desde que David murió. Es obligatoria para todas las personas de la Abertura con capacidad de gestar.

Conocía a David de su vida anterior, pero solo como un nombre y un rostro del fondo de la clase, y nada más. Una noche, poco después de la condena en la Abertura, bailó con él en una fiesta; era el único que sabía los pasos del foxtrot. Más tarde, con los labios encendidos por el licor casero, fue a su apartamento y se quitó toda la ropa para que la viera. En aquel momento, él no era más que un cuerpo. Y ella solo deseaba que alguien la tocara.

No era Aaron, y aquello no le costó tanto como esperaba. Aaron había sido inevitable, y lo había querido igual que quería que terminara la infancia y comenzara el resto de su vida. No obstante, bajo el gobierno de la Delegación, estar con David le habría costado sus desideratos, y eso era lo que más anhelaba en el mundo, justo después de que la encerraran en la Abertura: malgastar tantos desideratos como fuera posible, ahora que la

Delegación había caído. Bebía, fumaba, soltaba tacos, se desvestía y se permitía desear, y tenía la esperanza de que eso significara algo, de que cambiara algo.

Y luego David murió por voluntad propia. Ella organizó el funeral con un vestido negro en el centro de la Abertura, donde apenas habló, más allá de dejar un diente de león en el suelo para ver cómo el viento se llevaba las semillas.

—¿Hay alguna forma de eliminar la posibilidad de quedarme embarazada para siempre? —pregunta Sonya mientras la doctora Shannon prepara la jeringuilla—. Sin cirugía, quiero decir.

—Técnicamente, sí —responde la doctora, antes de frotarle a Sonya la sangradura con una gasa empapada en antiséptico—. Pero no lo recomiendo.

—¿Por qué no?

—Aún eres joven. Podría cambiar algo y…

Sonya se ríe.

—¿Aquí? No, es imposible.

—El Triunvirato ya ha soltado a algunos de vosotros —continúa la doctora—. Es posible que un día os liberen a todos. Y puede que para entonces quieras tener hijos.

Un pinchazo breve y se acabó. La mesa no se calienta bajo sus piernas. El aire huele a moho y a tierra. Tal vez quien viviera allí antes (no ya Alan Dohr, sino la persona que habitara el apartamento antes de que el Triunvirato se hiciese con aquella parte de la ciudad y la convirtiera en la Abertura) guardase ahí herramientas de jardinería. Palas apiladas en una esquina. Bolsas de tierra amontonadas junto a la puerta. Un lugar en el que crear cosas nuevas en vez de atender a los moribundos.

Probablemente no.

La doctora Shannon le presiona la zona de la inyección con una bolita de algodón y se la sujeta con cinta adhesiva ayudándose de la mano libre.

—¿Valoración del estado de ánimo durante la semana pasada? —pregunta, como siempre.

—¿De cero a cien?

Siempre es de cero a cien. Cien, pura euforia. Cero, una pena

que te aplasta el alma.

—Cincuenta —responde, sin esperar a que la doctora conteste.

—Nunca me has dado otra valoración.

—Porque siempre me encuentro bien.

La doctora Shannon se quita los guantes y los arroja a la papelera.

—La gente no siempre se encuentra bien, Sonya —comenta—. Y menos cuando ha vivido algunas de las situaciones a las que has tenido que enfrentarte.

—¿De qué manera es relevante para mi salud?

La doctora Shannon se saca una linterna del bolsillo. Sonya también conoce ese ritual. Se endereza mientras la doctora Shannon le dirige la luz al ojo derecho para examinarle la Clarividencia.

—La mayoría de los habitantes de la Abertura se medican para controlar los cambios de humor —responde la doctora Shannon—. Vuestra vida no es fácil, y deberíais disponer de las herramientas para gestionarla.

Sonya se baja las mangas.

—¿Sabe qué nos ayudaría a gestionarla? Productos frescos. Más de un juego de sábanas. Alguna forma de matar el tiempo que no sea chutar una pelota medio deshinchada por el asfalto.

La doctora Shannon suspira.

—Por desgracia, no tengo autorización para proporcionaros ninguna de esas cosas. Ahora, la medicación...

—¿Le parece a usted que yo tengo cambios de humor repentinos? —le pregunta Sonya.

—No —responde la doctora Shannon—. Lo tienes todo bajo control, señorita Kantor, como siempre.

Sonya vuelve a ponerse el cárdigan.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —plantea, y se pone en pie para marcharse.

3

Ha vuelto.

Está de pie, en la cocina, con un vaso de agua en la mano, lo cual implica que ha estado rebuscando en su armario hasta encontrarlo. Alarga la manaza para tocar el tomillo que crece detrás de la pila, en el tramo de luz que entra por la escalera de incendios. Lleva una cadena en el cuello y, en el extremo, un anillo con una piedra púrpura que Sonya reconoce y que pertenecía a la madre de Alexander.

Cuando se da cuenta de que ella lo observa, se lo guarda bajo el cuello de la camiseta.

—Pensaba que te habría quedado claro —dice ella—. No eres bienvenido aquí y, por tanto, tampoco puedes presentarte y registrarme la casa.

Deja la puerta abierta a sus espaldas.

—Tampoco es que haya mucho que registrar —responde él—. Pero si llego a necesitar un puñado de cables pelados, serás la primera persona a la que le preguntaré.

Sonya echa un vistazo a la hilera de cajas de madera, como un camino de jardín que conduce a su cama. Tiene un gran surtido de cachivaches, igual que Graham Carter. Una caja para las herramientas (hasta las viejas y oxidadas tienen sus usos) y una para los cables; una para clavos y tornillos de toda forma y tamaño; una para partes sueltas, enchufes y clavijas, altavoces sin caja, antenas, interruptores y tapones para empalmes. Y en una mesilla baja junto a la cama, el soldador, uno de los mayores hallazgos de la última década.

—Ya pueden estar desesperados si confían en ti para las chapuzas eléctricas —dice él—. Antes de que cayera la Delegación, no sabías ni colgar un cuadro.

—Antes de que cayera la Delegación, tú tampoco habías traicionado a toda tu familia —replica ella—. Las cosas cambian.

Él mueve la mandíbula como si estuviera mascando algo. Deja el vaso en la encimera de la cocina y se saca un trozo de papel doblado del bolsillo.

—Vengo a darte otra oportunidad de ganarte tu libertad —dice.

El recuerdo del gesto preocupado de Nikhil es lo único que impide que le diga que se vaya a tomar por culo.

—Hay una chica… —comienza—. Era una segundogénita ilegal según las normas de la Delegación. Cuando se descubría la existencia de un segundogénito ilegal, se apartaba de su familia biológica y se le entregaba a miembros destacados de la comunidad que no podían tener hijos.

El tono se le agria al decirlo. «Es por el bien común», recuerda Sonya automáticamente, uno de los eslóganes de la Delegación. De haberle respondido así, se habría ganado como mínimo treinta desideratos. Suficiente para comer en el Al's, ahora cerrado, claro.

—La Delegación —continúa— estuvo en el poder durante treinta años, así que, por desgracia, no podemos compensar a todo el mundo. Pero hemos estado localizando a los niños que siguen siendo menores y, de momento, se los hemos devuelto todos a sus padres, salvo una. Esta chica es la última. Tenía tres años cuando la separaron de sus padres, pero no somos capaces de descubrir dónde la dejaron. Con los demás, no tuvimos más que comparar los informes de los progenitores con los registros de adopción. Hemos publicado fotografías de Grace en todos los diarios, pidiendo información, pero no ha respondido nadie. Es muy extraño.

Despliega el papel mientras habla. Lo manipula con sumo cuidado, como si fuera un pañuelo que pudiera rasgarse ante la más mínima presión.

—La oferta es simple —explica—. Encuéntrala, o descubre qué le ha pasado, y te ganarás un billete para salir de aquí.

Sonya hace un gesto amplio para señalar todo el apartamento.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que estoy encerrada aquí. No son precisamente las mejores condiciones para buscar a

nadie.

—Se te proporcionará un pase para que entres y salgas de la Abertura mientras lleves a cabo la investigación —responde él—. Te vigilaremos, por supuesto, a través de la Clarividencia.

—Qué conveniente que no nos dejéis quitárnoslas —dice ella —. Aunque para el resto del mundo ahora sean ilegales.

—¿Verdad que sí?

—Vosotros sois el gobierno y no habéis podido encontrarla. ¿Qué os hace pensar que yo tendré más suerte?

—Soy administrador, no detective —contesta él—. No se me autorizó a que le dedicara demasiado tiempo a este asunto. Tú, en cambio..., tienes todo el tiempo del mundo.

Oye una puerta abrirse en el rellano; el señor Teed sale a dar su paseo vespertino. La saluda con un gesto de sombrero y echa a andar hacia la escalera.

Nikhil le dijo que aquello era un regalo. Y así lo veía Nicole. Se llevó una alegría tan grande cuando aprobaron su liberación que rompió a llorar. Se pasó días sopesando su nueva identidad. «¿Tengo más pinta de Victoria o de Rebecca?» Hablaba de que siempre había querido vivir en Portland, además; de lo poco que le importaba trabajar en la nueva fábrica de Phillips, porque era mucho mejor hacer trabajos mal remunerados que consumirse en la Abertura.

Pero el futuro de Sonya se le antoja vacío. Un muro de luz blanca.

—Dime. ¿Por qué debería anhelar lo que tenéis vosotros?

—¿Perdón?

—Te presentas aquí con ropa de segunda mano —responde; lo ha supuesto por las costuras irregulares de la camiseta, remendada por dedos inexpertos—, con un trabajo ingrato como esbirro del Triunvirato y sin alianza en el dedo, y me dices que debería desvivirme por salir de aquí. Bueno, ¿para qué? ¿Qué conseguiré ahí fuera? ¿Que me acosen por la calle cuando me reconozcan de un póster de hace más de una década? ¿Un trabajo en la fábrica? ¿Qué?

Él alisa el papel sobre la encimera que los separa.

—Eres... —Alexander deja escapar una breve carcajada—. Eres la puta hostia, ¿lo sabes? ¿Prefieres quedarte aquí comiendo judías frías de lata y viendo cómo los viejos van cayendo de uno en uno? Oye, adelante.

Recoge el vaso y apura el agua que le queda. Sonya echa un vistazo al papel de la encimera. En la parte superior, han escrito un nombre:

Grace Ward

Debajo hay una fotografía de los Ward en blanco y negro, borrosa. Aparecen hombro con hombro delante de una pared blanca. El señor Ward es un tipo alto y delgado, mientras que la señora Ward es baja y rechoncha. Los dos parecen personas risueñas, con unas arrugas faciales dibujadas por la alegría, aunque en la imagen no sonrían. No hay ninguna fotografía de Grace.

Alexander deja el vaso con violencia y rodea la encimera, en dirección a Sonya y la puerta.

—Vale —anuncia Sonya.

Tiene la mirada clavada en el nombre de la parte superior del papel.

—¿Vale qué? —pregunta él, torciendo el gesto.

—Que lo haré.

En el papel está todo escrito: la dirección de Grace, su fecha de nacimiento y una descripción de su aspecto físico. Sonya lo dobla en dos y se lo guarda en el bolsillo trasero, antes de echarse a un lado para dejarle vía libre a Alexander.

—¿Estás...? ¿Qué?

—No sé si puedo decírtelo con más claridad. Acepto la oferta.

—Vale —contesta, arrastrando la palabra—. Te... Te dejo el pase en la caseta del guardia. Lo podrás recoger mañana por la mañana.

Con los dedos repasa la pared de camino a la puerta, trazando débiles líneas en la cal. Cuando los aparta, tiene una fina capa de polvo en las puntas de los dedos. No se vuelve hacia ella hasta que sale al rellano.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le pregunta.

—Bueno... ¿Siguen fabricando aquellas galletas de mantequilla? Las que van en un paquete rojo con un perrito y que tienen forma de hueso.

—Arf's. Ahora el paquete es azul —contesta él.

—Esas. Dios, cómo las echo de menos.

Dicho eso, cierra la puerta que los separa.

Al día siguiente, no le queda más opción que abrirse paso entre la muchedumbre para alcanzar el portón. Las noticias vuelan en la Abertura, y esto es más gordo, en cierto modo, que la liberación de los prisioneros más jóvenes, porque Sonya regresará cuando acabe el día. Rodea a los hombres somnolientos del Edificio 2, y luego a Jack, con su pequeña libreta; Renee, con *negligé* y batín, fumándose un cigarrillo; Graham, con los pulgares enganchados en las trabillas del pantalón.

El guardia que espera sentado en la caseta de seguridad de la parte derecha del portón le resulta familiar, pero no sabe cómo se llama. Lleva mucho tiempo trabajando allí, pero Sonya jamás se ha acercado a los guardias. No hacía ninguna falta que le advirtieran de lo que eran capaces, pero muchas mujeres de la Abertura se lo habían dicho de todos modos.

El guardia (Williams, según el nombre de la chapa) la compara con la fotografía que aparece en el pase de seguridad. Es de hace una década, de cuando tenía diecisiete años. El pelo le cae por encima de los hombros y muestra unos círculos oscuros bajo los ojos, como moretones. Pero, aun así, sigue pareciéndose a ella. Se lo entrega y ella se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Tienes que volver a registrarte en un plazo de doce horas desde que te marches —le dice—, porque si no te suspenderemos los privilegios hasta que aprendas a colaborar un poquito mejor.

—Hecho —responde, y se sitúa frente a la abertura de la Abertura.

Está temblando. Durante más de diez años, la calle Verde y la calle Gris, los Edificios del 1 al 4, el mercado, los patios... han sido

todo su mundo. Un planeta reducido a una bola de nieve. Sin elecciones, sin desconocidos, sin espacios abiertos. Pero ahora recuerda la vastedad del mundo, y se le antoja tan opresiva como el aire dentro de un armario.

Las concertinas siguen rígidas en la parte superior del portón, que es lo bastante ancho como para que pase un camión. El guardia mueve una palanca y las placas de metal que tiene delante chirrían al tiempo que se separan las unas de las otras. Hay un instante en que se ve en el centro de aquella pupila dilatada. Unos pocos metros más allá del portón, contenida por agentes del orden, se extiende una muchedumbre con carteles en alto.

Y, detrás de ella, una multitud de prisioneros se esfuerzan por otear el mundo exterior.

Cruza la puerta y la arrolla un muro de sonido: gritos y chasquidos de las cámaras, y por todas partes, sin excepción, su nombre:

—Señorita Kantor, ¿cómo se siente al pisar el mundo exterior por primera vez en...?

—Sonya, ¿qué opinas de la Ley de los Niños de la Delegación que...?

—¡Eh, chica del póster! ¡Aquí!

Hay carteles atados a palos de escoba, reglas y ramas. Algunos son positivos:

BIENVENIDA, NIÑA DE LA DELEGACIÓN

Otros, no tanto:

¡SI NO MUESTRAS PIEDAD, NO RECIBES PIEDAD!

Por lo general, todos los carteles muestran la misma imagen: su rostro, en el mismo póster de la Delegación que una vez cubrió

la ciudad, aunque con una única palabra tachada y un añadido.

LO JUSTO INJUSTO
ES JUSTO INJUSTO

Sus propios ojos, de un tono gris claro en la fotografía en blanco y negro, le devuelven la mirada entre aquellas palabras. No sabe adónde ir, ni siquiera sabe en qué dirección está mirando. Siente el impulso de gritar; recuerda el estridente sonido de su propia voz cuando le hundió el pulgar en el ojo a aquel tipo de su apartamento, pero esto no es el oscuro vacío del Edificio 2, ahora está fuera y en todas partes, y lo único que puede hacer es seguir adelante.

Una mano la agarra por el codo y ella se zafa, pero el rostro de la mujer tiene la expresión de delicada urgencia de quien pretende ayudarte. Sonya la reconoce: Rose Parker. Cuando Rose le desliza el brazo por los hombros, ella se lo permite. Agacha la cabeza bajo el abrazo y observa cómo los zapatos de las dos se mueven al unísono.

Sonya tiene el calzado tan desgastado que nota cada piedrecita a través de las suelas. Rose lleva unas deportivas rosas, del color de la sandía cuando aún está verde. Se alejan de la multitud a tal velocidad que casi están corriendo. Sonya se ha quedado sin aliento cuando el ruido desaparece. Se separa de Rose y se apoya contra un muro de ladrillo.

Están en un callejón, delante de un contenedor rebosante. De hecho, el callejón al completo parece rebosar, de sillas con el asiento reventado, de bolsas de plástico desgarradas, de sofás hundidos vomitando relleno, de bolas de papel de periódico, de cajas de cartón en proceso de putrefacción. El hedor es intenso. Frente a ella, los grafitis se entrelazan en el ladrillo con todos los colores imaginables.

PUTA DELEGACIÓN es el que más le llama la atención, pero hay otras frases que no entiende.

ARMADA ANALÓGICA
DESMEDICALIZACIÓN PARA TODOS
ABAJO LAS FRONTERAS

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Rose, con una nota áspera en la voz.

Cuando se presentó en la Abertura para llevar a cabo las entrevistas que necesitaba para el artículo de los Niños de la Delegación, tenía el pelo recogido en decenas de trenzas apretadas, pero ahora no es más que un tumulto ensortijado contenido por una cinta con estampados florales.

—Sí —contesta Sonya, y añade un «gracias», porque es lo que se espera de ella. La Clarividencia le brilla en su perpetuo halo; alguien, probablemente Alexander Price, la observa.

—No sé si te acuerdas de mí —comienza Rose—. No hemos llegado a hablar nunca directamente.

—Me acuerdo.

Rose quiso entrevistarla junto con el resto. Estaba en el mercado, grabadora en mano, llamando a todos los jóvenes a los que veía por la Abertura. Era un imán con la misma polaridad, una fuerza que repelía todo lo que la rodeaba. Se había dirigido a Sonya por el apellido. «Señorita Kantor, si tuvieras un momento para hablar de...»

Sonya no tenía ningún momento.

—Bueno —continúa Rose—. El señor Price me ha dicho que quizá podría comprar tu cooperación con esto.

Mete la mano en el bolso que le cuelga en un lado y saca una estrecha cajita azul que reza ARF'S, con un dálmata dibujado encima de la «F». Galletas de mantequilla.

Sonya frunce el ceño y no las acepta, por mucho que quiera. Casi puede sentirlas deshaciéndose bajo la lengua.

—¿Mi cooperación? —pregunta.

Rose extrae un dispositivo negro con un micrófono con espuma del tamaño de una nuez en el extremo.

—Me gustaría escribir un artículo sobre ti, uno de los rostros

más famosos de la Delegación, y...

—No —responde Sonya.

—Podría hablarle a todo el mundo sobre tu misión, hacerles saber que tus intenciones son buenas...

Sonya suelta una risotada.

—Ser la marioneta de tu nuevo gobierno para llevar a cabo una misión imposible no tiene nada que ver con mis intenciones —dice Sonya—. Ahora, si me disculpas.

Echa a andar hacia el fondo del callejón. No sabe dónde está, y tiene la mente demasiado nublada como para recordar la geografía de la ciudad. Pero debe marcharse de allí.

—Espera. —Rose le ofrece su tarjeta de visita, con el nombre, el número de teléfono y la dirección—. Por si cambias de opinión.

Sonya suele tener la sensación de que su cabeza es igual que la arcilla endurecida al sol durante demasiado tiempo como para adoptar formas nuevas. Pero acepta la tarjeta de todos modos.

La ciudad es puro bullicio. Por todas partes resuenan los chirridos de los monorraíles sobre las vías, los cláxones de los autobuses que avisan a los peatones para que se aparten, los timbres de las bicicletas que tintinean a sus espaldas, a su lado, delante de ella, y las voces, gritos, charlas, risas, desvaríos. Tarda media hora en comprender que está oyendo otra cosa: el silencio de los neumáticos, de los vehículos personales asignados únicamente a aquellos con las notas más altas de deseabilidad. No hay ni uno solo a la vista.

Sube la escalera a una parada de monorraíl, no para montarse, sino para echarle un vistazo a uno de los mapas. El monorraíl se construyó durante un impulso por el transporte público, mucho antes de que naciera. No es tan rápido como el Centella, un tren en un túnel de vacío que conecta los segmentos de la megalópolis, pero es preferible para distancias cortas. Se echa la capucha hasta cubrirse el ojo derecho. El brillo de la Clarividencia llama la atención aquí fuera.

Mientras observa el mapa, empieza a recordar dónde está. La

Abertura se encuentra en el centro de la rama de Seattle de la megalópolis, donde la línea irregular de rascacielos da paso a unos edificios más contenidos. Cerca, a lo largo del rompeolas que contiene el paseo marítimo, se extienden los barrios en los que la gente se peleaba por vivir. Era un privilegio alejarse del barullo del centro, una señal de lealtad y buen servicio.

Está a apenas unos pocos barrios de Washington Park, donde vivía su familia. Sigue llevando el trozo de papel con el nombre de Grace Ward en el bolsillo, doblado en cuatro. En el andén, ve llegar el siguiente monorraíl, con las ruedas silbando en los raíles. Una multitud espera cerca del borde del andén. Sus ropas cubren todo el espectro de colores, desde un neón brillante hasta un beige apagado. Una adolescente lleva un bodi ajustado salpicado de pintura y el pelo teñido de rosa. Sonya no es capaz de apartar la mirada mientras la chica masca chicle y da saltitos sobre las puntas de los pies, impaciente por que se abran las puertas del tren. Llevar una ropa así le habría costado como mínimo quinientos desideratos a una persona ese día, una multa por alborotadora. La mayoría de la gente ni se molestaba.

Cuando las puertas se abren, todo el mundo se apiña. No tienen Clarividencias que escanear en la puerta, y Sonya comienza a preguntarse si ella podrá utilizar el monorraíl. Antes costaba desideratos, pero ahora parece que no hay que pagar nada.

Espera a que llegue el tren siguiente junto a una mujer con una bolsa de la compra entre los pies que sostiene un libro de tapa blanda entre el pulgar y el índice. Sonya lo lee por encima del hombro de la mujer. Es poesía:

¿Recuerdas la sensación
de apartar la mirada,
de apartar la mente?

La mujer se da cuenta de que Sonya está observando; recoge la bolsa y se aleja. El monorraíl llega a la estación y Sonya sigue al resto hacia el interior, en parte temiendo que salte una alarma cuando atraviese las puertas. Sin embargo, estas se limitan a

cerrarse tras de sí con un golpe seco, y el tren se marcha de la estación meciéndose como un bote en una estela.

Sonya permanece de pie, cerca de la puerta. Los otros pasajeros se han acomodado en asientos manchados y agrietados. Un chaval de no más de doce años sorbe de una lata de Coca-Cola; Sonya resiste el impulso de reprenderlo por saltarse las normas y ganarse así unos cuantos desideratos. Un hombre empuja a una anciana para que le haga sitio; ella lo fulmina con la mirada, pero aprieta el brazo aún más contra su cuerpo. Una mujer vestida con harapos camina por el pasillo entre tambaleos. Sonya observa el mapa que hay en la pared del monorraíl. Solo la separan dos paradas de la Treinta y Cuatro, donde debe bajarse.

Fuera, la ciudad está cubierta de niebla, pero no por el denso humo de la contaminación, sino por la típica bruma de la mañana. Las calles están abarrotadas y hay señales de abandono por todas partes, como si no hubieran arreglado nada desde que ella entró en la Abertura. Y tal vez ese sea el caso. Un semáforo pende de un poste en un equilibrio precario y las luces titilan. Una grieta en el asfalto se ha ensanchado tanto que podría engullir a un hombre entero; una mujer y su hijo la rodean. A la Delegación se le daba bien mantener el orden, algo que por lo visto no ocurre con el Triunvirato.

El tren frena y una voz robótica anuncia la parada de Sonya. Baja sola a un andén desolado. Ha estado allí muchas veces; cogía el monorraíl todas las mañanas para ir a clase, y a casa de Aaron cada pocos días, o a la de su amiga Tana los sábados por la tarde para ver películas para adultos en el cine que había cerca de allí. Al coger el tren sola, se sentía mayor; fingía que iba de camino al trabajo, o a recoger a los niños del cole.

Ahora se siente una reliquia. El espectro que atormenta un cementerio.

Baja por la escalera hasta la calle. En otras zonas, el caos de la ciudad parece ser el resultado de malos comportamientos; allí, la culpa es de la indiferencia. Las tiendas, antaño una fila de encantadoras *boutiques* y cafeterías, están tapiadas. Las hierbas de los parques están muy altas y descontroladas; las ramas de los

árboles se entrelazan con los cables de la electricidad y cuelgan pesadamente sobre las calles. Salta por encima de un semáforo caído, y oye cómo crujen trozos de cristal bajo sus pies.

Recuerda a las criaturas en cochecitos de bebé que llevaban sombreros para protegerse del sol; recuerda a las personas que caminaban hombro con hombro y cuyos nudillos se rozaban al mecer los brazos; recuerda a los perros que olisqueaban las puertas y las esquinas de las vallas. Pero en aquel lugar ya no tiene cabida lo mundano. Gira en la intersección siguiente y baja por la calle donde vivía su familia.

Allí también hay escombros, pero de otro tipo. Pasa por encima de una caña de pescar rota, una bolsa de costura con agujas relucientes asomando desde el interior, una bicicleta infantil sin ruedas. Reconoce la estructura maltrecha del sofá de brocado que había en casa de los Pérez, volcado en el patio delantero; salta a la vista que ahora acoge a pequeños mamíferos. Se detiene en mitad de la calle para observar las puertas arrancadas de sus goznes a ambos lados, las ventanas rotas, los restos calcinados de las segundas plantas.

Su familia huyó poco después del alzamiento. Su padre llegó a altas horas de la noche y les dijo que prepararan una muda y un cepillo de dientes. Condujeron por la calle con los faros apagados, alumbrados solo por el brillo del salpicadero y las Clarividencias.

Sonya sigue caminando.

La casa de los Kantor es de ladrillo rojo. Dos pisos de altura, con abetos en las lindes de la propiedad. El lado derecho de la casa está medio derruido y la segunda planta se ha derrumbado sobre la primera. La habitación de Sonya y la de invitados se han fundido en una sola.

Dos pilares blancos encuadran la puerta delantera, que descansa sobre un lateral de la casa, donde solían crecer las lilas. El jardín está surcado por muebles rotos, como las entrañas que se salen del cadáver de un animal. Se pone de puntillas cerca de la puerta delantera para palpar el marco hasta dar con la llave de emergencia. Allí está, cubierta de polvo y con restos de pintura del marco pegados a ella. Se la guarda en el bolsillo.

Han desaparecido las alfombras, las paredes están agrietadas y desconchadas y los pocos muebles que quedan están rotos. No se fía de la escalera que sube al piso de arriba. Deambula hacia el comedor formal, a la izquierda, donde el tablero de la mesa se ha hecho añicos y ha llenado el parqué de perlas de vidrio. La estructura metálica sigue indemne.

Todos los cajones del armario empotrado de la pared del fondo están abiertos, pero hay algo en uno de ellos que refleja la luz: uno de los servilleteros que su madre guardó de la primera fiesta con cena que organizó, un sencillo aro amarillo de plástico. Parece más bien un mordedor para bebés. Su madre siempre insistía en lo decidida que estaba en que todo fuera «bonito», por muy jóvenes y pobres que fueran; servilleteros de plástico, servilletas de poliéster en vez de papel, platos de melamina a juego. «No hay forma de justificar la falta de esfuerzo», le gustaba decir, una de las frases que Sonya solía repetirse cuando veía a personas desaliñadas o conflictivas.

Sigue andando hasta que alcanza el umbral del despacho de su padre, donde no le estaba permitido entrar ni siquiera de adolescente. Pero ahora no es más que una ruina. Hay libros por todas partes, pudriéndose sobre el parqué. Han desbaratado su escritorio y esparcido los archivos, roto las estanterías y destrozado los recuerdos. El plato de barro que le hizo cuando estaba en primaria, un cuenco de hojas pintado de un verde oscuro para que combinara con las paredes, está hecho añicos en el suelo. Se arrodilla para recoger los fragmentos, uno a uno.

Cerca del borde del escritorio está el póster, protegido por un cristal. LO JUSTO ES JUSTO. Decidió colgarlo exactamente delante de él para que Sonya pudiera observarlo mientras trabajaba, o, vaya, eso afirmaba su padre. Permanece un buen rato de cuclillas, con los restos del plato en las manos y su rostro adolescente fulminándola con una mirada en blanco y negro. Alguien ha pintado una cruz roja en el cristal, pero aun así puede ver a través de ella.

Su padre fue el que le pidió que posara para la fotografía del póster. A Susanna no le hizo ni pizca de gracia. Se pasó días

rezongando. Pero Sonya chillaba de emoción ante la idea de que empapelaran toda la ciudad con su cara.

Se pone en pie y sale del despacho. Las habitaciones están dispuestas en una cuadrícula, conectadas por pasillos, de modo que atraviesa la cocina, con sus baldosas rotas y armarios descolgados, hacia la lavandería, medio enterrada por los escombros, donde la lavadora permanece imperturbable.

Va recogiendo cosas de camino: una cuchara de entre los restos de la cocina, una de las púas de guitarra de Susanna, encajada entre los tablones del parqué, la chapa de una botella que su padre guardó después de la primera cita que tuvo con su madre. Se fija entonces en el gran televisor del salón, un ancho panel de vidrio diseñado para sincronizarse con todas sus Clarividencias, que han aporreado repetidamente con un objeto contundente, y la pintada con espray que hay en la pared del recibidor y que reza: ESCORIA DE LA DELEGACIÓN. Se queda mirándolo un buen rato.

Todos los humildes recuerdos que se ha metido en los bolsillos repiquetean mientras camina de vuelta a la calle, lejos del hogar familiar.

El trozo de papel con el nombre de Grave Ward también incluye la dirección de los Ward, pero Sonya no se dirige hacia allí. En vez de eso, coge el monorraíl hacia el centro de Seattle, donde altos edificios se apiñan a lo largo del paseo marítimo. Allí, apostada de forma desigual sobre una colina descendente, se alza una estructura asimétrica de cristal que antaño servía como biblioteca pública, en una época en que los libros impresos abundaban más, y que ahora utilizan de nuevo con el mismo propósito. La Delegación lo usaba como centro de reunión de la comunidad, con los libros protegidos en vitrinas como reliquias de museo.

No es la primera vez que Sonya entra en aquel lugar, aunque los únicos libros que ha leído ha sido a través de la pantalla de su Clarividencia. La biblioteca es también donde guardan los registros de la Delegación. Eso lo sabe por el artículo de Rose Parker.

Sigue la hilera de gente hacia el fulgor azul del vestíbulo. Se

siente igual que cuando entraba allí de niña, como un pececillo en una gigantesca pecera, con los paneles angulares de vidrio del techo reflejando la luz. A su derecha hay butacas que se adentran en el subsuelo, una sala de actos; frente a ella ve unas escaleras mecánicas amarillas. Se acerca a un mostrador cercano, donde un hombre de mediana edad lleva puesta una placa con su nombre. JOHN.

—Hola —le dice—. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrar los archivos de la Delegación?

John clava los ojos en su Clarividencia y vacila con un lápiz óptico sobre la pantalla de un Sonsacador; parece tan sorprendido por su presencia que se ha olvidado de lo que iba a hacer. Pero Sonya sabe que hay distintos tipos de sorpresa, con y sin alegría. Esta es de las segundas.

—¿Con qué fin? —le pregunta.

—¿Disculpe?

—¿Con qué fin? —repite, esta vez más despacio—. ¿Para qué necesita los registros de la Delegación?

—¿Es una pregunta habitual? —replica ella—. ¿O solo me lo pregunta porque soy yo?

Tiene una cicatriz cerca del nacimiento del pelo. No es la primera que Sonya ha visto, aunque esa resulta mucho más evidente que otras, porque empieza a clarearle el pelo castaño, ya con algunas canas. Da por sentado que se debe a la cirugía a la que se sometió para que le extirparan la Clarividencia. Debe de medir unos tres centímetros, y es más pálida que el resto de su piel.

Se saca el papel de Grace Ward del bolsillo, lo despliega y lo aplasta contra el mostrador, justo delante del tipo.

—No vengo aquí a recordar el pasado —dice—. Vengo a buscar información sobre esta chica desaparecida. ¿Le vale?

John echa un vistazo al nombre que aparece en la parte superior del papel y su postura se hunde ligeramente.

—Última planta —responde—. Pero necesitará un pase. Espere un momento.

Le entrega un brillante cuadrado de papel plastificado. Han escrito encima REGISTROS DE LA DELEGACIÓN con permanente.

—Gracias —dice ella. Se guarda de nuevo el papel de Grace Ward en el bolsillo y echa a andar hacia las escaleras mecánicas.

De camino a la última planta, alguien que va en la dirección contraria señala a Sonya y le da un codazo a su amiga, emocionada. Las dos la saludan y, por un momento, Sonya se pregunta si las conoce, antes de oírlas gritar: «¡Eh, chica del póster!».

Los registros de la Delegación ocupan la mayor parte del último piso. Filas y filas de librerías marrón topo con un delgado archivo por cada una de las personas que vivieron en la megalópolis de Seattle-Portland-Vancouver Sur. Se queda inmóvil entre ellas con el pase plastificado en la mano, sin saber adónde ir. Sobre ella, el techo de cristal rómbico se inclina hasta culminar en su vértice. A través de él, observa las estructuras de piedra y vidrio que se amontonan en torno a la biblioteca, bloqueando parte de la luz.

Por inercia, se centra en el techo para obtener información sobre el edificio: la persona que lo diseñó, el año en que se construyó, el estilo. Pero la pantalla de la Clarividencia está, por supuesto, inerte; no le presenta nada. Se pregunta si Alexander Price la estará observando y se estará burlando de ella por ese viejo hábito.

En la parte superior de la escalera hay un cartel que describe la sala de registros:

> Podría resultarnos extraño que la Delegación, que tanto dependía de la Clarividencia para localizar, recompensar y castigar a los ciudadanos, conservara registros en papel. De hecho, conservaron registros tanto digitales como analógicos sobre sus ciudadanos mientras ostentaron el poder, a pesar de que los analógicos solo contuvieran la información que la Delegación consideraba más relevante. Los registros digitales, mucho más vastos, fueron destruidos por un oficial del gobierno desconocido durante el alzamiento, pero los libertadores fueron capaces de recuperar la totalidad de los registros en papel del Ayuntamiento de Seattle, que ahora ponemos a disposición de nuestros visitantes. Creemos que estar en contacto con nuestra historia nos proporciona las herramientas necesarias para evitar sus peores errores.

Sonya lo lee con la boca torcida en una mueca, rezagándose en la palabra *libertadores*. Se acuerda de su padre tapándole la boca

con la mano de camino al coche mientras trataban de huir, de que la palma le olía a jabón de limón; de los surcos rojos que le salieron en las muñecas por las bridas después del arresto; de las tres bolsas negras para cadáveres dispuestas sobre el musgo, fuera de la cabaña...

Extrae un archivo de una de las baldas y lee el nombre de la parte superior. TREVOR QUINN. Lo devuelve a su sitio y saca el archivo que hay en la estantería inferior. REBECCA RAND. No hay nadie más en aquella sección, ni nadie que la vigile. Podría perderse allí, sumergirse en historias del pasado. Los objetos que ha recogido en la casa familiar le tintinean en el bolsillo mientras se dirige al fondo de la sala, donde encuentra las «W».

Hay una hilera entera de Wards, aunque no todos están emparentados. Están ordenados alfabéticamente: Alexander, Anna, Anthony, Arthur, hasta llegar a George, Gertrude, Gloria, Grant, Greg. Ni rastro de Grace. Una chica ilegal no tiene archivo de la Delegación.

Pero en el papel que le dio Alexander también aparecen los nombres de los padres de Grace: Roger y Eugenia Ward. De modo que coge el archivo de Eugenia y se sienta en el suelo, entre las estanterías. Las páginas están cargadas de texto. LUGARES PREDILECTOS es el título de una; COMPRAS HABITUALES el de otra, con una cantidad de desideratos asignada a cada artículo. Bolsas de basura, cero desideratos; tampones, cuatro desideratos; un paquete de seis cervezas, cincuenta desideratos. Los padres de Sonya discutieron una vez sobre el precio de los tampones; su madre exigía saber por qué los tapones no entraban dentro de la categoría de artículos gratuitos, teniendo en cuenta lo necesarios que eran, y su padre argüía que no todo el mundo los utilizaba, y que no todo podía entrar en la categoría de artículos gratuitos, pero que, en vez de eso, podía comprarse compresas por dos desideratos.

Examina la lista de las ganancias de los Ward, subrayadas en amarillo y etiquetadas como DENTRO DE LA MEDIA. Roger parecía haber ganado muy pocos desideratos, lo cual sugería que no era muy dado a participar en la sociedad, y Eugenia perdía los

suyos por descuidos, por nimiedades como cruzar la calle fuera de las zonas aprobadas, subirse al tren sin dejar que otra persona saliera antes, soltar tacos delante de su hija. Pero no hay nada destacable. Sonya pasa a las adquisiciones más recientes, para ver si hay algún indicio de que estuvieran acogiendo a una segunda hija ilegal, pero habían ido con cuidado. Debían de haber planeado la segunda hija con antelación, y haber reservado pañales, comida y juguetes de la primera hija para que pudiera aprovecharlos la segunda. Era una empresa muy elaborada.

Sonya se muerde las uñas. Hay algunas rarezas anotadas en el informe, como, por ejemplo, que Eugenia Ward se inclinara por ciertos bienes de lujo no perecederos, entre ellos frutos secos, dulces y mostaza, algo poco común para alguien de su estatus, y que no se ajustaba al resto de sus compras. Pero ni siquiera eso le resulta de ayuda a Sonya; no puede seguirle la pista a la adolescente Grace Ward rastreando compras de mostaza.

Deja el archivo de Eugenia en su sitio, y está volviendo sobre sus pasos por el pasillo central de camino a la entrada cuando ve la etiqueta de la «K» y se desvía de su rumbo.

Sus dedos sobrevuelan los nombres de August y Julia, dudosos, antes de extraer el archivo de SONYA KANTOR de la estantería.

Se salta las primeras páginas; INFORMACIÓN BÁSICA, LUGARES PREDILECTOS, COMPRAS RECIENTES. Era pequeña por aquel entonces, y no había compras destacables. Entradas de cine, chucherías en el colmado de la esquina, cosas para la escuela. Su historial de desideratos le dibuja una sonrisa en los labios; siempre tuvo un número elevado para alguien de su edad, lo cual significa que ganaba muchos desideratos con su comportamiento y solo compraba artículos con un alto índice de deseabilidad: entradas para películas para adultos, tentempiés saludables, ropa modesta. Cada entrada está subrayada en verde; según la leyenda, el verde significa POR ENCIMA DE LA MEDIA.

Hacia el final, encuentra una hoja titulada EVALUACIÓN DE CONTRIBUCIÓN:

> Sonya Kantor es la segundogénita legal (Permiso #20692) de August y Julia Kantor. No muestra signos de enfermedad mental más allá de lo esperable, aunque tiene una propensión a los cambios de humor por encima de la media para su edad. Muestra una inteligencia moderada, por debajo del nivel del resto de su familia. Dicho esto, sus resultados mediocres en la escuela pueden atribuirse tanto a una falta de interés como de capacidad; le aburren los textos difíciles y parece sacar notas aceptables solo para ganar desideratos. Sus intereses extracurriculares son relativamente superficiales, y aunque sea competente tanto en piano como en canto, no posee un talento especial para ninguno de los dos. Cumple con los protocolos de la Delegación, y muestra un gran deseo por contentar y una buena memoria para las normas y las regulaciones. Confía rápido en los demás y no es una persona demasiado curiosa. A pesar de que en ocasiones muestra un interés furtivo por el mismo género, parece ser explícitamente heterosexual, y sería una pareja adecuada para un empleado prometedor de la Delegación. Con todo, por sí misma no es una opción viable para que se le asigne un empleo en la Delegación.

Sonya deja de leer. Cierra la carpeta y la devuelve a la estantería, entre la de su madre y la de su hermana; solo había una familia Kantor en la megalópolis, así que no hay ningún otro nombre que ordenar. De camino a la calle, y después de haber tirado el pase plastificado al suelo de moqueta, se presiona las mejillas con las manos para enfriárselas.

Baja por las escaleras mecánicas sin dejar de palpar los objetos que lleva en los bolsillos, el tapón de la botella, los fragmentos del plato que le hizo a su padre, la púa de guitarra. Luego se pone la capucha para ocultarse el ojo derecho y regresa al monorraíl.

4

Alexander Price está en la ventana, donde el tapiz le bloquea la visión de la calle más allá de la Abertura. Está sujetando el tapiz para poder observar el colmado de la esquina, donde ha visto gente con prismáticos oteando las ventanas del Edificio 4 como si buscaran aves. Tiene el pelo más largo, una mata densa y ondulada negra como el azabache. Cuando se vuelve hacia ella ya no parece tan amenazante. Le recuerda más al niño al que espiaba por encima de la isla de la cocina cuando en teoría debía escuchar a Aaron.

De todas formas, Sonya sigue dejando la puerta abierta al entrar.

Había una multitud en la entrada cuando ha regresado, esperándola. No le ha quedado otra opción que abrirse paso a codazos. Una persona le ha gritado a la cara, y ha notado su aliento rancio y cálido. Otra le ha escupido en el abrigo; se lo ha limpiado más tarde, ya dentro, con un pañuelo que se había guardado en la manga. Otras han tratado de hacerle fotos con sus Sonsacadores, o intentado que les firmara pedazos de papel. Se ha mantenido firme mientras se alejaba de la caseta del guardia, y luego se ha derrumbado contra el muro exterior del Edificio 4 para recuperar el aliento.

Ahora piensa en la pared de la casa de sus padres en la que han escrito ESCORIA DE LA DELEGACIÓN.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a Alexander en un tono que le habría costado dos desideratos si aún existieran.

—Me parece que has tenido un día movidito —responde.

Gira la cabeza a un lado. Tiene una cicatriz en la sien, de un tono más oscuro que el resto de su piel ligeramente morena, e irregular, como si al cirujano que le extrajo la Clarividencia se le

hubiera resbalado el bisturí.

—He estado repasando tus imágenes —dice.

—Entonces habrás visto que no hay forma de que encuentre a la chica —contesta ella—. No tengo hilo del que tirar. Ni siquiera se la menciona en los archivos de sus padres.

—Lo que he visto es que no tienes demasiado interés en encontrarla. —Suelta el tapiz y se aparta de la ventana—. A juzgar por lo primero que has hecho al salir de la Abertura.

—¿Me estás diciendo que tú nunca has vuelto a tu antigua casa? —replica—. Dudo que los padres de Grace Ward se enteren de esa hora de más que he pasado allí.

—La cuestión no es el tiempo, sino tus prioridades. Hay una familia que lleva diez años sin ver a su hija. Si te parece bien que...

—Lo que creo es que el Triunvirato no espera que la encuentre —se defiende Sonya—. Así que prefiero aprovechar lo máximo posible el tiempo que pase fuera de la Abertura.

—Joder, qué típico. No te has planteado en ningún momento ayudar a esa pobre gente, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero también me planteé que la persona que me había ofrecido un caso sin resolver de hace una década a cambio de mi libertad no estaba demasiado interesada, en realidad, en que me soltaran, y que quizá su única intención era montar un numerito para publicitar la misericordia del Triunvirato.

Alexander se acerca a ella y la mira fijamente durante un largo rato antes de volver a hablar.

—Vacíate los bolsillos.

«Vete a la mierda —piensa ella—. Puto gilipollas, como te...»

—No —responde—. Fuera de mi apartamento.

—Esto no es «tu apartamento», esto es una celda que pertenece a los ciudadanos de este sector, que la financian con sus impuestos en dólares y que, con gran generosidad, te permiten vivir aquí en lugar de en la prisión de máxima seguridad.

Sonya piensa en el cuchillo que hay en el cajón de la cocina, con el mango pegado con cinta adhesiva.

—Vacíate los bolsillos —repite él.

Antes creía que no tenía nada que perder. Y esa es también la

filosofía de la gente con la que solían relacionarse ella y David. Y tienen razón: a fin de cuentas, están condenados a cadena perpetua en la Abertura; no los espera ninguna otra consecuencia grave por lo que puedan hacerse los unos a los otros. Podrían trasladarlos a la prisión junto con los asesinos y ladrones del Triunvirato, sí, pero no ha ocurrido jamás, así que piensan: «Venga, vigiladme», mientras desafían las normas de su encarcelamiento. «Venga, detenedme.» Y nadie los detiene, nadie ha sido detenido.

Pero ahora Sonya sí tiene algo que perder, de modo que coge las cositas que se ha guardado en los bolsillos. Los fragmentos del plato que le hizo a su padre, la púa de Susanna, el servilletero de Julia, la llave de emergencia de la casa, la chapa de August. Lo suelta todo en la encimera de la cocina que tiene al lado con un repiqueteo.

Al ver ahora aquellos objetos a través de los ojos de Alexander, se da cuenta de que parece basura. Bien podría haberlos encontrado en un callejón.

Él se ríe entre dientes, lo recoge todo con la mano y se lo guarda en el bolsillo del abrigo.

—No deberías añorar tu vida anterior —le dice—. Todo aquello de lo que disfrutaste fue a costa de otra persona.

—Yo no hice nada. No le hice nada a nadie.

Él resopla.

—No me queda nada de mi familia —insiste ella—. Esto es todo lo que tengo.

—No es más que un montón de porquerías, Sonya. —Alexander frunce el ceño—. ¿Quieres saber si he vuelto alguna vez a la casa de mi familia? Pues claro. Pero no me llevé nada de lo que compraron con el sufrimiento de otras personas.

Está cerca. Huele a chicle de menta. Tiene los dientes blancos apretados.

—Ayudé al alzamiento a quemarla hasta las cenizas —añade.

—Yo... —Sonya intenta que no se le rompa la voz. Lo mira—. Hubo un tiempo en que deseaba que hubieras muerto tú en vez de él. —Deja escapar una risita—. Buf, fantaseaba con ello todas las

noches... Me inventaba un mundo en que fuera él quien estuviera vivo, donde estábamos juntos en la Abertura, o incluso donde le habían perdonado la vida de algún modo y era libre, y se había casado con otra mujer, tenía dos hijos, una casita...

Recuerda el brillo de la Clarividencia reflejado en el techo agrietado de su primer apartamento de la Abertura, una luz que jamás se apagaba, aunque allí cortaban la electricidad a las diez de la noche.

—Pero ahora —continúa— tengo la esperanza de que vivas muchos años. Espero que pienses en él a cada instante. Espero que inhales el dolor de haberlo perdido y exhales la culpa de haberlo traicionado.

Aaron y él tenían los mismos ojos negros. Pestañas largas. Alexander parpadea y luego la rodea. Sonya oye los restos de su antigua vida chocando entre sí en sus bolsillos mientras camina.

Se vuelve para verlo marchar. Por encima de su hombro, distingue a Nikhil, que se ha parado en mitad del recibidor, con un puñado de tomates apretados contra el vientre.

Los dos hombres se quedan quietos, mirándose fijamente. Luego Alexander abre con violencia la puerta que da a la escalera y desaparece.

Se comen los tomates crudos, enteros, sin siquiera plantearse cocinarlos. Cocinarlos implicaría que no sintieran la tensión de la piel cuando cede, y eso es la mitad de la alegría de comerse un tomate. Ya no son las únicas verduras que se pueden comer crudas; ahora disponen de col y judías verdes, y zanahorias y rábanos durante los meses más fríos. Un año intentaron cultivar pimientos, pero las plantas se marchitaron con el sol.

Sonya calienta el arroz y las judías que cocinó la otra noche y que había conservado refrigerados en la nevera, una de las únicas del Edificio 4. Mientras arrastraba la nevera escaleras arriba desde el apartamento del señor Nadir, se preguntó si aquel acto habría supuesto que ganara desideratos, por el reciclaje, o que los perdiera, por robarle a un muerto. Como ocurría con tantas otras

cosas últimamente, era difícil saberlo.

Ha dejado el papel con el nombre de Grace Ward sobre la mesa. Nikhil lo despliega y lo lee.

—¿Quién es? —pregunta.

—¿No la conoces? Pensaba que quizá te sonaría el nombre. Sus padres debieron de pasar por tu despacho cuando los arrestaron.

Antes del alzamiento, Nikhil trabajaba para la Delegación, igual que el padre de Sonya. Decidía las sentencias para los culpables de violaciones graves de los protocolos de la Delegación: personas que tenían más de un hijo sin el permiso correspondiente, que manipulaban sus Clarividencias o que traficaban con bienes indeseables o ilegales en los mercados clandestinos. Fue un milagro que salvara la vida después de la caída de la Delegación. Muchas de las personas que habían cometido una ilegalidad y habían pasado por su despacho para recibir el castigo correspondiente se habían convertido en disidentes durante el alzamiento.

Ayudó, quizá, que decidiera no huir.

—Pasaron demasiadas personas por mi despacho —responde Nikhil—. Demasiadas como para que me suenen todos sus nombres. Aunque siempre me compadecí de los que infringían el Protocolo 18A. De todos los crímenes que una persona podía cometer, querer tener un segundo hijo no era tan terrible.

Sonya arquea una ceja.

—Pero es que era un acto de un egoísmo absoluto —repone ella—. El Protocolo 18A se aprobó para asegurarse de que disponíamos de recursos suficientes para todos los niños. El deseo de replicar tu material genético no debería prevalecer sobre el bien común...

—No me puedo creer que aún te sepas todo eso de memoria —responde él con una sonrisa triste.

—No me lo sé de memoria, lo que pasa es que...

En ese momento, se acuerda de la evaluación de su archivo, en la que se afirmaba que tenía buena memoria para las normas y las regulaciones.

—Grace no tenía archivo —continúa Sonya, dándole

golpecitos al papel. Está ya arrugado y desgastado, de las incontables veces que lo ha plegado y desplegado—. Y me sorprendió, porque daba por sentado que la Delegación conservaría registros de ella por muy ilegal que fuera.

—Y no te equivocas. —Nikhil mira el papel y frunce el ceño —. Quizá solo lo tuvieran digital.

Sonya suspira.

—¿Has leído alguna vez el cuento de Vasilisa la Bella? —le pregunta ella—. Mi padre me lo leyó una vez. La madrastra de Vasilisa la odiaba porque era bella, porque no era suya. Por eso envió a Vasilisa al bosque a conseguir fuego de Baba Yagá, una bruja que cocinaba a la gente y se la comía. —Sonya se mira las manos, cerradas ligeramente sobre la mesa, con los dedos encorvados—. No esperaba que Vasilisa regresara con vida. Esperaba que muriera. Al asignarle aquella tarea... pretendía deshacerse de ella. —Esboza una sutil sonrisa.

—Crees que te han enviado a buscar fuego. —Nikhil recoge el papel arrugado y muerde un tomate—. Bueno, puede que tengas razón. El Triunvirato cedió a las exigencias públicas de la Ley de los Niños de la Delegación, pero dudo que les entusiasme la idea de liberar a un símbolo de la Delegación. Pero si no encuentras nada en los registros oficiales, plantéate echar un vistazo en los no oficiales.

Nikhil suelta el papel y cierra las manos sobre la mesa. Le han salido manchas, y se le marchitan como un higo al sol. Aún conserva el pelo, fino y blanco. A Sonya le recuerda a las semillas de los dientes de león, erguidas con la esperanza de que se las lleve la brisa.

—Muchas de las personas a las que condené habían cometido un delito de evasión, es decir, habían pagado a alguien para que les suspendiera temporalmente la actividad de la Clarividencia, lo que, en esencia, los hacía invisibles durante unas pocas horas — explica.

—No sabía ni que eso fuera posible.

Nikhil asiente.

—Es difícil, sí, y caro..., pero posible. La mayoría

aprovechaba ese tiempo para entregarse a los peores impulsos. Todo lo que puedas imaginarte y mucho más.

—¿Quién?

Nikhil hace un gesto vago en dirección a la ciudad que se extiende más allá del tapiz de la pared.

—Cualquiera, sin distinción. Personal de la Delegación y forasteros. Hay personas depravadas en todas partes, pero a algunas se les da mejor ocultarlo que a otras.

Sonya piensa que en la Abertura ha quedado patente. Los refinados jóvenes de la Delegación cocinan ahora veneno de la euforia en el sótano, se pelean en las calles y roban en los apartamentos abiertos de los demás, entre otras cosas. Incluso el señor Nadir guardaba la neverita detrás de una lámina de madera contrachapada para que nadie supiera de su existencia.

—¿Qué tiene eso que ver con Grace Ward? —pregunta.

—Verás —dice Nikhil—. Unos pocos días antes del alzamiento, conocí a una mujer impresionante que había facilitado muchas de aquellas evasiones. Se llamaba Emily Knox, aunque se la llamaba únicamente por el apellido. No sé si conocía a la chica, pero si yo tuviera que buscar información no oficial de cualquier tipo, acudiría a ella.

Sonya asiente.

—¿A qué la sentenciaste?

—No lo recuerdo —responde Nikhil con un suspiro—. Pero yo tampoco solía mostrar clemencia con los epicentros de las actividades indeseables.

Los tomates se han acabado y sus tallos nervudos yacen en una montaña sobre la mesa. Los gritos resuenan en la calle que hay al otro lado de la Abertura, como todos los días al caer la tarde, cuando es más fácil espiar por las ventanas del Edificio 4. En aquella esquina, las multitudes son algo más reducidas que cerca de los Edificios 1 y 2, donde los residentes de la Abertura arrojan con frecuencia desde las ventanas basura a los mirones. Esa noche, en el colmado que hay enfrente, solo se oyen conversaciones acaloradas y risas. Sonya siente, y reprime, la urgencia de abrir la ventana para oír de qué hablan.

Nikhil carraspea.

—No me dijiste que Alexander era tu contacto del Triunvirato. —Lo dice como si estuviera dejando algo pesado en el suelo, y ella comprende que lleva toda la conversación esperando a sacar el tema.

—Me preguntaste si era un matón de la resistencia —repone ella—. Y eso es lo que es.

Nikhil asiente.

—No tienes por qué protegerme de mi hijo —dice Nikhil.

—Ya no lo concibo como hijo tuyo. —Sonya barre con una mano los tallos de tomate de la mesa hasta la palma de la otra.

—¿Cómo está?

Nikhil tiene los ojos de Alexander y Aaron, aunque los suyos están vidriosos, como si siempre estuviera al borde del llanto. Solo lo ha visto llorar en los aniversarios de las muertes de Aaron y Nora, a quien profesaba una verdadera devoción; de hecho, incluso adoptó el apellido de ella cuando se casaron, algo inusual.

Sonya no para de pensar en por qué Alexander los entregó, a todos. Es evidente que no era porque sus padres no lo quisieran lo suficiente.

—Igual —contesta Sonya—. Está igual. —Se pone en pie y tira los tallos del tomate a la basura.

Más tarde, los dos están sentados en silencio, Sonya en la cocina y Nikhil en la silla que hay junto a su cama, con un montón de calcetines en el regazo. Se los zurce a todos los vecinos del edificio; dice que a un viejo le va bien tener responsabilidades.

La radio descansa sobre la mesa que tiene frente a ella. Le ha quitado la carcasa de plástico de la parte trasera para dejar al descubierto el interior, como si estuviera llevando a cabo una disección para la clase de ciencias. Ha extraído los cables maltrechos y está buscando repuestos en una segunda radio, imposible de reparar, que encontró en el apartamento del difunto señor Wu, en el segundo piso.

Tiene el soldador y un surtido de destornilladores que intercambió por una colcha hace cinco años. No sabe demasiado bien lo que está haciendo, pero no sería la primera vez que arregla

algo de pura chiripa.

Sonya mira fijamente la maraña de cables del interior de la radio, un hábito adquirido tras una vida entera usando la Clarividencia al máximo de su capacidad. En el pasado, aquel tipo de mirada habría hecho que el implante le presentara cierta información en la pantalla ocular. La Clarividencia le habría enseñado cómo reparar la radio.

Pero la Clarividencia ahora se limita a observarla, no a ayudarla. Arranca el plástico que protege el extremo del cable y deja al descubierto las hebras de metal retorcidas que hay debajo. Comienza entonces el delicado proceso de reconectarlo a la radio nueva, hebra a hebra, con el soldador.

Nikhil empieza a silbar. Las primeras notas hacen que Sonya se yerga, con la columna muy rígida. Las manos se le paralizan sobre los cables.

La melodía es la de *La vía estrecha*, una canción de la Delegación.

—Nikhil —exclama.

Él levanta la vista.

—Para.

Nikhil la mira unos instantes, asiente y reprende su trabajo en silencio.

Era la canción que canturreaba su madre justo antes de lo que ocurrió.

—Espera, espera, que esta es buena —le dijo Sonya a David una vez, sentados en el suelo de su apartamento. Un montón de fichas de madera tallada llenan el suelo que los separa. Alineadas entre sus rodillas hay cinco tacitas de un juego de té infantil, y una botella de licor casero turbio que sabe a pegamento.

Ella levanta un brazo, se tapa la nariz y recita:

Cuatro delegacionistas están sentados mientras el mundo estalla.
Cuatro pastillas en la mano y cuatro vasos de agua.
Cuenta hasta cuatro y se acabó lo que se daba.

Una delegacionista está sentada mientras el mundo estalla.

A veces, las bromas que se cuentan son como cavar un agujero en el suelo. A ver quién llega más lejos, a ver cuál es más negra. David dice que si eres capaz de reírte mientras te ahogas, ¿quién va a impedirte que te des un chapuzón?

Esta vez, se le saltan las lágrimas y los ojos le arden. Intenta reírse, y lo único que consigue es que el pecho le tiemble. David se acerca a ella y la atrae hacia sí. Una ficha de madera se le clava en la cadera y ella hunde la cabeza en la camiseta de él, e inspira su aroma a jabón hasta que se tranquiliza de nuevo.

5

Al día siguiente, Renee la está esperando en el portón antes de que se vaya. Tiene el pelo recogido en un moño en la coronilla, atado con una tira de toalla vieja. Aún se le distinguen las arrugas de la almohada en la mejilla.

—Hola —le dice.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—Sí, tranquila. Estaba pensando que... —Mira hacia el portón —. ¿Te dejan comprar cosas ahí fuera?

—No —responde Sonya—. No me han asignado un estipendio ni nada por el estilo. Ni siquiera tengo claro qué moneda utilizan ahora mismo.

Renee suspira.

—Bueno, pues si encuentras algún periódico tirado por ahí, ¿te importaría traérnoslo?

Casi todo lo que sabe sobre Renee lo descubrió en mitad de una nube de humo de cigarrillo en una fiesta. Trabajaba para la Delegación; tiene una hermana pequeña fuera de la Abertura. Siempre había querido celebrar un bodorrio en el jardín de la casa de sus padres y tener dos hijos, si es que conseguía obtener un permiso para el segundo. Niñas. Quería dos niñas. Siempre está intentando que los líderes de la Abertura exijan el fin del control obligatorio de la natalidad, y Nikhil dice que la solicitud siempre acaba relegada al final de la lista. Es difícil poner de acuerdo a la gente en lo que respecta al control de la natalidad cuando ni siquiera ellos comen suficiente.

—Claro —contesta Sonya—. Estaré atenta.

Renee retrocede cuando el portón se abre.

Hoy apenas hay un puñado de manifestantes en la entrada. Se apartan para que Sonya pase como el agua en torno a una roca,

pero sus ojos la siguen a lo largo de la calle, hambrientos. Cuando se ha alejado lo bastante del grupo, se echa la capucha para ocultar la Clarividencia.

Oye movimiento a sus espaldas, pero cuando se vuelve a mirar, no hay nadie.

Lleva la tarjeta que Rose Parker le entregó el día anterior pinzada entre el pulgar y el índice. La dirección que aparece impresa en la parte inferior está a una distancia considerable de la Abertura, pero Sonya decide no coger el monorraíl. Nota las piedrecitas que se le clavan en las suelas desgastadas de las zapatillas, la grava de la acera. Camina por la calle con las manos en los bolsillos y el aire húmedo mojándole el rostro.

Toma un atajo por el parque, siguiendo los muros del depósito de hormigón, el museo de arte con la fachada de piedra ondulada y los marcos angulosos de metal de las ventanas. El césped está descuidado y ha invadido la acera, y hay florecillas blancas por todas partes; malas hierbas, sí, pero aun así se plantea arrancarlas de raíz para plantarlas en el patio. Es posible que la señora Pritchard no lo apruebe.

Vuelve a oír movimiento y se mira por encima del hombro. Hay un hombre caminando tras ella, con las manos en los bolsillos de una chaqueta azul y la cara en dirección al cielo, como si se estuviera deleitando con la bruma. Ella aprieta el paso, optando por un trayecto que la lleva de vuelta a calles más transitadas. Cierra la mano, vacía. Ni siquiera ha intentado sacar la navaja de la Abertura.

El despacho de Rose Parker se encuentra en un edificio pequeño y anodino con un guardia de seguridad cerca de los ascensores y una mujer con un traje formal en el mostrador de recepción. Sostiene un libro en una mano y una manzana en la otra, de modo que pasa las páginas con dedos pegajosos. Sonya no reconoce la obra. En su brillante portada aparece el título *La destreza de los ladrones*, y un barco que corona olas verdes y púrpuras.

Sonya se baja la capucha justo cuando la mujer levanta la cabeza. La manzana se le cae de la mano mientras examina el

rostro de Sonya. Antes de tener que dar explicaciones, alguien da unos golpecitos en el cristal que las separa del despacho que hay al otro lado: Rose Parker, con un vestido azul de patrones geométricos. Le hace un gesto a Sonya para que entre, y ni la recepcionista ni el guardia de seguridad objetan nada cuando Sonya cruza la puerta del despacho.

Se trata de un espacio diáfano, iluminado por la luz que entra por las ventanas situadas a lo largo de las paredes y las lámparas del centro de la sala, que flotan como burbujas en la superficie de un vaso de leche. Aquello se le antoja desfasado a Sonya; ese tipo de apliques, con esferas relucientes que flotan de forma autónoma, eran comunes cuando era una niña, pero pasaron de moda ya durante su adolescencia. Entre eso, los libros en papel y los Sonsacadores, se pregunta si es posible que el tiempo corra hacia atrás.

También se pregunta si Alexander la estará observando en ese momento.

—Me sorprende verte aquí —le dice Rose—. Pensé que lo más probable era que prendieras fuego a mi tarjeta de visita justo después de que habláramos.

—No llevaba cerillas encima —contesta Sonya, arrancándole una risotada a Rose.

—Vaya. Una broma de la chica del póster. —Se toca el pecho —. Ven conmigo, mi escritorio está allí.

Todos los escritorios ocupan largas mesas con estanterías bajas que hacen las veces de separadores. La mayoría están atestadas de montañas de papeles: viejos artículos, periódicos de ideologías contrarias, panfletos con grapas en las esquinas. En el extremo de la sala hay varias pantallas, no demasiado distintas a la que Sonya vio destrozada en el hogar de su familia. Parece que emiten las noticias.

Bajo el gobierno de la Delegación, solo había un canal de noticias: el Canal 3. Sonya conocía a los periodistas como si de viejos amigos se tratara: Elisabeth con el informe matinal, Abby con el de la noche, Michael con el pronóstico del tiempo. En las pantallas del despacho de Rose Parker, hay cuatro canales de

noticias emitiéndose a la vez, y no hay ningún rostro que le resulte familiar, y los titulares se le antojan ininteligibles: «La Armada Analógica reivindica el asesinato de un magnate de la tecnología», «Petra Novak, representante del Triunvirato, promete ayuda continuada a las víctimas de los bombardeos de Phillips», «La vacuna de la gripe se retrasa por falta de jeringuillas». Son titulares de otro mundo.

—¿Has cambiado de idea sobre lo de la entrevista, entonces? —Rose sonríe como si supiera la respuesta. Arrastra una mesa de metal de otro de los escritorios y la coloca al lado de la suya.

Cuando se sientan, sus rodillas casi se rozan. Sonya cruza las piernas a la altura de los tobillos y junta las manos en el regazo. Rose la mira como si hubiera hecho algo fuera de lo común.

—No —contesta Sonya.

Esparcidos por el escritorio de Rose hay trozos de papel con notas garabateadas. «Parece asustadiza; preguntarle al vecino» es la que tiene más cerca, con un círculo en torno a la palabra *vecino*. «Esto suena a trola» aparece redactado en otra, con una flecha señalando algo escrito en taquigrafía.

—Necesito que me ayudes con una cosa —continúa Sonya.

—Vamos a ver. Te voy a recordar en qué punto estamos —comienza Rose—. Te negaste a participar en mis entrevistas sobre los Niños de la Delegación. Te negaste a concederme una entrevista cuando te salvé de aquella turba. Y ahora me pides ayuda. —Inclina la cabeza y unos pendientes con forma de rombo reflejan la luz—. ¿Por qué debería aceptar?

Sonya frunce el ceño.

—¿Sabes por qué me han concedido permiso para salir de la Abertura? —pregunta.

—Es posible —dice Rose—. Pero me encantaría saber cómo decides explicarlo tú.

Sonya tiene el presentimiento de que está a punto de caer en una trampa, pero ya no hay manera de evitarlo.

—Se supone que debo encontrar a una chica. Ahora será una adolescente, supongo. La Delegación la realojó porque sus padres infringieron la legislación reproductiva...

—*Realojar*, qué palabra tan fascinante —la interrumpe Rose, inclinándose hacia delante hasta que Sonya es capaz de distinguir la maraña de capilares en la comisura de uno de sus ojos—. Porque lo que en realidad significa es que les arrebataron una cría a sus padres porque no estaban lo bastante adoctrinados por la Delegación como para obtener su beneplácito. Un eufemismo algo cruel, ¿no te parece?

Sonya se endereza en la silla. Incluso después de tanto tiempo, sigue esperando la alerta de que han descendido sus niveles de desideratos y de que la conversación se considera indeseable. Pero, aunque el brillo de la Clarividencia no cese, la pantalla continúa apagada.

—¿Te he ofendido? —le pregunta Rose, repitiendo la inclinación de cabeza.

—Fui a echar un vistazo a los registros de la Delegación —comenta Sonya con un nudo en la garganta—. No hay ningún registro de su existencia en los archivos antiguos.

—Ah, conque ya has estado allí —dice Rose—. ¿Miraste los tuyos?

Sonya piensa en la moqueta áspera bajo sus pies, en la fría estantería a sus espaldas, en el peso del archivo sobre su regazo. El párrafo que la declaraba dócil pero mediocre. Piensa en el archivo de su padre, en el de su madre y en el de su hermana, todos alineados por orden alfabético...

Todos alineados en bolsas negras sobre el musgo...

—O sea, que sí —dice Rose, y la voz se le suaviza un poco—. Que sepas que todos le hemos echado un ojo al nuestro...

—Me parece extraño que no haya ningún registro de Grace Ward, ni uno solo, ni siquiera una mención en los archivos de sus padres —prosigue Sonya—. Sé que probablemente no sepas nada sobre Grace, pero he pensado en alguien que quizá pueda ayudarme. Emily Knox.

Rose suspira.

—Sí, la conozco. Dudo que haya algún periodista en la ciudad que no la conozca; no es precisamente tímida.

—¿Podrías decirme dónde encontrarla?

—¿Que si puedo? Sí. —Rose esboza una sonrisa—. Pero me gustaría que llegáramos a un acuerdo.

Bajo el mando de la Delegación, todo se cuantificaba; a todo lo que una persona dijera o hiciera le correspondía una cantidad positiva o negativa de desideratos. Pero aquellos tratos siempre eran con la Delegación, no entre usuarios del sistema de Clarividencias. Si hacías algo bueno, era la Delegación la que te recompensaba, no la persona que lo recibía; tu regalo poseía un valor intrínseco con independencia de que el receptor lo valorara o no. La Delegación era un intermediario objetivo, el juez de la valía.

Durante sus primeros días en la Abertura, le resultaba confuso hacer trueques, conseguir lo que quería solo si la otra persona consideraba que le había dado lo que le había prometido. Exigía, entre otras cosas, confianza; creer que si tú dabas primero, acabarías recibiendo otra cosa a cambio. Rose espera esa confianza ahora, y Sonya no tiene claro que pueda proporcionársela.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Una entrevista. Cinco preguntas nada más, algo breve.

Rose abre un cajón y saca la grabadora que Sonya le vio en la Abertura, una cajita negra con un micrófono recubierto de espuma en un extremo. Lo coloca sobre la mesa, entre las dos.

—Dos preguntas —replica Sonya.

—Vale, pero no quiero que me respondas con monosílabos. Quiero frases completas.

Sonya aprieta las manos y asiente. Se pregunta cuánto tendrá que entregar de sí misma para encontrar a Grace Ward, y si al final habrá valido la pena. Rose presiona uno de los botones de la grabadora y esta se ilumina desde dentro, un fulgor azul que emerge por los agujeros de la carcasa negra.

—Bueno, empecemos: ¿cómo te sientes al haber vuelto al mundo después de haber pasado tanto tiempo fuera?

—¿Que cómo me siento? ¿Acaso es relevante?

—Déjame a mí decidir lo que es relevante y lo que no —contesta Rose—. Responde a la pregunta.

Sonya siente como le sube la temperatura. Se lleva una palma fría a la mejilla y hace ademán de pasarse un mechón de pelo por

detrás de la oreja antes de caer en la cuenta de que tiene el cabello demasiado corto para eso, y que lleva así años.

—Es confuso —dice. Rose le hace un gesto para que continúe, y ella suspira—. Es como si todo el mundo hablara un idioma distinto. Entiendo las palabras, pero ya no sé qué significan. Triunvirato por aquí, Armada Analógica por allá... Ni siquiera los libros son los mismos, ni las tiendas, ni las marcas ni el empaquetado, ni... Dices que he «vuelto al mundo», pero este no es mi mundo, ¿verdad? —Traga saliva sonoramente—. Mi mundo ha desaparecido.

Rose escribe en uno de los trozos de papel que hay en su escritorio. Tiene una letra apretada y demasiado inclinada como para que Sonya sea capaz de leerla desde donde está, no sin acercarse un poco, pero se contiene.

—Segunda pregunta —dice Rose—. He estado dándole vueltas a una cosa desde que te vi por primera vez en la Abertura. Allí recibías muchísima atención, igual que aquí. Y no parece que te guste. ¿Por qué accediste siquiera a aparecer en aquel póster propagandístico en primer lugar?

—Antes quiero la dirección de Emily Knox.

—¿No confías en mí?

Sonya la mira fijamente, con la Clarividencia encendida, tal y como habría hecho tiempo atrás para conocer la puntuación de deseabilidad de Rose, el nivel de confianza que el gobierno había depositado en ella. No aparece ningún número.

—No —responde—. Y no sé por qué debería confiar en ti.

Rose esboza una media sonrisa. Arranca la parte inferior del trozo de papel y escribe algo encima, pero lo sostiene entre el pulgar y el índice, y espera.

—Mi padre me preguntó si quería hacerlo —explica Sonya—. Mi hermana, Susanna, siempre había sido la mejor en todo: matemáticas, historia... También bailando. Hablando con la gente. En todo. Total, cuando me preguntó... —Sonya suspira—. Era mi oportunidad de poder disfrutar de algo que ella no tuviera. Tenía dieciséis años. Lo único que quería era... era tener algo mío. —Le arranca el papel a Rose de las manos—. Me salió el tiro por la

culata —añade.

Se pone en pie y cruza la estancia en dirección a la puerta de cristal, donde ve a la recepcionista con el corazón de la manzana haciendo equilibrios en el borde de la mesa, libro aún en mano, y el guardia de seguridad todavía encogido contra la pared que hay cerca de los ascensores. Siente el rostro y las orejas ardiendo. Está mareada.

Piensa en la púa de guitarra que le quitó Alexander. La había encontrado encajada entre los tablones del comedor, donde a Susanna le gustaba ensayar. Era una música competente, nada del otro mundo. Lo que a Sonya le gustaba mucho más que lo que tocaba era el sonido de sus dedos corriendo por los trastes, ese deslizamiento pegajoso.

Por un momento, fuera del edificio de oficinas donde trabaja Rose Parker, Sonya es incapaz de recordar por dónde ha venido. Todos los edificios le parecen iguales. Toda la gente que pasa habla a gritos y con sequedad, todo son ceños fruncidos y codos cubiertos de nailon, botas que pisotean los charcos y le salpican los pantalones. Desdobla el trozo de papel y no reconoce la dirección. No tiene claro si es porque los nombres de las calles han cambiado o si simplemente los ha olvidado.

Se planta en el borde de la acera, justo donde se encuentra con la calzada. A sus espaldas se extienden la Abertura, un jardín en tiestos sobre una azotea, una radio rota, un techo con goteras siempre que su vecina de arriba, Laura, se ducha. Frente a ella está el monorraíl, un mar embravecido de personas que se mueven en todas direcciones, una criminal llamada Emily Knox. Se pregunta si quitarse la Clarividencia, estar totalmente a solas, es tan bueno como dicen.

Un cuerpo se acerca a ella a toda prisa y Sonya se estremece antes de darse cuenta de que es Alexander, con el cuello subido para protegerse del frío y las mejillas humedecidas por la bruma.

—Por fin te encuentro —dice—. Ha pasado algo, ven conmigo.

Le agarra el codo con una mano y ella se zafa. Él no parece percatarse, y la conduce a un callejón con un contenedor abierto. Hay una silla de madera mutilada a su lado, con las patas apuntando en todas direcciones, astilladas.

—¿Me estás siguiendo? —le pregunta ella.

—Te dije que te vigilaríamos a través de la Clarividencia —contesta, rebuscando algo en el bolsillo—. Los Ward se han puesto en contacto conmigo esta mañana.

—¿Los Ward?

—Sí, los Ward, la gente cuya hija estás intentando encontrar con la ayuda de una conocida criminal, ¿te suenan? —Se saca un enredo de cables del bolsillo con un dispositivo plateado en uno de los extremos—. Se han puesto en contacto conmigo y me han enviado este archivo de audio...

En el otro extremo de la maraña de cable hay una diadema con dos almohadillas a cada lado, plegada por la mitad. Alexander despliega la diadema y le coloca a Sonya las almohadillas sobre las orejas con un chasquido. Ella tuerce el gesto.

El cable se tensa entre los dos. Sonya se percata por primera vez de que Alexander tiene los ojos desorbitados y el pelo amontonado a un lado de la cabeza, encrespándose con el viento.

Él aprieta un botón del dispositivo y ella recuerda estar delante de Aaron en el andén del monorraíl al salir de la escuela, ella de camino a casa y él al despacho de su padre, de lo mucho que le gustaba a él enviarle canciones directamente a la Clarividencia. Le aparecía entonces el aviso en la pantalla: «Aaron Price quiere compartir una canción contigo. ¿Aceptas?». Y ella asentía y la canción comenzaba a reproducirse, los conectores profundos de la Clarividencia convertían el sonido en electricidad dentro de su cerebro, como si se lo estuvieran susurrando al oído. Escuchaban música juntos en trenes separados, moviéndose en direcciones opuestas.

El sonido que oye ahora en el oído es tenue. Se cubre los auriculares con las manos y los aprieta para acercar la voz.

—... *al buzón de voz de Eugenia Ward. Por favor, deje su nombre y una forma de localizarle y me pondré en contacto con usted lo antes*

posible... —La voz de Eugenia es suave y acompasada, una voz acostumbrada a calmar a los demás.

Sonya levanta la vista hacia Alexander y frunce el ceño, y entonces se oye un pitido y una voz distinta restalla en la grabación.

—*¿Hola?*

También es demasiado suave para la voz de una mujer, inestable, frágil...

—*Soy... Soy vuestra Alicia.*

Sonya tensa las manos en torno a los auriculares, a sus orejas.

—*Me dijeron que os habíais ido, que habíais muerto, y yo me lo creí, les creí, pero os he visto en el periódico y...* —La voz susurra con un tono urgente, a pesar de la quietud—. *¿Qué clase de persona es capaz de contar una mentira así, de decirle algo así a una cría? ¿Qué clase de persona...?* —Se oye un portazo de fondo—. *Tengo miedo. No sé... No sé qué hacer, no puedo... Tengo que irme. Tengo que irme.*

Movimientos violentos, y un chasquido en el micrófono.

El sonido se corta. Sonya afloja los auriculares, pero no se los quita.

—Rose Parker publicó un artículo después de que te soltaran en la Abertura. Sobre ti y sobre tu cometido —le explica Alexander —. Pensó que quizá te ayudaría, y, por lo visto, no se equivocaba.

Sonya sacude la cabeza.

—¿Esa es Grace? Se ha presentado como Alicia.

—Por la del País de las Maravillas —responde él—. Los Ward la llamaban su Alicia. La madriguera de conejo y tal..., ¿sabes? —Alexander tuerce la boca—. Porque vivía en una habitación secreta de la casa.

Sonya se quita los auriculares y los vuelve a plegar por la mitad, pero no se los devuelve. Oye de nuevo aquella voz ronca, la voz de una muchacha que de repente habla como una mujer y todavía no se ha acostumbrado. Grace Ward debe de tener trece años, ha dado el estirón, con piernas como palillos y estrías como telarañas en los muslos, y unos andares vacilantes e inestables.

—Está dentro de la zona de distribución de la *Crónica* —comenta Sonya.

—La *Crónica* se distribuye por toda la megalópolis —repone él —. Eso no acota demasiado la búsqueda.

—La cuestión es que está viva —concluye Sonya, y hace ademán de coger el dispositivo plateado que él aún agarra con fuerza, ignorando el extraño escalofrío que la recorre cuando lo toca; aquel hombre que desearía que estuviera muerto, y al que precisamente se lo hizo saber sin medias tintas—. Necesito llevarme esto.

—¿Adónde? —pregunta él—. No pensarás ir a ver a Emily Knox…

—¿Por qué no? Quizá haya alguna forma de averiguar de dónde viene el mensaje.

—Ya te he dicho que es una criminal.

—¿Y yo qué soy, exactamente? —Vuelve a intentar arrebatarle el dispositivo a Alexander, pero él no lo suelta.

—¿Te has pasado diez años paseándote con los miserables de la Delegación y ahora te crees una tipa dura? —le espeta él—. Emily Knox ha estado en una cárcel de verdad. La lista de crímenes en los que se sospecha que ha participado podría llenar una enciclopedia entera.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Podrías hablar con los Ward.

—Los Ward son una familia de bien con un felpudo de bienvenida en la entrada y unos columpios en el jardín. No sabrán nada más de lo que estrictamente necesitaban saber para esconder a su hija.

Él frunce el ceño.

—Como si ahora de repente los conocieras —replica él—. Ni siquiera te has dignado a pasar por delante de su apartamento. ¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —contesta—. Y voy a hablar con Emily Knox. Ahora mismo.

—Vale, pues entonces voy contigo —dice él, y ella se rinde y echa a andar hacia el monorraíl.

6

Mientras esperan a que llegue el monorraíl, Alexander se saca unas gafas de sol del bolsillo interior del abrigo y se las ofrece a Sonya. Son demasiado grandes para su cara, pero lo bastante oscuras como para ocultar la Clarividencia.

El monorraíl se detiene en el andén. Es más nuevo que el que cogió el día anterior para ir a su antiguo barrio. Las nubes que cubren el sol se mueven con parsimonia, como el humo que se eleva de un cigarrillo encendido. Un instante antes de que se abran las puertas, ve su reflejo en el lateral cromado del tren.

Necesita cortarse el pelo. Lo tiene más oscuro que en los pósteres, de un rubio sucio, con un flequillo que le enmarca el rostro. Su boca se reduce a una delgada línea. Apenas es capaz de distinguir la luz de la Clarividencia a través de los cristales de las gafas de sol.

Le llega por el hombro a Alexander, un extraño dentro de su familia, en más de un sentido; Nikhil, Nora y Aaron eran pequeños, cuidadosos, gráciles. Y luego estaba Alexander, el torpe de Alexander, dando zancadas como un lobo. Encorvado sobre el escritorio con un bolígrafo entre los dientes y la nariz a unos pocos centímetros del papel.

El vagón del tren está relativamente vacío, salvo por una anciana con unas deportivas ortopédicas y una bolsa de la compra entre los pies, y un padre que le canturrea a la criatura apoyada en su cadera. Se sientan lejos del resto de los pasajeros, el uno frente al otro. Alexander abre mucho las piernas, ocupando más espacio del que necesita. Sonya se endereza y cruza las manos sobre el regazo.

Alexander pone los ojos un poco en blanco.

—Sabes que ya no existen los desideratos, ¿verdad? No

estarás aún esperando que se presente la Delegación y haga un recuento de tus buenos modales, ¿no?

Sonya solía consultar sus cifras totales diez veces al día, ansiando que aumentaran. Vivía su vida impaciente por hacerse notar, sentándose en el borde de los asientos, memorizando hasta la entonación de cada norma de cortesía. Si Susanna iba a ser perfecta, Sonya sería inmaculada, una chica de la Delegación perfecta.

Se inclina hacia delante.

—¿Acaso sabes tú que ya no existen los desideratos?

—¿Cómo?

—Tengo la sensación de que si todo lo que haces tiene como fin desafiar un sistema, eres tan sirviente del sistema como aquel que lo obedece.

Alexander la atraviesa con la mirada. Ella observa al hombre y al hijo que hay en el otro extremo del vagón; la criatura le agarra el cuello de la camisa al hombre con una manita y el hombre se la aparta y señala algo por la ventana. «¡Mira, un autobús!»

—Me dijiste que habíais reunido a otros niños, a críos desplazados como Grace Ward, con sus padres biológicos después de que cayera la Delegación. ¿Cómo los encontrasteis? —quiere saber Sonya.

—Por lo general, la Delegación conservaba registros de adopciones —responde él—. No todas las adopciones eran de niños desplazados; a algunos los habían abandonado o entregado voluntariamente. Me dediqué a cruzar descripciones físicas y fechas de nacimiento de los padres biológicos con los registros de adopción. Había algunos casos antiguos, como el de Grace, de los que no se conservaba registro alguno, y de esos, Grace es la única que aún seguiría siendo menor. Estamos dejando en paz a todos los que ya son adultos. Nos pareció lo más sensible.

Los frenos chirrían. La anciana recoge la bolsa a sus pies, se la echa a los brazos y sale cojeando del vagón del tren. El hombre se ha sentado y le está haciendo el caballito a la criatura.

—Me llama la atención cómo fueron capaces los padres de Grace de ocultar a una segunda hija durante tanto tiempo.

—Ahí está la cuestión. La mayoría apenas aguantan unos pocos días después de que nazca el bebé antes de que los descubran. En otros casos, hablamos de meses. Pero Grace... —Se encoge de hombros—. Es lo bastante mayor como para acordarse de ellos, al menos vagamente.

Sonya frunce el ceño. No era propio de la Delegación no guardar registros de algo. Cuantos más datos, más optimización; un algoritmo mejor para las compras, mejores recordatorios en la Clarividencia para corregir tus malos hábitos, mejor información en la pantalla mientras te movías por el mundo.

Alexander continúa:

—Creemos que no se guardan registros de esa adopción a propósito. Llevarse a un recién nacido es una vileza, pero llevarse a un niño mayor que ya ha establecido un vínculo con sus padres es en especial cruel. Es probable que la Delegación no quisiera que existieran registros de esa crueldad. Y tampoco sería lo primero que se olvidaban de dejar por escrito.

—¿Te has planteado que los registros de adopción quizá estuvieran en los archivos digitales que se borraron durante el alzamiento? —pregunta.

Él frunce el ceño.

—Mira, cuando hablamos de la Delegación, tenemos un dicho: «Nunca culpes al descuido de lo que puede explicarse con facilidad por la vergüenza».

El tren se detiene de nuevo y esta vez es Alexander quien se pone en pie. Por la ventana, Sonya ve la luz del sol reflejada en el mar, y una embarcación surcando las olas. La voz robótica del monorraíl anuncia que están en la parada de Pike Place Market. Sonya se levanta y sigue a Alexander hacia el andén.

—Me gustaría hablar con algunos de los padres biológicos —dice—. Quizá tengan información que pueda serme útil.

—Habla con los Ward —insiste Alexander—. De hecho, pensaba que eso sería lo primero que harías.

Los Ward viven en el apartamento de la primera planta de un bloque a poca distancia de la Abertura. Doce apartamentos. Sonya lo sabe.

—Y hablaré con ellos, pero cuanta más información recabe, mejor.

Alexander gira sobre los talones para mirarla a la cara.

—Te has enterado de que esta gente se reunió con sus hijos y has pensado: «Bueno, ahora ya están bien; lo hecho, hecho está». —Se pasa una mano por el cabello con tanta fuerza que se arranca unos cuantos pelos—. Recuperar a tu hijo después de haberte perdido toda su infancia es mejor que nada, pero también peor. Porque todos los días recuerdas lo que no viste, el tiempo que te arrebataron. Así que no, no voy a volver a traumatizar a estos padres enviándoles a la cara visible de la puta Delegación para que los interrogue.

—No me llames así.

Sonya se quita las gafas que le ha dejado y se las aprieta contra el pecho. Acto seguido, se echa la capucha y baja la escalera hacia la calle. Lo oye caminando tras ella con esos andares irregulares que arrastra desde que nació.

Pike Place Market es el edificio más pequeño de la zona, llena como está ahora de rascacielos, todos disputándose las mismas vistas sobre la bahía de Elliott. De la fachada cuelga un cartel luminoso rojo, PUBLIC MARKET CENTER, con un reloj al lado; una fiel copia del original, según le contó la Clarividencia una vez a Sonya, cuando acudió con otros voluntarios de la Delegación a arrancar chicle de la pared que había detrás del Market Theatre. En aquel momento le repugnó, y no solo por el chicle, sino por la insolencia de la gente que se atrevía a resucitar la vieja tradición a pesar de que la Delegación lo hubiera prohibido. Ahora, sin embargo, se acuerda de la cabezonería con que algunas personas de la Abertura se aferran a normas de la Delegación que ya no guardan significado alguno: las viudas que separan el compost del resto de la basura por mucho que todo acabe en el mismo contenedor; las reglas que dictan que hay que servir primero a los ancianos en la mesa, aunque todos peinen canas y estén arrugados excepto Sonya. La gente adora sus pequeñas revoluciones, y ella sabe lo que se siente, aunque desde entonces haya perdido el gusto por ellas.

El edificio oblongo presume de una cuadrícula de ventanas cuadradas, por las que pueden verse luces y ajetreo y cuerpos, ramos de flores frescas, cangrejos enteros amontonados en lechos de hielo, arreglos de mermelada y mostaza en tarros diminutos que a Sonya le recuerdan a los Ward y a los cargos inusuales que aparecían en su historial de compras.

El edificio que aloja a Emily Knox se encuentra en un grupo de columnas de cristal, a unas pocas manzanas de las calles de adoquines agrietados que rodean el mercado. La calle se llama Triunvirato, una sustitución del nombre anterior, Delegación, como si ahora incluso la palabra misma fuera un delito, después de que todos los símbolos del pasado se condenaran a no salir de los muros de la Abertura.

Alexander levanta un largo brazo para señalar el edificio de la derecha, cuyo vidrio está teñido de un naranja oscuro, en vez del azul o verde de los edificios colindantes. Uno de los lados es liso y tiene las esquinas cuadradas, mientras que el otro es curvo y traza un arco empinado como un ave zambulléndose en el agua. No ocupa ningún lugar en la memoria de Sonya. Lo mira fijamente durante demasiado rato, esperando que en la pantalla de la Clarividencia se le proporcione su historia.

—Cuesta desprenderse de los viejos hábitos, ¿eh? —comenta Alexander.

«Que te jodan», piensa ella.

Pasan por delante de un hombre que carga con un montón de panfletos y que le arroja uno a Sonya a la cara cuando la tiene cerca. Reza: «Los peligros de lo digital: por qué los Sonsacadores son una pendiente resbaladiza que nos lleva de vuelta a las Clarividencias». En la parte inferior han estampado las palabras CIUDADANOS CONTRA LA INVASIÓN DIGITAL. Sonya mira de vuelta al hombre. Su densa barba le oscurece el rostro, pero tiene la vista clavada en ella, examinando el brillo de la Clarividencia. Abre la boca, como si estuviera a punto de hablar, y ella se escabulle.

—Los majaderos de la CCID. Es una organización que alimenta a la Armada, no sé si me entiendes —dice Alexander,

arrancándole el panfleto de la mano—. «Una pendiente resbaladiza.» Eso es como decir que el alcohol conduce directamente al *blitz*. —Hace una pausa—. El *blitz* es una droga recreativa. Un estimulante.

—Ya lo sé. —Habla con una voz tan seca que casi suena metálica—. En la Abertura ha muerto mucha gente de sobredosis.

Sonya no ha probado el *blitz* en la vida. No tenía razón alguna para querer un exceso de energía en la Abertura. Nada con que ocupar las manos ni el cerebro. Lo mejor era embotarlo todo, silenciarlo, como una camiseta desgastada por incontables lavados. Pero David sí lo tomaba a veces, y se pasaba la noche en vela con las ideas bulléndole en la cabeza. Huir de allí, vengarse, dar con proyectos para mejorar la casa, lo que fuera.

David también se lo tomó para matarse.

Alexander tuerce el gesto.

—No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo?

A David lo habrían soltado con los otros Niños de la Delegación de haber seguido vivo. Nikhil se lo había señalado a Sonya cuando liberaron a los más jóvenes, y ella se había pasado una semana entera sin dormir, pensando en las pastillitas azules sobre la palma de David, tan parecidas a la pastillita amarilla sobre la suya, tanto tiempo atrás.

Las hiedras reptan por el lateral del edificio de Knox, una forma orgánica y curvada que se superpone a la estricta geometría de la construcción. Bajo la maraña de hojas se encuentra la entrada, dos puertas enmarcadas por unos espléndidos herrajes. Entra en el edificio, donde dos guardias de seguridad vigilan los ascensores de los dos extremos del vestíbulo. Una pantalla la saluda y una voz robótica, con la suavidad de un líquido, anuncia: «Le damos la bienvenida a la Torre Artemisa; por favor, identifíquese».

Alexander le da un ligero empujón para que se aparte y ocupa su lugar en la pantalla. Escribe el nombre de Sonya y el de Emily Knox, y vacila sobre el espacio que pregunta por la razón de la visita: Visita de cortesía, Celebración, Negocios, Otros. «Otros» es su

elección final.

Sonya se pregunta cómo es posible que en un mundo sin desideratos alguien haya podido conseguir vivir en un sitio así. Hay otro tipo de moneda, ahora simplemente llamada «créditos», pero no sabe cómo una persona como Knox puede ganárselos. Nikhil le contó que había medrado bajo el gobierno de la Delegación, pero sin Clarividencias que hackear, ¿cómo medra ahora? Alguien que le resulta útil a dos regímenes no puede ser de fiar, piensa Sonya.

SOLICITANDO ACCESO A SU ANFITRIONA, EMILY KNOX, anuncia la pantalla.

—No está en casa —les informa uno de los guardias desde el otro extremo del vestíbulo. Detrás de él hay una fuente, una simple bandeja pesada en el suelo con una esfera de agua en el centro.

—¿Sabe dónde está? —le pregunta Alexander.

—Normalmente no se lo diría —responde el hombre—. Pero estando ella... —Hace un gesto hacia Sonya—. Estoy seguro de que le encantará saber a qué ha venido, chica del póster. Está en el bar que hay cruzando la calle, el Midnight Room.

Sonya se estremece por cómo la mira, con ansia, como si fuera algo que quisiera desenvolver. Ya está saliendo por la puerta cuando Alexander le da las gracias al hombre.

—Qué detalle por su parte —comenta Alexander.

—¿Tú crees? —replica Sonya.

El Midnight Room ocupa la planta baja del edificio que hay al otro lado de la calle —con los cristales tintados de azul oscuro—, y la fachada es tan oscura como el nombre. Sonya vacila antes de abrir la puerta. Piensa en las personas que le han escupido cuando se ha ido de la Abertura aquella mañana. En el ESCORIA DE LA DELEGACIÓN que pintaron en la pared de su salón.

En vez de hacer esto, podría ir a hablar con los Ward.

El interior del Midnight Room se le antoja negro como la noche en un primer momento, en comparación con la luz diurna. Las formas se materializan en la penumbra, hojas oscuras que cubren las paredes y cuelgan del techo. Unas lámparas bajas brillan aquí y allá. A lo largo de la barra hay unos orbes llenos de insectos

artificiales, drones minúsculos que zumban mecánicamente contra el cristal. Las plantas también deben de ser artificiales, aunque muy convincentes. Alguien toca una música suave y delicada en el piano de la esquina.

Hay una mujer sentada a la barra, con una bota negra apoyada en el taburete que tiene al lado. Incluso sentada, resulta evidente que es alta y ancha de hombros. Tiene la larga melena negra recogida, y sostiene una copa de un licor oscuro en una mano y un Sonsacador en la otra.

—Tú debes de ser Sonya Kantor —dice la mujer, sin levantar la vista del Sonsacador—. ¿Ni siquiera nos conocemos y ya has intentado subir a mi apartamento? Yo soy más de tomarme una copa antes. —Deja el Sonsacador en la barra y le da un sorbo a la copa—. Quizá has venido precisamente por eso.

El resto de los parroquianos, un grupo disperso de personas enterradas bajo el follaje, permanece en silencio mientras habla.

—Sabes que la capucha te sirve de más bien poco para taparte lo que llevas ahí, ¿verdad? —comenta la mujer, que no cabe duda de que es Emily Knox.

Sonya se baja la capucha. La Clarividencia le dibuja un círculo blanco perfecto en torno al iris, un eclipse de sol. Knox empuja el taburete con la punta de la bota y la señala. Sonya se sienta sin despegar las rodillas. Knox se lleva una rodilla al pecho y se coloca la copa encima, sin dejar de observar a Sonya.

—He venido a pedirte ayuda.

Knox se ríe.

—La princesa de hielo. La chica del póster. Baja del reino de los ciel... —Una risa ligera se extiende por el resto de los clientes del bar, cuyos rostros están ocultos—. Ya, bueno, quizá mejor emerge del puto agujero al que la exiliamos para... ¿pedirme ayuda? ¿A esta humilde servidora? —Le da un sorbo al licor—. No me imaginaba que llegaría este día.

—Ya —responde Sonya—. Yo tampoco.

Knox vuelve a reírse.

—Ponle algo a la chica de la Delegación, pago yo. ¿Ese quién es? —Señala a Alexander, que espera a pocos metros de allí.

—Mi guardaespaldas —contesta Sonya.

—A nadie le gustan los niñeros —replica Knox—. Siéntate y deja de observarnos, guardaespaldas.

El camarero coloca una copa congelada frente a Sonya, con un líquido claro.

—No bebo alcohol —dice Sonya.

—Uy, hoy sí —contesta Knox—. No pienso hablar contigo hasta que hayas perdido unos cuantos desideratos por mí. —Sonríe con malicia—. Figuradamente hablando, claro.

Es mayor, pero no hay nada en su rostro que delate su edad; tiene la piel tersa y los ojos oscuros vivos, analíticos.

Sonya se siente como una marioneta que pende de las cuerdas de Knox. Le da un sorbo a la copa. Sabe a pino y a cítricos, y le quema la lengua. Otra cosa más a la que debe renunciar para hallar a Grace Ward.

—Necesito encontrar a una persona. Se llama Grace Ward, y la realojaron...

—¿Que la «realojaron»? —Knox resopla—. No. Vuelve a intentarlo sin la jerga de la Delegación.

Sonya aprieta la mandíbula y oye a Alexander soltar una risita a su lado.

—Por favor, tampoco hagas como si tú no hubieras sido otro matón de la Delegación, Alexander Price —dice Knox—. Alexander Price, con la cara de su padre y el apellido de su madre. Solo por que te dieras cuenta de hacia dónde soplaba el viento mucho antes que la muchachita que tenemos aquí no significa que no seas también escoria de la Delegación. —Levanta la copa hacia él, como para hacer un brindis—. Por suerte para ti, hoy la escoria bebe gratis, y corre por mi cuenta.

—¿Memorizaste algún tipo de base de datos de líderes de la Delegación? —le pregunta Alexander, arrugando la frente.

—Tengo una memoria envidiable para recordar a las personas que intentaron encerrarme de por vida, y también a sus familias, por si en algún momento necesito extorsionar a alguien —contesta —. Mi arresto lo ordenó August Kantor, y Nikhil Price fue el que me sentenció. Menudo par. Un brindis por mi improbable y aun así

inevitable huida.

Diminutos puntos de luz brillan alrededor de ellos cuando la gente alza las copas en dirección a Knox, que observa a Sonya con expectación.

—¿Y bien? —pregunta Knox—. ¿Quieres que te ayude y no brindas por mi libertad?

Sonya levanta la copa y Knox la choca con la suya.

—Bueno, empecemos otra vez desde el principio, señorita Kantor —dice Knox—. Y esta vez no te equivoques.

—Necesito encontrar una chica llamada Grace Ward —responde Sonya—. Se la arrebataron a sus padres...

—¿Quién se la arrebató, si eres tan amable?

—La Delegación —enfatiza Sonya—. Se la entregaron a unos padres adoptivos y le cambiaron el nombre. Necesito encontrarla para que pueda reunirse con sus padres biológicos.

—¿Y tú qué ganas?

Sonya vacila.

—La libertad —contesta.

—Ah, la libertad. Libertad para los Niños de la Delegación. He oído que está en boca de todos últimamente. —Knox vacía la copa y la suelta sobre la barra—. Antes existía un sentido de la justicia muy claro cuando te sentenciaban. Durante décadas, la Delegación responsabilizó a la gente de las acciones de las personas que había a su alrededor. Así nos ahorrábamos dinero en policías, como comprenderás. Apenas necesitas «agentes del orden» si conviertes a los ciudadanos en ese tipo de figuras. Me apuesto... —Se inclina hacia Sonya. Sus ojos dibujan una línea recta en la parte superior, con un único párpado, y unos iris tan negros que son indistinguibles de la pupila—. Me apuesto algo a que a ti se te daba de perlas —añade—. Me apuesto algo a que incluso habrías sido capaz de regañar a tu propia madre mientras cenabais si ponía aunque solo fuera un dedo del pie en un posible delito de sedición. —Knox frunce el ceño y se recuesta en su asiento—. Bueno, o quizá no. Pero me apuesto algo a que como mínimo hacías el análisis de coste-beneficio; los desideratos negativos por faltarle el respeto a tus mayores frente a los desideratos positivos por defender el

Estado.

Sonya jamás regañó a su madre, ni falta que hizo; Julia se andaba con incluso más cuidado a la hora de respetar a la Delegación que August. Pero sí que recuerda los cálculos mentales. De hecho, no ha dejado de hacerlos.

—Total. Parecía tan adecuado, tan limpio, soltar a los niños de la Delegación en la Abertura, haceros lo mismo que la puta Delegación nos había hecho a nosotros: responsabilizaros por los actos de vuestra familia. Cargaros con sus crímenes. Pero... —Knox ladea la cabeza—. Pero sigue sin ser justicia, ¿verdad? Porque los putos desgraciados que vivís en la Abertura habéis podido reconstruir vuestro pequeño reino allí —dice—. Lo que me lleva a un interesante análisis de coste-beneficio propio, porque no quiero ayudarte a que te ganes la libertad, Sonya Kantor. Pero también pienso que para ti sería un castigo mucho mayor volver al mundo real que pasarte el resto de tu vida en aquella jaula.

La bebida de Sonya se ha descongelado; el agua forma perlas en el cuerpo de la copa que descienden por el tallo. Se ha presentado allí con las manos vacías, sin nada con que negociar.

—Tal vez sería más fácil —comienza Sonya— si tuvieras en cuenta a los padres de Grace Ward.

—Tampoco hay nada fácil en lo que respecta a sus padres —responde Knox—. Al reunirlos, los obligas a tomar consciencia de todos los años que les han arrebatado, como castigo por algo que ya ni siquiera es un crimen. De hecho, en aquella época tampoco era un crimen para todo el mundo... ¿No fuiste tú una segundogénita? —Chasca la lengua—. Pero tus padres te ganaron.

Le enseñaron el permiso una vez. «Excepción al Protocolo 18A», rezaba la parte superior. En el documento aparecía la información de sus padres y de su hermana. Las cantidades de desideratos en el momento de la solicitud. Altura, peso, problemas de salud existentes. Todos los criterios que se cumplían.

Alexander se saca el dispositivo plateado del bolsillo, junto con el cable y los auriculares, plegados cuidadosamente. Lo coloca sobre la barra y lo lanza hacia Knox.

—Los llamó ayer —explica—. Así que estoy bastante seguro

de que querrán encontrarla, y de que ella quiere que la encuentren. Hay una grabación en ese cacharro.

Por primera vez desde que Sonya ha entrado en el bar, Knox vacila. Recoge el dispositivo plateado y lo observa, con el cable aún deslizándose por la pegajosa barra del bar.

—Señor Price —dice Knox unos instantes más tarde, agitando un dedo en su dirección—. Eres un hombre inteligente, y no te falta razón. Ya le puedes dar las gracias, Sonya; se le da bastante mejor negociar que a ti.

Knox espera a que le dé las gracias de verdad, y Sonya lo sabe; quiere que demuestre que puede ser obediente. Knox se ha quitado la máscara y actúa ya abiertamente como una titiritera, una artista con un público entregado.

—Gracias —dice Sonya, tensa.

Alexander agacha la vista hacia la copa que el camarero le ha puesto delante. No responde.

—Pues ya está arreglado; vamos a hablar del pago —indica Knox—. A mis clientes de la Delegación les exijo que me paguen por adelantado. En tu caso, vas a terminarte esa copa... —Desliza la bebida de Sonya hacia el borde de la barra—. Y luego vas a cantarme una canción. —Esboza una sonrisa—. Una canción de la Delegación.

Mira a Alexander.

—Ahora son ilegales, claro. Pero, joder, cómo echo de menos una buena propaganda de las de antes, ¿tú no?

Hubo un tiempo en que todas las canciones de la radio debían estar aprobadas por la Delegación, en la mayoría de los casos un proceso somero siempre que las letras no contuvieran nada escandaloso. Pero había varias encargadas por el mismo gobierno para promover los buenos valores, unas cinco, tal vez.

Knox continúa:

—¿Cuál echo más de menos? Probablemente *La vía estrecha*; mira que era pegadiza y lúgubre la cabrona.

Es posible que la madre de Sonya no estuviera canturreando *La vía estrecha* en su último día, que fuera una de las otras y que simplemente las hubiera oído tantísimas veces que se le hubieran

grabado en la mente como una caja de velas de cumpleaños derritiéndose al fuego.

Sonya se pregunta si Knox es consciente de que aquella canción todavía la atormenta. ¿Es posible que lo sepa?

—Vete a la mierda —dice Sonya.

Knox vuelve a reírse, pero esta vez hay una nota áspera en su voz.

—Ese es el precio. O lo pagas o te vas a tomar por culo.

Alexander, ahora empleado por el gobierno, podría objetar sobre la ilegalidad de interpretar la canción, pero no dice nada, y Sonya no espera que reaccione. Vuelve a acordarse de Vasilisa, enviada una y otra vez al bosque por la madre que deseaba su muerte. La historia terminaba con fuego. No hay razón para pensar que no habrá fuego en esta también.

Sonya se toma la copa de un sorbo, y el líquido le quema la garganta al bajar. Se alegra del embotamiento que le produce en la cabeza cuando se aparta de la barra y se gira hacia la sala. Sigue estando demasiado oscuro como para distinguir algo en concreto, pero sí atisba la silueta de personas, movimientos de dedos, el blanco de un ojo, el destello de una pierna.

¿Me acompañarás
por la carretera más dura?

Sonya tiene la voz aflautada y frágil y llega a duras penas al tono correcto. El rostro se le ruboriza por el calor y se alegra, entonces, de que las tinieblas del bar oculten su humillación.

¿Caminarás conmigo?
Conozco bien la ruta.

La gente se ríe a carcajadas y levanta las copas. Knox apoya la cabeza en la mano y la observa.

«Cinco, seis, siete, ocho.» Sonya siente como si estuviera de vuelta en aquella mesa con su familia. No era el vibrato lo que hacía que a su madre le temblara la voz cuando cantaba. Sonya

contemplaba el agua que su padre le había servido, y cómo formaba ondas a pesar de que todos los Kantor estuvieran inmóviles, como si la tierra misma se estuviera moviendo como anticipo de lo que estaban a punto de hacer.

He ido por la otra carretera
y es tan fácil como decían.

Algunas personas se mecen al ritmo de la melodía, levantan las manos al aire y se ríen. Sonya recuerda la guitarra de Susanna, sus dedos vacilantes sobre las cuerdas, la profunda voz de su madre canturreando desde la cocina. «¡Mamá, para! No me concentro», le suele decir Susanna, y Sonya piensa en eso cuando Susanna clava la mirada en el vaso de agua, con la pastilla en la mano y las mejillas relucientes por las lágrimas.

Pero por muy ancha y llana que fuera

Sonya tiembla, y le tiembla la voz, pero no se detiene.

no me gustaba adónde conducía.

Un grupo en una esquina alza los Sonsacadores, con las pantallas encendidas, y se mecen adelante y atrás.

Todo el mundo se ríe.

¿Por qué no dejas a un lado
las mentiras que tanto aprecias?
¿Acaso no sabes que lo mejor
está justo donde te encuentras?

Aquel era su verso favorito de niña, «lo mejor está justo donde te encuentras», porque su padre se daba golpecitos en la rodilla cuando lo cantaba, y cuando ella se sentaba en su regazo, él la apretaba fuerte contra sí y le plantaba un sonoro beso en la mejilla. Y ella podía estar siempre convencida de que lo que hubiera «donde te encuentras» era bueno, era correcto, era mejor

que lo que hubiera en el exterior.

Este camino es estrecho y empinado,
seguro que pone a prueba tu corazón.
Pero llenará todos los espacios vacíos
que arrastras desde el albor.

—¡Oye, Deb! —grita alguien—. ¿Tú también quieres que te «llenen» algo?

—¡No me amenaces con pasar un buen rato! —responde alguien, probablemente Deb.

Si tú me cuidas,
yo te cuido a ti.
Un paso tras otro…
Saldremos de aquí.

Todo el mundo se une a coro en las últimas palabras: «Saldremos de aquí».

Knox aplaude. Sonya se sienta en el taburete, con el rostro al rojo vivo y las manos frías, y trata de tranquilizarse.

En ese momento, a Knox le centellean los ojos con un brillo extraño, y arrastra los auriculares hacia ella, antes de recoger el cable con la mano e inclinarse hacia ellos para decirles, con una voz lo bastante queda como para que al fin la conversación sea privada:

—¿Sabéis una cosa que nunca le he contado a nadie? —Estira la diadema de los auriculares y se los pasa por el cuello—. A veces echo de menos a la Delegación —confiesa—. O sea, no a la Delegación en sí, sino las Clarividencias. Se me daban de lujo las Clarividencias. Se me dan de lujo muchísimas cosas, pero eran unos juguetitos alucinantes, muy difíciles de engañar.

—¿En qué sentido? —pregunta Sonya. Sigue temblando por la canción.

—Pues que, una vez encendidos, ya no puedes apagarlos —responde Knox—. Es una tecnología extremadamente resistente. La

mía continúa encendida ahora mismo, y va recopilando datos. Solo que no está conectada al resto de mi cuerpo; y lo mismo ocurre con las de las gentes de esta ciudad. —Se pasa un dedo por la sien, justo por encima de la cicatriz que le recorre el nacimiento del pelo —. Pero emite una señal. Como todas. He intentado decírselo a los demás, pero todos piensan que se me ha ido la olla. O que soy una «radical». —Hace el gesto de las comillas a ambos lados de su cara —. Yo lo que supongo que pasa es que no se lo quieren creer.

Sonya tampoco sabe si creerla o no. Si tiene razón, el Triunvirato está engañando a toda la población de la megalópolis sobre las Clarividencias. Pero también sería muy fácil que estuviera quedándose con Sonya.

—¿Por qué no se las extirpan sin más? —pregunta Sonya.

—Cuando llegas a la edad adulta, el cerebro se ha desarrollado en torno al implante —explica Knox—. No puedes quitártelo sin provocar daños graves. O eso me contó Naomi.

—¿Naomi?

—Naomi Proctor. Mi antigua profesora.

Si la Clarividencia de Sonya conservara aún todas sus funcionalidades, en ese momento le habría proporcionado información sobre Naomi Proctor, aunque habría sido innecesario; todas las personas que habían crecido con la Delegación conocían ese nombre. Se la ensalzaba en todos los libros de historia como la que había hecho posible el paraíso, la que había dado grandes pasos para mejorar la seguridad pública, la que les había traído el orden y la seguridad de la Clarividencia. No había llegado a trabajar nunca para la Delegación, sino que daba clases en la universidad. Murió cuando Sonya era una niña. Su madre la llevó al cortejo público, la lenta marcha del ataúd por las calles. Sonya le dio su pañuelo a una anciana que lloraba a moco tendido, un acto que le granjeó cien desideratos, justo como esperaba.

La muerte de Naomi cimentó su legado, y la hizo famosa de una forma que habría sido impensable de haberse ido apagando poco a poco. La gran inventora, la luz destellante que se entregó en cuerpo y alma a la Delegación.

—Me dijeron que la gente acudía a ti para que desconectaras

temporalmente las Clarividencias —dice Sonya—. Pero me acabas de decir que eso no es posible.

—No puedes apagarlas, pero sí engañarlas —responde Knox —. Cuando la gente acudía a mí, redirigía la señal unas horas; nos referíamos a ello como «bucle». La Delegación recibía algunas imágenes reutilizadas que yo extraía del historial de la persona; por lo general, una noche en casa con su cónyuge y sus hijos. Pero las imágenes reales de la persona se vertían en mis propios servidores.

—Seguro que te resultaba la mar de útil.

Knox sonríe.

—Pues sí, para qué nos vamos a engañar.

Se pone los auriculares y aprieta el botón de encendido con el pulgar. Tiene las uñas tan mordidas que están en carne viva.

Sonya la observa mientras escucha la grabación. Primero entrecierra los ojos, y luego los deja caer hacia la copa, cuyos hielos ya se están fundiendo en el fondo. Knox escucha el mensaje una vez, y luego lo reproduce de nuevo, ladeando la cabeza. Sonya oye el portazo de fondo en la grabación a través de los auriculares, y recuerda la voz de Grace rompiéndose en las palabras «tengo miedo». Finalmente, Knox se quita los auriculares y los pliega.

—¿Cómo decías que se llamaba la chiquilla? —le pregunta a Alexander, perdido ya el tono burlón de su voz.

—Grace Ward —responde Sonya—. Lo de Alicia es un apodo.

—Grace Ward —repite Knox—. Un nombre ejemplar. Debía de valer mil desideratos como mínimo. —Ante la expresión de incomprensión de Sonya, continúa—: Ay, ¿no sabías que según el nombre podías obtener distintas cantidades de desideratos? Tus padres podrían haber mejorado sus puntuaciones de forma considerable si hubieran escogido algo menos ruso, más común. —Señala a Alexander con el pulgar—. Como con este. Alexander.

Sonya recuerda a sus padres discutiendo sobre tampones en la cocina. Había cosas, insistía su padre, que eran arbitrarias, el resultado de pobres reflexiones por parte de la Delegación.

—No lo entiendo —dice Sonya al fin.

—Pues claro que no. —Knox pone los ojos en blanco—. El

nombre sugiere un origen. La Delegación quería maquillar todos esos orígenes bajo una capa de homogeneidad. Lo que significa que los nombres más recompensados eran los más comunes..., al menos para una parte de la población, claro. —Esboza una sonrisa—. Por eso tu amiguito de tez oscura lleva el apellido de su madre, Price, en lugar del de su padre, que era Mishra, y por eso yo —hace un gesto para señalar el epicanto de sus ojos— me paseo por ahí con un nombre como Emily Knox.

Knox le había dicho a Alexander que tenía la cara de su padre y el apellido de su madre. Nora Price era una mujer achaparrada con una gruesa mata pelirroja recogida en una trenza que le caía por encima del hombro, con la que jugaba cuando soñaba despierta, algo que ocurría con frecuencia. Alexander se parecía más a ella que Aaron, aunque los dos hermanos salían mucho más a su padre: tez marrón claro, pelo negro, ojos oscuros.

Sonya recuerda algo que oyó una vez en una cena sobre el hecho de que Nikhil hubiera adoptado el apellido de su mujer cuando se casaron. «Buena decisión —le dijo su vecina, la señora Pérez—. Le ahorrará muchos problemas.»

—Pues eso, Grace Ward —repite Sonya.

—No me queda claro por qué se molestaron en ponerle ese nombre, siendo una segundogénita ilegal —comenta Knox—. No ganaban nada por tenerla. La idea es que sean aburridos por casualidad, no adrede. ¿Qué edad tenía cuando se la llevaron?

—Tres —contesta Alexander.

—Tres —repite Knox, y deja escapar un silbido quedo—. Eso sí que me sorprende. En realidad, no debería haber sido posible, teniendo en cuenta cómo se registran las Clarividencias entre sí.

—Pero ella probablemente no llevara Clarividencia si era ilegal.

—Uy, seguro que sí —dice Knox—. Cuando una Clarividencia se centra en otra, registran sus presencias, pero también están diseñadas para detectar voces y rostros humanos. Por mucho que puedas atender a una criatura con los ojos vendados, no puedes tenerla tres años callada.

En la copa de Knox ha aparecido ya una fina capa de agua de

los hielos derretidos. La inclina hacia atrás y traga.

—Ha llegado el momento de que te marches, señorita Kantor —anuncia Knox—. Me gustaría tomarme otra copa sin la melodía de *La vía estrecha* martilleándome la cabeza, gracias. Me pondré en contacto contigo si descubro algo al respecto.

No explica cómo, y Sonya no pregunta. Knox se guarda el dispositivo plateado en el bolsillo, desconecta los auriculares y se los lanza a Sonya. El encuentro ha terminado.

Todo lo que hay dentro del vagón del monorraíl está bañado por una luz verdosa. La mayoría de los asientos están ocupados, pero el vagón está en silencio, lleno de gente con las cabezas gachas y la mirada clavada en sus Sonsacadores; gente apoyada en los paneles de vidrio con los ojos cerrados; gente con libros sujetos por el pulgar y el meñique; gente con una postura abatida y cicatrices en el nacimiento del pelo. Los únicos asientos libres son contiguos, de modo que Sonya y Alexander se sientan y sus hombros se rozan cada vez que el tren se mece, y ella junta mucho los brazos, apretándose las manos entre las rodillas.

Él tamborilea con los dedos, el meñique, el anular, el corazón, el índice y el pulgar, en ondas.

Sonya siempre llegaba a casa de los Price temprano los miércoles, antes de que Aaron volviera de su entrenamiento de fútbol. Al entrar, subía directamente a esperarlo en su habitación, por lo general haciendo alguna pose en la cama, con la cabeza ladeada, para que le dijera que parecía sacada de un cuadro. Pero nunca podía evitar aflojar el ritmo al pasar por delante de la puerta de Alexander, donde él siempre estaba sentado frente a su escritorio, encorvado sobre sus deberes. Una noche, sin embargo, lo vio con unos negativos fotográficos. Cada tira, adquirida en tiendas de artículos de segunda mano y centros de donaciones, costaba cincuenta desideratos; la Delegación no recompensaba la nostalgia. Alexander los había amontonado sobre su escritorio y los acercaba uno a uno a su lámpara de trabajo.

Se percató de su presencia, de que lo espiaba. «Quieres verlo»,

le preguntó, pero apenas sonaba a pregunta. Ella entró en la habitación, pisando la delicada moqueta azul. Olía a naranja; había una monda en la papelera. Le quitó uno de los negativos y lo acercó a la luz, cerrando el ojo derecho para que el brillo de la Clarividencia no interfiriera. Vio una colección de latas de aluminio en una, un hombre y una mujer abrazados en otra, un perro con la lengua curvada sobre la nariz en la tercera. Y, a su lado, Alexander tamborileaba con los dedos, esperando oír lo que tuviera que decir.

«Cada una es un mundo en sí misma», dijo, porque le pareció que podía sonar profundo. Le entraron ganas de sujetarle las manos.

Cuando piensa ahora en ello, después de todo lo que Alexander hizo, se siente incómoda, como si estuviera a punto de marearse. Intenta evitar que sus rodillas se toquen.

Ninguno de los pasajeros le dirige la palabra, pero todo el mundo la observa, atraídos por el brillo del ojo derecho, el brillo que antaño asignaba un valor a todas y cada una de tus decisiones. Ahora esas pequeñas elecciones (la postura, la duración de una mirada, la actividad con la que escoges matar el tiempo en el tren) carecen de valor, y la gente se deja llevar por sus impulsos.

Jamás quiso deshacerse de la Clarividencia. Antes del alzamiento, era como una amiga, la persona que evitaba que se sintiera demasiado sola. A veces le hablaba, consciente de que no podía leerle los pensamientos; le contaba algún que otro secretito, como lo mucho que le gustaba el olor a tabaco para pipa o lo estúpida que la hacía sentir Aaron cuando le hablaba de política y a qué personas de la escuela se había imaginado besando alguna vez. Se decía a sí misma que la Clarividencia comprendía sus indiscreciones privadas, las veces que maldecía para sus adentros cuando estaba sola en casa y metía la pata, el impulso de tocarse cuando no era capaz de dormirse, el orgullo de ver todas las mañanas su propia cara en los carteles publicitarios de camino al colegio. La Clarividencia la conocía en un momento en que buscaba desesperadamente que la conocieran.

Pero ahora se limita a observar en silencio. Lo único que

consigue la Clarividencia es que la gente se la quede mirando.

El vagón se va vaciando a medida que avanzan. En cuanto se vacía un asiento, Sonya se pone en pie, se arregla el abrigo y se aleja de Alexander. Cree que es una señal poco equívoca. Pero cuando llega su parada, él se baja del tren con ella.

—No sabía que vivías tan cerca de la Abertura —le dice, sin hacer ademán de dirigirse a la escalera.

—No vivo cerca, pero es de noche y voy a acompañarte hasta allí.

—Vete a casa, Alexander.

—No me seas tan...

—¿Cuántas veces quieres que me rebaje delante de ti? —exclama—. ¿Cuántas veces te parecen suficientes?

Alexander tiene las manos metidas en los bolsillos. Se le ve un brillo anaranjado en la piel bajo las luces del andén, que titilan un poco mientras Sonya espera su respuesta. Parece desconcertado.

Finalmente, se aclara la garganta y dice:

—Voy a pasarte el contacto de una de las familias que pudo reunirse con su hijo. Te lo dejaré en el portón.

Le tienta preguntarle por qué ha cambiado de idea, qué le ha hecho pensar que su rostro ya no les resultará un absoluto tormento a unas personas que ya han sufrido bastante, tal como le ha sugerido antes. Pero no dice nada. Decide marcharse, girarse hacia la escalera y bajar, con el viento frío colándose por las zonas más desgastadas de sus zapatillas. Tiene los calcetines empapados, e idea un plan: dejará las zapatillas al lado de la puerta, colgará los calcetines en el tendedero del lavabo, se arropará con la colcha que cubre la cama y dormirá hasta la mañana. Quizá tenga suerte y Nikhil le haya dejado comida en la cocina; tal vez esa noche sea la noche en que haya decidido que ha llegado el momento de abrir una lata de sopa de pollo en lugar de alubias, maíz o guisantes.

Las calles están vacías y oscuras de camino a la Abertura, y la Clarividencia le ilumina el paso.

7

Sonya está otra vez sentada con la radio a la mesa del señor Nadir. Charlotte juega a cartas con Nikhil, un juego lento y soporífero que requiere grandes dosis de estrategia. A veces pasan los minutos sin que ninguno de los dos juegue su turno. Sonya amontona los cables que ha arrancado de la radio y a los que les ha pelado las fundas de plástico. Charlotte tararea algo, pero no es una canción de la Delegación; es una melodía más antigua, probablemente clásica.

Todos los vecinos del edificio tienen algo que los demás quieren, y Charlotte es el reproductor de música. Reproduce archivos digitales, almacenados en pequeños dispositivos como en el que Alexander grabó el buzón de voz de Grace Ward. Charlotte se ha pasado años adquiriendo todos los que ha podido, y todos los meses los otros residentes se reúnen en su humilde apartamento y le presentan solicitudes. No hay ningún dispositivo antiguo que no tenga nombre: Johnny, Margot, Belinda, Pete, etcétera. El favorito de Charlotte es el Margot, que incluye una impresionante colección de música orquestal grabada por la Sinfónica de Seattle-Portland. El favorito de Sonya es el Katherine, una colección ecléctica de varios géneros, por lo general algo más duros. Es la única que pide el Katherine, pero Charlotte a veces se lo deja para que lo escuche por su cuenta.

—Me pregunto si hay alguien en la Abertura que pueda ayudarte —dice Nikhil—. Alguien que haya trabajado en la asignación de Clarividencias, quizá... Es posible que vendieran Clarividencias a escondidas.

—¿Crees que alguien que infringiera las leyes de la Delegación habría acabado en la Abertura? —plantea Sonya—. Este sitio está lleno de partidarios del régimen, por eso están aquí.

—No necesariamente —responde Nikhil.

—Creo que Kevin trabajó en las asignaciones —comenta Charlotte—. Y aunque él no hiciera nada ilegal, tal vez conozca a alguien que sí.

Sonya asiente y pasa las puntas de los dedos por los cables que ha dispuesto frente a ella.

—Te tortura —dice Nikhil, mirando de soslayo a Sonya por encima de las cartas.

—¿La radio? —pregunta ella.

—Obviamente no —apunta Charlotte—. Calla, que estoy a puntito de hacer una cosa.

—Llevas tres minutos a puntito de hacer una cosa —le recrimina Nikhil.

Charlotte tuerce el gesto y saca una carta. Nikhil ya tiene la suya preparada, y responde unos segundos más tarde. Charlotte frunce el ceño y vuelve a clavar la mirada en su mano.

—Te tortura que Grace siga viva.

—Qué horror, ¿cómo puedes decir eso? —exclama Charlotte —. Claro que no le tortura que la muchacha siga viva.

—Yo no he dicho que quisiera que Grace estuviera muerta —se defiende él—, solo que antes creía que le estaban tomando el pelo, y ahora ya no.

—Siempre es mejor saber la verdad —sentencia Charlotte, sacando una carta.

Sonya escoge el cable que le parece adecuado y lo sujeta al conector de la radio vieja, por cada extremo, con dos alicates de punta fina sobresaliendo por la parte trasera. Mordiéndose el labio, le da al botón de encendido.

La radio restalla y cobra vida.

—¿Tú crees? —pregunta Sonya.

El guardia de la entrada, Williams, está listo para su llegada a la mañana siguiente, con una tarjeta de visita entre el pulgar y el índice.

—Alguien ha dejado esto para ti —le informa—. Un tipo larguirucho.

En el anverso aparecen escritas las palabras ALEXANDER PRICE, DEPARTAMENTO DE RESTITUCIÓN. Debajo hay una dirección y un número de teléfono. Mira fijamente lo de «Departamento de Restitución» durante unos instantes, antes de girar la tarjeta. «Ray y Cara Eliot.» La dirección está en Olympia, lo que significa que tendrá que coger el Centella en lugar del monorraíl. Jamás se ha montado sola en el Centella.

Una nota en la parte inferior de la tarjeta reza, con letra apretada: «La he avisado de que irías a visitarla». Lo recuerda fregando los platos después de las cenas semanales, apoyado en la encimera y arremangado hasta los codos, silbando para sus adentros, como si quisiera guardarse para sí incluso la canción que le rondaba en la cabeza. Se acuerda de cómo lo observaba cuando nadie más miraba, y es algo que ahora la carcome por dentro, la simple idea de ese anhelo pasado.

—Ya me lo dijo —le responde al guardia—. ¿Podrías decirme dónde está la parada más cercana del Centella?

—En el centro —dice Williams—. Cerca de la Torre Castor.

Se ruboriza al preguntar:

—¿Necesito créditos para utilizarlo?

—Si no quieres un asiento pijo, no. Puedes estarle agradecida al Triunvirato por hacer que el transporte público sea gratuito para todos.

Sonya se guarda la tarjeta de visita en el bolsillo.

—Gracias.

Le da las gracias todas las veces que le abre el portón, y él siempre le responde con un gesto mohíno.

Hoy apenas hay unas pocas personas esperándola al otro lado de las puertas, y nadie lleva carteles. Una mujer de mejillas sonrosadas le pregunta si pueden hacerse una foto juntas. Sonya está demasiado desconcertada como para negarse. Ve como a la mujer le tiemblan las manos mientras sostiene una cámara diminuta sujeta a su muñeca con una correa. Huele a polvos de talco. Sonya se olvida de sonreír.

Otra persona intenta hablar con ella, la llama «chica del póster» y le pregunta si se siente sola, pero ella se limita a

continuar andando. En un primer momento, él la sigue, pero ella no se vuelve a mirarlo, y, al cabo, sus pasos desaparecen y lo único que oye Sonya es la grava y los papeles bajo sus pies.

Hace un día radiante. El sol brilla sobre la acera y se refleja en el lateral cromado del monorraíl cuando para en la estación. Encuentra un asiento vacío al fondo del vagón, y apoya la cabeza en el cristal para ver pasar la ciudad. Los edificios bajos y destartalados de ladrillo dejan paso a torres de acero y cristal. Cuando era una niña, se las imaginaba como gigantes de antiguas leyendas, titanes y nefilim, Svyatogor sobre su descomunal montura. Pero la fascinación de la infancia se ha desvanecido. Ahora sabe cuántas personas hay embutidas dentro de cada edificio. Cuantas más hay, menos importan. ¿Cómo puedes preocuparte por una brizna de hierba si estás en medio de una pradera?

Se baja del tren en Rainier Square. La Torre Castor, como Williams la ha llamado, está justo enfrente de la estación: un pedestal impoluto de cemento que asciende y se curva hasta convertirse en un bloque rectangular, apodado así porque da la impresión de que la parte inferior la haya mordisqueado un castor. Un cartel la guía hacia la estación Autovía, dos manzanas al este, y recuerda adónde se dirigía.

Su padre la subió al Centella cuando tenía diez años. La recogió del colegio expresamente para eso, y le dijo que bien valía perder desideratos por pasar tiempo con ella a solas. Caminaron hacia la estación juntos, cogidos de la mano, y viajaron en el Centella hacia el sur, a Tacoma, donde vivía su abuela. Se sentó a su lado durante el trayecto, y en lugar de trabajar, como de costumbre, ignoró los avisos ocasionales de la Clarividencia, notificaciones del trabajo, para indicarle las distintas partes de la ciudad en un mapa. El aroma a tabaco para pipa y a jabón la envolvía cada vez que él se removía en el asiento. Le enseñó a convertir un peine en una armónica colocándole encima un trozo de papel y haciendo que se agitara mientras él cantaba.

Al tren le falta una hora para llegar, pero en vez de esperar dentro, rodeada de la gente que lee el periódico, sale al andén. Las

vías del tren son rectas, y están rodeadas de hormigón por todos lados. «Las vías del Centella se construyeron debajo de una antigua carretera», le contó su padre de camino a la estación, y ahora se percata del ancho tramo de tierra tallado en la ciudad, como si hubieran utilizado la punta de un cuchillo, igual que Babs talló su nombre debajo de la mesa en su apartamento, trazando las letras en la madera.

Se saca la tarjeta de visita del bolsillo y vuelve a leerla. «Alexander Price, Departamento de Restitución.» Es un empleo extraño para alguien que no ve la hora de dejar atrás el mundo antiguo, un trabajo que se centra en el pasado. Se pregunta si la elección estuvo en sus manos o si se lo dieron como alguna suerte de castigo, igual que a ella la sentenciaron a la Abertura. Él traicionó a la Delegación, pero quizá a ojos del alzamiento no los traicionó lo suficiente.

Baja al tren cuando las puertas automáticas se abren a su llegada. Es una de las primeras en montarse, de modo que elige un asiento que mira al frente en la parte delantera del vagón y cruza las manos sobre el regazo, la espalda recta y los tobillos juntos. La gente entra en el vagón y se acomoda. Es más de media mañana, así que el tren no está lleno de personas de camino al trabajo; solo hay dos padres empujando sus respectivos cochecitos, tres estudiantes universitarios con las mochilas sobre las piernas y dos ancianos con un tablero de ajedrez magnético.

El túnel de vacío no permite que haya ventanas, así que las han sustituido por pantallas de anuncios, iluminadas con colores brillantes. Una mujer se pasa el pelo por encima del hombro, sosteniendo una botella de champú del tamaño de un dedo. «¡No necesitarás más que una gota!» Un niño se acerca una cámara azul al ojo y la dirige a su perro. «Nomeolvides: la sensación de lo analógico con la conveniencia de lo digital.» Un hombre mira la montaña de platos que tiene en la pila y suspira. «¿Harto de fregar los platos?» En el fotograma siguiente, la pila está vacía y él tiene en la mano una pastilla del tamaño de una uña. «Aliméntate sin gastar platos con NutriBien, el sustituto de las comidas.»

Una voz anuncia que el tren saldrá pronto y anima a Sonya a

ponerse el cinturón, por precaución, y ella obedece, apretándoselo sobre el regazo. Recuerda el acelerón repentino de cuando era niña, que la aplastó contra el asiento e hizo que se le taponaran los oídos. Ahora la aceleración es más gradual, pero aún siente la presión en las sienes, la fuerza que le entorpece todo movimiento.

Observa a los estudiantes universitarios, que están sacando libros de las mochilas y riendo. No le prestan atención, ni tampoco los padres parlanchines que hay unas filas por detrás de ella, una mujer con la cabeza afeitada y un hombre con un piercing en el labio. Se afloja el cinturón y, mientras contempla cómo el último anuncio da paso a una especie de vodka luminoso, se hunde en el asiento, estira las piernas y los tobillos le crujen.

No la mira nadie.

Una hora más tarde, Sonya está en Olympia, en la calle Union Mills, con una serie de viejas vías de tren oxidadas a sus espaldas y un edificio de apartamentos desvencijado al otro lado de la calle. El número del edificio, el 2501, coincide con el que Alexander le ha escrito en la tarjeta de visita. Ray y Cara Eliot. Y Cara la está esperando.

Cruza la calle. Los Eliot viven en el apartamento 1A. Han escrito su apellido en un adhesivo en el buzón, así que sabe que no se ha equivocado. En el patio lateral hay un tendedero con sábanas colgadas, y un crío sentado en un viejo cajón de arena. Es demasiado mayor para jugar con la arena; tiene las extremidades demasiado largas y demasiado esmirriadas, tal vez de unos once años. Una de las paredes de contención se ha venido abajo y la arena se precipita sobre la escasa hierba del patio, húmeda y oscura allí donde se mezcla con la tierra. El muchacho tiene un palo en la mano con el que apuñala repetidamente la arena, dejando agujeros por todas partes. Sonya llama a la puerta.

Abre una mujer. Lleva unos vaqueros holgados y una camiseta de trabajo verde de hombre con cuello alto. Cara Eliot.

—Buenos días, señora Eliot —saluda Sonya, con sus modales de la Delegación ocupando el silencio por ella—. Me llamo...

Cara Eliot suelta una risa tristona, más parecida a un hipo.

—Ya lo sé —dice—. Veía tu jeta todas las mañanas cuando iba al trabajo. Pasa.

Se aleja de la puerta y la deja abierta. Sonya abre la puerta mosquitera y la sigue hacia un salón atestado en el que hay un sofá verde guisante, hundido en el centro donde los muelles se han ido desgastando con el tiempo. Un televisor del tamaño de un libro de texto descansa sobre una mesita de centro maltrecha justo delante del sofá. La moqueta es beige y está manchada por todas partes, en tonos rojos, marrones y azules. Cara se ha ido a la cocina, aneja al salón, donde se amontonan cuencos y vasos de plástico, ollas con comida quemada en el fondo, y cajas de cereales, de biscotes y de fideos secos.

—Perdón por el desorden. Siéntate —le sugiere Cara, señalando la mesita que hay entre el salón y la cocina, en el punto en que una estancia se derrama sobre la otra. Se está afanando en el hornillo, donde ha puesto a calentar un cazo con agua—. Madre mía, ¿y yo qué le ofrezco a alguien como tú? ¿Té?

—Sí, por favor —responde Sonya.

—No es nada del otro mundo —le advierte Cara, y las palabras parecen incluir no solo el té, sino el apartamento al completo, decadente, manchado, ruinoso.

—Vivo en la Abertura. Hace años que no pruebo el té.

—Ya. —Cara suelta una risita—. Casi me olvido.

Justo delante de donde se ha sentado Sonya está la puerta que da al patio lateral. A través de la ventana que hay en un costado, ve al crío del cajón de arena, aún apuñalando el suelo con el palo.

—Sí, ahí lo tienes —indica Cara cuando se percata de que Sonya lo está mirando—. Sam. Lo recuperamos el año pasado gracias a tu amigo, el señor Price.

Sonya piensa en Nikhil cuando oye «señor Price».

—Todavía se me hace raro que lo llamen así.

—Bueno, lo llames como lo llames, me preguntó si estaría dispuesta a hablar contigo. Al principio me costó creerlo. —Cara vierte el agua caliente de la tetera que hay en el fuego en dos tazas y las lleva a la mesa, antes de colocar una delante de Sonya—. ¿La

chica del póster de la Delegación en mi casa?

—¿Alexander le contó que estoy intentando encontrar a una chica? —Sonya recuerda la insistencia de Knox en dejar de lado los eufemismos de la Delegación—. Una chica a la que secuestraron, igual que a su hijo.

—Sí, sí que me lo contó —responde Cara, recostándose en la silla—. Lo que no me dijo fue qué era lo que querías saber.

—Me interesa saber cómo se puede ocultar a alguien cuando las Clarividencias lo convierten en una tarea imposible.

—Bueno, tampoco es que se nos diera tan bien. —Cara echa un vistazo por la ventana y mira a su hijo, difuminado por la deformación del cristal—. Aguantamos dos semanas hasta que se lo llevaron. —Las comisuras de la boca se le tuercen hacia abajo—. No era nuestra intención que me quedara embarazada. No hay ningún método anticonceptivo infalible. Y sabíamos que si iba al médico, me aconsejaría que abortara. Pero yo no quería.

—¿Por qué no? —pregunta Sonya, y Cara la fulmina con la mirada.

—Me hizo una advertencia sobre ti, ¿sabes? Me dijo que podías llegar a ser un poco insensible, que seguías estancada en las viejas mentalidades.

Sonya aprieta la mandíbula y rodea la taza caliente con las manos.

—Si Sam no fue un bebé planificado, y tenerlo era peligroso para los dos, me cuesta entenderlo.

Cara se lleva las manos al vientre, sin dejar de mirar por la ventana.

—Ya te he dicho que yo no quería —repite Cara con firmeza —. Estaba... feliz. Me daba miedo, pero estaba feliz. Y eso debería bastar, ¿no te parece? —Su mirada se cruza con la de Sonya—. ¿No eres tú precisamente una segundogénita, señorita Kantor?

—Sí —contesta Sonya.

—Tus padres también quisieron tenerte, ¿no? Soñaban contigo, y te planificaron, y se imaginaron cómo serías. —Cara tiene pecas por toda la piel, incluso en los párpados, que cierra un instante—. Eso mismo hice yo. Días después de descubrir que

estaba embarazada, pensé en todas las cosas que podía llegar a ser ese bebé, y quise tenerlo. La diferencia es que nadie me dijo que me lo mereciera.

Sonya piensa en la petición que sus padres le mostraron, en la que pedían permiso para que ella pudiera existir. La de las credenciales, en la que justificaban y defendían sus deseos. Una promesa de que su vida valdría de algo. Y ahora... Lo máximo que ha conseguido en la vida es plantar unas cuantas matas de tomates, arreglar una radio y negarse a morir. Nadie te garantiza que vayas a tener una vida plena.

Cara continúa:

—Total, que dejé de ir al médico. Pero no podíamos empezar a gastar desideratos en suministros (nuestra hija, que en ese momento tenía cuatro años, no necesitaba pañales ni cosas similares), así que estuvimos un tiempo sin saber qué hacer, hasta que mi madre nos habló de una divisa distinta para las personas que no podían gastar desideratos libremente.

—¿Cuál?

—La mostaza. —Cara suelta una carcajada, quizá demasiado estridente—. Todos los alimentos no perecederos de lujo podías volver a vendérselos a los comerciantes, y al comprarlos y venderlos no se modificaba el recuento de desideratos. Por eso si comprábamos mostaza o botes de encurtidos o cosas por el estilo podíamos ir al mercado negro a cambiarlos por lo que de verdad necesitábamos. Los otros padres llevaban lo que les sobraba al mercado y lo cambiaban por mostaza, que luego podían devolver y obtener desideratos a cambio. Era como una red, todo el mundo trabajaba con cantidades mínimas para que la Delegación no se diera cuenta. E incluso aunque algo les llamara la atención, ¿tú crees que estaban dispuestos a investigar un montón de mostaza?

Sonya está inmóvil, con la taza de té humeando frente a ella. En los registros de compra de los Ward aparecían artículos de lujo no perecederos, gelatinas y mermeladas, mostazas, botes de pepinillos y cebolla encurtida.

—Y así estuvimos consiguiendo los pañales un tiempo. Ahora parece una ridiculez.

—En absoluto —dice Sonya—. ¿Así es como compraron la Clarividencia de Sam?

—Ah, no, no llegamos a ponérsela. Por eso nos encontraron. Alguien nos dijo que si nos vendábamos los ojos cuando estuviéramos con él, no pasaría nada, pero se equivocó. —Se estremece sutilmente y le da un sorbo al té—. He oído que había alguien en la oficina de Clarividencias que marcaba algunas nuevas como defectuosas y se las vendía a gente como nosotros, pero nunca pudimos ahorrar lo suficiente como para comprarla.

Sonya también le da un sorbo al té. Sabe a humo y a alga. Querría pedir azúcar, pero no dice nada.

—Las personas que lo adoptaron —comienza, y se siente como alguien que cruza un charco que se acaba de congelar, con la esperanza de que el hielo aguante—. ¿Le pusieron una Clarividencia? ¿Por las vías habituales?

Cara asiente, y fija la mirada en la luz del ojo derecho de Sonya.

—Ahora la edad mínima para extirpar una Clarividencia es a los diez —explica—. Acababa de pasar por quirófano cuando lo recuperamos. Su madre adoptiva (los padres se separaron justo después del alzamiento, qué irónico) estuvo ahorrando mucho tiempo para poder extraérsela. Me parece extraño que estuviera tan decidida. El sistema era bueno para ella, ¿no?

—La conociste, entonces —dice Sonya—. ¿Te llegó a decir por qué la escogieron?

Cara se encoge de hombros.

—Enviaron una solicitud de adopción. Tenía algún problema médico, no podía quedarse embarazada. Se aprobó la solicitud, y un día les informaron de que la Delegación tenía un niño para ellos. —Vuelve a encogerse de hombros, en un gesto demasiado rápido, compulsivo—. No es una mala persona. Se portó bien con él. Nos visita una vez al mes para que él la siga viendo.

Sonya se percata de que le cuesta admitir que la mujer que crio a su hijo, la mujer que le robó sus primeros pasos, sus primeras risas, sus primeros codos raspados y todos sus comienzos, no es una villana. Aunque tampoco es capaz de imaginárselo. La

sensación de ser madre le resulta totalmente ajena.

—Pero me doy cuenta de que la echa de menos —añade—. Aunque no lo diga. De hecho, apenas habla. —Le da un sorbito al té.

—¿Cómo lo encontró Alexander? —pregunta Sonya, de nuevo con voz queda.

—Cotejó los registros de adopción con la fecha en que nos quitaron a Sam —responde—. No se llamaba así, nosotros lo bautizamos como Andrew, pero creció como Sam, y nos pareció más sencillo... En definitiva, en nuestro caso, solo había una pareja que hubiera adoptado cerca de la fecha en que se lo llevaron, conque fue bastante fácil. Aunque no lo reconocíamos. —Deja escapar una risa tan amarga que Sonya no puede evitar desviar la mirada—. Puede que se parezca a nosotros, y puede que no. También se parece a ella, a su madre. Lo bastante como para habernos engañado, si hubiera querido.

El niño ha dejado el palo y deambula por el patio con las manos en los bolsillos. Unas profundas arrugas enmarcan la boca de Cara cuando frunce el ceño.

—¿Cómo ha sido tenerlo en casa? —inquiere Sonya.

Cara suspira.

—Por momentos, complicado —contesta, y se vuelve a llevar la taza a los labios—. Está enfadado. A veces nos odia. Otras, nos odia un poquito menos. —Sonríe hacia la taza vacía—. Pero es como... como si hubiera tenido algo oprimiéndome el pecho, algo que me impedía respirar. —Los labios le tiemblan, solo un poco—. Ahora ya respiro.

Al niño se le ve ahora más pequeño en la ventana, apenas una mancha roja en el cristal. Sonya se acaba la taza de té.

Cuando Sonya parte hacia la estación de tren, Sam está fuera, pateando rocas en la carretera. Ella mantiene la cabeza gacha al pasar por su lado. Lleva unos vaqueros demasiado cortos, y se le ven los calcetines blancos por encima de los tobillos. Tiene las manos metidas en los bolsillos.

—¿Por qué querías ver a mi madre? —pregunta, y ella se detiene.

Los ojos del niño se clavan directamente en la Clarividencia, y luego se pasean por el resto de su rostro, la ropa, los zapatos.

—Necesitaba que me ayudara con una cosa —responde Sonya —. Con una cosa que sabe tu madre.

—Ah. —Se da unos golpecitos en la sien derecha, donde tiene una cicatriz oscura, casi púrpura. Más reciente que la mayoría—. ¿Todavía no te lo han quitado?

—No.

—¿Y eso?

—No me dejan.

El crío frunce el ceño.

—Pensaba que eran malas.

—Creo que ese es justo el motivo.

—Entonces... ¿te están castigando? —pregunta, y ella asiente —. ¿Por qué?

Sonya no responde.

—Me ha dicho que me quedara fuera de casa mientras hablabais —dice Sam—. Supongo que es porque quería hablarte de mí. A veces pienso que quiere deshacerse de mí.

—De eso nada —contesta Sonya, ceñuda—. ¿Por qué piensas eso?

Se encoge de hombros.

—Nos peleamos mucho.

—Os estáis conociendo.

—Ya, puede ser.

—No quiere deshacerse de ti —insiste Sonya—. Te quiere.

—No me conoce.

—No necesitas conocer a alguien para quererlo —afirma Sonya.

Él la mira con los ojos entornados.

—Es verdad —dice ella, y echa a andar hacia la estación de tren.

Más tarde, Sonya se planta en el portón de la Abertura con un periódico bajo el brazo. Lo ha encontrado abandonado en el monorraíl y lo ha recogido, aunque apenas recuerda nada más del trayecto. No deja de imaginarse a Sam en la carretera, chutando piedras. «A veces pienso que quiere deshacerse de mí.» Es terrible que un niño piense eso de su madre, y entonces se da cuenta de que lleva parada unos minutos sin haber escaneado su pase.

A sus espaldas, un grupo de hombres beben de unas botellas oscuras en el colmado. Todavía no se han percatado de su presencia. Se saca el pase de seguridad del bolsillo y lo acerca al escáner.

La pupila del portón se dilata lo suficiente como para que quepa por el hueco. Ella se apresura a entrar, y apenas ha dejado atrás la caseta del guardia cuando oye su nombre.

—¡Señorita Kantor!

Es Williams. Es la primera vez que pronuncia su nombre; de hecho, le sorprende que se lo sepa. Tiene el sombrero ladeado y un sobre en la mano con el nombre de Sonya escrito con una caligrafía que desconoce, cursiva, inclinada hacia el lado contrario que la de Alexander.

—Alguien te ha dejado esto —le dice Williams, y agacha la mirada hacia el periódico que lleva bajo el brazo—. ¿Ahora lees el periódico?

Sonya lo observa con cautela y se pregunta si se lo confiscará.

—Puede ser. ¿Hay algún problema?

William se encoge de hombros y le ofrece el sobre. Ya lo han abierto.

Durante los primeros días de la Abertura, los guardias se involucraban mucho más en el día a día de los vecinos. Patrullaban las calles Verde y Gris. Cuando Sonya iba a alguna parte, caminaban a su lado y le preguntaban qué le gustaba, qué estaría dispuesta a hacerles. Nadie iba a ningún lado a solas. Luego, uno de los jóvenes perdió los nervios y un guardia le dio una paliza que lo mató. Después de eso, al Triunvirato se le ocurrió lo de la política de no intervención: los vecinos de la Abertura se encargarían de vigilarse a sí mismos, y los guardias mantendrían

las distancias.

—¿Qué pasa? Técnicamente, no deberías recibir mensajes. No me culpes por haberle echado un ojo.

—Ya, supongo —responde ella—. Gracias por hacérmelo llegar.

Se lo guarda en el bolsillo y echa a andar hacia el Edificio 4. Hay un grupo de personas en el extremo del portón de la calle Gris: Marie, Douglas y Renee, que se están pasando un cigarrillo liado a mano. Marie suelta anillos de humo; Douglas y Renee están cogidos del brazo.

Sonya asistió a su boda, hace dos años, en el patio del Edificio 3. Nicole abrió una de las ventanas de la portería y se apoyaron en el alféizar, hombro con hombro, para ver la ceremonia desde arriba.

Podría coger el Centella para visitar a Nicole. Nadie se lo impediría. Pero no lo hará.

—Dichosos los ojos, detective Kantor —le dice Douglas cuando se acerca—. ¿Alguna noticia del exterior?

«Nada, solo lo del crío al que arrastraron de una familia a otra y luego lo devolvieron», piensa, pero se limita a encogerse de hombros.

—Lo de siempre.

—Por favor, no nos engañes —le espeta Marie, con el cigarrillo entre los dos dedos. Le da una larga calada—. Venga, chica del póster, danos algo interesante.

Sonya le alarga el periódico enrollado que lleva bajo el brazo a Renee, que abre los ojos como platos al verlo.

—Gracias —dice, como si un periódico abandonado fuera algo valiosísimo. Lo despliega. Es uno de los periódicos que le hacen la competencia a la *Crónica*: la *Gaceta de Megalópolis*. El titular de la primera plana es: ¿SE RELAJARÁN PRONTO LAS RESTRICCIONES PARA VIAJAR? Y el subtítulo: «La representante Archer se reúne con los líderes del Sector 3 para discutir la reducción de las restricciones para viajar heredadas de la época de la Delegación, arguyendo la estabilización del gobierno del Triunvirato».

—¿Sabes una cosa? Si me llamases por mi nombre, a lo mejor me animaba a hacerte algún favor —le dice Sonya a Marie.

—Anda ya, vete a la mierda —responde Marie, pero no hay ira en su voz. Le ofrece a Sonya el cigarrillo—. ¿Quieres?

—No, gracias. ¿Dónde está Kevin?

—Se ha resfriado, así que lo tengo en la cama con un paño húmedo en la frente cual frágil doncella victoriana —contesta Marie—. ¿Por qué?

—Quiero preguntarle una cosa.

Marie se encoge de hombros.

—Pues ve y pregúntaselo. Tampoco es que tengamos cerradura en las puertas.

—¿Podrías traernos más periódicos? —le pide Douglas.

—Depende de lo que me des a cambio.

—¿Mi buena predisposición? —responde Douglas, sonriendo.

—¿Qué quieres? —dice Marie.

Sonya se lo piensa.

—Guardadme un cigarrillo —contesta.

Renee resopla ligeramente, pero cuando Sonya atraviesa el túnel, oye a alguien gritarle a sus espaldas:

—¡Hecho!

Levanta la mano para tocar el ladrillo con el nombre de David grabado, pisoteando la cera seca de las velas de otros dolientes bajo las suelas de las zapatillas. Hoy no hay nadie en el patio; hace demasiado frío. Entra en la portería y se apoya en la pared de hormigón, antes de sacarse el sobre del bolsillo y leer la carta que hay dentro.

Señorita Kantor:

La grabación era un callejón sin salida, pero tengo otra idea. Ven mañana a mi apartamento y lo negociamos. No traigas al guardaespaldas: es un peñazo.

Knox

8

El vestíbulo del edificio del apartamento de Knox está vacío y en silencio, salvo por el borboteo de la fuente. Sonya espera en el centro de la sala, delante de la pantalla.

El apartamento de Emily Knox es la boca del lobo.

La pantalla se ilumina en verde.

—Acceso concedido —dice la fría voz femenina, y el guardia de seguridad de la parte derecha del vestíbulo le hace un gesto a Sonya para que pase y le señala el ascensor.

—Decimotercera planta —le informa el guardia, posando la mirada en la Clarividencia de Sonya.

—Gracias.

La única señal de que el ascensor se está moviendo son los números ascendentes en la pantalla que hay encima de las puertas y la presión que nota Sonya en los oídos. Se ralentiza hasta detenerse en la decimotercera planta, y Sonya sale a un pasillo blanco con un suelo de mármol del mismo color. Una planta, un potus, se desparrama por un pedestal cerca de una de las puertas.

Sonya se dirige hacia allí. No sabe el número del apartamento de Knox, pero solo hay tres opciones entre las que elegir, y en el centro de una de las puertas hay un ojo mecánico. Cuando se planta frente a él, aparece un anillo de luz blanco en torno a su pupila artificial, una parodia de las Clarividencias. El ojo parpadea y la puerta se abre.

—Invitada: Kantor, Sonya —anuncia una voz computarizada.

Su nombre recorre el techo en una luz roja. Sigue sin haber ni rastro de Knox, pero Sonya entra en el apartamento de todos modos.

El espacio tiene el aspecto de un lugar que se esperaba que fuera elegante y sencillo (un muro de ventanas frente a la puerta,

con vistas a la bahía; un suelo de grandes losas de piedra; techos altos y diáfanos), pero Knox lo ha llenado de cables y pantallas, teclados y flexos, ventiladores y herramientas. Aquello deja la colección de piezas y repuestos de Sonya a la altura del betún.

Un escritorio traza un arco en el centro de la estancia, sobre el que cuelga una cuadrícula de monitores de ordenador de todas las formas y tamaños. Del techo penden manojos de cables, en distintas direcciones; todos cuentan con etiquetas que Sonya es incapaz de descifrar. Una tira de luces led rosas rodea el borde del escritorio. Un pequeño ejército de miniaturas, construidas a partir de partes viejas de ordenador, descansa sobre la encimera de la cocina. En la pila se amontonan los cuencos.

Antes de que la puerta se cierre a sus espaldas, Sonya agarra un destornillador de la mesa más cercana y lo introduce en la jamba para que se mantenga abierta.

Knox está sentada en una silla de escritorio con una camiseta holgada, sin pantalones y con unos calcetines de lana hasta las rodillas, y el pelo negro suelto sobre los hombros. Sobre la nariz le descansan unas gafas pensadas para una cabeza mucho más grande que la suya. Sostiene una manzana contra el pecho en una mano, a medio comer, mientras con la otra escribe en un teclado.

—¿Cómo es posible que el apartamento sepa mi nombre? —le pregunta Sonya.

—Le enseñé a registrar tu Clarividencia cuando llegaras —responde Knox, sin levantar la vista—. Ya te tengo en el sistema. Me sorprende que tu guardaespaldas te haya dejado venir.

—Es que no me ha «dejado» —aclara Sonya—. Pero probablemente nos esté escuchando.

—No por mucho tiempo. —Knox alarga la mano a una pequeña cajonera de metal de debajo del escritorio. Rebusca en uno de los cajones, maldiciendo para sus adentros, y luego en otro, hasta que encuentra una tira de metal curvada que a Sonya le recuerda a una diadema o a una corona rota. Pulsa algo en el lateral y Sonya oye un ruido parecido al de una bombilla fundiéndose. Knox se pone en pie y se acerca a ella, que recula.

—Relájate —le dice Knox—. Tú póntelo, ¿quieres?

Sonya le coge la diadema y se la coloca en la coronilla. Nota un zumbido en la piel.

—¿No me dijiste que no podías desactivar las Clarividencias? —le pregunta.

—Es que no puedo. He creado una perturbación auditiva, nada más. —Se sienta de nuevo y posa las manos sobre las teclas de uno de los teclados. Escribe con la gracia de un pianista, agitando unos largos dedos.

—Ah. —Sonya se toca el metal zumbante—. Gracias.

Observa la cuadrícula de pantallas de Knox. No sabría decir qué está viendo con exactitud, salvo una serie de terminales abiertos llenos de texto blanco y, justo debajo, el fondo de pantalla de Knox, un paisaje desértico con unas montañas de roca roja y un grupo de cactus.

—Una puede tener sus sueños, ¿no? —dice Knox cuando descubre a Sonya mirando—. Los permisos para viajar entre zonas reguladas no son mucho más fáciles de conseguir que cuando estaban bajo el control de la Delegación, por extraño que parezca. Por lo visto, nuestro gobierno actual es demasiado inestable como para que te fíes de él.

—¿No puedes falsificarte un permiso?

—Lo creas o no, la habilidad con los ordenadores no se traduce en la capacidad de falsificar documentos en papel —contesta Knox—. Aunque estoy segura de que si se lo pidiera a la persona adecuada, y con la influencia necesaria...

Sonya advierte que Knox se comporta de forma distinta allí, en su propio espacio, sin público delante. Se lleva la rodilla al pecho y Sonya le ve la ropa interior, negra, oprimiéndole la parte superior de un pálido muslo.

—Ya puedes estar desesperada —le dice Knox—. Sabes que en este apartamento podrían pasarte cosas terribles y nadie te oiría gritar jamás, ¿verdad?

—Por eso he bloqueado la puerta para dejarla abierta.

Knox se ríe.

—Chica lista.

Cierra los terminales abiertos en las pantallas, uno a uno,

hasta que no queda más que el desierto. Knox recoge el dispositivo de audio plateado de entre los cachivaches que tiene esparcidos por el escritorio (teclas de repuesto para los teclados, bandejas magnéticas llenas de tornillitos, tazas de expreso con café seco en el borde) y se lo ofrece a Sonya.

—Esto no vale para nada, básicamente —manifiesta—. No hay ningún dato de ubicación, de ningún tipo. —Se tira de un hilo del calcetín—. Sin embargo, como ya te he dicho, tengo una idea.

Sonya busca un lugar donde sentarse, pero no encuentra nada.

—Hay una forma infalible de encontrar a la chica —prosigue Knox—: con su DIU.

—¿Con su qué?

—Su Dirección de Identificación Única —responde Knox—. Todas las Clarividencias cuentan con una, y no puede cambiarse ni manipularse. Sus padres no tenían acceso, solo la Delegación; así es como tenían a la gente localizada en todo momento. Yo nunca las he necesitado, porque mis clientes siempre han estado delante de mí, pero si tuviera la de Grace Ward... —Ladea la cabeza—. Podría encontrar su ubicación exacta.

A la luz del día, Sonya distingue pelos grises entre el cabello negro de Knox, y arrugas en las comisuras de los ojos. Es una mujer como una lámina de acero martilleado, desgastada por un mundo ante el que no se ha rendido nunca.

—¿De dónde puedo sacarlo? —inquiere Sonya.

A Knox le brillan los ojos, y eso no la reconforta lo más mínimo.

—Tendrás que acceder a la base de datos de las DIU, que estaba alojada en el servidor de la Delegación. El único problema es que...

—Formatearon el servidor antes del alzamiento —dice Sonya.

—¿Ah, sí? —Knox sonríe—. La teoría más aceptada es que algún capullo de la Delegación con malas intenciones vio la que se les venía encima y le hizo un favorazo a todos los empleados de la Delegación al borrar toda prueba de sus crímenes. Pero en los canales extraoficiales que sintonizo, alguien se ha arrogado el

mérito. Alguien de un grupito extremista conocido como la Armada Analógica.

Sonya piensa en el asesinato de la portada del periódico, en el joven sonriente y su lista de crímenes enganchada a su pecho con un imperdible. Las dos aes estampadas en la parte inferior.

—Hace unos días mataron a un hombre. Leí el titular.

—Se me olvida que en esa jaula vuestra apenas recibís noticias —replica Knox—. Han matado a muchos más. Además de causar un par de explosiones, por si acaso. Quieren forzarnos a volver a la época predigital «cueste lo que cueste». Empezaron suave, hackeando algún Sonsacador que otro, amenazas vacías. El año pasado le enviaron una amenaza de muerte a uno de los del Triunvirato. Y luego llegaron los asesinatos. Los oficiales del gobierno le han restado importancia, pero los que saben, saben. —Sonríe—. Y a mí no se me escapa nada.

—Si ese es el caso, ¿por qué querrían eliminar todos los registros de la Delegación? —pregunta Sonya—. Si detestan las Clarividencias, ¿no tendría más sentido que quisieran revelar todo lo posible sobre las personas que se beneficiaron de ellas?

—Estás dando por sentado que, en efecto, eliminaron los registros de la Delegación —comenta Knox—. La cuestión con los fanáticos es hasta qué punto pueden llegar a justificar la hipocresía.

Sonya frunce el ceño.

—No acabo de entender por qué esos registros son tan importantes.

La pregunta no la perjudica tanto como creía. Knox probablemente ya piense que es idiota. Sonya se ha pasado la mayor parte de su vida deseando no serlo, y luego fingiendo que, si lo era, tampoco importaba. Ahora le parece irrelevante.

—Entonces tampoco acabas de entender cuánto puedes llegar a saber sobre una persona solo con conocer los lugares a los que ha ido y cuándo —responde Knox—. Esos datos no solo incluyen adónde fue una persona durante el gobierno de la Delegación (registros de sus indiscreciones, contactos desagradables, actividades «extracurriculares»), sino también la capacidad de

rastrear a cualquier persona en toda esta ciudad ahora mismo.

—Entonces, la Armada Analógica quiere controlar los datos porque creen que lo de que «el fin justifica los medios» implica recurrir a la tecnología para destruir la tecnología, y a tomar por saco la hipocresía.

—Eres más espabilada de lo que pareces. —Knox se pone en pie, con su camiseta holgada cubriéndole el cuerpo como un vestido de noche. Deja la manzana sobre el escritorio—. No te hagas ilusiones: suena mucho más a cumplido de lo que es.

—Ni se me ocurriría —contesta Sonya con sequedad—. Si la Armada Analógica tiene la base de datos de las DIU almacenada en algún sitio, ¿por qué no has ido a buscarla tú misma?

Knox pasa un dedo por el borde del escritorio y la luz rosa le danza entre los dedos.

—Teniendo en cuenta lo mucho que les repugna lo digital, no me sorprendería que los datos que hayan almacenado estén en sus servidores independientes, y eso significa que tendría que ir a pie a su cuartel general para poder acceder —explica—. Y están especialmente en sintonía conmigo, si tenemos en cuenta que me aprovecho de todo lo digital sin importar el régimen bajo el que vivamos.

—¿Y tú crees que no estarán en sintonía conmigo? —replica Sonya, dejando escapar una leve carcajada—. Llevo en el cráneo un modelo que todavía funciona de la tecnología que más detestan.

—Cierto, pero también estás investigando la desaparición de una cría y tienes una coartada plausible para hablar con ellos.

—Vale, ¿y qué hago? ¿Me presento allí y les pido que me entreguen la base de datos de las DIU?

—Sí —responde Knox—. Se reirán de ti en tu cara y te echarán de su preciosa sede. Pero lo único que necesito es que cruces la puerta. —Se encoge de hombros—. Y que coloques un dispositivo de copia en su servidor.

—Me acabas de decir que son peligrosos.

—Y tú te has pasado los últimos diez años en una cárcel —dice Knox—. Pareces empeñada en jugar a dos bandas, pero no puedes ser la princesita guapa de la Delegación y la prisionera

endurecida por la vida de la Abertura al mismo tiempo.

—Oooh, ¿te parezco guapa?

Knox la mira con desdén.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Ir adonde sea que tengan la guarida y llamar a la puerta? —pregunta Sonya.

—He preparado un plan para ti, como es obvio. Solo necesito saber si te apuntas o no.

Sonya estudia a Emily Knox, de una altura similar a la suya, descalza sobre las frías baldosas del suelo y un aliento con olor a manzana. Le da la impresión de que le acaban de asignar una serie de tareas imposibles, unas tareas para las que no está capacitada. Pero también tiene una sensación de inevitabilidad, como si, elija el camino que elija, la única opción fuera seguir adelante, no volver atrás.

—A ver si nos aclaramos. Lo que quieres a cambio de entregarme la ubicación de Grace Ward es... una base de datos llena de DIU que ya me has dicho que puedes utilizar para rastrear a cualquier persona con Clarividencia, independientemente de que se haya desactivado o no. Lo que significa que voy a poner en riesgo mi vida para darte la capacidad de extorsionar a todos los habitantes de la megalópolis de Seattle-Portland.

Knox sonríe, y le aparecen dos hoyuelos en las mejillas.

—En serio, chica del póster. Eres más lista de lo que pareces.

Sonya suspira y recuerda a Cara Eliot mirando por la ventana al hijo al que apenas conoce. Ese es el regalo que le brindaría a Eugenia Ward, siempre y cuando lo consiga. Parece un mal consuelo, en el fondo, pero es el único posible.

—Tienes que ayudarme a esconderme de mi guardaespaldas —pide Sonya.

—Pan comido —contesta Knox, y sonríe casi con demasiado júbilo.

Alexander está en el vestíbulo cuando sale del ascensor, con un aspecto desaliñado, como siempre. Lleva un jersey azul comido por las polillas con el dobladillo raído y unos zapatos que han visto

tiempos mejores, agrietados en las partes en que sus pies se doblan al caminar. El bolsillo de su abrigo está descosido. Nikhil podría remendarlo, igual que remienda los calcetines de todos los habitantes de la Abertura, entornando el ojo mientras enhebra la aguja con dedos cuidadosos y sacando la lengua en dirección a la mejilla.

Cuando la ve, dice:

—Ven, tengo que hablar contigo. —Mira de reojo a uno de los guardias de seguridad—. Esto..., mejor fuera.

Sonya lo sigue al patio que hay delante del edificio, donde las enredaderas se extienden por el cristal cobrizo. Un árbol de hoja perenne con las ramas caídas se cierne sobre ellos. La lluvia ha dejado paso a una ligera llovizna.

Ella lo observa y espera. El dispositivo de Knox ha distorsionado la conversación, pero si Alexander está allí, debe de saber que ha ido a reunirse con Emily Knox a solas.

—Deduzco que te ha devuelto la grabadora —comenta.

Sonya se saca del bolsillo el dispositivo con el mensaje de voz de Grace Ward y se lo ofrece. Él lo acepta, y se lo guarda en el bolsillo.

—¿No hay nada útil?

—Nada —responde Sonya, y él asiente. Al cabo de unos instantes, añade—: Esperaba que me gritaras por haberme conchabado con una conocida criminal.

—Me dejaste bastante clarito que preferías que te dejara en paz con tus maquinaciones —replica él—. Y eso he hecho.

Sonya mantiene el rostro impasible.

—¿Qué haces aquí, entonces? —le pregunta ella.

Él mira alrededor, a la hiedra del edificio, al árbol perenne que hay detrás de Sonya, a la calle que tienen al lado.

—Ha pasado algo extraño —contesta—. Hoy ha venido alguien a verme al despacho..., del Triunvirato.

—Trabajas para el gobierno. ¿No sois todos «del Triunvirato»?

—Técnicamente sí, pero hablo de un pez gordo.

Sonya deja escapar un leve suspiro.

—Vas a tener que explicarte un poco más, Price.

—Mi despacho es un tugurio —dice—. Está en la parte trasera del edificio de administración viejo y mohoso en el que estaba Suza de becaria, ¿te acuerdas?

El verano que se graduaron del instituto, Susanna se presentaba todos los días en casa quejándose del hedor a humedad y de la mala iluminación del edificio de administración, de la moqueta manchada y de la pintura desconchada de las paredes, y del hecho de que estuviera trabajando con todas las personas de las que la Delegación se había olvidado, según sus palabras. Y su padre no la corregía, lo cual implicaba que probablemente tuviera razón.

—Nadie se ha interesado nunca por nuestra labor —continúa Alexander—. Llevo investigando las reclamaciones de restitución desde que cayó la Delegación, y nunca le ha importado a nadie. Pero hoy se ha presentado un tal John Clark con unos zapatos de puta madre y me ha dicho que ya va siendo hora de que dejemos morir el caso.

—¿Te ha dicho que tires la toalla?

—No de forma explícita. —Sacude la cabeza—. Es la misma retórica que he estado oyendo constantemente estos días en la oficina... Que la única manera de cicatrizar es dejar algunas cosas en el pasado. Total, que lo ha justificado como... como si lo que hacía fuera intentar mostrar compasión por Grace. En plan, que han pasado diez años y que quizá lo mejor sea dejar las cosas como están, esas mierdas. Pero...

—Pero ¿por qué ahora? —pregunta Sonya—. ¿Por qué no antes?

—Exacto. Y que haya venido él en persona en lugar de hablarlo con mi jefe... Me parece excesivo.

Sonya asiente. El viento arrastra la llovizna hacia sus mejillas, hacia el cabello de Alexander.

—Y has venido hasta aquí para contármelo.

—Ahora mismo, solo me están pidiendo que lo deje estar, pero pronto podrían ordenármelo. —Da un paso atrás—. Solo quería que lo supieras.

Lleva un periódico, un ejemplar de la *Crónica* de ese día, enrollado en el bolsillo de la solapa del abrigo. Williams apenas le presta atención cuando atraviesa la entrada de la Abertura. Baja por la calle Verde con las manos en los bolsillos y cruza el túnel que conduce al patio del Edificio 3.

El patio es un laberinto de sábanas que cuelgan de los tendederos. Jack está sentado entre ellas, en una mesita con las patas invadidas por el musgo, con una libreta en el regazo. Le hace un gesto de cabeza.

—Hola —lo saluda ella—, ¿sabes cuál es el apartamento de Marie y Kevin?

—Justo el que va después del de Renee y Douglas, en la tercera planta —responde—. Imposible separar a esos cuatro.

—Gracias.

Sonya sube dos tramos de escalera y se desabrocha el abrigo al llegar arriba para refrescarse un poco. Llama a la segunda puerta de la izquierda y desenrolla el periódico para echar un vistazo a la portada. EL REPRESENTANTE TURNER PROPONE RELAJAR LAS RESTRICCIONES EN LAS REDES DE SONSACADORES. En la fotografía borrosa que lo acompaña se muestra a Easton Turner estrechándole la mano al presidente de uno de los principales fabricantes de Sonsacadores, Auriga, según el pie de foto. Sonya jamás ha visto una foto de Easton Turner en la que no estuviera sonriendo. A su lado hay un hombre trajeado de hombros marcados. «John Clark —reza el texto—, ayudante del representante Turner.» El hombre que visitó a Alexander.

La puerta se abre y aparece Renee con un viejo *negligé* color champán, cuyo encaje se está deshilachando a lo largo de la línea baja del cuello. Le llega hasta las rodillas. Hay desgarrones en la tela a lo largo del vientre. No se ha puesto sujetador. El olor a comida quemada emerge hacia la portería, y una radio restalla. Detrás de Renee se extiende un apartamento de la misma forma y tamaño que el de Sonya, una gran estancia unida a la cocina. La ropa de Renee y Douglas está amontonada aquí y allá, junto con platos y vasos sin lavar, en los que flotan colillas de cigarrillos.

Renee le arquea una ceja a Sonya, que levanta el periódico.

—Sí que tenías ganas de fumar —le dice Renee—. Entra, que voy a buscarte un cigarrillo.

Sonya la sigue hacia el interior, pero solo unos pocos pasos. No cierra la puerta tras de sí. En la radio se oye el anuncio de un inhibidor de la señal, de la marca Your Space: «No permita que señales intrusas violen su privacidad. ¡Levante un quinto muro con Your Space! La configuración es rápida y sencilla, y solo por tres pagos de...». La señal se pierde y crepita. Renee rebusca en una caja de plástico que ha colocado junto a la cama a modo de mesilla de noche.

—¿Alguna novedad ahí fuera? —le pregunta Renee.

—El otro día vi un anuncio de vodka luminoso —responde Sonya—. ¿Te interesa?

—No mucho. Cualquier imbécil con un palo de luz puede hacerlo realidad.

Sonya deja el periódico en la encimera de la cocina, al lado de una tabla de cortar con restos de piel de ajo con aspecto de papel encima. Le recuerdan al plumón.

Renee cruza la habitación con un cigarrillo entre los dedos. Se lo ofrece a Sonya, quien hace ademán de cogerlo, pero entonces Renee lo retira y entrecierra los ojos.

—¿Te acuerdas de cómo se fuma?

—Qué tonta eres.

Renee resopla y le deja el cigarrillo en la palma de la mano. Sus Clarividencias se cruzan y destellan con un brillo algo más intenso al reconocerse. Sonya trata de imaginarse a Renee sin ella, su ojo derecho apagado y una cicatriz en la sien. Baja la mirada hasta la hinchazón del vientre; no está embarazada, porque nadie puede quedarse embarazado en la Abertura, sino que se lo debe al paso del tiempo, que le está modelando el cuerpo.

—Tendría que haber ido al funeral de David —le dice Renee.

—No fue exactamente un funeral.

—Ya, pero tendría que haber ido.

Sonya se guarda el cigarrillo en el bolsillo.

—Te entiendo, de verdad —contesta—. En sus últimos días no

era una persona fácil de tratar.

—Fue casi un profeta —comenta Renee—. El problema es que aquí nadie quiere oír hablar del futuro.

A David siempre le preocupó la futilidad de su existencia. Que sin nacimientos y sin nuevos habitantes, el tiempo acabaría por consumir la Abertura por completo. Llegaría el día en que apenas quedarían unos pocos, los más jóvenes, y qué harían entonces, rodeados de apartamentos y calles vacías, de patios yermos. No quería esperar a comprobarlo.

Ni siquiera dejó una nota.

—¿Están Kevin y Marie en casa? —pregunta.

—Probablemente. ¿Por qué?

Sonya se detiene en el umbral de Renee y señala con una mano hacia la derecha y con la otra, hacia la izquierda, con gesto de duda.

—Derecha —contesta Renee.

Sigue a Sonya hacia la derecha, con su *negligé* color champán y los pies descalzos. Marie es la que responde al golpe en la puerta, con el cabello negro corto recogido en un medio moño y el cuerpo flotando en un suéter gris holgado. Su apartamento, a diferencia del de Renee, es espartano: no hay desorden ni excesos, nada que no tenga un propósito. Kevin está tumbado en la cama que ocupa casi todo el espacio habitable, con un libro sobre la cabeza.

—¿Sí? —pregunta Marie.

—Tengo que hablar con Kevin.

Marie suspira y se echa a un lado para dejarla pasar.

Kevin cierra el libro con un golpe seco y se incorpora, con las largas piernas colgando por un lado de la cama. Las sábanas tienen las puntas almidonadas.

—Buenos días, Sonya —la saluda Kevin.

Pone un énfasis especial en el nombre. Siempre ha sido una persona difícil de descifrar, con esa mirada dulce y somnolienta que no se corresponde con sus ocasionales cortes. Renee le contó una vez a Sonya que había sido un abusón en el instituto, pero unos años atrás, Sonya lo vio engatusando a un ratoncito herido para que se metiera en una caja de zapatos, arrullándolo en voz

baja. Las incoherencias la sacaban de quicio.

—Charlotte me dijo que trabajaste en la asignación de Clarividencias.

—Pues sí —contesta Kevin—. Eso sí: sobre todo introduciendo datos; no tenía nada que ver con las cosas más emocionantes.

—Estoy intentando descubrir cómo es posible que una persona consiguiera una Clarividencia para su hija ilegal —explica Sonya—. Me pregunto si sabrías decirme algo al respecto.

En la cocina, Marie deja de fregar la encimera.

—¿Una persona? —pregunta Kevin—. Me hablas de los padres de la chica a la que estás buscando.

—Se llama Grace.

—¿Te has planteado que a lo mejor esa tal Grace esté mejor como está, dondequiera que sea? —dice Marie.

«Soy vuestra Alicia», susurra Grace Ward en la cabeza de Sonya.

—Se acuerda de sus padres —responde Sonya—. Así que no, no está mejor como está.

Marie relaja ligeramente la postura y sigue fregando.

—Jamás llegué a tener acceso a las Clarividencias; estaban bajo llave en una habitación del hospital —indica Kevin—. Mi trabajo era asegurarme de que los suministros fueran suficientes y de que los registros fueran correctos.

—¿Y si había algún problema?

—Ni idea. Yo enviaba un informe a mis jefes y seguía con lo mío.

Marie carraspea.

—Yo quizá sí sepa algo. —Se limpia las manos en el suéter, dejándose unas marcas irregulares—. Trabajaba en la morgue, con Graham Carter, el bicho raro ese, ¿sabes? Por eso estoy aquí.

Sonya recuerda que Charlotte se lo había comentado. La morgue es el lugar idóneo para alguien como Marie, la hija de importantes miembros de la Delegación: su madre, la directora del Departamento de Educación; su padre, un destacado escritor de discursos, y Marie, tan poco refinada, tan brusca.

—Allí vi también a tu padre un par de veces. Te observaba

con la mirada perdida, igual que tú. Como si no tuviera nada en la azotea. —Marie silba y se hace un gesto delante de la frente—. No era capaz de mirar los cadáveres, como si pensara que en cualquier momento pudieran saltarle encima y morderlo.

—A la mayoría de la gente no le parecería extraño que te incomoden los cadáveres —dice Sonya.

—Ya, bueno. La mayoría de la gente que no está cómoda cerca de un cadáver tampoco iría tan a menudo a la morgue. Y menos para ver a Graham.

Sonya conocía a los amigos de su padre. Iban a casa una vez al mes a jugar al backgammon; llevaban a sus esposas a las cenas; la saludaban cuando pasaba por delante de sus casas de camino a la escuela. No recuerda que Graham Carter fuera uno de ellos. Es extraño pensar que su padre pudiera tener una vida que ella desconociera por completo.

—¿Estás aquí solo por haber trabajado para Graham? —pregunta Sonya.

—No, la mayoría de sus peones salieron indemnes —responde Marie—. Pero yo tenía una posición superior al resto. Me dijo que me callara los resultados de algunas autopsias. Los niños bonitos de la Delegación que se suicidaban o morían por sobredosis o lo que fuera. No es de recibo que la gente descubra que esos ciudadanos modélicos no son perfectos, ¿no te parece?

—Bueno, tampoco tenías por qué hacer todo lo que te pidiera.

—Eres un amor. —Marie frunce la boca—. Tú tampoco tenías por qué posar para aquel póster.

—No, supongo que no.

—Total, que estoy bastante segura de que lo vi un par de veces sacando Clarividencias del almacén, al muy cabrón. —Lanza el estropajo a la pila y se aúpa hasta la encimera—. ¿Sabías que las Clarividencias crecen? Las inyectamos cuando son diminutas, y se expanden y envuelven el cerebro.

Renee arruga la nariz.

—Por Dios, no me hace ninguna falta oír esto.

Marie resopla y continúa:

—Tienes que extirparlas en un plazo de veinticuatro horas

después de la muerte, porque entonces empiezan a contraerse, como si rejuvenecieran. Luego puedes limpiarlas y reimplantarlas; son reciclables. Eso es parte de su encanto. —Agita los dedos con sorna—. Pero extirparlas es una operación delicada, porque están muy integradas en el cerebro —prosigue—. Sigo sin saber cómo se las ingenió el Triunvirato para extraerlas.

Sonya recuerda lo que le dijo Knox: que todas las personas del exterior que creen haberse deshecho de las Clarividencias se están engañando a sí mismas. Quizá diga la verdad.

—A veces, las encogidas se acababan perdiendo —dice Marie —. Y nadie hacía ni caso, porque en aquel punto eran tan minúsculas que ¿cómo no ibas a perder de vista unas cuantas? Aunque, claro, Graham estaba obsesionado, contaba cada segundo de mis pausas, y siempre estaba comiéndome el coco con que dejara el equipo en el mismo sitio exacto donde lo había encontrado. No me lo imagino perdiendo nada de vista.

—Entonces, ¿crees que se las llevaba para venderlas?

—O eso o estaba llevando a cabo algún tipo de experimento tenebroso en su sótano —responde Marie—. Me sorprendería que ese hombre no tuviera un puñado de cerebros en tarros guardados en algún sitio antes del alzamiento.

Kevin se ríe.

—Gracias. La verdad es que me sirve.

—Creo que necesito quemar esa información de mi cerebro con alcohol —dice Renee—. ¿Alguien más quiere una copa?

Unos minutos más tarde, mientras Sonya desciende por la escalera que conduce a la planta baja, piensa en su padre y en si en realidad tenía esa mirada perdida. Y si ella la ha heredado. August siempre se tomaba su tiempo con todo. A veces se quedaba parada en la puerta de casa antes de salir solo para ver cómo se ataba los cordones de los zapatos usando únicamente las puntas de los dedos, como si estuviera pinzando las cuerdas de un arpa. Cuando ayudaba a su madre en la cocina, ella se quejaba de lo mucho que tardaba en cortar las verduras, pero siempre acababa haciendo

cubos perfectos, que disponía en hileras impecables.

Los recuerdos la mantienen a flote hasta que llega a casa. Se para en su apartamento para encenderse el cigarrillo y, con la colilla pellizcada entre el pulgar y el índice, sube a la azotea, donde el jardín que comparte con Nikhil está hundido por las lluvias de esa mañana. Echa un vistazo a los rábanos para asegurarse de que los insectos no los han atacado y luego se dirige al borde de la azotea y asoma la cabeza por el murete. A sus pies, tiene la misma vista que desde su apartamento: el colmado y los mirones; la calle sucia.

Se coloca el cigarrillo entre los labios y da una calada vacilante. El fuego le desciende hasta los pulmones y tose, tose hasta que se le saltan las lágrimas. La boca le sabe a ceniza.

Y repite el proceso. Cierra los ojos y se figura el destello rojo del recuento de desideratos a medida que disminuye. Quizá, después de todo, no haya perdido el gusto por los pequeños actos de resistencia.

9

Sonya está en un probador, flanqueada por espejos a ambos lados. De una de las perchas que hay junto a ella pende un vestido negro con una falda larga, no tan distinto al que habría podido llevar a una cena en la casa de los Price para demostrar que se merecía a Aaron, la columna rígida contra el respaldo alto de la silla y repasando mentalmente las diferencias entre los tenedores. Comenzó a ir una vez por semana después de que la Delegación sugiriera el compromiso. Ella y Aaron llevaban casi toda la vida siendo amigos, pero la promesa de la aprobación de la Delegación (y los desideratos que acompañarían a la boda, a modo de dote) había cimentado la relación, y los Price la habían acogido en la familia igual que los Kantor habían acogido a Aaron en la suya.

Y ella había aprendido a no mirar a Alexander, el manojo de extremidades desgarbadas y el desorden mental que había en uno de los extremos de la mesa. Sus ojos tendían a posarse sobre él.

Un ligero zumbido le llena la cabeza, producido por la diadema de Knox que bloquea el audio de la Clarividencia. Alexander no parecía haberse percatado la última vez, tan distraído como estaba con la visita de John Clark, pero era posible que se diera cuenta después de aquello, y ella estaba preparada para mentirle si hiciera falta.

—¡No tengo claro que esto sea necesario! —le grita Sonya a Knox, que la espera en la tienda.

—Tienes que cumplir ciertas expectativas —responde Knox—. Pórtate como una princesita buena y póntelo.

La vigilancia constante de las Clarividencias implicaba también una vulnerabilidad constante, pero ya de pequeña había aprendido a quitarse ese pensamiento de la cabeza. Sus padres insistían en que la Clarividencia era segura, en que no la espiaría

mientras se cambiara o se duchara, pero aquel consuelo no valía nada después del alzamiento, encerrados allí por enemigos que no tenían motivo alguno para contenerse. En un primer momento, en la Abertura, se cambiaba a oscuras y se duchaba sin mirarse el cuerpo, pero aquel nivel de vigilancia no era sostenible a largo plazo. Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquello, pero ahora era distinto, consciente de que había una persona en concreto que podía estar observándola. Consciente de que era Alexander.

Se quita el abrigo y el jersey, lleno de pelusas y remendado varias veces, y luego los pantalones, con una mancha naranja en la rodilla por culpa de un accidente con la lejía. Se queda en ropa interior, tan desgastada como el resto de la ropa que lleva puesta y con la goma de la cintura dada de sí. La gravedad ya ha empezado a tirarle de la frente, de los pechos, de las caderas y de los muslos, lo justo como para que se dé cuenta. Lo anima a que se atreva a mirarla. Hace una pausa antes de ponerse el vestido para convencerse de que no le preocupa que la vean.

Sin embargo, cuando se embute en el vestido, viaja atrás en el tiempo. La falda le llega justo por debajo de las rodillas; la cintura se le ciñe a la perfección.

—¿Estás presentable? —le pregunta Knox, y entra en el probador sin esperar respuesta—. Bueno, en realidad me da igual. Déjame que te suba la cremallera. —Tiene las manos frías y muy poco cuidado—. Te veo bien —dice—. Voy a buscarte unos zapatos. ¿Qué número calzas?

—El cuarenta.

Vuelve a marcharse y Sonya siente el fantasma de su cabello sobre los hombros, que es lo que debió de sentir la última vez que se puso un vestido así. Pero hace una década que no lo tiene tan largo.

Su madre la ayudó a prepararse para el baile de graduación, justo un mes antes del alzamiento. Fueron a recoger el vestido nuevo juntas, un atrevido vestido de tubo blanco que recordaba a un vestido de novia. Susanna bromeaba con que parecía que fuera envuelta en una toalla, porque su hermana jamás era capaz de decirle a Sonya nada bonito sobre su aspecto. Pero su madre le

había susurrado, mientras le subía la cremallera, que estaba preciosa. Y Sonya la había creído.

Más tarde, en un momento robado en que tenía la boca de Aaron en el cuello, él le dijo que le parecía indecente, y ella pensaba que bien gastados estaban los desideratos que le costó oír aquello.

La coreografía a la hora de vestirse es la misma. Las manos de Knox en la cremallera. Descalza sobre el frío suelo. Las cosquillas de los nervios en la garganta. La gente dice que la historia se repite, piensa Sonya, pero lo que no mencionan es que también se deforma.

Pasa los dedos por la falda. La tela es gruesa y agradable; le queda bien. Knox vuelve a entrar en el probador y sus miradas se cruzan en el espejo.

—Toma —le dice, lanzándole un par de zapatos. Son de color negro mate, como el vestido, y de tacón bajo.

—No te tenía por alguien a quien le interesara la moda —le dice Sonya.

Knox lleva unos pantalones negros y una camiseta blanca. Le envuelve la muñeca una fina cadena de oro con un medallón plateado en el extremo.

—Entiendo de belleza —contesta Knox—. Nos vemos fuera. Tenemos que encontrar un sitio donde discutir el plan.

Sonya dobla la ropa que llevaba puesta y sale del probador con el montón en brazos. La mujer de la caja se ha quedado mirándola fijamente cuando ha entrado, siguiendo a Sonya con los ojos por toda la tienda mientras Knox seleccionaba unos cuantos vestidos, igual que hace ahora.

—Disculpe —le dice Sonya—, ¿tendría una bolsa para que guarde la ropa?

—Ah, sí, claro —responde la mujer, y se agacha por detrás del mostrador para buscarla.

La luz que tienen justo encima se apaga y las deja en la penumbra. La cajera reniega y se da un coscorrón con el mostrador al levantarse.

—Nos ha pasado tres veces esta semana —comenta,

señalando el aplique—. Lo siento.

La cajera registra el vestido y los zapatos en la penumbra. Sonya levanta la vista hacia el aplique, antes de regresar al probador para coger el taburete de la esquina y llevarlo a la parte delantera de la tienda, donde Knox sostiene el Sonsacador sobre un sensor cercano a la caja para pagar.

Sonya coloca el taburete debajo del aplique.

—¿Podrías apagar la luz un segundo?

La cajera frunce el ceño, pero Knox, con una ceja arqueada, se dirige a la parte trasera de la tienda, donde han pintado la puerta del cuadro eléctrico con florecitas amarillas para disimularla. Baja el interruptor mientras Sonya se sube en el taburete y desenrosca la bombilla.

Echa un vistazo en el casquillo mientras la Clarividencia proyecta un círculo blanco en el techo. Mete la mano, arañándose los nudillos con los surcos del metal, y empuja la lengüeta metálica del centro del casquillo. Acto seguido, enrosca de nuevo la bombilla y le hace un gesto de cabeza a Knox, que vuelve a darle al interruptor y la bombilla se enciende.

—Toma ya —exclama la cajera—. ¿Cómo lo has hecho?

—Es un problema común con estos apliques antiguos —responde Sonya.

—Vaya..., pues gracias.

Sonya devuelve el taburete al probador. Cuando vuelve a salir, la cajera le ofrece a Sonya una bolsa, que ella acepta, y le dice:

—Por cierto, eres incluso más guapa en persona.

Sonya se detiene en mitad del proceso de guardar la ropa en la bolsa. Knox se ríe entre dientes.

—Gracias —contesta Sonya, y sale de la tienda con Knox pisándole los talones.

—Joder, la has deslumbrado, tía. ¿No hace que se te caliente ni un poquito ese frío corazón de la Delegación?

—No, en absoluto. ¿Adónde vamos?

—A un sitio que me gusta. Me parece que no te iría mal comer algo.

—¿Qué pasa, te has levantado y has decidido jugar a las muñecas? —pregunta Sonya—. ¿Primero me vistes y ahora vamos a tomar el té?

—Algo así. —Knox sonríe—. ¿Cómo es que eres tan manitas?

Como siempre le ocurre con Knox, Sonya no tiene claro si le está tomando el pelo o no.

—En la Abertura siempre se está rompiendo algo. Y llegó un momento en que me harté de quedarme de brazos cruzados.

Doblan por un pasaje angosto que huele a cartón mojado y pintura en espray, y Knox se detiene frente a una pequeña cafetería. Hay dos mesas redondas en la acera con sillas de hierro alrededor, y un arbusto marchito junto a la puerta con un puñado de colillas hundidas en la tierra.

El interior es oscuro y el suelo está ligeramente pegajoso. Las paredes están pintadas con colores brillantes sobre los revestimientos de madera, una azul marino, otra magenta y la última naranja, y todas las mesas están cubiertas por un mantel de plástico. El hombre que hay detrás de la barra las saluda.

—¡Knoxy! —exclama—. Dichosos los ojos.

—Hombre, Sammy. ¿Se acabó el bigote?

Él se encoge de hombros. Sonya le está echando un vistazo a la carta, escrita en tiza junto a la barra.

—Yo un café solo, y mi amiga tomará… —Knox señala a Sonya.

Sammy la ve por encima del hombro de Knox, pero su sonrisa no desaparece.

—Un chocolate a la taza —responde Sonya—. Y un sándwich de queso a la plancha.

Knox tuerce el gesto.

—Marchando —dice Sammy.

Hay otros clientes en el local, con los rostros hundidos en sus libros, sorbiendo de tazas multicolor, garabateando en libretas. Se oye música electrónica por los altavoces, con un ritmo que no se corresponde con el del corazón de Sonya.

Se llena un vaso de agua en el dispensador de la esquina y lo lleva a la mesa del fondo, donde Knox la espera sentada. Se lo bebe

de un trago. No suele comer ni beber demasiado fuera de la Abertura, a menos que se lo haya preparado ella antes.

—Siempre me olvido de que no te pagan por la movida esta —le dice Knox—. ¿No se te hace raro que no te paguen por seguir las reglas?

—No —responde Sonya—. Han pasado diez años, igual que para ti.

El medallón de plata que cuelga del brazalete de Knox golpea el borde de la mesa. Knox se da cuenta de que Sonya lo observa.

—No eres muy de preguntar, ¿no? —le dice.

—Me enseñaron a no meter las narices donde no me llaman.

Knox suspira, y planta los codos en la mesa para abrir el medallón, que contiene la fotografía de un chico joven. Tiene el labio respingón de Knox, y los pómulos altos.

—Mi hermano mellizo. Ya murió.

—Lo siento.

—No lo sientes, pero no pasa nada. Yo tampoco lo siento por ti. —Knox esboza una sonrisa—. Mis padres eran colaboracionistas de la Delegación, pero no de los importantes. Obedecían, obedecían y obedecían. A Mark no le hacía ni pizca de gracia. Y, además, Mark era un idiota, y no tenía ni idea de cómo ocultar su rastro. —Pone los ojos en blanco—. Total, que cuando la Delegación reventó el humilde movimiento de resistencia en el que se había enrolado, no solo lo encerraron, sino que además devastaron por completo las reservas de desideratos de mis padres. Los destituyeron. Estuvieron a punto de morir de hambre, condenados al ostracismo en su comunidad; perdieron la casa. Un desastre, vaya.

Su amargura es tan intensa que Sonya casi puede saborearla en la parte trasera de la lengua.

—Pero ya estamos en paz. La Delegación nos arrancó los ojos y nosotros os los arrancamos a vosotros. Así funcionan las cosas, ¿no crees?

Sonya no se acuerda del discurso que dio el Triunvirato el día que la encerraron en la Abertura. Los representantes eran otros por aquel entonces, nada más que líderes temporales, y piensa que

debieron de decir algo sobre estar en paz. Pero cuando intenta evocar esos días, la esquivan. Recuerda que no tenía ningún anhelo por salir al mundo exterior, que se sentía como el gato de la hipotética caja, vivo y muerto al mismo tiempo, o quizá ninguna de las dos cosas. Y que era más fácil sentirse así en la Abertura, donde nadie abriría la caja para forzar empíricamente un resultado.

Sigue sin tener claro que quiera algo distinto. Pero debe encontrar a Grace Ward.

—¿Qué, nada? —dice Knox—. ¿No vas a recordarme lo injusto que es todo y que tú no hiciste nada malo?

Sammy aparece con una bandeja en las manos. Deja una taza de café solo delante de Knox y el chocolate a la taza y el sándwich de queso frente a Sonya. Knox la mira fijamente, a la espera.

—¿Para qué? Es evidente que te has memorizado los dos papeles de esta pantomima.

Se le hace la boca agua al oler el queso fundido. Su padre solía preparárselo los sábados, y siempre se aseguraba de que el queso se derramara por la sartén para que crujiera por encima del pan. Se ponía el delantal con estampado de flores de su madre al hacerlos, para protegerse la ropa de posibles salpicaduras, y silbaba, aunque eso le hiciera perder dos desideratos. Sabía conseguir que el sonido vibrara.

Sonya le da un mordisco y cierra los ojos. Ojalá supiera silbar.

Procura no acelerarse, saborearlo, pero una vez que ha empezado, le resulta imposible parar. Se lame los dedos uno a uno, y de no haber tenido a Knox delante, habría pasado la lengua por el plato. Se siente reconfortada y saciada.

Knox la observa con el ceño fruncido, como si tratara de resolver una ecuación.

—Vamos a repasar el plan —dice—. Te reunirás con una mujer que se llama Eleanor, teniente de la Armada Analógica, en una discoteca...

—Por alguna razón —la interrumpe Sonya. Sostiene la taza con ambas manos para que le caliente los dedos.

—La razón es que las discotecas son lugares ruidosos y

caóticos, y te costará menos pasar desapercibida. He solicitado la reunión a través de uno de mis contactos de dudosa reputación, ¿que se llama...?

—Bob; solía contrabandear con tecnología de otros distritos cuando la Delegación estaba al mando —responde Sonya—. Y tengo que hablar con un hombre adulto que se hace llamar Mito, algo que me parece ridículo a más no poder...

—Yo no se lo diría a la cara.

—Obviamente —dice Sonya—. Le digo a Eleanor que solo hablaré con Mito de lo que necesito, y con nadie más. Y discuto con ella hasta que acceda a concertar una reunión.

Knox ya se ha terminado el café y está deslizando un dedo por el borde de la taza.

—Es posible que utilice un dispositivo llamado Velo para que no puedas verle la cara. Más tecnología de la gente que en teoría aborrece la tecnología. —Knox deja escapar un leve resoplido—. Y, oye... —Se inclina por encima de la mesa—. Tienes que comportarte como si fueras inofensiva —le indica Knox, y por primera vez no hay ni un ápice de maldad en sus ojos—. Es imprescindible. Sonríe y abre mucho esos inocentes ojos, Kantor. Así es como conseguirás lo que necesitas.

—Te pasas la mitad del tiempo llamándome «princesa»; no sé qué tiene de malo mi comportamiento habitual.

—Eres como... una hoja de papel —responde Knox, encogiéndose de hombros—. A simple vista, parece algo inocuo, pálido y aburrido, pero si no lo manipulas como debes, corta como un demonio. Levantarás sospechas si se dan cuenta..., así que procura que no se den cuenta.

—¿Y si algo sale mal? —pregunta Sonya, y Knox se encoge de hombros.

—Quítate el bloqueador del audio y reza al dios que se te ocurra para que Alexander tenga la oreja puesta —contesta—. Porque ya te digo que yo no podré hacer nada por ti.

—Eres un amor —replica Sonya, repitiendo lo que Marie le dijo el día anterior.

—¿A que sí? —Knox sonríe—. Y otra cosa, ¿eres consciente de

que has pedido lo mismo que un chiquillo de cinco años? Es vergonzoso.

—Tú habrías pedido lo mismo si hiciera diez años que no pruebas el queso o el chocolate.

Knox se vierte la última gota de café en la boca y suspira.

—Ojito —dice—, que casi estás consiguiendo que sienta compasión por ti.

La discoteca se llama el Bucle. El nombre es una referencia descarada a la evasión de la Delegación, de eso no le cabe a Sonya ninguna duda; como Knox le explicó, la única forma de manipular las Clarividencias era reproducir en bucle imágenes inofensivas durante una o dos horas. Los bucles implicaban brechas en la atención de la Delegación, y un espacio seguro para ellos. Pero una abertura también es una brecha, algo que, por experiencia, Sonya concibe como desaparecer, como dejar de importar.

Aunque esté oscureciendo, lleva las gafas de sol puestas cuando se acerca a la entrada para que la Clarividencia no llame la atención. El tipo fornido de la puerta la detiene posándole una mano en el brazo.

—Gafas fuera —le ordena.

Ella suspira y se las baja por la nariz. Él contempla el brillo de la Clarividencia en torno a su iris derecho, un faro en la oscuridad. Entonces sonríe como tantos otros hombres sonríen al descubrir que una mujer ha metido la pata.

—Adelante, señorita Kantor. La están esperando.

Sonya se zafa de su brazo y entra en la discoteca. La recibe un vestíbulo de espejos fracturados, que le ofrecen reflejos distorsionados. Se tambalea, incapaz de discernir profundidad ni forma. Hay porciones suyas por todas partes: un ojo negro aquí, una delicada barbilla allí, un puño apretado allá. Entonces una mujer dobla una curva del mosaico, riéndose, con otra mujer a sus espaldas; las dos llevan vestidos ajustados y botas altas, y sonríen de oreja a oreja. No le prestan ninguna atención a Sonya, pero le muestran el camino.

Al otro lado de la entrada de espejos se extiende un espacio descomunal, repartido en dos pisos. Todo está iluminado desde abajo (ahora azul, ahora rosa), y hay espejos por todas partes. Espejos que cuelgan del techo sobre la pista de baile, alicatada con espejos; espejos que envuelven la barra circular del centro de la sala; espejos que forman divisiones curvadas entre los reservados cromados de la plataforma elevada que se extiende a lo largo del lado derecho de la sala. Sonya se queda inmóvil, parpadeando ante la imagen de verse reflejada miles de veces, una mujer pálida con un vestido negro que, de repente, ya no le queda bien.

La luz de su iris, aunque extraña, no es el único destello de la sala. A algunas de las personas les brillan los brazos, rectángulos de luz producidos por los Sonsacadores que llevan enterrados bajo la piel. Tecnología ilegal, piensa Sonya, porque todos los implantes tecnológicos están prohibidos bajo el gobierno del Triunvirato. Hay otras que muestran diademas en el pelo que casi parecen coronas desde atrás, pero que al girarse hacia ella descubre que son cortinas de luz que se proyectan sobre sus rostros, iridiscentes como una burbuja. No quieren que se las reconozca.

Sonya se dirige a las mesas que hay en el lado derecho de la sala. Cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra, distingue a una mujer solitaria en una de las mesas altas de la parte trasera, copa en mano. Tiene el rostro desdibujado, oculto por un halo de luz cambiante. Todo lo demás parece fuera de lugar; el jersey gris que le llega hasta la barbilla, el pelo negro lacio recogido en un moño. A Sonya le zumba la cabeza, un recordatorio de que la diadema está haciendo su trabajo, mientras zigzaguea entre las mesas. La idea de que la Clarividencia no llamaría la atención en una discoteca a oscuras está resultando ser incorrecta; no hay persona que no la mire al pasar, y la siguen observando cuando ya se ha ido.

—¿Eleanor? —le pregunta a la mujer.

El rostro sin facciones de la mujer sube y, poco después, baja, como si estuviera repasando a Sonya, y Sonya recuerda que debe comportarse como lo que se espera de ella en lugar de como es en realidad.

—Sí —responde Eleanor.

—Un placer conocerla, señora Lowry —dice Sonya mientras se acomoda en la silla que hay frente a Eleanor. Cruza las piernas a la altura de los tobillos y las manos sobre el regazo—. Gracias por acceder a verme.

—Estás igualita —le dice Eleanor.

—¿Debería tomármelo como un cumplido? —inquiere Sonya con un tono ligerísimo como el aire, y esboza una sonrisa, como si, en efecto, se lo hubiera tomado como tal—. Es posible que el tiempo no pase tan rápido en la Abertura. Aquí fuera han cambiado muchas cosas.

—Y sigue sin ser suficiente, dirían algunos —responde Eleanor, con voz monótona.

—Claro, porque ese es el... —Sonya agita la mano frente a Eleanor— objetivo de su organización, ¿verdad? El otro día leí un manifiesto. Creo que hablaba de los Sonsacadores.

—Sí, ese es nuestro objetivo —contesta Eleanor—. Si no tuvieras claro cuál es nuestro objetivo, ¿por qué habrías organizado una reunión?

—Ah, pues por Bob —dice Sonya.

—¿Bob?

—Sí, Bob. —Sonya mira en torno a la sala, posando los ojos sobre los Sonsacadores que brillan en los brazos de algunas personas, como una ventana a sus músculos y huesos—. No estoy segura de por qué ha elegido este lugar, tan lleno como está de gente que no... piensa como usted. —Se vuelve hacia Eleanor—. Dudo que apruebe esto. —Se toca el antebrazo.

—A veces conviene rodearse de personas con las que no compartes la misma visión del mundo —comenta Eleanor—. Aunque, claro, cómo vas a saberlo, viviendo en la Abertura.

Sonya suelta una breve risotada.

—No se crea, que a veces discutimos —responde—. Justo el otro día mantuve una pequeña discusión con la señora Pritchard sobre la frecuencia con que tiro las bolsas de basura.

Las luces cambian de color. En ese momento, quedan al descubierto varias partes del rostro de Eleanor: el límite de la

mandíbula, cuadrada; el extremo de sus delgadas cejas; la curva de sus fosas nasales. Sonya trata de reconstruir las facciones, pero es imposible. Se plantea cómo es posible que una mujer que se pone un jersey de cuello alto en una discoteca acabe juntándose con extremistas. O encontrando el fervor necesario para llevar a cabo cualquier cosa.

—¿A qué se dedicaba antes? —le pregunta Sonya.

—¿Antes de qué?

—Antes de que cayera la Delegación.

Eleanor tamborilea con los dedos sobre el borde de la mesa.

—Trabajaba en una empresa que analizaba datos de las Clarividencias —contesta—. Una de las muchas que analizaban datos de las Clarividencias.

—Vaya. No sabía que hubiera empresas encargadas de esas faenas.

—No pensarías que la Delegación disponía de los efectivos suficientes como para vigilar a cada persona en todos y cada uno de los momentos de su vida, ¿no? —Eleanor se ríe—. Externalizaban. Mi trabajo era diseñar programas que reconocieran movimientos furtivos.

—¿Movimientos furtivos?

—Sí; la gente tiende a moverse de una forma muy concreta cuando intenta ocular algo —explica Eleanor—. Yo analizaba miles de horas de imágenes, hablaba con decenas de psicólogos conductuales empleados por la Delegación y enseñaba a los ordenadores a reconocer el movimiento. Cuanto más automatizábamos las Clarividencias, menos necesario era que hubiera personas revisando las imágenes. Los programas podían identificar por sí solos las irregularidades.

Las luces, que de repente han pasado a rojo, ocultan el rubor de Sonya. Tantos años y jamás se había planteado con quién estaba hablando al dirigirse a la Clarividencia que tenía en la cabeza.

«Por lo visto —piensa—, no hablabas con nadie.»

—Y, aun así, todas estas personas que detestan las Clarividencias... ¿la han acogido? —le pregunta.

—Le proporcioné al alzamiento muchísima información a lo

largo de los años —replica Eleanor—. Pensaba que viviríamos una verdadera evolución. Una sociedad totalmente nueva. Pero la mayoría de los responsables se contentaron con desactivar las Clarividencias y colocarse en cómodos trabajos en el funcionariado y dejar que todo siguiera igual. Por eso busqué a las personas que podían darme el cambio que se me prometió.

Eleanor se incorpora y cruza las manos sobre la mesa que hay frente a ella.

—Mira, si de mí hubiera dependido —continúa—, tú y todos tus amiguitos de la Abertura habríais acabado ejecutados en la calle en vez de encerrados y discutiendo sobre el día en que se baja la basura.

Sonya se estremece. Aaron murió en la calle. Lo encontraron bocabajo, a pocos metros de su casa, con un cuchillo hundido en la espalda y una sartén fuera de su alcance por unos centímetros.

—Dime, señorita Kantor —comienza Eleanor, recostándose de nuevo en la silla—. ¿Qué quieres de nosotros y por qué deberíamos dártelo?

—Me presentaron a Bob porque estoy investigando la desaparición de Grace Ward —contesta Sonya, perdido ya el tono untuoso de su voz. Aprieta con fuerza las manos sobre el regazo mientras las luces cambian de rojo a lila.

—¿Quién te lo presentó?

—No esperará que recuerde todas las personas con las que he hablado durante esta investigación. De todas formas, Bob me dijo algo sobre vuestra organización que me hizo pensar que tal vez podríais ayudarme.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Sonya sonríe.

—No voy a delatarme con tanta facilidad, Eleanor. Llevo una existencia humilde en la Abertura. No tengo nada que ofrecer salvo información, de modo que voy a pensarme mucho a quién se la doy. Si te la entrego a ti, nada me garantiza que llegará a donde necesito. Que es a Mito.

Eleanor espera unos instantes antes de volver a hablar.

—¿No te fías de mí? —le pregunta.

—¿Por qué iba a fiarme de ti? —responde Sonya, arqueando las cejas—. Ni siquiera sé qué aspecto tienes.

—Y, aun así, me estás pidiendo que yo me fíe de ti y te revele la identidad de nuestro líder. Y no solo a ti, sino a quienquiera que esté observando a través de ese... cacharro.

—Las dos sabemos que hay formas de evadir la Clarividencia y formas de ocultar la identidad de tu líder —apunta Sonya—. Y sobre lo de fiarse de mí, bueno, todo es una cuestión de riesgo. Yo corro un gran riesgo fiándome de ti. De hecho, es un riesgo incluso que haya venido hasta aquí sola. Tú no corres ningún tipo de riesgo confiando en mí, porque lo único que quiero es encontrar a la chica, recuperar la libertad y perderme de vista.

—Y a mí, ¿por qué debería importarme eso? —pregunta Eleanor—. ¿Qué tiene que ver con nosotros esa misioncilla tuya?

—Porque quieres estar al tanto de lo que te rodea, ¿me equivoco? Quieres saber qué me dijo Bob para que me animara a reunirme contigo. Porque si es algo que puede descubrir alguien como yo, también podrían llegar a descubrirlo personas mucho más aterradoras y peligrosas. —Sonya ladea la cabeza—. Y puede que hagan cosas mucho peores que yo.

—¿Crees que voy a acceder a ayudarte solo por enterarme de un rumor?

—Puede que sí o puede que no —contesta Sonya—. O puede que decidas ayudarme porque en algún sitio hay una muchacha que le arrebató a sus padres el mismo gobierno que luchaste por desmantelar, y necesita ayuda. O puede que me ayudes porque te pica la curiosidad, o porque crees que Mito quizá quiera jugar un par de horas con una muñequita de la Delegación. —Se inclina hacia ella y el borde de la mesa se le hunde en el vientre—. O puede que te interese saber lo que me contó Emily Knox cuando quedé con ella.

El rostro sin facciones se vuelve con brusquedad hacia ella al oír el nombre de Knox.

—Me importan bien poco tus motivos para ayudarme..., pero vas a echarme una mano —concluye Sonya—. ¿Me equivoco?

Eleanor se queda inmóvil un buen rato.

—Le preguntaré a Mito si está dispuesto a reunirse contigo —contesta—. Y, si accede, nos pondremos en contacto contigo.

—Gracias —dice Sonya, antes de ponerse en pie—. Que pases un buen día.

Cuando se aleja de la mesa, le tiemblan las manos.

10

Esta vez, Alexander la está esperando en la puerta. Su alta y desgarbada silueta está apoyada contra la pared que hay justo al lado. Lleva puesto el mismo abrigo de lana, los mismos zapatos negros que hace demasiado que no se lustran. Cuando se acerca, él se pasa las manos por el pelo desaliñado y la mira.

—¿Puedo entrar? —le pregunta. El aliento le huele a alcohol.

—No, si has venido a regañarme —le responde—. ¿Has bebido?

—Era noche de juegos —dice—. Tengo una vida más allá de la burocracia y el papeleo, no sé si lo sabes. Amigos. Aficiones. Toda la pesca.

Sonya abre la puerta con el hombro, se quita el abrigo y lo cuelga de la alcayata que hay en la pared del salón. No entiende por qué él la mira fijamente hasta que recuerda el vestido y los zapatos de Knox. En el probador eran algo elegante, pero en la Abertura parecen un disfraz.

—Se puso insistente —se excusa Sonya, ruborizándose.

—No, si te creo —contesta él—. He estado echando un vistazo a las imágenes de los últimos días; no te he estado vigilando, me he limitado a repasar los momentos más destacados.

—Vaya. ¿Y eso por qué?

—Te estoy dando espacio —se defiende—. Pero también tengo que hacer mi trabajo.

—¿Y?

—Y ayer llevabas un dispositivo que interfería con los receptores de audio de la Clarividencia —contesta—. Cortesía de Emily Knox.

Sonya se dirige hacia la cocina y saca un vaso del armario. Abre el grifo y deja que el agua corra unos segundos antes de

llenárselo. Hay veces en que el primer chorro que escupen las tuberías sale con un color óxido.

—Sí —responde ella—. En efecto.

Alexander se agarra al borde de la encimera, apoyándose sobre las manos hasta que los hombros le llegan a la altura de las orejas. De nuevo, Sonya tiene la sensación de que está demasiado cerca, por mucho que los separe una encimera.

—Sabes que este no es tu trabajo. Es una oferta generosa que te ha ofrecido el Triunvirato —dice—. Y podrían revocártela con la misma facilidad.

Ella deja el vaso sobre la encimera, y parte del agua se derrama por el borde.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto. —Alexander cierra los ojos—. Hostia, sí que piensas que soy lo peor, ¿eh?

Lo que está pensando es en ese muchacho con los negativos sostenidos entre sus largos dedos, agitando la rodilla bajo el escritorio.

—No te estoy amenazando, pero te recuerdo que no soy el único que te observa. Emily Knox tiene tantos enemigos en el Triunvirato como amigos. Durante el gobierno de la Delegación, permitió muchas malas conductas. Extorsionó a muchísima gente. Cuando te digo que es peligrosa, no te engaño. Es obvio que quiere algo de ti, y si no se lo das... —Niega con la cabeza—. Para ella, eres prescindible.

—¿En serio crees que no estoy acostumbrada a ser prescindible? —replica Sonya.

Alexander alza los ojos hacia ella.

—¿En serio crees que no conozco a ese tipo de persona que solo piensa en arrebatártelo todo? —continúa—. Aquí, en este sitio donde no tenemos cerraduras ni nada que perder. —Se bebe el vaso de agua de un largo trago y vuelve a dejarlo sobre la encimera—. Hay un tuerto en la Abertura. Pregúntale dónde acabó su otro ojo.

Cuando eran pequeños, Sonya y Aaron, de doce años, solían aliarse contra Alexander, que en ese momento tenía catorce, en

partidas de damas. Aaron no soportaba perder, así que, cuando se daba el caso, solía salir atropelladamente de la habitación y Sonya se quedaba atrás para volver a jugar, solo ella contra Alexander. Sus partidas eran más calmadas, más lentas, Sonya jamás tocaba una pieza a menos que supiera adónde debía ir, y Alexander se tomaba su tiempo para pensar cada jugada largo y tendido. Cuando alguno de los dos hacía un movimiento, sus ojos se encontraban sobre el tablero de juego y él siempre la miraba fijamente, como si la observara a través de un agujero.

Así es como la observa ahora.

—Grace Ward está en alguna parte, perdida y asustada —afirma Sonya—. No me digas que no oyes su voz en tu cabeza diciendo eso de «soy vuestra Alicia».

—Por supuesto que sí —contesta él, suavizando un poco la voz—. Lo que me sorprende es que a ti te pase lo mismo.

Sonya nunca ha sido consciente de sus propias expresiones. El día de la sesión de fotos, estaba convencida de que tenía un aspecto dulce y contemplativo, pero el resultado, sobre el póster, era una declaración contundente. «Lo justo es justo», un texto que se reflejaba en su gesto. Incluso ahora, después de una década, sigue desconcertándola la discrepancia entre lo que siente y lo que muestra, y que nadie sea capaz de darse cuenta de ese conflicto emocional.

—No pudiste encontrarla por métodos convencionales —dice ella—. Por eso voy a recurrir a los no convencionales. Y no vas a interponerte en mi camino.

Él frunce el ceño, y por un momento el único sonido que rompe el silencio es el goteo del grifo, la conversación distante de las personas que hay en el mercado al otro lado de la calle, los pasos de Laura en su apartamento del piso superior, preparando la cena. Sonya echa un vistazo al apartamento que hay detrás de Alexander, cuantificando al instante los desideratos: veinticinco menos por no haber hecho la cama, cien menos por la colilla de la basura, diez menos por el vaso vacío y manchado de dedos que hay sobre la mesilla auxiliar hecha de cajas.

—¿De verdad tienes algún interés en salir de aquí? —le

plantea él—. A veces me pregunto si no tendrás otro motivo para estar haciendo todo esto.

Laura taconea en el piso de arriba. Sonya no la oye en ese momento, pero sabe que está canturreando; Laura canta siempre que está sola.

Sonya agita un brazo hacia el resto del apartamento.

—¿Tú no querrías salir de aquí?

Alexander sigue con el ceño fruncido.

—Mira, sea lo que sea lo que estás haciendo, date prisa —concluye él—. Antes de que lo descubra alguien con alguna rencilla pendiente contra Emily Knox.

—No tengo ningún interés en prolongarlo mucho más.

Él asiente y se abrocha el abrigo. Se sube el cuello por la parte trasera para protegerse del frío. Se pasa una mano por el pelo para apartarse los mechones de la frente.

—Que sepas que yo también eché un vistazo a mi archivo después del alzamiento —confiesa—. Apenas había nada que me gustara. Creo que es algo que tenemos en común.

Echa a andar hacia la puerta, pero se detiene con la mano en el pomo. Sonya no se ha dado cuenta de que la ha cerrado tras él al entrar.

—No tenemos por qué creer lo que decían sobre nosotros —añade.

Se marcha y, en el silencio que deja tras él, Sonya puede oír al fin a Laura canturreando con una melodiosa voz de soprano.

A la mañana siguiente, hay una nota esperándola en la caseta del guardia y escrita en una simple tarjeta blanca:

> Hoy a las siete en el Bucle. No llegues tarde. Ven sola.

—Esa no me la he leído, ¿ves? —le dice Williams.

—Ya me he dado cuenta. ¿Alguna razón en concreto por la que hayas decidido respetar mi intimidad?

El guardia se encoge de hombros.

—He pensado que a nadie le importa lo que digáis o dejéis de decir, así que ¿por qué me iba a importar a mí?

Ella le dirige una sonrisa amarga y se guarda la nota en el bolsillo.

Sonya carga con una regadera hasta la azotea, donde Nikhil está ya plantando semillas. Poco antes han removido la tierra juntos para que no estuviera tan comprimida en las jardineras, y aún tiene mugre debajo de las uñas. Ahora hundirá las semillas en los tiestos pequeños que utilizan para comenzar con los cultivos de primavera, tal y como recomendaba el libro que Nikhil se leyó diez años atrás, cuando el carrito de la biblioteca aún pasaba por la Abertura cada dos semanas. Ahora, con suerte, lo ven una vez al mes. Hace poco que el mundo exterior se ha acordado de ellos, pero también los ha olvidado.

Nota una punzada de dolor en la espalda cuando abre la puerta del invernadero. En el pasado fue una especie de caseta de mantenimiento, pero han sustituido algunas láminas de las paredes por cristal y ahora entra la luz en franjas irregulares. Deja la regadera en la mesa de trabajo que hay junto a Nikhil, que la recoge y la vuelca lo justo para que caiga una fina lluvia sobre la primera hilera de semillas.

—Espinacas y guisantes —anuncia—. Obsequio de Rose Parker, por si no lo sabías. Le pedí a Nicole que le dijera a la señora Parker que necesitábamos semillas cuando accedió a concederle la entrevista.

Sonya se sienta en el polvoriento arcón donde guardan las herramientas y los tiestos viejos. Se desliza la uña del pulgar por debajo del resto de las uñas, una a una, para limpiarse la mugre.

—Hablando de Nicole —continúa Nikhil—. Podrías ir a visitarla algún día, en una de tus excursiones. A ver cómo se está adaptando a su nueva vida.

—Está empezando de cero. No necesita que una persona de la Abertura vaya a atormentarla.

—No eres un fantasma, Sonya. Se alegrará de ver a una vieja

amiga —contesta Nikhil—. Y es posible que pueda darte una idea de lo que te encontrarás cuando te vayas de aquí.

—Nikhil... —Sonya suspira—. No te creerás que van a permitir que me vaya, ¿verdad?

—Lo que creo es que te hicieron una promesa pública, y si no mantienen su palabra, deberías airearlo. Aún tienes el contacto de la señora Parker, ¿no?

En la caja que hay junto a la cama descansa una lata donde guarda pequeños objetos: lápices, un sacapuntas, un pincel, un sobre del tamaño de la palma de su mano con una pastilla dentro, un paquete de semillas para el cultivo de primavera, la tarjeta de visita de Rose Parker.

Sonya se lleva la mano al bolsillo y extrae la nota de la Armada Analógica. Le permiten estar fuera de la Abertura durante doce horas. Si se marcha en quince minutos, Williams registrará el retraso cuando lleve quince minutos reunida con Mito. En ese momento, lo más probable es que Williams notifique a Alexander, que entonces sabrá que debe echar un vistazo a las imágenes de su Clarividencia.

Está lista para irse. La comida que se ha preparado la espera en la encimera de la cocina, junto con un pañuelo y la tarjeta con la dirección del despacho de Alexander.

—Escucha —le dice a Nikhil, que se gira hacia ella. Tiene los surcos de las manos llenos de tierra. Se sacude el polvo y deja que caiga al suelo—. Esta noche voy a hacer algo peligroso. Puede que salga bien, o puede que no.

—¿Cómo de peligroso? —le pregunta Nikhil. Se lleva el puño de la manga al ojo para secarse un ojo que le llora.

—Es una reunión —responde—. Con personas capaces de hacerme daño. Si sale bien, podré encontrar a Grace Ward.

—¿Y si no sale bien?

—No lo tengo claro. Pero no será agradable.

Nikhil apoya la espalda en la mesa de trabajo.

—¿Y crees que el riesgo te merece la pena?

Sonya piensa constantemente en esa expresión: «merecer la pena». Momentos sombríos frente al espejo, pensando si había

merecido la pena el esfuerzo que se necesitó para conseguir el permiso que hizo posible su existencia. Momentos sombríos en la Abertura, cuando cortaban la luz, preguntándose qué sentido tenía la vida si continuaba allí atrapada, sin que nadie la viera ni conociera. Si merecía la pena una palabra amable comparada con una palabra brusca, el autocontrol o el entregarse a los impulsos, mentir por delicadeza o hacerle daño a alguien por contarle la verdad. Toda su vida había sido una interminable serie de columnas, esto comparado con aquello, la acción contra la inacción. Todo es subjetivo. Todo son matemáticas.

Y, aun así, conoce la respuesta.

—Sí —contesta.

A Nikhil le brillan los ojos, pero no es nada nuevo. Asiente.

—Cuídate mucho —le dice—. Y vive para luchar otro día más, ¿vale?

—Como dices siempre: tener proyectos hace que no pierdas la cabeza.

Va de camino a la entrada cuando ve a Graham Carter escabullirse por el túnel que conduce al patio del Edificio 1. Antes de que pueda contenerse, echa a correr tras él.

—¡Señor Carter!

Él se vuelve en la entrada del patio, ojiplático.

—Señorita Kantor —la saluda—. ¿Cómo estás?

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Graham asiente, y le hace un gesto para que lo siga hasta una pequeña mesa en el patio del Edificio 1. A Sonya se le manchan los dedos de musgo al arrastrar una de las sillas, que apenas es una estructura de metal después de que la madera se haya podrido. Unas cuantas botellas vacías con mugre incrustada se apilan cerca; hay papeles arrugados y restos de tela en descomposición esparcidos por la indómita vegetación.

Graham no parece prestarle atención a todo esto. La mira fijamente, expectante.

—No sé si se ha enterado de que me han asignado un...

proyecto. Estoy tratando de encontrar a una muchacha desaparecida. Fue una segundogénita no autorizada, pero tardaron tres años en descubrirlo, lo cual significa que debieron de implantarle una Clarividencia del mercado negro.

A Graham se le descompone el rostro y aparta la vista.

—He oído que tal vez sepa cómo funcionaba todo eso —añade Sonya.

—Has hablado con Marie, ¿verdad? —Graham tuerce la boca en una mueca—. Mira que pensaba que a lo mejor, con el tiempo..., con el tiempo se nos permitiría dejar atrás nuestras debilidades del pasado... Ahora entiendo lo ingenuo que he sido.

—No disfruto rebuscando en el pasado, señor Carter. Pero no podía preguntárselo a nadie más.

Él suspira y tamborilea con los dedos en el borde de la mesa. Hay una flor tallada en la superficie, una rosa, cubierta por una película de algas.

—Mi madre, la mía y la de Charlotte, no estaba bien. Ojo, no estaba enferma, pero ella creía que sí, en todo momento. Charlotte no lo entendía y lo único que quería era que a mi madre se le pasara la tontería, que dejara de preocuparse, pero yo siempre me había parecido un poco más a ella, siempre fui un poco más... sensible.

No le cuesta creérselo. Graham es una persona inquieta que se estremece y da respingos ante cualquier movimiento, ante cualquier sonido. El trino de un pájaro, los portazos o los golpes secos de quien está sacudiendo la ropa mojada. La morgue debía de ser un lugar idóneo para él, un espacio de una calma absoluta y una monotonía apaciguadora.

—El problema era que, durante el gobierno de la Delegación, cuando visitabas a un doctor con una justificación insuficiente, te penalizaban. —Se encoge de hombros—. Mi madre a veces necesitaba los desideratos. Por eso cuando nos llegaban cadáveres recientes, con Clarividencias que aún fueran viables, yo las vendía. Había toda una red montada para ello. Con códigos, eso sí, para que fuera más fácil escapar de los algoritmos de la Delegación.

—¿Con qué tipo de código?

—Utilizaban nombres de juegos de cartas —responde—. Las Clarividencias eran corazones; el *blitz* era *gin rummy*... La cosa se iba poniendo mucho más turbia y sombría, pero yo nunca pasé de la superficie. Sin embargo, con los códigos, si querías encontrarte con alguien, no tenías más que decirle: «¿Te apetece echar una partida de corazones este viernes?», y nadie sospechaba, ¿me sigues?

Sonya asiente.

—Y, bueno, ¿cómo funcionaba? La parte de las Clarividencias, quiero decir, no la del mercado. Me has dicho que solo lo hacías cuando los cadáveres eran recientes.

—El *hardware* de la Clarividencia reconoce de inmediato el fallecimiento de la persona, pero el *software* necesita un tiempo para ajustarse. Si la extraes rápido, puedes implantársela a otra persona y la Clarividencia no llega a registrar la diferencia, de modo que los compradores siempre estaban atentos al momento exacto en que aparecía una Clarividencia disponible. Conseguían a un doctor para que se encargara de la inserción, que se practicaba con una aguja grande justo debajo del ojo, aquí. —Se toca el párpado inferior, y tira de él para que Sonya pueda ver los capilares rojos—. Y luego el sistema registra al niño no autorizado con el nombre con el que se hubiera asociado la Clarividencia, aunque, claro, ese nombre pertenece a un difunto, y por eso ya no figura en el sistema. Es un vacío legal, ¿lo entiendes?

—Entonces, si los Ward miraban a su hija, Grace, los datos indicarían que estaban interactuando con una persona muerta, pero como la persona estaba muerta...

—Los datos se descartarían automáticamente —termina Graham—. Es un truco la mar de ingenioso.

Vuelve a pensar en los momentos en que compartía confidencias con la Clarividencia cuando estaba sola. Cuanto más descubre lo automatizado que estaba el sistema, más ridícula se siente. Sola en su casa, sola en su cabeza, contándole a un ordenador sus secretos más inconfesables..., y por supuesto no había nada más, pero en aquel momento se le antojaba algo mucho más importante.

—¿Recuerda por casualidad que le vendiera algo a la familia Ward?

Graham suspira.

—Diez años es mucho tiempo para la memoria de un viejo, querida.

—Lo entiendo —responde—. Gracias de todos modos. —Se pone en pie—. Me sabe mal, pero tengo que irme. Que pase un buen día, señor Carter.

Lo deja allí sentado, encorvado sobre la minúscula mesa. Siente que la observa fijamente hasta que se pierde de vista.

La noche en que huyeron del alzamiento, la madre de Sonya le dijo que no cogiera nada. Tenía el libro de matemáticas abierto sobre el escritorio, iluminado por la lámpara de trabajo. La pantalla de sincronización, manchada de dedos, estaba encendida, esperando a que la escaneara con la Clarividencia para conectarse al sistema de la escuela. El uniforme colegial estaba colgado de la puerta del armario. Lo dejó todo atrás, y lo único que hizo fue ponerse los zapatos antes de echar a correr escaleras abajo, hacia la puerta principal.

Su madre la esperaba con el abrigo, sujetándolo igual que cuando Sonya era una chiquilla y quería jugar en la nieve. Sonya hundió un brazo en una manga. La puerta ya estaba abierta y Susanna cruzaba el jardín para subirse al coche, que zumbaba en la entrada con el rostro de su padre iluminado detrás del salpicadero. La mano de Julia avanzaba con lentitud por los hombros de Sonya mientras se movía alrededor de su hija menor, y entonces le subió la cremallera. No se le pasó por la cabeza decirle que ya podía abrochársela solita. En ese momento, volvía a ser una cría. Se sentía como una cría.

Su madre respiraba con ráfagas breves y agitadas. Miró a Sonya. Tenían los mismos ojos, o eso les habían dicho siempre, de modo que Sonya vio su propio miedo reflejado en una simetría perfecta.

Piensa en ello plantada frente a Emily Knox en su habitación.

Es un espacio austero ocupado solo por una cama, como si cuando no tiene que enfrentarse a la tecnología su mente se quedara en blanco y solo pudiera pensar en lo absolutamente imprescindible para sobrevivir. Está de pie junto al borde de la cama blanca de Knox, con sus sábanas blancas y los muros blancos que la rodean, mientras Knox le abrocha la chaqueta que le ha prestado a Sonya para la ocasión, de cuero negro, algo holgada. Un grueso dispositivo tecnológico disimulado como brazalete rodea la muñeca de Sonya. Los ojos de Knox se alzan hasta ponerse a la altura de los de Sonya. No transmiten miedo, sino fiereza.

Ahí también hay simetría.

Regresa al Bucle con las manos vacías. El dispositivo que oculta el brazalete es un duplicador remoto de resonancia magnética, o «sanguijuela», según lo llama Knox. Cuando Sonya encuentre el servidor que aloja los datos de la Delegación (y Knox le jura y perjura que no tiene pérdida, porque la fuente de alimentación necesaria para mantenerlo no puede disimularse), se desabrochará el brazalete y lo presionará contra una parte del servidor. Una vez en su sitio, tardará días, si no semanas, en transmitirlo todo, pero si se anda con cuidado, la Armada no descubrirá nada hasta que sea demasiado tarde.

Ha matado el tiempo en el apartamento de Knox, y deambulando por las calles de la ciudad, recorriendo pasillos de supermercados para contemplar las cosas que no podría comprar, echando un ojo en una tienda de Sonsacadores para ver las pantallas planas con sus fundas multicolores, algunas iridiscentes, otras brillantes, y algunas tachonadas. El mundo está lleno de cosas nuevas que parecen viejas: libros impresos y montañas de periódicos, las funciones de las Clarividencias fragmentadas en media docena de dispositivos, cámaras, teclados y reproductores de música.

De camino al Bucle, escucha lo que la rodea. La bocina distante del tren. El repiqueteo de zapatos sobre el pavimento mojado. El chirrido seco de los frenos de las bicicletas. Una voz

que tararea algo por lo bajo detrás de ella. Se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y nota algo en el derecho. Un objeto delgado, con tacto de papel. Lo extrae y deja que la luz de la Clarividencia lo ilumine. Un cigarrillo, bastante viejo, guardado en el bolsillo para que no le pase nada.

Se detiene delante de la discoteca. El cartel es un neón rosa, una franja de luz pensada para que parezca un hilo que se entrelaza sobre sí mismo; en definitiva, un bucle. Desaparece por una de las esquinas del edificio. Son las siete de la tarde, lo que significa que aún falta una hora para que el guardia de la Abertura caiga en la cuenta de que no se ha registrado a las doce horas, como se espera de ella, y se ponga en contacto con Alexander. Saca las manos de los bolsillos y espera.

Reconoce a Eleanor solo por la incoherencia de su ropa tradicional y el velo que le reluce en el rostro. Va acompañada de otras dos personas; dos hombres, a juzgar por su constitución, con una ropa anodina y las caras también ocultas por la luz. Eleanor no la saluda, sino que se limita a arrojarle una diadema a las manos y le ordena:

—Póntela.

Sonya se corona con la diadema y, cuando aparta las manos, el dispositivo se activa automáticamente, y la luz del velo le baña el rostro. No es la misma cortina vaporosa que cubre a Eleanor y a los demás, sino un muro opaco de oscuridad que le nubla la visión. Se lleva las manos a la cabeza para quitársela, pero Eleanor le agarra la muñeca.

—¿Crees que vamos a permitir que sepas dónde está nuestro cuartel general? —le pregunta Eleanor, con un penetrante olor a alcohol en el aliento—. O te la dejas puesta o no hay reunión.

Sonya aparta las manos de la diadema. Eleanor la coge del hombro y le da una, dos vueltas, como si estuvieran danzando. Sonya intenta retener la disposición de la calle, el fulgor rosado del cartel del Bucle, los oscuros almacenes de los alrededores. Eleanor tira de ella hacia la derecha y ella obedece entre tambaleos, pisando un charco. Las charlas de la gente que hay frente a la discoteca se convierten en ecos lejanos. Nota el calor de los dos

hombres que tiene detrás, los pesados pasos que la persiguen. Los sonidos de la ciudad llegan allí amortiguados, el monorraíl no es más que un rumor, y han desaparecido las bicicletas, las pisadas y el tintineo de las puertas de las tiendas al abrirse.

—Bordillo —le anuncia Eleanor, y Sonya tropieza.

Están en una acera. Eleanor le sujeta el brazo con firmeza. La sanguijuela le oprime la muñeca. Intenta acompasar la respiración; es demasiado escandalosa, casi un resuello. Su cuerpo la traiciona, perdida ya la ferocidad de hace una hora detrás de la luz del velo.

Atraviesan una puerta. Sonya oye como se abre, y nota que el aire cambia porque está entrando en un edificio. Cuando Eleanor le quita la diadema de la cabeza, Sonya echa un vistazo por encima del hombro a la estrecha porción de calle que consigue ver antes de que se cierre la puerta, la luna alta, la silueta de la ciudad desdibujada en un cielo cada vez más oscuro. Se encuentra en un amplio vestíbulo con el suelo de cemento. Los muros son de ladrillo visto, ruinosos, con descuidados pegotes de mortero. Han oscurecido las ventanas que hay a sus espaldas con pintura negra.

Sobre sus cabezas, una solitaria bombilla que cuelga de un techo alto alumbra la estancia, y al frente, lejos de ellos, una línea de luces dibuja el marco de una puerta, pero hasta allí no hay más que oscuridad. Eleanor se vuelve hacia ella.

—Separa los pies y los brazos —le ordena. Cuando Sonya se queda mirándola, desconcertada, ella emite un ruido impaciente—. No pienso arriesgarme a que hayas metido algún arma.

Sonya extiende los brazos y Eleanor le recorre el cuerpo con las manos, arrodillándose primero para palparle los tobillos y subir por las piernas. Sonya nota los latidos del corazón en la garganta, en las mejillas; lleva la sanguijuela a la vista en la muñeca, presionándole los huesos. Eleanor repasa los costados de Sonya, los brazos, y palpa los bolsillos de la chaqueta. Cuando llega al brazalete, pasa por encima los dedos pero no le presta más atención.

Eleanor le hace un gesto para que la siga, y ella la obedece con la sensación de estar precipitándose hacia el abismo. Los hombres silentes que tiene a sus espaldas caminan demasiado

cerca, al alcance de la mano. Un grueso manojo de cables recorre uno de los laterales del vestíbulo, y Sonya piensa en lo que le dijo Knox sobre la fuente de alimentación del servidor. El manojo de cables desaparece en una habitación a un lado del vestíbulo, pero no puede seguirlos y ni siquiera tiene claro por qué hubo un momento en que se creyó capaz de hacerlo; está acorralada por todos lados. Ha sido una necia al pensar que los años viviendo en el caos del Edificio 2 la han preparado para esto.

Eleanor abre la puerta que hay al fondo, y lo que ve al otro lado la coge totalmente por sorpresa: es un espacio amplio y cavernoso con los mismos muros de ladrillo que el vestíbulo, pero está atestado de cosas. Montañas de libros, mesas llenas de viejos tocadiscos (que Sonya solo reconoce por los libros de historia), televisores con las pantallas reventadas gruesos como su torso, montones de calculadoras, cuencos con llaves de coches, cajas llenas de secadores, tubos de aspiradoras, auriculares que más bien parecen cascos. Casi todo tiene un tono grisáceo, cubierto por un polvo demasiado apelmazado como para que sea fácil de limpiar. En la esquina de la sala hay una alfombra hecha de piel de animal con una cabeza en un extremo: un oso gruñendo. Sobre ella descansan sofás apiñados en torno a un calefactor. Si el apartamento de Knox es un santuario a su amor por la tecnología moderna, ese lugar es justo lo contrario: cada centímetro de su superficie delata una reverencia por lo que vino antes.

Se parece al apartamento de Sonya.

Sentado en el centro de uno de los sofás hay un hombre delgado, con el rostro velado y las piernas cruzadas. Sus calcetines son de un tartán amarillo intenso. Oye la sonrisa en la voz cuando le habla.

—¡Señorita Kantor! Bienvenida. Por favor, entre y siéntese. —Señala el sofá que tiene justo enfrente. Los descomunales cojines están flácidos, sin vida, y adornados con brocados azul cielo.

Eleanor se echa a un lado y le deja el camino libre a Sonya. El hombre (Mito, como es obvio, o al menos eso es lo que esperan que crea) está sentado de manera informal, con los brazos extendidos hacia el respaldo del sofá y la cabeza ladeada. Ve retazos de su

rostro a través del velo, pero no es suficiente para saber nada sobre él. Sus manos, sin embargo, lo delatan: las tiene arrugadas y con manchas de la edad.

Sonya se sienta en el borde de un cojín, con las piernas cruzadas a un lado. El calefactor que hay frente a ella está encendido, y una ráfaga de calor la abraza.

—¿No se quedará un rato? —le pregunta Mito.

Tiene una voz casi musical, más propia de un artista que del líder de una organización con tendencia a poner bombas. Sonya reconoce la señal para que se quite la chaqueta. Por un momento, valora la posibilidad de protestar. Siente a Eleanor a sus espaldas. Le preocupa que, al quitarse la chaqueta, a alguien le llame la atención el brazalete, pero negarse sería mucho peor. Se la desabrocha y se la acomoda sobre el regazo.

—He oído mucho sobre usted —continúa Mito—. Como sin duda usted habrá oído mucho sobre mí.

Sonya apenas ha oído nada. Mito es el líder de la Armada Analógica, un hombre temido pero incomprendido. Hay personas que siguen sin estar convencidas de que exista, y ella también se lo pregunta; quizá los miembros de la organización se turnan para interpretar el papel, se colocan el velo y adoptan otra personalidad. Sabe que exigir hablar con él era la única forma de que le permitieran entrar en aquel almacén. Eso fue todo lo que Knox le dijo, y dedica un momento a ofenderse por que Knox se haya aprovechado de su ineficacia, consciente de que no estaba preparada para aquello.

—Por supuesto —responde Sonya, y recuerda el consejo de comportarse tal como Mito espera de ella—. De hecho, me sorprende que haya accedido a recibirme.

—¿Y por qué debería objetar que nos visitara una invitada tan especial?

A pesar de su calidez y su voz vivaracha, hay cierta impaciencia en la pregunta, como si estuviera poniéndola a prueba.

—Bueno, pues porque he entrado aquí con una Clarividencia —contesta Sonya con un gesto indiferente de la mano. Le tiemblan los dedos—. Últimamente se monta un gran revuelo vaya a donde

vaya, y pensaba que aquí sería aún peor.

—Empatizo con usted —dice él—. Todos los habitantes de esta ciudad tienen la opción de extirparse ese cacharro sin coste alguno. Pero usted no. —Ladea la cabeza—. Supongo que no debería dar por hecho que, si pudiera, se lo extraería. —Cruza las manos sobre el regazo—. ¿Lo haría?

Sonya no sabe qué responder. No sabe qué intenta hacer, adónde intenta llegar, ni qué quiere.

—No lo sé —responde—. Antes me hablaba. Ahora no es más que un trasto.

—¿Y le gustaba? —añade—. Que le hablara, digo.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Las mejillas se le encienden mientras busca las palabras—. Porque me..., porque hacía que el mundo pareciera más... completo. Mirara donde mirara encontraba historias y complejidades al alcance de la mano. Todo lo que hacía tenía significado.

—No —la corrige, con voz queda—. Todo lo que hacía se cuantificaba. He ahí la diferencia.

—Para mí era lo mismo.

—Era una niña entonces —dice él—. Y ahora ya no lo es, pero sigue recurriendo a una lógica infantil. Si una cosa me parece así es que debe ser así.

Habla con una voz delicada. Sonya tiene la sensación de que no está viendo más que a la muchacha del póster, y no hay nada que pueda decir para convencerlo de lo contrario. Para él, no es más que un filtro en blanco y negro y un eslogan de la Delegación.

—¿Por qué no me ayuda con esa lógica, entonces? —le pregunta—. El otro día vi uno de los panfletos de la CCID en el que afirmaban que los Sonsacadores eran una «pendiente resbaladiza» de vuelta hacia las Clarividencias. Doy por sentado que es otra más de la larga lista de tecnologías que pretenden eliminar de la existencia.

El velo de Mito emite unas sutilísimas ondas. No es más que una fluctuación impredecible de la iridiscencia, pero por un

instante casi parece tener expresión.

—La Clarividencia no era una aberración ni una anomalía —responde—. Es el síntoma de una enfermedad que aún hoy padece la población: el deseo de que todo sea fácil, de sacrificar la autonomía y la privacidad por la conveniencia. Eso es la tecnología, señorita Kantor. Una concesión a la pereza y la devaluación del esfuerzo humano.

—Perdone, pero... —Se inclina ligeramente hacia él—. Esta sala es un altar a la tecnología.

—No toda la tecnología es igual. La animo a que no se deje llevar por la semántica. Un dispositivo que va contigo allá donde vayas, un dispositivo que te monitoriza y te vigila, no es lo mismo que aquel que no sale de tu casa y reproduce música o te seca el pelo.

—Entonces, ¿dónde opina su organización que deberíamos haber parado? —pregunta ella—. ¿O piensan cargarse todo lo que nos facilita la vida hasta que los convenza?

—Jamás pecaríamos de tanta imprudencia —responde él—. Y, en efecto, hemos localizado el origen histórico de nuestras tribulaciones presentes: la nube.

—¿La nube? —repite ella.

—Casi parece que no haya leído nada de lo escrito por los Ciudadanos Contra la Invasión Digital.

—Ruego que me perdone. No tengo acceso a demasiada lectura dentro de mi jaula.

Él hace una breve pausa, agarrándose las rodillas con las manos.

—Pues sí, la nube: esa red invisible que nos rodea a todos, que satura el mismísimo aire con datos que no podemos ver ni tocar, y a los que ni siquiera podemos acceder, por lo general. La mayoría de las personas ni siquiera son ya conscientes del término; se ha perdido en el transcurso del tiempo. Pero antes de la nube, si tenías información, bien fuera un documento o una imagen, la guardabas en un dispositivo al que solo tú tenías acceso. El problema entonces era que el dispositivo era un objeto físico y, por tanto, estaba sujeto a todos los caprichos de lo tangible; podía

romperse o sufrir daños, o podían robarlo o perderse. Se deterioraba con el tiempo, como el cuerpo humano. Era, en otras palabras, finito.

Se inclina hacia delante y Sonya distingue, a través del velo, un único ojo de color miel.

—La nube lo convirtió todo en infinito —prosigue Mito—. Y facilitó la adquisición de inmensas cantidades de datos. ¿Y quién era la fuente de esos datos, la fuente infinita de la que extraer, aprovecharse, distraer, controlar? —Se da unos golpecitos en el pecho con el índice—. Pues nosotros. Nosotros éramos, y seguimos siendo, una fuente de información renovable sin fin. Cuanto más sabemos del otro, más disponemos del poder necesario para manipularlo. Porque la nube no es, estrictamente hablando, real. Cada *byte* de datos que existe debe almacenarse aún hoy en una ubicación física, aunque ni siquiera tengas acceso a ella de forma independiente. Nos limitamos a ceder esas ubicaciones a otras personas por conveniencia. Primero se las entregamos a las empresas, algo de por sí ya bastante nocivo. Pero entonces cometimos un error catastrófico. ¿Sabría aventurar cuál fue?

Sonya permanece en silencio, inmóvil.

—Se las entregamos a nuestro gobierno.

Él se recuesta en su asiento, descruzando las piernas y estirando los brazos hasta ocupar el sofá de punta a punta. Su cuerpo es como un manojo de alambre. Si se pusiera de pie, probablemente serían de la misma altura, pero hay algo imponente en él, y algo inestable, y en su pecho late el corazón de conejo de un fanático.

Piensa en las hileras e hileras de archivos de la biblioteca, un mausoleo de la Delegación. Siempre ha pensado en los registros que se depuraron durante el alzamiento como algo comparable a una biblioteca; tal vez se hubieran perdido algunas cosas, pero, en su mayor parte, aquellas carpetas debían de contener todo lo que la Delegación sabía. Ahora le parece una idea ridícula. La Clarividencia registraba todo lo que miraba, todas las personas con las que hablaba, todo lo que hacía. La biblioteca no podría haber albergado ni siquiera toda la información de una única persona, y

mucho menos la de toda la población de la megalópolis.

Y todos esos datos habitan ahora en algún lugar de ese edificio.

—Lo que nos devuelve a la cuestión de por qué ha venido —dice él—. Cree que esos datos están ahora en nuestras manos, y hay alguien más en esta ciudad, ajeno al Triunvirato, que ansía acceder a ellos.

Sonya se aprieta la sanguijuela de la muñeca con tanta fuerza que por un momento cree posible que se rompa bajo la presión.

—¿Qué le ha pedido exactamente Emily Knox? —le pregunta.

Sonya vuelve a ser una chiquilla.

—Se equivoca —responde—. Es decir, sí, he oído rumores de que disponen de los datos de la Delegación, y sí, ese es el motivo de mi visita, pero yo... Lo único que quiero es encontrar a Grace Ward.

—No me equivoco —replica Mito—. Sabemos que trabaja para Knox; de hecho, esa es la única razón por la que ha podido entrar en este edificio. ¿De verdad cree que habría accedido a reunirme con alguien que solo pretendía encontrar a una muchacha que desapareció hace diez años?

—¿Me han estado siguiendo? —pregunta Sonya—. Es posible que me haya visto con Emily Knox una vez, hace poco, como parte de mi investigación, pero...

—Si quisiera convencerme de eso —la interrumpe Mito con voz queda—, no se habría referido a la Abertura como «jaula», porque solo conozco a una persona que la llame así, y no se le habría pegado la expresión si solo la hubiera visto una vez.

Sonya se queda en silencio. Siente a Eleanor detrás y a los dos hombres que la han escoltado hasta allí cerca de la puerta. No hay escapatoria.

—No se preocupe —añade Mito—. Como he dicho, por eso está hoy aquí. Quiero proponerle un trato.

«Otro trato», piensa Sonya. Se pasa la vida negociando, en el mercado de la Abertura, los mandos de un radiador viejo por cables, los calcetines zurcidos de Nikhil por botones, los aparatos tecnológicos reparados por latas de sopa de pollo. Y también fuera

de la Abertura: las preguntas de Rose Parker a cambio de la dirección de Emily Knox; una canción de la Delegación por la ayuda de Knox; Grace Ward a cambio de su libertad. Los tratos dependen de la confianza, del convencimiento de que, si das algo que has accedido a entregar, recibirás lo que se te ha prometido. Por mucho que intentes cerrar un trato, alguien tiene que ceder primero, alguien tiene que lanzarse sin paracaídas a ese instante en que se da sin haber recibido.

Mito no será el primero en ceder. Eso salta a la vista.

—Si de verdad solo le preocupa encontrar a Grace Ward, haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarla. A cambio, solo le pido que me comunique cuáles son las intenciones de Emily Knox, tanto con esta reunión como de cara al futuro.

El cerebro entrenado por la Delegación de Sonya dispone varias columnas y empieza a compararlas. Ya está inmersa en un trato con Knox en el que ella cedió primero, en el que fue la más confiada. Se había arriesgado a ir, sin preparación ni cualificación, al cuartel general de la Armada Analógica, y tal vez sea posible que Knox la ayude con la DIU de Grace. Pero ahora la probabilidad de que pueda cumplir con su parte del trato es prácticamente nula. No podrá colocar la sanguijuela, haga lo que haga. Si traiciona a Knox, es posible que Mito tampoco cumpla con su parte, pero existe la posibilidad, al menos, de que sí lo haga.

En una dirección, piensa, la espera un fracaso seguro. En la otra, un éxito posible. No es una comparación difícil. Pero tiene otra en la mente más difícil de cuantificar: el coste de entregarle aquella información a una panda de extremistas, el peligro que podría suponerle a Knox, el peso de la culpa. Algo mucho más pesado que perder desideratos.

—Pretende que la traicione —dice Sonya, y no porque necesite que se lo aclaren, sino porque quiere ganar tiempo para pensar.

—¿Qué ha hecho ella para ganarse su lealtad? —le pregunta Mito, ladeando la cabeza. Un mar de ondas vuelven a cruzar el velo, y Sonya ve otra vez ese cálido ojo miel.

No tiene respuesta para esa pregunta. Knox la humilló en el Midnight Room; no le mostró más que desprecio y escarnio; no le ofreció ayuda alguna, ni ningún plan de huida.

—Me ve tal y como soy. Y no a la chica del póster.

—¿Y cree que yo no?

—Creo que no tengo motivo para suponer que ninguno de los dos vaya a ayudarme —responde Sonya—. E incluso si les dijera cuáles son las intenciones de Knox, no tendrían forma de verificar si es verdad o no.

—Puede que sea su mejor opción.

—Puede.

Sonya suspira y recorre con el dedo el borde de la sanguijuela. Piensa en quitársela y mostrarle lo que hay debajo, ese dispositivo pensado para extraer y duplicar los datos. El pulso se le acelera. Observa fijamente el mar de ondas del velo.

—Me ha enviado a echarle un ojo a este lugar —dice Sonya —. Mi Clarividencia ha registrado la disposición. Mi contacto en el Triunvirato ha accedido a entregar las imágenes si Knox me ayuda.

—¿Ah, sí? —responde Mito—. ¿Y qué interés tiene Emily Knox en la disposición de este edificio?

—Es su base de operaciones —contesta Sonya, encogiéndose de hombros—. A lo mejor pretende robarles, o a lo mejor lo que quiere es espiarles. No se lo pregunté.

Mito ladea la cabeza. Uno de sus brazos repta por el respaldo del sofá.

—¿Eso cree? —plantea él.

—¿Que si creo qué?

—Que esto —Mito hace un gesto hacia la habitación que los rodea— es nuestra base de operaciones.

A Sonya se le quedan las manos inertes sobre el regazo.

—Supongo que no lo sé —responde, y es como si su voz proviniera de otra persona.

—Jamás habríamos invitado a nadie allí. ¿Cómo puede ser tan inocente?

Mito levanta la cabeza y asiente, no a Sonya, sino a Eleanor, que sigue de pie detrás de ella.

—Por favor, acompaña a nuestra invitada a la sala de espera —le ordena—. Vamos a aprovechar sus capacidades.

El miedo le hormiguea en la garganta. En las manos. Sonya se pone en pie y echa a andar hacia la puerta. Los guardias le bloquean el paso, dos moles inhumanas con el rostro oculto y la misma ropa. Ella los mira fijamente uno a uno.

—Dejadme pasar —suelta.

—Por favor, decoro —pide Mito. Está más cerca de lo que creía; lo tiene justo detrás—. Esto es algo impropio de una hija de la Delegación.

Le posa una mano sobre los hombros y su tacto seco y gentil hace que se estremezca. No se le ocurre gritar. Se retuerce y dirige el codo hacia el velo que lo protege. No es más que una proyección, una ilusión; el golpe lo atraviesa sin dificultades y acierta en una parte dura de la cara. Mito profiere un grito y uno de los guardias arroja a Sonya al suelo. Se da un porrazo en la cabeza contra el hormigón y se incorpora como puede, notando el frío goteo de la sangre en la sien. Está rodeada, superada en número y poder, pero en ese momento pierde toda racionalidad. Se agarra al guardia que está intentando levantarla del suelo y le hunde las uñas en la piel con todas sus fuerzas. Él le propina un puñetazo y todo se le difumina en los bordes de la visión.

La arrastran por el oscuro vestíbulo por el que ha entrado, y luego siguen el manojo de cables hasta la habitación donde creía que tal vez encontraría el servidor. La sujetan con la fuerza suficiente como para provocarle moretones. El montón de cables termina en un generador, que zumba como una colmena en una esquina. Justo delante hay una puerta, una habitación; los guardias la meten a la fuerza y cierran la puerta.

Es un espacio pequeño y vacío, salvo por una mesa de acero. Debió de ser un trastero; hay agujeros de tornillos y sutiles líneas en las paredes donde antes debió de haber estanterías. Huele a humedad. Han barrido una montaña de cristales rotos hacia el montón de polvo de la esquina. Una ventana opaca no más grande que la cabeza de Sonya deja entrar una luz amarillenta de la calle. La chaqueta se le ha quedado en el sofá, y hace frío y tirita.

No puede contener los temblores de pavor en brazos, pecho y piernas. No sabe qué harán con ella allí, pero sí que no será bueno, y que no terminará con la DIU de Grace Ward y el confort relativo de la Abertura. Maldice a Knox, arrancándose el brazalete y arrojándolo contra la pared antes de hacerse un ovillo en la esquina, con una mano sobre la mandíbula dolorida.

—Price —dice en voz alta, con la esperanza de que la oiga, de que la esté escuchando en ese preciso momento—. Alexander, si me estás oyendo, por favor, ayúdame.

Pero incluso si fuera así, no sabría cómo encontrarla.

11

El frío aún no le ha calado hasta los huesos cuando regresan: los dos guardias, tan indistinguibles el uno del otro como antes, Eleanor y Mito. Todos con los velos en su sitio, la misma cortina iridiscente repetida cuatro veces. Sonya se pone en pie, recluida todavía en la esquina.

—No hace falta que me encerréis aquí —dice—. No he visto nada importante, no soy nadie, podéis dejar que me vaya y no os pasará nada, no...

—Por favor. —Mito levanta una mano. Tiene la palma de un tono rosado intenso—. No he venido a oír cómo se defiende. Vengo a saber cómo podemos contactar con Emily Knox e informarla de que está usted aquí. Tal vez acceda a negociar.

Sonya no se esperaba sentir esperanza. Conoce a Knox, es consciente del desprecio que le profesa a Sonya, a todos los de la Abertura. Y también conoce a la gente; sabe lo suficiente como para haber dejado de creer en ella hace mucho tiempo, sabe que el encanto de la comodidad y la seguridad es como un anzuelo clavado en el labio, que arrastra a una persona a lo largo de su vida. Pero, por lo visto, en su interior sigue albergando esperanza, una lucecita que aún no se ha apagado. Quizá Knox no sea solo como se deja ver, quizá haya ido cogiéndole más cariño del que cree, quizá...

—Vive en la Torre Artemisa —responde Sonya—. Cerca del mercado.

—Muy bien —dice Mito con una voz dulce, relajante—. Sigamos: conozco lo suficiente a la señora Knox como para saber que no se conformará con que la informemos de su presencia aquí. Necesita que esa información sea algo más concreto. Por eso le enviaremos un ojo.

—Un ojo —repite Sonya.

—Bueno, no podemos extirparle la Clarividencia sin provocarle daños cerebrales graves, pero el ojo ya es lo bastante simbólico —contesta Mito—. No se preocupe; la sedaremos.

Mito sale de la habitación seguido por los guardias, de uno en uno. Eleanor se detiene antes de cruzar la puerta y deja caer algo al hormigón, casi como si lo estuviera arrojando por la ventana. Es una lata de metal del tamaño aproximado de una manzana.

Se marcha y cierra la puerta tras de sí. La lata se abre como por resorte y un vapor blanco inunda la estancia como la bruma matinal. Sonya la observa unos instantes. Nota el corazón en la garganta, con una velocidad e intensidad que por un desquiciado momento casi cree poder saborearlo, y entonces se cubre la boca y la nariz para no respirar el gas, sea lo que sea.

Le arden los pulmones, los ojos. Siente un impulso desesperado por gritar, pero se obliga a permanecer en silencio. Se arrodilla en el suelo de hormigón presa del dolor, del terror, desesperada por respirar aire fresco y desesperada por parar de necesitarlo.

Al final, deja caer las manos con un grito ahogado y se llena los pulmones con grandes bocanadas de aquella niebla.

Los efectos son inmediatos. Se le vacía la mente. Los músculos se le aflojan. Clava la mirada en la pared opuesta y distingue el brillante halo de la Clarividencia. Cuando la puerta vuelve a abrirse, se queda absorta por el velo luminoso que cubre el rostro de Mito. Le recuerda a una pompa de jabón. Sabe —de forma distante, casi como en un sueño— que debería sentir algo. Pero es como un vaso de agua vacío, un pozo que se ha secado.

—¿Sonya? —pregunta Mito—. ¿Cómo te encuentras?

Se limita a levantar la vista. No le viene nada a la mente.

Esta vez solo entra uno de los guardias. La agarra del brazo, con delicadeza, y ella se pone en pie ante su insistencia. La guía entonces hacia el borde de la mesa de acero, y ella se sienta. Tira de ella hacia atrás y Sonya se tumba, con los talones en el borde de la mesa y las manos en los costados.

Es entonces cuando algo se le filtra en la mente. El ojo. Algo

sobre su ojo.

Ve el brillo de la Clarividencia, tan constante que se ha convertido en un único hilo que entrelaza todo lo que ve. Ve a su padre arrodillado frente a ella atándole los cordones cuando era pequeña, con el círculo de su iris cobrando brillo al cruzarse con los ojos de Sonya. «¿Lo ves? Te quiere tanto como yo.»

Observa a Mito poniéndose un par de guantes de látex. Hay una bandeja de metal cerca de sus pies con un bisturí encima.

El ojo. Algo sobre su ojo.

Ve a Aaron encorvado sobre ella, que está tumbada en el sofá del salón, él con el pelo cubriéndole la frente y la luz blanca que la saluda ante el contacto de sus miradas, casi como un roce físico. «Esto vale cada desiderato perdido», piensa ella mientras los labios de Aaron se acercan a los suyos.

Mito recoge el bisturí con una mano firme y arrugada. Conoce el tacto de esa mano, suave, seca. Uno de los guardias aparece en el umbral sin aliento, con el rostro cubierto por el velo.

—Un tipo del Triunvirato —anuncia con voz áspera—. Fuera.

—¿Cómo nos han encontrado? —demanda Mito.

Puede que sea por el bisturí, por la luz familiar de la Clarividencia, o quizá por la mención del Triunvirato. O tal vez solo sea porque está vacía y estar vacía es algo irracional, insoportable. Sea cual sea el motivo, Sonya grita.

Grita al vacío que la rodea, al de su interior. Grita, y la mano de Mito le cubre la boca y ella la muerde, notando tendón y hueso y piel entre los dientes.

Mito traza un arco con el bisturí y le corta la mejilla, y Sonya se sacude mientras su cuerpo se precipita por el borde de la mesa. Golpea el suelo con fuerza y la bandeja repiquetea a su lado, y se oyen voces en el pasillo, voces en su cabeza, voces por todas partes.

El bisturí destella en el suelo, sobre el polvo. Lo agarra por la hoja y esta se le hunde en la mano; lo palpa en busca del mango y lo clava en la mano que se dirige hacia ella, la mano que pertenece al guardia. El tipo profiere un grito y, por un instante, consigue verle la boca a través del velo, un abismo rojo, una herida roja y el

suelo salpicado de rojo.

Por encima del hombro de Mito y de la columna encorvada del hombre, Sonya distingue a Alexander Price.

Llega sin aliento y con el cabello enmarañado por el viento. Tiene las manos cruzadas a la altura de la muñeca, y en una, extendida, sostiene un Sonsacador, mientras que con la otra agarra un cuchillo.

—Los agentes del orden están de camino —anuncia—. Podéis perder el tiempo dándome problemas o aprovechar la ventaja que os estoy dando. Sea como sea, voy a enseñarles esta grabación.

Mito posa una mano sobre la espalda del guardia y lo guía hacia el pasillo, hacia fuera, lejos. Los pies del guardia dejan manchas sanguinolentas sobre el hormigón. Sonya se arrodilla entre resuellos. Algo cálido le recorre la mejilla. En un primer momento, piensa que son lágrimas, y se sorprende, porque hace años que no llora. Luego recuerda el corte de la cara.

Alexander se acuclilla frente a ella, doblando las largas piernas como si estuviera cerrando un paraguas. Le pone las manos en los hombros y le da un apretón firme, cálido.

—Ya está, estás a salvo —le dice—. Joder.

Se lleva la mano al bolsillo, saca un pañuelo y le presiona la mejilla. En ese momento, se le agolpan los recuerdos de la tira de negativos fotográficos; de los dedos de él pinzando uno de los extremos, y los de ella, el otro; del tablero de damas entre los dos, Alexander jugando con las rojas, y ella, con las negras; de la encimera de la cocina que los mantiene alejados, aunque no demasiado.

—¿Por qué siempre hay algo que nos separa? —pregunta ella.

Sonya deja caer el bisturí y se inclina hacia delante, hasta apoyar la frente en el hombro de Alexander. Huele a lana mojada. A lluvia.

Los agentes del orden llegan e inundan el espacio con sus uniformes blancos, pantalones, camisetas, chaquetas y botas del mismo color. Se enguantan y comienzan a rebuscar entre los

objetos de la sala donde se ha encontrado con Mito. Rodean el generador que hay al otro lado del pasillo y hablan sobre extraer los datos de la red eléctrica. Abarrotan la acera que hay fuera. Sonya está sentada frente a la mesa de acero, con la espalda apoyada en la pared, cuando empiezan a hacerle preguntas. Ella responde con un parpadeo.

Entra una mujer cuyo mono rojo intenso indica que es una paramédica. Ahuyenta a los agentes del orden de la habitación y a Alexander, aunque este se queda en el umbral, en un lugar donde ella aún pueda verlo. A juzgar por la mancha alargada que tiene en el pecho, Sonya le ha untado de sangre el ya de por sí maltrecho abrigo.

La mujer se llama Therese. Es el nombre que aparece escrito en su solapa. Deja la bolsa junto a Sonya, sobre la mesa.

—Por la cara que tienes deduzco que te han dado algún tipo de sedante —dice Therese—. ¿Podrías describírmelo?

Sonya se aclara la garganta.

—Era un aerosol —responde. Le duele la garganta y tiene la voz ronca—. Un vapor blanco. Me siento... —Frunce el ceño—. Vacía.

—A mí me suena a aplacacia —indica Therese—. La Delegación lo desarrolló para controlar a la población, y mira de qué les sirvió. Pensaba que durante el alzamiento lo habrían destruido todo, pero se ve que no. Voy a inyectarte una cosa para contrarrestar los efectos, ¿vale?

Sonya asiente. Piensa en... No lo tiene claro. Pero poco después Therese le frota la sangradura con una gasa empapada en un antiséptico con un aroma agrio y le atraviesa la piel con una aguja. Una sensación fría le recorre el brazo y le abraza el corazón. La cabeza se le despeja. No le gusta lo que comienza a ocupar el vacío de sus entrañas. Se parece muchísimo a un grito.

—¿Mejor? —le pregunta Therese, y ella no está segura de qué responder.

—Sí, está mejor —contesta Alexander con los brazos cruzados —. Si no, no me estaría mirando así.

Sonya le arquea una ceja. Él se frota la nuca y aparta la vista.

Therese le limpia el corte de la mano y el de la mejilla, se los cierra y se los venda. Le ofrece a Sonya una bolsa de hielo para la inflamación de la mandíbula y le deja unos cuantos analgésicos en la palma de la mano antes de marcharse. En la calma que se instaura antes de que regresen los agentes del orden, Sonya contempla la bandeja de metal del suelo. Hay un cauterizador a su lado (para piel, no para cables como el soldador que tiene en el apartamento). Un montón de gasas. Un pequeño frasco.

Se lleva una mano temblorosa a la frente.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunta a Alexander—. ¿Con mi Clarividencia?

—No puedo rastrearte sin tu DIU —le responde—. Pero me han alertado cuando no te has registrado de vuelta en la Abertura. Y, por cierto, me ha pillado revelando negativos, que por eso debo de oler a huevos podridos. Total, que les he echado un vistazo a tus imágenes. Ha habido un momento, justo antes de que se cerrara la puerta detrás de ti, en que has mirado a la luna.

Se saca el Sonsacador del bolsillo, le da varios golpecitos y le muestra una imagen. Es una instantánea de la señal de su Clarividencia. Una vista estrecha de la calle, la luna, la silueta urbana que se desdibuja contra el cielo.

—He ido a la discoteca donde habías estado —continúa— y he intentado recrear el ángulo. Me ha costado lo mío.

Sonya deja escapar una risita mientras empieza a tomar consciencia de lo poco que ha faltado. Se lleva ambas manos a la cara y se apoya contra la pared áspera.

—Ha sido un detallazo que me hayas salvado la vida, Price —le dice.

—Cuando quieras —contesta él, moviéndose un poco.

Ella asiente y rasga uno de los paquetes de analgésicos. La cabeza comienza a palpitarle.

Uno de los agentes del orden se la lleva de vuelta a la Abertura. La última vez que estuvo en un vehículo de uso personal fue justo después de que la arrestaran. Después de que el alzamiento la

encontrara rodeada de cadáveres en una cabaña del bosque, le inmovilizaran quizá con demasiada fuerza las muñecas y la metieran en los asientos de atrás de un sedán beige. Apenas recuerda el viaje, más allá de los árboles que dejaban paso a las casas y que las casas dejaban paso a los edificios, unas pocas imágenes de cadáveres en las calles y cristales rotos y humo, las consecuencias del derrocamiento de la Delegación.

Se había olvidado de lo extraño que es moverse por una ciudad repleta de pisadas, voces, trenes y bicicletas sumergida en una burbuja de silencio. Mira por la ventana, con la nariz casi pegada al frío cristal, hasta que el coche se detiene frente al portón de la Abertura.

Se siente pesada con lo que ha ocurrido, como si hubiera vuelto de una tormenta con la ropa empapada. Alexander sale del coche con ella, y Sonya no se lo discute como la última vez que intentó acompañarla a casa. No la toca, aunque nota su mano flotando sobre su espalda cuando atraviesan el portón de la Abertura, como si la sombra tuviera sustancia.

Renee y Douglas están con Jack justo al pasar la puerta, alargándose una botella de licor casero. Jack lleva la libreta bajo el brazo. Todos se quedan en silencio cuando Sonya entra por el túnel que la conduce al patio del Edificio 4.

Los vestidos con estampados florales de la señora Pritchard, tres en total, están colgados en el patio, secándose en la cuerda de tender. Alexander esquiva uno para llegar a la puerta, doblando el cuerpo en torno a la prenda.

—¿Dónde vive? —pregunta.

Sonya sabe a quién se refiere.

—En el cuarto piso.

Tiene heridas en el rostro y la mano, pero también siente el resto del cuerpo dolorido. El miedo no le sienta nada bien al cuerpo. Sube la escalera despacio. En ese momento sí la toca, y nota su mano firme en el centro de la espalda. Percibe el aroma de su champú, herbal y fresco. Llegan al descansillo del cuarto piso y Sonya sigue esperando que Alexander dé media vuelta, que evite la incómoda reunión con su padre, pero no lo hace. Se planta delante

de la puerta con ella y aguarda a que Nikhil responda.

Nikhil lleva su cárdigan favorito, gris con botones marrones, y las gafas de cerca, que amplían sus ojos castaños vidriosos. Por un momento, ni siquiera la ve, sino que se limita a mirar fijamente a su hijo. Por muchos años que hayan pasado sin dirigirse la palabra, Alexander sigue siendo lo que reorientó el universo entero de Nikhil cuando nació. Nikhil deja caer los hombros; tiene un aspecto de anciano, gris y agotado. Luego la mira a ella.

—¡Ay, madre! —exclama—. Pasa, pasa.

La acompaña hacia el interior del apartamento. Estaba escuchando la radio; Sonya aún no ha terminado de repararla y de la parte trasera siguen sobresaliendo los cables. Hay un libro ajado bocabajo, sobre la cama. Alexander se ha quedado en el umbral, apuntalando el marco de la puerta con las manos, como si amenazara con venirse abajo y aplastarlo.

—Me ha parecido que no debía volver sola —dice—. Ya está.

—Bien —responde Nikhil sin mirarlo—. Gracias.

—Vendré en un par de días a ver cómo estás —añade Alexander, esta vez dirigiéndose a Sonya.

—Estaré bien. —Lo dice con mucha más frialdad de la que pretendía.

Por un breve instante, parece casi dolido. Un impulso la impele hacia él. Le coge la mano y le rodea los rotundos nudillos con los dedos. Se los aprieta. Los suelta.

Es la primera vez que lo toca. Cuando iba a su casa, les daba un abrazo a Nora y a Nikhil, y un beso en la mejilla a Aaron, pero jamás llegó a tocar a Alexander, ni al saludarlo, ni tampoco al pasar por su lado en la cocina. Nunca. Tenía la sensación de que, al hacerlo, ocurriría algo nefasto.

Y tal vez sea verdad.

Se queda como aturdido. Le hace un gesto con la cabeza, y luego a Nikhil, antes de marcharse.

Sonya cierra la puerta, se apoya contra ella y suspira. Nikhil ya está ocupado en la cocina, recalentando una olla de... algo. Lentejas y tomate, esta vez enlatados. Un mendrugo de pan del tamaño de su puño.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Nikhil.

—Se me ha ido de las manos. —No le cuenta cómo ni por qué. Solo conseguiría sentirse ridícula. De hecho, ya se siente ridícula—. Pero él me ha ayudado.

—Me alegro —responde Nikhil mientras prepara su lugar en la mesa.

No sabe si tiene hambre hasta que se acerca la cuchara a la boca. Luego come rápido para calmar el dolor de la vacuidad. De la aplacacia. Una droga muy nociva, piensa, y se pregunta cómo es posible que no la conociera hasta ahora. Quizá porque nunca asistió a ninguna manifestación; solo las veía en el boletín de noticias de la Clarividencia de cuando en cuando, u oía a su madre despotricar sobre ellas durante la cena. «Y se hacen llamar libertarios. ¿Se puede saber de qué quieren liberarnos?»

Aprovecha el pan para rebañar el cuenco. Nikhil se sienta delante de ella con las gafas plegadas frente a él.

—¿Alguna vez...? —Sonya niega con la cabeza—. Da igual.

—¿Que si alguna vez qué?

Se traga el último pedazo de pan y lleva el cuenco vacío a la pila. Se queda inmóvil, sin llegar a abrir el grifo.

—¿Crees que la Delegación era buena?

—El gobierno perfecto no existe —contesta él—. Pero, a grandes rasgos..., sí. Creo que sí.

Sonya mira por el cristal que hay encima de la pila: ocho bloques dispuestos en una cuadrícula rectangular. La luz roja de un botón de emergencias rebota por el interior.

—La Armada Analógica me ha drogado y me ha intentado arrancar la Clarividencia. La droga que han utilizado la desarrolló la Delegación. Aplacacia.

—Bueno, es que la aplacacia estaba pensada para situaciones extremas, querida.

—Y no es solo eso. —Se apoya en el borde de la pila—. Es... El coste en desideratos de los tampones, o la penalización por ponerle a tu hijo el apellido de tu familia en vez del de la de Nora, o exprimir las cuentas de desideratos de los padres porque su hijo se rebele. Puntos por la postura, puntos por escuchar su música,

puntos por dormir con tu cónyuge... —Reprime una carcajada.

—Al final, todo eso son detalles...

—¡Los críos, Nikhil! —Da un fuerte puñetazo en el borde de la encimera—. Los putos críos que les arrebataron a sus padres. —Vuelve a reprimirse, pero esta vez no es una carcajada. Cierra los ojos.

—Sonya —empieza él. Se acerca a ella y se apoya en la encimera a su lado—. Has tenido un día complicado...

—Esto no tiene nada que ver con el día que he pasado. —Se mira las manos y frunce el ceño—. No paro de descubrir cosas que no me gustan.

—Entonces quizá deberías plantearte lo siguiente: ¿acaso el Triunvirato es mejor?

—El Triunvirato no tiene nada que ver con que la Delegación fuera buena o no.

—En un mundo ideal, puede que no. Pero no hablamos de ideales, sino de pragmatismo, de la realidad. —Tiene un brillo en los ojos que Sonya no reconoce. Una lágrima le cae por la comisura del ojo y le recorre la mejilla. Él se la seca—. Si los sistemas perfectos son imposibles, debemos fijarnos entonces en los posibles. Y yo preferiría seguir viviendo bajo el gobierno de la Delegación que bajo... eso. —Hace un gesto hacia el muro exterior del apartamento, donde una cortina hecha a partir de una sábana oculta la megalópolis.

—La Delegación nos trataba bien —dice ella.

Él sonríe.

—Pues sí.

—Pero no trataba bien a todo el mundo.

—La Delegación no trataba bien a la gente que se esforzaba por destruir el orden o la seguridad, o a la gente que infringía las normas sociales sin razón alguna —responde Nikhil—. Perdóname si ese tipo de gente me preocupa más bien poco.

—Vosotros tuvisteis a Aaron porque sí, porque queríais un segundo hijo —comenta ella—. Igual que la mujer con la que hablé el otro día, a la que le quitaron a su bebé.

—La diferencia es que Nora y yo seguimos los cauces

previstos...

—La diferencia es que tú tenías acceso a esos cauces, Nikhil. No estaban abiertos a todo el mundo.

La mirada que le dedica el hombre la hace viajar atrás en el tiempo, a la noche que se quedó con Aaron hasta demasiado tarde y él intentó colarse en casa después del toque de queda. Nikhil estaba despierto, con su batín y sus pantuflas, y encendió la luz del porche. No les gritó, sino que se limitó a mirar a Sonya, que observaba la escena desde la esquina, y a Aaron, paralizado en la escalera de la entrada, con una decepción tan profunda que Sonya solo quería marchitarse y morir.

Después de aquello, no volvieron a trasnochar.

—Estás cambiando solo porque eso es lo que quiere el mundo —concluye él.

Se da media vuelta y regresa al salón. Sonya, con el rostro encendido, abre el grifo y pone la mano ilesa bajo el agua fría. Limpia el cuenco y lo deja secar encima de una toalla. Se marcha del apartamento sin darle las gracias.

12

A la mañana siguiente, Sonya se despierta con molestias, dolores y pánico. No recuerda haber soñado nada, pero tiene el corazón acelerado de todos modos; mete la cabeza entre las rodillas y controla la respiración. Acto seguido, pone la cabeza debajo del grifo de la cocina.

Se viste, se prepara unas gachas y pone a hervir agua para el café. Mientras desayuna, observa la luz del sol que se filtra a través del tapiz, y las formas de los edificios que hay al otro lado proyectando débiles sombras. Rebaña el fondo del cuenco para recoger los últimos copos de avena y luego descorre el tapiz y abre una de las ventanas.

Las ventanas no se abren del todo, pero sí lo suficiente como para que entre una ráfaga de aire fresco. Agacha la vista hacia la calle, vacía en ese momento; es demasiado temprano para los cotillas o los clientes del colmado. Coge la navaja con el mango pegado con cinta adhesiva, la envuelve en un paño y la arroja por la ventana, apuntando a unos pocos centímetros más allá de la concertina que hay unos pisos bajo ella.

Aterriza en el pavimento agrietado justo a las afueras del muro de la Abertura. Cierra la ventana y vuelve a correr el tapiz.

La recoge unos minutos más tarde, con el pase de salida de la Abertura en la mano. Agarra la navaja dentro del bolsillo mientras camina hacia la estación de tren, con los hombros tensos y el cuerpo alerta, preparado. No se quita la capucha. Espera en el tren con la espalda contra la pared. Ve pasar la ciudad en una nebulosa, con los edificios fundiéndose sobre los otros.

Se baja cerca del mercado y, mientras se aproxima a la Torre Artemisa, toma más consciencia de su ritmo cardiaco que antes. El proselitista de la CCID de la esquina le lanza un panfleto cuando

pasa por su lado, pero ella no lo coge y cae a sus pies. Se resbala ligeramente con él, con las prisas por alejarse de allí.

La Torre Artemisa reluce bajo el sol como el empaste de oro en el fondo de la boca de una persona. Esquiva una vid que ha caído sobre la entrada y se adentra en el vestíbulo. El guardia la reconoce y le hace un gesto para que pase.

La mano le suda en torno al mango de la navaja. Se sube al ascensor. Lleva la sanguijuela que Knox le dio en el bolsillo. Aporrea la puerta de Knox con el cachivache dentro del puño. El ojo mecánico del centro de la puerta gira hacia ella, parpadea y la puerta se abre.

—Invitada: Kantor, Sonya. Nivel de acceso: dos —anuncia la voz computarizada, mientras el nombre de Sonya surca el techo con una luz roja.

Knox lleva el pelo negro recogido en la coronilla, y está de pie junto a la ventana con unos pantalones de chándal grises. Vuelve la cabeza hacia Sonya y se pone rígida. Sus ojos recorren la magulladura de la mandíbula y el corte de la mejilla de Sonya, antes de posarse en la sanguijuela que tiene en la mano.

—Mira qué bien —dice—. Has sobrevivido.

—Pues sí —responde Sonya—. Muchísimas gracias por ayudarme.

Knox esboza una media sonrisa y se da la vuelta. Va descalza y deja pisadas pegajosas en las baldosas pulidas.

—Te dije que estarías sola, ¿o no? ¿Pensabas que te estaba tomando el pelo?

—¿Por qué no me dices para qué sirve esto? —Sonya le lanza la sanguijuela—. Y dime la verdad.

—¿Cómo que «para qué sirve»? —Knox abre el brazalete y lo estira hasta allanarlo, contemplando la tecnología flexible del interior—. Copia y transmite datos. Eso era verdad.

—¿Y entonces cuál era la mentira?

Knox vuelve a esbozar la misma sonrisa y Sonya se abalanza sobre ella, sacando la navaja del bolsillo y presionándola contra la garganta de Knox, justo por debajo de la mandíbula. Ella recula hasta la ventana, levantando las manos, y Sonya la sigue con el

cuchillo aún en alto.

—Como vuelvas a sonreírme te mato —la amenaza Sonya.

—Relájate, ¿quieres? Joder, y yo que pensaba que no te dejarían salir de la Abertura con esa cosa. —Parece bastante tranquila, pero le cuesta tragar.

—No tengo claro por qué debería relajarme —replica Sonya —. Llevas jugando conmigo desde el principio.

—De eso nada. Bueno, a ver, quizá un poco, pero si me matas, olvídate de la información que necesitas, y ese era el objetivo de toda esta movida, ¿o no?

—¡Tú misma te has asegurado de que no consiga nunca la información! —le recrimina Sonya—. Sabías que aquello no era el cuartel general de la Armada, ¿verdad? Sabías que no había servidor, que era una misión inútil. ¿Por qué me enviaste allí? ¿Por diversión? Ahora que has conseguido que la chavala de la Delegación cante, voy a hacer que baile, ¿no?

—Si me quitas ese puto cuchillo de la garganta, te lo contaré todo.

Sonya contempla el punto en que la piel y la hoja se encuentran, y se pregunta si sería capaz de hacerlo. Es la sensación de estar en la parte superior de un edificio: lo único que la separa del final es un instante y una decisión. Como cuando no se tragó la pastilla. Como cuando le hundió el pulgar en el ojo a aquel hombre. Es posible que se conozca a la perfección, pero en momentos como esos, aún sigue sorprendiéndose.

Baja la mano y da un paso atrás. Knox se frota la garganta y se aparta de la ventana. Parece un gato recuperándose de una indignidad cotidiana, andando con cuidado por las baldosas y apostándose en el borde del escritorio.

—Hace meses que sé dónde está el cuartel general de la Armada —explica—. Es difícil ocultar un consumo de energía así en una ciudad que controla tanto sus recursos. La cuestión es que ellos no tienen claro a qué deben estar atentos, pero yo sí. —Sonríe con sutilidad—. ¿Alguna vez has visto un espectáculo de magia?

—Ve al grano —demanda Sonya, y aprieta el mango de la navaja.

—El truco está en el engaño —responde Knox—. Ellos ya sabían que yo planeaba hacer algo, y solo tenía que convencerlos de que era algo distinto a lo que en verdad pretendía hacer. Por eso mientras tú atraías su atención... hice exactamente lo que te envié a hacer, en el mismo instante en que te encargué que lo hicieras. Planté una sanguijuela en su servidor.

Toca una de las teclas del ordenador y se enciende la pantalla que cuelga justo encima. Aparece una serie de ventanas, pero en el centro hay una barra de progreso verde que sube y baja con el flujo de datos. Knox hace un gesto amplio, señalando la pantalla.

—Pronto tendré acceso a las DIU, tal como planeamos.

Sonya aprieta tanto los dientes que le chirrían.

—Menos mal que he sobrevivido, entonces.

—Y, si no, habría intentado encontrar a Grace Ward de todas formas —dice Knox—. No soy un monstruo.

—¿Ah, no? —Sonya ladea la cabeza—. Podrías haberme dicho la verdad desde el principio.

—No estaba segura de que pudieras mentir en condiciones.

—Pues les mentí —dice Sonya—. Mentí por ti, para que lo sepas.

—No te lo pedí en ningún momento —responde Knox con voz queda.

—Y, aun así, mentí. —Se guarda la navaja en el bolsillo y se dirige hacia la puerta.

—Oye —le dice Knox—. Aún nos falta saber el nombre que aparecía registrado en la Clarividencia de Grace Ward. Entiendo que los Ward no la registraron a nombre de Grace.

—Sí, ya lo sé.

Se vuelve para mirar a Knox, que sigue sentada en el borde del escritorio, con los brazos cruzados y el pelo lacio sobre los hombros. Knox tiene razón: nunca le prometió que fuera a ser decente. Desde el principio no había mostrado más que desprecio por Sonya y las gentes de la Abertura. No hay razón para sentirse traicionada. Ha recibido justo lo que esperaba.

Pero hay algo humillante en expresar tus esperanzas.

Sale del apartamento y cierra de un portazo.

Se sienta en el bordillo que hay al otro lado de la calle del apartamento de los Ward durante casi una hora, mordiéndose el interior de la mejilla hasta que le duele.

El edificio es un bloque de ladrillo rojo con doce apartamentos y un patio lateral rodeado por una alambrada. Los Ward viven en la planta baja, cerca de las vías del tren, en el apartamento con la corona de trigo colgando de un clavo en la puerta. El del felpudo rojo maltrecho.

Sonya pasaba por delante de ese edificio con el monorraíl todos los días, de camino a la escuela. El tren se detuvo justo al lado media docena de veces cuando ella iba montada, esperando a que le dieran la señal para continuar. Una vez vio al señor Ward desmontar un columpio oxidado en el jardín lateral durante veinte minutos, enredándose con las cadenas, pisoteando una junta para que el tornillo se separara.

Alguien deja caer una bolsa de la compra a su lado, encima de la acera, y suelta un sonoro suspiro. Sonya levanta la cabeza y ve a una chica de unos dieciocho años, quizá, con un cabello castaño rizado y unas mejillas redondas. Lleva puesto un chubasquero amarillo.

—Podrías haber llamado a la puerta sin más —le dice, señalando con la cabeza el apartamento que hay al otro lado de la calle—. No mordemos.

Su voz tiene un tono ronco que le resulta familiar.

—Soy Trudie —añade la muchacha—. Ward. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Ah —exclama Sonya.

Trudie, Gertrude Ward, es la hija mayor de los Ward, la que hizo que Grace fuera ilegal. Es una joven de caderas anchas y mofletes sonrosados. Tiene los dientes demasiado rectos, como si le hubieran corregido la mordida.

Sonya se pone de pie, limpiándose restos de gravilla de la parte trasera del abrigo. Los buenos modales de la Delegación la hacen reaccionar cuando el cerebro aún no responde, y alarga una

mano para que Trudie se la estreche.

—Sonya Kantor.

No explica lo que le ha ocurrido en la cara. Trudie le da la mano y recoge la bolsa. Sonya distingue un racimo de uvas dentro y la boca se le hace agua. Hace mucho que no prueba una uva.

—¿Vienes? —le pregunta Trudie, y comienza a cruzar la calle.

Sonya la sigue hasta el felpudo rojo y entran en una cocina bien iluminada. La estancia tiene un aspecto desgastado, pero a la vez transmite calidez, uso, y esa plenitud que se siente al final de una buena comida. Las baldosas del suelo están resquebrajadas y en el interior de la puerta del horno se ven salpicaduras de grasa. Los armarios son blancos, pero los han pintado con capas tan gruesas que Sonya distingue los brochazos desde la entrada. Una mujer baja y rechoncha saca una hogaza de pan del horno con unas manoplas y la deja encima de los fogones.

—Mamá, ha venido Sonya —anuncia Trudie, como si Sonya fuera una amiga que su hija hubiera traído del instituto; se siente joven y acogida.

Eugenia Ward se yergue y abre los ojos como platos, con la puerta del horno aún abierta a sus pies. Las manoplas tienen la forma de las pinzas de una langosta. Se queda mirando a Sonya fijamente. Es una mujer guapa, de ojos grandes y cálidos, y lleva un corte bob rizado bien cuidado, fijado detrás de una oreja.

—¡Anda! —exclama—. Hola, señorita Kantor.

—Perdone por cortarles la tarde —se disculpa Sonya, y, de repente, Eugenia Ward toma consciencia de la situación. Se quita las manoplas y cierra la puerta del horno antes de apagarlo. Tiene las uñas bien recortadas.

—No sabíamos cuándo te dignarías a visitarnos —dice Trudie.

Está vaciando la bolsa de la compra: uvas y manzanas, un paquete de harina, un brik de leche. Sonya solía mirar hacia el interior de esa cocina (aunque por aquel entonces era de otro color, cree recordar) y se daba cuenta de la disparidad entre las relucientes encimeras blancas de su casa y la formica agrietada de los Ward. Ahora también nota esa disparidad, pero desde otro punto de vista. La abundancia de comida, de espacio, tan diferente

a los armarios vacíos que Sonya tiene en la Abertura. Incluso el peso extra que la señora Ward ha acumulado en las caderas le parece ahora un lujo. Una señal de comodidad y estabilidad, por decirlo amablemente.

—Trudie, no seas maleducada —la reprende Eugenia—. Estoy segura de que la señorita Kantor ha estado muy ocupada.

Trudie pone los ojos en blanco.

—Es que... no quería molestarles hasta que no me quedara otra opción —explica Sonya, y, técnicamente, es verdad, aunque quizá no tal y como Eugenia lo interpreta, como un gesto de cortesía y no como un acto de egoísmo por parte de Sonya. Nota la garganta tensa y seca. Cruza las manos delante de ella.

—Ay, por favor, siéntese —le dice Eugenia, señalando uno de los taburetes altos que hay debajo de la isla de la cocina—. ¿Le apetece tomar algo? ¿Zumo de naranja? ¿Agua?

Sonya no puede evitar que se le ilumine la cara ante la idea de tomarse un vaso de zumo de naranja. Eugenia esboza una media sonrisa y abre la nevera, en cuya puerta hay imanes con fotos de los Ward y Trudie y de un perro que Sonya ve acurrucado en el pasillo, con la cola cerca de la nariz. Un perro costaba tres mil desideratos, según recuerda Sonya. Una gran compra para una familia como los Ward, a los que la Delegación no favorecía y que no tenía trabajos importantes.

Eugenia deja el vaso de zumo delante de Sonya mientras esta se acomoda en el taburete, aún con el abrigo puesto.

—¿Se ha hecho daño? —le pregunta Eugenia.

—No es nada.

—Está igualita que en los pósteres —comenta Eugenia, y de su boca suena a cumplido—. No las tenía todas conmigo.

—A la mayoría de la gente no le parece algo positivo —responde Sonya, y le da un sorbito al zumo. Se queda atónita un instante por lo dulce que está. Lo nota grumoso. Le duelen los dientes.

—Pero si estaba preciosa —dice Eugenia—. Vaya, igual que ahora. Y no era más que una chiquilla, de la edad de Trudie.

Trudie pliega la bolsa de papel y la guarda debajo de la pila.

—Lo bastante mayor como para haberse negado a aparecer en un póster propagandístico.

—¡Trudie! —exclama Eugenia, y su hija se marcha de la cocina al tiempo que se mete una uva en la boca. Sonya oye que la revienta con los dientes.

—Lo siento —se disculpa Eugenia.

—No se preocupe. Es usted muy amable, gracias. —Le da otro sorbo al zumo de naranja—. He venido a preguntarle por Grace, señora Ward.

La sonrisa cálida desaparece de los labios de Eugenia, pero asiente.

—Ya lo suponía.

Sonya se aclara la garganta.

—Sé que como Grace tenía tres años cuando la descubrieron… —Hace una pausa y empieza de nuevo—. Cuando se la arrebataron —dice.

No tiene sentido recurrir a eufemismos con aquella mujer, que ha envejecido toda una vida en los últimos diez años, que tiene la frente surcada de arrugas y la piel bajo los ojos oscura como un moretón.

—Como tenía tres años —continúa Sonya—, debía de llevar una Clarividencia del mercado negro, probablemente proporcionada por alguien que trabajara en una morgue de la Delegación.

Eugenia da un sutil respingo.

—No necesito saber los detalles del… intercambio —dice Sonya—. Pero mi mejor baza para encontrar a Grace es saber el nombre al que estaba registrada la Clarividencia. El de la persona… difunta.

Eugenia se alisa la parte delantera del delantal floral y se humedece los labios.

—No me siento orgullosa de aquello —responde Eugenia con voz temblorosa.

Sonya se percata de que está llorando. Se endereza en la silla.

—No soy… —Sonya niega con la cabeza—. No soy la más indicada para juzgar a nadie, señora Ward.

—Lo que no me enorgullece no es precisamente lo que hice para conservar a mi hija —contesta Eugenia, y una nota afilada le invade la voz cuando vuelve a alzar la mirada hacia Sonya—. ¿Por qué necesita saberlo?

—Lo siento, pero no puedo explicárselo —dice Sonya—. Esta investigación me ha llevado a lugares insospechados. Lugares que con toda probabilidad no quiera saber que existen.

Eugenia suspira. Se pasa una mano por debajo de un ojo y, después, del otro.

—¿Ha escuchado el mensaje de voz que recibimos hace unas semanas?

Sonya asiente.

—Entonces pronto comprenderá a qué me refiero —indica Eugenia—. La mujer muerta se llamaba Alicia Gleissner.

Sonya oye el croar de la voz de la grabación. «Soy vuestra Alicia.» Alexander le contó que era una referencia a Alicia en el País de las Maravillas.

—Una broma macabra, quizá, entre mi esposo y yo —explica Eugenia—. La llamábamos Alicia porque no queríamos activar ninguna alerta en nuestras propias Clarividencias al llamarla por otro nombre. Nos aseguraron que era imposible, que el bucle lo impediría... ¿Sabe lo del bucle? Sí, por supuesto que sí, ha hecho sus pesquisas. La cosa es que no nos fiábamos del todo. Por eso le pusimos un apodo, y le dijimos que era por la niña del cuento, *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Vaya. Esto..., ¿tendría un papel para que me anotara el nombre?

Eugenia la estudia un momento, como si dudara de ella. Poco después abre un cajón en el extremo de la isla y saca una libreta y un bolígrafo. Sonya garabatea un mensaje para Knox («Aquí tienes el nombre al que estaba registrada la Clarividencia de Grace») y le pide a Eugenia que le deletree «Alicia Gleissner» mientras ella lo copia.

—Es usted distinta a como me la imaginaba —le comenta Eugenia mientras Sonya arranca la hoja de la libreta y la dobla—. Más seria.

—Ya, bueno. —Sonya se guarda el papel en el bolsillo y se retira de la isla. De repente, siente la urgencia de marcharse de allí, como si llevara demasiado tiempo bajo el agua y necesitara respirar lo antes posible. Deja el vaso de zumo de naranja medio lleno sobre la encimera y se dirige a la puerta—. Gracias por su tiempo, señora Ward.

Ha llegado a la puerta cuando la señora Ward la detiene.

—Sonya.

Ella mira hacia atrás.

—Muchísimas gracias por esforzarte tanto para encontrar a nuestra hija.

Sonya toma una súbita y agitada bocanada de aire.

—No —responde Sonya mientras abre la puerta—. No me lo agradezca, por favor.

Se marcha de la casa, olvidándose de cerrar la puerta tras de sí, y se echa a la calle, donde esquiva a un ciclista que le profiere una obscenidad. Se dirige entre tambaleos a la estación de tren, inspirando el aire largo y tendido como si fuera la primera vez que lo saboreara.

Vuelve en tren al apartamento de Knox, le deja la nota en la recepción y regresa a la Abertura.

Esa noche, sueña que está sentada a la mesa de la cabaña mientras alguien le canturrea *La vía estrecha* a sus espaldas, al oído. Agacha la vista hacia la pastilla amarilla que tiene en la mano, y cuando levanta la cabeza, ve que son los Ward, y no su familia, los que están sentados a su alrededor: Trudie, Eugenia y Roger. Echan la cabeza atrás al unísono para tragárselas.

Cuando se despierta, sobresaltada, se da cuenta de que era ella la que canturreaba.

13

No es capaz de quitarse la canción de la cabeza. Sigue moviéndose al ritmo, masticando cada palabra. «¿Por qué no dejas a un lado las mentiras que tanto aprecias?» Piensa en Sam en el cajón de arena, haciendo agujeros con un palo. La niebla de la aplacacia reptando hacia ella. Las horas sin vigilancia que la gente le compraba a Knox. «¿Acaso no sabes que lo mejor está justo donde te encuentras?» Cuando creció, ese verso le recordaba a Aaron. Pensaba que habría estado bien casarse con él, tener una casa bonita donde organizarían cenas y dos hijos, con un permiso para el segundo, tal como exigía la ley. Era inútil resistirse, y tampoco tenía motivos para hacerlo. Era positivo porque le proporcionaba desideratos, y los desideratos lo ponían todo en orden, medido y clasificado por su deseabilidad.

Era fácil.

Sube a la azotea, al pequeño invernadero donde los planteles ya han brotado. A estas alturas sabe lo bastante sobre plantas como para entender que lo mejor es no molestarlas, de modo que se limita a sentarse en el taburete y observarlas mientras tararea una canción de cumpleaños para olvidarse de *La vía estrecha*. Le tiemblan las manos y se sienta encima.

Oye pisadas en la azotea y suspira. Hace dos días que no habla con Nikhil, desde que él le dijo que el mundo la estaba cambiando. Abre la puerta con el pie, esperando encontrarlo allí plantado. Pero resulta ser Alexander.

—La señora Pritchard me ha soplado que quizá estabas aquí —dice—. No ha cambiado nada, ¿eh?

—En absoluto —responde Sonya—. ¿Te ha regañado por algo?

—Me ha afeado lo largo que tengo el pelo. —Alexander entra

en el invernadero y hace que parezca todavía más pequeño de lo que es—. No le he caído bien nunca. Una vez le arranqué todos los lirios y se los di a mi madre como si los hubiera comprado.

Tiene la mirada atribulada. Siempre ha sido una persona inquieta, pero hay algo desesperado en cómo se pasa la mano por el pelo y se tira de los mechones. Todavía no quiere preguntarle qué ocurre.

—Y tampoco se te dieron nunca bien las conversaciones intrascendentes —señala ella.

—Y sigo igual —contesta él—. Estuve un tiempo intentando ser fotógrafo, ya lo sabes; en el fondo, no quería trabajar para el Triunvirato. Pero una parte fundamental del oficio es tratar con los clientes, y nadie quiere a un bicho raro y taciturno en su boda.

Sonya reprime una sonrisa.

—Bueno. ¿Qué ha pasado?

Él cierra la puerta tras de sí y utiliza la punta del zapato para arrastrar un taburete de la mesa de trabajo. Se sienta frente a ella, con las manos cruzadas entre las rodillas.

—Emily Knox ha muerto —anuncia.

La canción se reproduce en su cabeza, y no cantada por la potente voz de su madre, sino por una voz frágil ante un bar lleno de desconocidos.

—¿Cómo?

Alexander asiente. Echa un vistazo a los planteles, ladeados en ese preciso instante hacia las ventanas, hacia la luz. El ambiente es lo bastante frío como para que se pueda ver el vapor de sus respiraciones.

—Los agentes del orden encontraron el cadáver anoche —continúa—. En el agua. Había señales de... criminalidad. Esta mañana ha venido a hablar conmigo un detective; sabía que la había visto recientemente. Es posible que también quiera charlar contigo.

—N-no entiendo nada. —Sonya cierra los ojos. Ya no soporta mirarlo, con el ceño fruncido por la preocupación; tampoco puede evitar notársela en la voz, pero eso no tiene solución posible—. Pero si la vi ayer.

—¿Cómo que la viste ayer?

Sonya asiente. Recuerda la última imagen que tiene de ella, despeinada, con los pantalones de chándal, los pies descalzos y los brazos cruzados, observando a Sonya al marcharse del apartamento. No sabe cómo debe sentirse. Knox la envió a una reunión con Mito sin importarle lo más mínimo su vida. Knox también la ayudó, y comprendió que encontrar a Grace era lo más importante en verdad.

Y ahora está muerta.

—Debe de haber sido la Armada —aventura Sonya—. Knox me mandó allí como distracción para poder colarse en el cuartel general real y copiar los datos. Sabían que me había enviado ella. Debieron de descubrir lo que había hecho y fueron a por ella.

—¿Qué datos?

—Los datos de la Delegación. Los tiene la Armada. Para eso... Para eso pensaba que me había enviado allí, para robárselos.

Alexander se palpa la muñeca con los dedos, como si estuviera recordando el brazalete de la sanguijuela. Se quedan un buen rato en silencio, el uno frente al otro, con las rodillas apenas separadas por unos pocos centímetros.

—¿Sabes cuándo ocurrió?

—De madrugada —responde él—. Pero no saben dónde. No han podido acceder a su apartamento.

—¿Perdón?

—Tiene un sistema de seguridad impenetrable. ¿Te sorprende?

Sonya niega con la cabeza. No se le había ocurrido. El ojo mecánico de la puerta es demasiado descarado como para ser un obstáculo real, pero es imposible que sea la única medida que alguien como Knox dispusiera.

Un surco aparece entre las cejas de Alexander.

—Hay algo que no me cuadra. Antes, cuando la Armada mataba a alguien, lo reivindicaban. Había cierta... teatralidad.

Sonya lo recuerda.

—La lista con los crímenes de la persona enganchada al pecho.

—Exacto. Pero esta vez... ¿Han matado a una de las personas más conocidas del mundo tecnológico, a la infame Emily Knox, en mitad de la calle y la han arrojado al agua? ¿No te parece que es algo de lo que te vanagloriarías?

—Puede que actuaran por pura desesperación. No tuvieron tiempo de planificarlo.

—Es posible —responde él—. Pero ¿por qué? ¿En qué estaría trabajando como para que fuera tan urgente acabar con ella? Ya tenía los datos. Si solo era por venganza, ¿por qué no esperar para poder ocupar todos los titulares?

—Todavía no disponía de todos los datos; la sanguijuela los transmite poco a poco —explica Sonya—. Es posible que hubiera algo que no querían que descubriera.

—Si aún no había dado con ello, habrían desactivado la sanguijuela y se habrían quitado la presión de encima. Ha debido de ser por algo que ya había encontrado.

Sonya frunce el ceño.

—Tenía las DIU —replica—. Ayer conseguí el nombre asociado a la Clarividencia de Grace Ward. Me dijo que en cuanto tuviera el nombre, podría dar con ella. ¿Crees que alguien ha podido matar a Emily Knox por el caso de una chica desaparecida?

—No lo sé —contesta—. Pero lo que sí sé es que John Clark se presentó en mi despacho para pedirme que lo dejara estar. Sé que Grace Ward está retenida contra su voluntad. Y ahora la única persona que podía ayudarnos a encontrarla está muerta, y nadie está reivindicando el asesinato.

Parece tenso, casi emocionado. Pero Sonya se siente pesada. Desanimada.

—Hay alguien que quería detenerme —indica ella—, y lo ha conseguido. Eres consciente de eso, ¿no? Ya no tengo forma de seguir.

—Tiene que haber algún modo. No puedes rendirte ahora, Sonya.

—¿Por qué no?

—Por tu libertad.

—¡A la mierda mi libertad, Sasha! —le espeta—. ¿Quieres

decirme qué se supone que voy a hacer ahí fuera? No tengo familia ni amigos. Ni ninguna habilidad. Ni siquiera tengo sueños. Me limito a aguantar durante el tiempo que me quede, preguntándome por qué no me tragaría aquel sol hace diez años.

Alexander tuerce el gesto.

—Si de verdad te sientes así, ¿por qué accediste a hacerlo? —le pregunta en un murmullo—. No lo entiendo.

—Pues... —Sonya cierra los ojos—. Eso no te incumbe.

—Muy bien. —Se pone en pie y se dirige hacia la puerta, antes de detenerse y mirar atrás—. Sabes que me acabas de llamar Sasha, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabe. Aún nota el nombre en la boca, la forma equivocada. Así lo llamaba de niña, porque así era como lo llamaba su madre. Antes de que Sonya lo odiara.

Alexander vacila con la mano en el marco de la puerta, y entonces da media vuelta y le toca el hombro con delicadeza, justo donde se une al cuello. Ella levanta la vista.

—Por si te sirve de algo, me alegro de que sigas viva.

Y, dicho eso, se marcha. Ella se lleva la mano al cuello, donde sus dedos le han tocado la piel desnuda.

Sin Nikhil para que se lo recuerde, Sonya se ha olvidado de que hoy es el aniversario del alzamiento. Se acuerda a última hora de la tarde, cuando alguien en la ciudad que hay al otro lado de la Abertura empieza a tirar fuegos artificiales. Descorre el tapiz de su apartamento para verlos. Nubes azules, verdes y lilas salpican el cielo que hay sobre los edificios en la distancia. En el exterior, es un día de celebración. El día en que la gente derrocó a la Delegación al fin y se liberó de la tiranía de la Clarividencia.

Dentro de la Abertura, no se celebra.

Se pone el jersey más abrigado que tiene y el abrigo, coge la linterna y se dispone a bajar la escalera. Las viudas se han reunido en el patio. La señora Pritchard se ha puesto sus perlas. Consiguió meterlas en la Abertura porque las llevaba puestas cuando el alzamiento los arrestó a ella y a su marido. Podría habérselas

vendido a un guardia y haberse comprado algunos artículos de lujo (un edredón de plumas, una alfombra, una nevera), pero se negó. Y Sonya la respeta por ello.

Saluda a las viudas y atraviesa el túnel. Se detiene en el nombre de David y enciende la linterna para verlo, grabado con unas pulcras letras mayúsculas. Luego sigue caminando, cruza la calle Gris y se dirige directamente al túnel que conduce al Edificio 2. Hace años que no lo visita. Ignora a Gabe y Seby, que comparten un mechero en el patio, y apunta la linterna hacia los nombres de su familia.

Julia Kantor

August Kantor

Susanna Kantor

Trata de recordar sus rostros, pero no son más que manchas en su memoria. No tiene ninguna fotografía de ellos, más que el vívido recuerdo de sus cuerpos desplomados sobre la mesa, los ojos vidriosos, mientras Sonya seguía sentada inmóvil con la pastilla en la mano. Supone que el alzamiento debió de incinerar los cuerpos junto con todos los demás y desechar las cenizas en... alguna parte. Hay personas en la Abertura que tratan aquellos nombres como tumbas; acuden allí y hablan con los muertos. David siempre decía que era una estupidez, que no eran más que nombres en una pared de mierda.

Apaga la linterna y recorre la calle Gris. Los otros se han reunido en el punto en que confluyen las dos calles. En lugar de los puestos del mercado, hay cuatro personas en fila, colocadas justo en el centro, con sendos papeles en las manos. Un representante por edificio, preparado para leer los nombres de los familiares que murieron durante el alzamiento. Sonya se ha olvidado de enviar los suyos este año, pero Nikhil se habrá acordado.

Se mezcla entre la multitud. Durante el primer año en la Abertura, recordaron aquel día con velas, pero ahora son un bien muy preciado. Las linternas, por el contrario, son algo a lo que todo el mundo tiene acceso. Forman parte de los kits de primeros auxilios y de seguridad que el Triunvirato proporciona a la Abertura todos los años. Alguien en las primeras filas de la

multitud golpea una cacerola con una cuchara para que la gente se calle, y el silencio recorre a los presentes a gran velocidad. Se apagan todas las linternas y la Abertura se sume en una oscuridad absoluta. Sonya sostiene su linterna contra el esternón, a modo de vela en una ceremonia, con el pulgar preparado sobre el botón.

Otros años, había personas que daban discursos. Cuatro años atrás, alguien decidió leer un poema; una pesadilla. Pero este año no parece animarse nadie. La representante del Edificio 1, Kathleen, empieza a leer su lista de nombres. Al pronunciar el primero, «Michael Andrews», una linterna se enciende en el centro, proviene de una mujer enterrada en la sección del Edificio 1 de la multitud. A medida que Kathleen avanza, se van encendiendo más luces en esa zona.

Los fuegos artificiales siguen estallando en la ciudad, pop, pop, pop. Sonya oye cantos lejanos. Se le entumecen los pies mientras espera a que se digan los nombres de los Edificios 1, 2 y 3. Aprieta las manos en torno a la linterna. Nikhil comienza con su lista, con una voz lo bastante profunda como para que se lo oiga desde el fondo. No se ha olvidado de su familia.

—August, Julia y Susanna Kantor —recita, y Sonya enciende la linterna, enviando un haz de luz hacia un cielo indiferente.

La voz solo se le quiebra una vez, al pronunciar «Aaron y Nora Price», mientras palpa la linterna para encenderla. Cuando termina, permanecen en silencio, con las linternas encendidas, que proyectan un brillo inquietante en cada rostro y les otorgan un aspecto fantasmagórico. Algo, de hecho, apropiado, teniendo en cuenta que son los remanentes de todas las personas que han perdido, incompletos, huecos.

Alguien apaga la linterna y los demás siguen su ejemplo poco después. Sonya piensa en buscar a Nikhil entre la multitud, pero no quiere decirle que ha perdido ya toda esperanza, que la tarea imposible que creía que le habían asignado al principio es ahora imposible de verdad. En vez de eso, acaba dirigiéndose hacia Renee, que se encuentra cerca de ella, con Douglas y otras personas del Edificio 3.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le pregunta Renee.

Sonya casi se ha olvidado del corte de la mejilla y el moretón de la mandíbula. Se encoge de hombros.

—Me he topado con unos matones ahí fuera —contesta.

Renee frunce el ceño.

—Bueno, nosotros íbamos a la azotea a emborracharnos —dice—. ¿Te apuntas?

—No me lo digas dos veces —responde Sonya.

Marie, Kevin y Douglas están intentando cantar un canon, una cancioncilla de la escuela a la que asistieron todos de niños, pero Kevin nunca entra bien, pierde el ritmo y Marie acaba trabándose, y entonces los tres estallan en carcajadas. Ya les ha pasado varias veces, pero cada vez se ríen con más fuerza.

Renee le alarga la botella a Sonya, que la acepta y le da un sorbo. Reconoce la forma del envase: antes contenía té helado de sabores. Sigue teniendo los bordes de la etiqueta y el logotipo en la parte inferior.

El licor casero sabe a plástico fundido. Le quema los labios cuarteados a Sonya, que se los limpia con la lengua y saborea el aire, húmedo y fresco.

—¿Cuántos han tocado hoy? —pregunta Renee. Tiene la mirada perdida, apagada. Hace girar la linterna entre las manos, presionando el botón con cada movimiento. Encendida, apagada. Encendida, apagada.

—¿Tragos? Ni idea, no los estoy contando —responde Sonya. Se le está empezando a entorpecer la boca y los sonidos se agolpan los unos con los otros—. ¿Por qué, es que vas a cobrarme con un periódico por trago?

—No, no. —Renee resopla ligeramente—. Personas. ¿Cuántas personas te han leído hoy?

—Ah, ¿familiares muertos, dices? —Sonya deja la botella entre las dos. No recuerda quién hace ese licor. Podría ser de patata, o de manzana. Son los ingredientes más comunes en la Abertura—. Pues tres. Mi madre, mi padre y mi hermana. ¿Y a ti?

—Uno. Mi hermano. Mi padre murió cuando yo era pequeña,

y mi madre sigue por ahí fuera. —Renee señala la ciudad que se extiende al otro lado de los muros. Es la misma panorámica que ve Sonya desde sus ventanas. Se han acabado los fuegos artificiales, al menos en su mayor parte. De vez en cuando se oye un estallido o se ve una ráfaga de luz por el cielo—. Insistiendo en que ella intentó ayudar a sus hijos descarriados pero que no le hacíamos caso...

—¿Y no la arrastraron hasta aquí igualmente?

—No. Se ve que ayudó al alzamiento, pero no tengo ni idea de cómo.

—Qué detalle que te entregara.

—¿A que sí? —Renee sonríe—. Aun así, supongo que me alegro de que siga viva. —Coge la botella y se la alarga a Sonya.

—Por las tres personas que has perdido —dice, y da un sorbo.

—Por tu hermano —dice Sonya.

Sonya ha perdido a más de tres personas. También perdió a Aaron y a Nora. Su mejor amiga de la escuela, Tana, intentó huir con su familia y ni siquiera consiguieron salir de la ciudad. La gente a la que veía todos los días, con la que se sentaba a comer, intercambiaba notas en clase... Algunas personas están en la Abertura y otras fuera, pero también hay otras muertas. Y luego está David. No lo mataron durante el alzamiento, claro, sino que acabó aplastado por la Abertura, por su permanencia.

Sonya le coge la botella a Renee y se quita el abrigo con un movimiento de hombros. Aunque el aire sople frío, está acalorada. Quiere sentir el aire en la piel, así que se sube al borde del edificio y comienza a caminar como si de una cuerda floja se tratara, haciendo equilibrios con los brazos.

—¿Sabes de qué no me puedo olvidar? —pregunta.

—¿Se puede saber qué coño haces? —exclama Renee. Parece asustada—. ¡Bájate de ahí, que te vas a caer!

—¿Tú crees? —Sonya la mira y alza un pie.

Renee se levanta y hace ademán de cogerla. Sonya le da un sorbo al licor casero y da un paso de baile hacia atrás para alejarse de ella.

—Como te decía, no soy capaz de olvidarme de los pasos. ¿Te

acuerdas de todos aquellos bailes que nos obligaban a memorizar? —Da un paso adelante y atrás, levantando los brazos en una pantomima de un vals por parejas.

—Yo sí que me acuerdo, sí —dice Douglas. Se ha puesto de pie y los otros han dejado de cantar—. Baja aquí, que se lo enseñamos a los demás.

—Aaron no era buen bailarín. No sabía dirigir, y al final me acababa encargando yo en aquellos ensayos —continúa Sonya—. Era extraño, porque le encantaba decirle a la gente lo que tenía que hacer. Lo adoraba. Y la gente no creía que yo valiera para mucho. —Deja escapar una risotada—. Supongo que no se equivocaban.

—¿Aaron? —pregunta Douglas—. ¿Aquel amigo tuyo de antes?

—¿Amigo? No sé yo —responde Sonya—. Compañero de vida asignado, más bien.

Se vuelve hacia la ciudad. La cuadrícula de luces se difumina ante sus ojos. El aire es frío.

—¡Que te jodan! —brama.

Se aprieta la botella fría contra la mejilla, y al apartársela la nota húmeda por una lágrima. Se toca el rostro. Hace años que no llora. Pasa la lengua por el lateral de la botella para ver si está salada, pero lo único que saborea es el polvo.

Sería fácil dejarse caer hacia delante. Más fácil, en cierto modo, que tragarse el sol. En los instantes previos a estar a punto de morir con su familia, le preocupaba que la pastilla se le quedara atascada en la garganta. Echarse el agua por encima, como a veces le pasaba cuando estaba nerviosa. En ese momento, era importante morir sin tener el jersey empapado. Morir con la cabeza bien alta y sin dificultades. Decían que el sol era indoloro, pero ¿cómo lo tenían tan claro?

«Me alegro de que sigas viva», le había dicho Alexander Price, y se pregunta si es a él a quien le ha dirigido ese «que te jodan», o a Emily Knox, o a los tres miembros de su familia de los que pudo despedirse y a los que nunca ha acabado de perdonar por haber muerto, o a David, porque ni siquiera se dignó a dejar una puta

nota.

Sea como fuera, baja del borde y Douglas la tapa con su abrigo. Marie le quita la botella de licor. Renee la rodea con el brazo y la atrae hacia ella.

A la mañana siguiente, continúa aturdida por el alcohol, pero toda la amargura que el licor había eliminado ha vuelto. Se arrastra a lo largo de la rutina matutina, dolorida e inquieta, y no tarda en subirse otra vez al monorraíl y bajarse en la estación cercana al apartamento de Emily Knox.

Tiene una corazonada. El recuerdo de haber visto a Knox en la cocina, comiéndose un cuenco de cereales, cuando la puerta dejó pasar a Sonya sin que su propietaria le diera permiso; la puerta la conocía, y una Clarividencia había destellado al reconocer a otra.

Tampoco hay ningún otro lugar donde presentar sus respetos. Sonya no suele tener cuerpos que llorar, así que aquello no le resulta nuevo.

Se detiene frente al edificio de Knox, debajo de las enredaderas, y se aprieta las cuencas oculares con los dedos para aliviar parte de la presión. El estómago amenaza con rebelarse, pero el aire frío la ayuda a calmarlo. Entra en el vestíbulo y el guardia de seguridad arquea una ceja.

—¿Te has enterado? —le pregunta.

Sonya asiente.

—Qué lástima, joder —añade—. Tenía una mente brillante.

—Pues sí.

—Sabes que la puerta no se va a abrir, ¿verdad?

—Me vale con la puerta.

Él no le impide pasar por su lado de camino al ascensor. Se apoya contra la pared trasera para tranquilizarse mientras el ascensor se eleva del suelo. A punto está de vomitar con el cambio de presión. Las puertas se abren de nuevo y ella se tambalea hacia el corredor, maldiciendo el licor casero.

El corazón se le acelera cuando se aproxima a la puerta. Se detiene con la mano en el marco, coge aire y se sitúa justo delante

del ojo mecánico. Se ilumina un círculo de luz blanca alrededor de la pupila. La cerradura emite un chasquido y la puerta se abre de par en par.

—Invitada: Kantor, Sonya. Nivel de acceso: cuatro.

Sonya se queda inmóvil. Le tiemblan las manos.

Entra en el apartamento.

Una parte de ella espera encontrar a la mujer dentro, descalza y tomándose un expreso, después de haber fingido su propia muerte arrojando un cadáver hinchado al agua.

Recorre las estancias, de la cocina al salón y de la habitación al baño, pero están todas vacías. Hay platos, cuencos y tazas por aquí y por allá, aún con restos de comida. Knox no hizo la cama; las sábanas siguen conservando la forma de su cuerpo y en la almohada todavía hay largos pelos negros.

Sonya recoge la pastilla de jabón de la ducha, en la que hay prensadas flores rosas. Su champú huele a manzana. Se le ha acabado el papel higiénico y ha dejado el tubo de cartón en el soporte. Hay un bote de pastillas en el armario de las medicinas que reza «Arribedol», un antidepresivo común. En el borde del lavabo descansa una funda de lentillas.

Deambula hacia el salón, hacia el amplio escritorio y la cuadrícula de pantallas, ahora negras. Sonya apenas tiene conocimientos informáticos. Todo lo que sabía hacer antes era gracias a la Clarividencia. De todos modos, se sienta en la silla de Knox y palpa la superficie del escritorio hasta dar con el botón que enciende las luces rosas.

Al fin, se atreve a tocar el teclado. Presiona la barra espaciadora y espera. La esperanza es como un mosquito. Por mucho que se esfuerce en matarlo, siempre la esquiva. La detesta, y detesta que en ese momento le zumbe alrededor de la cabeza cuando las pantallas cobran vida y ella clava la mirada en el abismo negro del terminal de Knox.

Luego su nombre aparece en el recuadro. Bueno, no exactamente su nombre.

Hola, chica del póster.

C:\FuerteKnox\directorio > cd

C:\FuerteKnox\chicadelposter
C:\FuerteKnox\chicadelposter > ”porsiacaso.
avi”

Algo emite un zumbido. Una foto de Knox ocupa la pantalla; no, es un vídeo. Está sentada en la misma silla que Sonya en ese preciso momento, con los pantalones de chándal y la camiseta holgada que llevaba la última vez que Sonya la vio. Se sube la rodilla hasta el pecho y comienza a hablar. Su voz emerge de todas partes: delante de Sonya, a sus espaldas, por cada lado. El apartamento se llena con su voz.

—Bueno, pues si estás viendo esto es que la cosa se ha ido de madre —dice Knox—. Algo que siempre fue una posibilidad. Me he pasado la vida metiendo distintos palos en los ojos a distintos osos, y alguno de ellos iba a sentir instintos homicidas antes o después. Con todo, espero que este programa no se active jamás. Tal vez un día te lo pueda enseñar y nos echemos unas risas. ¿Crees que tú y yo seríamos capaces de reírnos juntas, Sonya? No las tengo todas conmigo de que todavía sepas cómo reírte.

Saca el brazo del plano y coge una taza de café. Se la acerca al pecho y continúa.

—Hay varias cosas que deberías saber, si he estirado la pata. Lo primero es que hay algo que no te dije sobre el robo de datos de la Armada: no solo los robé. También los eliminé. La sanguijuela era más bien... un parásito. Se adhería a sus sistemas, copiaba los datos y luego devoraba los originales. Cuando la Armada lo descubra, se van a poner... —Sonríe, pero le tiembla el labio—. Hechos una fiera.

Detrás de ella, el sol se pone por encima del agua. Debió de grabar aquello justo después de que Sonya se marchara.

—Lo hice porque me parece que nadie debería tener acceso a esos datos —continúa—. Porque creo en la posibilidad de erigir sistemas estables. La Delegación utilizaba los datos de ubicación para rastrear a sus detractores. Después del alzamiento, las mismas cualidades que convertían a una persona en la favorita de la Delegación hacían que fuera una criminal para el Triunvirato, y viceversa. Aunque no estés cometiendo ahora un crimen por ir

adonde vas o por reunirte con una persona concreta, eso no implica que otro gobierno, otro grupo de personas con otro tipo de prioridades, no vaya a tacharte de criminal en el futuro. Los jugadores y las reglas cambian, y eso es inevitable... Lo único que podemos hacer es construir un tablero que restrinja lo que es posible. Podemos ponerle límites al poder. ¿Me sigues?

Sonya se inclina hacia delante, imitando a Knox, que ha perdido ya todo rastro de humor del rostro y le brillan los ojos. Ella también es una fanática, comprende Sonya, igual que Mito y los de la Armada Analógica. Pero hay menos peligro en este tipo de fanatismo.

—Mi intención es usar la base de datos de las DIU para ayudarte a encontrar a Grace Ward y luego borrarla —explica—. Si estoy muerta, no podré encargarme yo, pero tú sí. Tampoco puedo estar segura de que lo vayas a hacer. No me queda otra que confiar en ello. Que confiar en ti. —Se ríe—. Es difícil confiar en ti, Sonya Kantor. ¿Sabes cuántos adolescentes había en el alzamiento? Personas a las que enseñaron a obedecer a la Delegación y, aun así, vieron lo que era en realidad y estuvieron dispuestas a morir por derrocarla. Personas que murieron por derrocarla. Tú no eras una de ellas. No estás exenta de toda culpa solo por ser joven, chica del póster. Pero, joder, yo qué sé, me parece que no me queda otra que creer que no estás atrapada en ámbar. Hostia puta, lo espero de todo corazón.

Se recuesta en la silla y se aclara la garganta.

—En el cajón de abajo, a tu derecha, hay dos series de instrucciones. Imprimidas. —Sonríe—. La primera te enseñará a utilizar la base de datos de las DIU para localizar a Grace Ward. La segunda te dirá cómo formatear mi ordenador. No te recomiendo que hagas lo segundo hasta que no hayas visto a Grace con tus propios ojos, por curarte en salud.

Sonya se desplaza hasta la cajonera que hay debajo del escritorio y abre el cajón inferior. En la parte superior descansan dos hojas de papel, una etiquetada como BASE DE DATOS DE LAS DIU y otra como FIN DEL JUEGO. Sonya dobla la de «Fin del juego» y se la guarda en el bolsillo interior del abrigo. Después de

alisar la de la «Base de datos de las DIU» con manos temblorosas, comienza a escribir.

Las notas de Knox son un jaleo, con caligrafía apretada y difícil de leer salvo que esté describiendo código. Sonya teclea secuencias incomprensibles, con unos dedos que no están acostumbrados a encontrar la barra inclinada, el signo de intercalación, los corchetes. Presiona *enter* y una ventana nueva se abre en otra de las pantallas. Muestra un gigantesco mapa detallado de la megalópolis, una red de delgadas líneas que, por un momento, Sonya ni siquiera reconoce.

Las instrucciones de Knox le indican cómo abrir el panel lateral y buscar un nombre.

ESCRIBE EL NOMBRE QUE TE DIERON LOS WARD, PRIMERO EL APELLIDO, rezan. Sonya piensa en la nota que le dejó al guardia del vestíbulo la otra noche. La nota que nunca llegó a manos de Knox. Escribe: Gleissner, Alicia.

No aparece nada.

Sonya se encoge ligeramente. El mapa se mueve, cambia, y las líneas se redibujan. La cuadrícula de carreteras desaparece para dejar paso a unas líneas irregulares superpuestas las unas a las otras, formas extrañas, sombras y números. Topografía. La señal no proviene de la ciudad, sino de las tierras que hay más allá de sus límites.

En el centro del mapa, hay un punto azul que parpadea. Un recuadro blanco aparece a su lado, junto con unas líneas de texto:

DIU #291-8467-587-382, «Gleissner, Alicia Elisabeth»
47° 27′ 01.3″ N
121° 28′ 26.5″ O
Estado: En línea

14

El monorraíl se arrastra de estación a estación. En algún lugar, un bebé aúlla, y ella siente un impulso irracional por responderle.

Estado: En línea. Las palabras laten en el interior de Sonya como si de un segundo corazón se tratara. Grace Ward está retenida en la espesura que hay más allá de las lindes de la megalópolis; con razón no han podido encontrarla nunca.

Está inquieta. No tiene más plan que seguir adelante. Volverá a la Abertura y preparará todo lo que tenga para el viaje. Buscará un mapa... en alguna parte. En la biblioteca. En el colmado. Las posibilidades se despliegan ante ella como si estuviera hojeando un libro a demasiada velocidad como para procesar todas las páginas.

Estado: En línea.

Está de pie junto a la puerta cuando el tren para en su estación. Baja corriendo la escalera que da a la calle y trota hacia la entrada de la Abertura con las zapatillas desgastadas y de suela dura. Frente al ojo de metal de la puerta se encuentra a Alexander Price, y tiene ese aire de estar a punto de revelarle algo que ella no quiere oír. Se detiene a unos metros de él.

En realidad no se parece tanto a Aaron, piensa ella, y tal vez solo lo piense por el tiempo que ha pasado desde la última vez que vio la cara de Aaron. Tiene unas facciones más duras, más alargadas. Los años lo han endurecido, y a ella también.

Él se acerca y ella hace lo propio. La calle está vacía salvo por el guardia del portón de la Abertura y el tipo que trabaja como cajero en el colmado. Están rodeados por una atmósfera de silencio.

—El Triunvirato ha revocado oficialmente su oferta.

Las palabras le caen encima no como algo pesado, sino como algo extraño.

—Vaya.

—Han ordenado que regreses a la Abertura de inmediato —añade—, donde permanecerás mientras exista.

—¿Te han dado algún motivo?

—Dicen que ya ha llegado el momento de pasar página. Eliminarán mi departamento por completo y reasignarán a todos los empleados. Creo que es bastante evidente que la persona que quiere impedir que encontremos a Grace Ward trabaja para ellos.

Sonya asiente y observa la puerta. Los segmentos imbricados están cerrados. Se repite lo que acaba de oír y esta vez le suena nuevo.

—¿Cómo que «para ellos»? —Levanta la vista hacia él—. ¿No te han reasignado?

—No. De hecho, me han despedido.

—¿Cómo?

—Bueno, discutí con ellos —responde—, y es posible que me acusaran de insubordinación. Y también es posible que borrara todos los datos de tu Clarividencia del sistema para que no puedan usarlos contra ti. —Ladea la cabeza—. No te preocupes, tengo una copia.

Sonya piensa que aquello debería asustarla, o molestarla. La esperanza de libertad se ha esfumado. Knox ha muerto. Quienquiera que desee que dejen a Grace Ward en paz está desesperado y es poderoso.

Pero está tranquila. Sabe lo que está haciendo. Y sabe adónde va.

—¿Tienes un mapa? —le pregunta—. ¿De todo el distrito, con bosques y todo eso?

Alexander arquea una de sus gruesas cejas.

—Sí.

—Genial.

—¿Por qué? ¿Sabes dónde está?

Le gusta cómo le brillan los ojos cuando lo entiende. Sonya asiente.

—Knox cumplió con su parte del trato —dice—. Comprendería que no quisieras venir, que prefirieras pasar página y seguir con tu vida, pero...

—Voy contigo —responde—. Todavía no puedo pasar página, Sonya.

Le gusta, también, cómo se le enternece la voz al pronunciar su nombre. Esboza una sutil sonrisa, y se alejan juntos del portón de la Abertura en dirección al monorraíl.

El apartamento de Alexander, ubicado tan solo a una parada del suyo, es un lugar atestado de objetos. Colecciona de todo: las estanterías están llenas de piezas de ajedrez, unas figurillas de cristal decoran la mesa que hay junto a la puerta y varios jarrones con flores secas ocupan el centro de la mesa del comedor. Las paredes están cubiertas de marcos, pero las fotografías son todas de edificios: cuadrículas de ventanas, la fachada de hexágonos y rombos del Edificio Administrativo del Condado de King, donde trabajaba, las franjas apiñadas del vientre achaparrado de la Space Needle. Las estanterías están repletas de cámaras, viejas y polvorientas, nuevas y limpias, y algunas entre medias.

Sonya permanece inmóvil mientras él saca dos mochilas del armario del recibidor, lleno de perchas vacías, sin abrigos; va a la cocina a coger una hogaza de pan y un tarro de mantequilla de cacahuete; entierra la cabeza en la cajonera en busca de unos jerséis. Mientras lo prepara todo, Sonya se dirige a la cocina, que tiene ese aspecto mugriento de los lugares que, por mucho que se froten, nunca estarán limpios. Las encimeras son de formica blanca, con quemaduras circulares por aquí y por allá de haber dejado encima sartenes calientes. En la nevera también hay fotografías: grupos de personas riendo, o sonriendo a cámara, rodeándose los hombros con los brazos; una mujer al borde del agua con gafas de sol; un bebé agarrándole el rabo a un perro con su manita rechoncha. Jamás había pensado que Alexander Price pudiera tener amigos, ni novia. A fin de cuentas, se pasa el tiempo riñendo con él.

Ha ido a la cocina por una razón. Sonya abre uno de los cajones y encuentra tazas y cucharas medidoras, una espátula, un triturador de ajos. Abre otro y aparece un cuchillo de cocina en una funda de plástico, y se lo guarda en el bolsillo.

Knox está muerta. Nunca está de más llevar un cuchillo encima.

Alexander regresa y le ofrece una mochila. Está llena, pero no demasiado. Se la echa a los hombros y él le alarga un sombrero, un par de guantes y un par de gafas de sol que se tuercen hacia arriba en las esquinas.

—¿Unas ojos de gato? —pregunta ella.

—Se las dejó aquí una ex —responde él—. Y un par de sujetadores que no me sirven de nada, salvo como... ¿tirachinas?

—Es una idea interesante —dice ella, mientras se coloca las gafas de sol en la nariz—. ¿Necesitas avisar a alguien de que estarás fuera?

—No —contesta él, desconcertado—. ¿A quién tendría que avisar?

—No lo sé. —Sonya da unos golpecitos en la fotografía de la mujer, la que está junto al agua—. ¿A ella?

—Es una amiga. Se llama Ryan. De hecho, el bebé que está con el perro es suyo.

Sonya asiente.

—No siempre he estado solo. Vaya, en general. Pero... no ha habido nada serio.

Alexander se queda inmóvil unos instantes antes de levantar el mapa doblado, no más grande que su mano. Lo despliega y lo extiende sobre la mesa de la cocina volcando uno de los jarrones. Muestra su sector, la megalópolis que se extiende desde el mar hasta la mismísima linde de la reserva forestal, la espesura que hay más allá, el río que hay al otro lado y que los separa del siguiente sector, gobernado por otros políticos, por otro sistema.

Sonya se saca el trozo de papel con las coordenadas de Grace Ward del bolsillo y busca la latitud mientras él se encarga de la longitud. Sus nudillos chocan cuando encuentran el punto en que la latitud y la longitud se cruzan. Es un lugar en el bosque, cerca

de un lago, a la sombra de una montaña. Alexander dibuja un punto rojo con un bolígrafo y dobla el mapa de manera que el punto quede visible.

—Parece que podemos coger el Centella hacia el este, hasta el final de la línea. Luego nos tocará andar. Si nos vamos ahora mismo, es posible que todavía no hayan empezado a buscarnos.

Sonya no sabe quién debería buscarlos exactamente. Pero forman parte del Triunvirato, de modo que si acceden a las imágenes de su Clarividencia, pueden descubrir dónde está, sea donde sea. Y por eso Alexander y ella deben llegar allí primero.

Una hora más tarde, está sentada en el Centella al lado de Alexander. Él estira las piernas hasta meterlas debajo de los asientos que tienen delante. Se ha colocado la mochila entre las rodillas. Juntos observan los anuncios de la brillante pantalla que hay frente a ellos. Los píxeles se funden hasta formar el rostro de una mujer. «Vive la vida sin límites», dice, con una sonrisa amplia y blanca. Los píxeles se desintegran y vuelven a alinearse para componer las palabras Concentrasil: para las personas que se esfuerzan.

Alexander tuerce el gesto.

—¿Siempre hacen lo mismo? —pregunta ella—. ¿Anunciar un producto sin especificar para qué sirve?

—Es un medicamento —responde él—. Pero se lo toma la gente sana, no los enfermos. Está bastante de moda eso en los últimos tiempos.

Recuerda el grafiti que vio la primera vez que salió de la Abertura: «Desmedicalización para todos». Se plantea si tendrá alguna relación.

—¿Estás tomando algo? —le pregunta ella.

—Estoy con una para los enfermos —responde, dándose golpecitos en la sien—. Arribedol.

—Yo no te describiría como «enfermo».

Alexander se gira hacia ella.

—¿Te parece que estoy bien? —replica él.

Recuerda la valoración del estado de ánimo que le pide

siempre la doctora Shannon, su «cincuenta» constante, el número de «estar bien». «La gente no siempre se encuentra bien, Sonya.» Pero ella sí, no le queda otra. Cuando no estaba bien, intentaba hacer todo lo posible por que el tiempo pasara lo más rápido posible, y le daba miedo. Se daba miedo.

Alexander, siempre desaliñado, incómodo en su propio cuerpo, no la asusta hasta ese punto. Pero hay muchas cosas de él que desconoce. Dónde ha estado. Qué ha visto. Qué quiere.

—Por lo general, estoy bien. Tengo amigos, trabajo..., vaya, hasta hace un par de horas, al menos. Tengo citas. Hago fotos. Salgo a correr. —Se encoge de hombros—. Pero durante mucho tiempo, si veía u oía ciertas cosas, me costaba respirar. Pensar. —Se aclara la garganta y vuelve a encoger los hombros—. Puede que te cueste entender que me afectara lo que les pasó. Pero me afecta.

Alexander clava la mirada en el siguiente anuncio, unos árboles sintéticos que crecen sin luz. ¡Dale vida a tu sombrío apartamento!

Ella no responde. Todas las palabras se le han secado en la boca, así que, en vez de eso, le posa una mano en el brazo, solo un instante, y luego abre la mochila que tiene a los pies para ver qué hay dentro y disimular lo incómodo del momento.

Cuando se incorpora de nuevo, nota la nuca caliente, y no es por vergüenza. Echa un vistazo por encima del hombro al vagón de detrás. Hay grupos de adolescentes, una pareja mayor compartiendo una barrita nutritiva y un puñado de hombres con camisas almidonadas escribiendo en sus Sonsacadores. Nadie les presta atención.

Con todo, se toca el cuchillo que lleva en el bolsillo, para asegurarse de que sigue allí.

Para cuando se bajan del Centella, el vagón está vacío. Una voz anuncia que todos los pasajeros deben salir allí, en Gilman. Es un lugar tranquilo de edificios bajos, la mitad de los cuales estuvieron en su momento ocupados por tiendecitas y restaurantes de comida rápida, antes de que la Delegación impulsara la centralización de la

megalópolis. Ahora las ventanas están tapiadas con madera contrachapada. Un agente del orden pasa por allí en una motocicleta, patrullando los edificios vacíos para comprobar que no hay nadie viviendo allí ilegalmente.

Dos personas se bajan del tren con ellos: un hombre con un sombrero de ala ancha y una mujer que taconea con los zapatos. Todos bajan por la misma carretera. Sonya los siente a sus espaldas, aunque parece que van camino del único vecindario de Gilman, un grupito de casas cerca del inicio del bosque.

Alexander saca el mapa de la mochila y lo despliega lo suficiente como para que puedan ubicarse. Señala la ancha carretera que separa Gilman en dos: seis carriles, con un espacio en el centro donde crecen descontroladamente la hierba y los árboles, que parten el pavimento allí donde las raíces son demasiado gruesas.

—Seguimos esta —dice, refiriéndose a la carretera— un rato. Como mínimo, un día a pie. Luego tendremos que acampar. Espero que no nos llueva.

Entran en una tiendecita a comprar agua, sacos de dormir, que cuelgan de las mochilas, e Infalible, una marca de combustible para hogueras que prende aunque la madera esté mojada. El cajero se queda mirando fijamente a Sonya, y ella le devuelve la mirada.

La mochila le pesa sobre los hombros, y le rebota en las lumbares con cada paso que da. Echan a andar hasta las lindes del bosque. Unas colinas suaves se alzan en la distancia, campos verdes ondulados arropados por la bruma.

Las zancadas de él son más largas que las de ella, y Sonya tiene que agarrarlo del hombro para que baje el ritmo; se ha quedado sin aliento y acaban de empezar. Él accede de buen grado. Alexander carga con la mayor parte del peso en la mochila, llena hasta los topes. Ella sostiene el mapa con firmeza en la mano izquierda, con tanta fuerza que las puntas de los dedos le palidecen por la presión.

Caminan un buen rato en silencio, hasta que Gilman desaparece de vista, hasta que el sudor se le acumula a Sonya debajo de los brazos y se desabrocha el abrigo. Nota la humedad

del aire frío sobre las mejillas.

—¿Cuándo te uniste al alzamiento? —le pregunta.

Él la mira perplejo.

—No tenía claro que fuéramos a hablar nunca de eso.

—Es un tema que nos ha sobrevolado siempre. ¿Quieres seguir fingiendo que no es así?

Alexander suspira y se ajusta las correas de los hombros.

—Tarde —responde—. Me uní tarde. Unos meses antes de que derrocaran a la Delegación. Les di acceso a los registros de trabajo de Nikhil. Todo lo que se almacenaba en los servidores de las Clarividencias también se guardaba por separado en las oficinas centrales del departamento. Fue muy sencillo, de hecho. No se ponía en guardia al verme.

—Hombre —dice ella con voz queda—, es que eras su hijo.

—¿Así es como habla de mí? —pregunta con amargura—. ¿Como si ya no lo fuera?

Ella frunce el ceño y detecta una sombra entre los árboles, pero al volverse hacia allí, no ve nada. Un ciervo, piensa, o una ardilla.

—No, no habla así de ti. Yo hasta hace poco sí, no te engañaré.

—¿Y ahora?

—Ahora me pregunto cómo fuiste capaz de saber que lo que tu familia hacía no estaba bien cuando todo lo que te rodeaba afirmaba lo contrario.

Sus brazos se rozan mientras caminan. Ella se aparta de una sacudida. Le duele la mandíbula de tanto apretarla.

Los ojos de Alexander se suavizan.

—Era una sensación. Miraba a la gente que Nikhil sentenciaba. Los llamaba criminales..., pero yo no veía más que desesperación. Y yo también estaba desesperado. —Suspira en una nube de vapor—. Intenté ignorarlo, pero no pude.

—Yo nunca llegué a sentir algo así.

—Eso no es verdad —dice él, y le toca el brazo para que se detenga.

Lo tiene demasiado cerca, pero no se aparta. Debería, eso sí;

sabe que debería. Igual que sabía que no debería haber entrado en su habitación tantos años atrás, ni haber inspirado el aroma a piel de naranja, ni haber dejado que le enseñara aquellas instantáneas de otros mundos. Igual que sabía que nunca debía tocarlo, jamás. Traicionó a su familia. Y a la de Sonya.

—Eso no es verdad —repite, y aparta la mano—. ¿Crees que por aquel entonces no me fijaba en ti? En cómo escuchabas. En las caras que ponías a veces cuando Aaron hablaba. Como si no te gustara lo que decía. Yo me daba cuenta. Sí lo sentías, pero habías aprendido a ignorarlo, porque estaba por todas partes, porque no te fiabas de ti misma. Porque te enseñaron a no fiarte de ti misma. «Por qué no dejas a un lado las mentiras que tanto aprecias», ¿no?

Él frunce el ceño y la oscura frente se le arruga justo en el centro. Ya tiene líneas de expresión alrededor de los ojos. No es el adolescente que jugaba a hacer la revolución. Es un lacayo del Triunvirato, un treintañero desaliñado con restos de relaciones esparcidos a sus espaldas. Ella se esfuerza por verlo así.

—Sabías lo que era tu padre —añade con voz suave—. Le dio veneno a su esposa, a sus propias hijas. ¿Te has preguntado alguna vez en qué tipo de hombre lo convertía aquello? —Le tiembla la voz—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué no te la tragaste?

Sonya siente una respuesta subiéndole como la bilis por la garganta. Pero no la deja salir.

Siguen andando.

Unas horas más tarde, paran a hacer sus necesidades. Alexander desaparece en el bosque por la derecha; Sonya, por la izquierda. Deja la mochila en el suelo y saca una de las botellas de agua para darle un sorbo. No hay silencio en el bosque, ni quietud por ningún lado. El viento sopla entre los árboles y hace que las hojas se arremolinen como confeti, las ardillas saltan de rama en rama y los pájaros se alzan hacia los cielos.

La pregunta de Alexander la carcome por dentro. Piensa en su padre entregándoles las pastillas, una cápsula amarilla para cada uno. Sabe que se acerca el alzamiento, sabe que es una ola que

arrasará con todo. Su madre le aprieta la mano una última vez. Sabe qué son aquellas pastillas, y lo que hacen. El final indoloro que ofrecen.

¿Y en qué momento decide no tomársela?

Se apoya contra el árbol y se baja los pantalones para aliviarse. La corteza le araña la parte trasera del abrigo. Cuando se sube la cremallera, frunce el ceño. Hace mucho que no oye los pasos de Alexander.

—¿Sasha? —lo llama, y regresa al camino. Se mueve despacio muy cerca de los árboles, consciente de que ha dejado atrás la mochila, junto con el agua—. ¿Estás visible?

Un grito ahogado rompe el silencio. Corre hacia los árboles. Las ramas le raspan las mejillas y el sotobosque se le enreda en las piernas. Alexander está en el suelo, con un tipo grande y ancho de hombros encima, estrangulándolo. Cerca, en la tierra, hay algo negro con forma de L, pensado para que se adapte a la forma de los dedos. Una pistola.

Alexander agita los brazos. Jadea, se sacude. El hombre lo levanta y vuelve a golpearlo contra el suelo. La cabeza se le cae hacia atrás.

Sonya le da una patada a la pistola hacia las profundidades del bosque, antes de abalanzarse sobre los hombros del tipo, que, desconcertado, se desploma. Ella busca a tientas el cuchillo, y entonces el hombre se le echa encima. Piensa en el dedo hundiéndose en la cuenca ocular de su atacante, en la penumbra de su viejo apartamento. Sonya se sacude, descontrolada. Y grita. Y entonces gira la cabeza y le muerde la mano con todas sus fuerzas. Nota que la piel cede y le viene a la boca un gusto cobrizo.

El hombre brama y le da un puñetazo. Sonya vuelve la cabeza. Se incorpora y palpa el suelo en busca del mango del cuchillo. Siente el peso del tipo encima, y un aliento agrio y cálido. Pesa tanto que no puede respirar. Remueve la tierra con las puntas de los dedos. La hoja le roza los dedos, y entonces agarra el mango y rápidamente apuñala hacia arriba, hacia el interior. En el cuello del hombre. El atacante deja escapar un gorjeo desgarrador, y Sonya siente que se empapa de sangre cálida. Lo mira a los ojos

mientras se le vidrian.

Sonya forcejea debajo del cuerpo, tratando de respirar, desesperada por alejarse de él. El peso desaparece y el hombre cae a un lado; Alexander aparece sobre ella, con una mano en la nuca y los ojos tan abiertos que se le ve la parte blanca. Lo único que rompe el silencio son los resuellos que entran y salen de Sonya. Es como si pertenecieran a otra persona.

Alexander le ofrece una mano para ayudarla a auparse. Ella levanta el brazo y las manchas rojas que lo recorren la dejan sin habla. Alexander la agarra de todos modos. A Sonya le tiemblan las piernas y le duele el cuerpo. Alexander tira de ella hacia el camino, pero ella se resiste. Necesita alejarse de aquellos árboles, del cuchillo, de la silueta inerte del tipo del suelo... Pero tiene que verlo.

Tiene la garganta oculta por la sangre y el rostro cubierto por un velo. Le palpa detrás de la oreja para desactivarlo. Le resulta familiar, pero tiene unas facciones tan anodinas que se pregunta si no le resultaría familiar a todo el mundo. Es mayor que ella, y los ojos se le arrugan en las comisuras, pero aún es joven. Tiene los brazos extendidos frente a él y los dedos encorvados, relajados en la muerte. Lleva una venda en una de las manos.

Con el ceño fruncido, Sonya se acuclilla a su lado y retira la venda. Tiene un corte limpio en la mano, seco pero todavía reciente.

—Creo que eso se lo hice yo —dice—. Creo que ese corte se lo hice yo. Es de la Armada.

—Llevaba un arma. —Alexander se frota la cara con la mano limpia—. ¿De dónde ha sacado un arma?

—No lo sé.

—No entiendo nada. No entiendo por qué nos han seguido hasta aquí. No es posible que solo sea por vengarse de Knox.

—Puede que sí —responde Sonya—. O puede que no. Pero ya no podemos preguntárselo, ¿verdad?

Se pone a prueba, dando un paso detrás de otro en dirección al camino. Se sacude la tierra del pelo.

—Sonya... —Alexander la sigue.

Ella se ha dejado la mochila cerca del límite de los árboles; va a buscarla y trata de abrir la botella de agua con las manos temblorosas. La sangre mancha el plástico. No es capaz de quitarle el tapón.

—Sonya. —Le cubre una mano con la suya para detenerla—. Eh, oye. Mírame.

Frustrada, arroja la botella de agua al suelo. Él le toca los hombros y la gira hacia sí. Le toca la cara. Sonya nota sus manos frías en el cuello y en la mandíbula. Alza la vista hacia él, hacia sus ojos, marrones como un lago profundo y limpio en verano.

—Me has salvado la vida —susurra él.

Ella tiene un nudo en la garganta. Asiente.

—Gracias.

Ha posado las manos sobre el abrigo de lana de Alexander, ignorando las manchas que le dejará. Aprieta la tela entre los puños y luego tira de él hacia sí, con fuerza, hasta apoyar la nariz en la base de la garganta de Alexander. Él la rodea con los brazos, y así se quedan un largo rato.

Mientras camina, intenta no pensar en lo ocurrido; el hombre, el cuchillo, lo cerca que ha estado del final.

No es la primera vez que lo siente. En la mesa con su familia, cuatro sillas, cuatro vasos de agua, una píldora amarilla en la mano. Una pastilla, no una cápsula, en la que han grabado las letras «SOL».

SOL. La abreviación de «Solaz», un medicamento prescrito a enfermos terminales que buscaban un alivio duradero del dolor. Induce una sensación de euforia y conexión, y luego un profundo sueño que culmina con un paro cardiaco. «Ve sin sufrimiento hacia la plácida noche», rezaba el anuncio, un guiño al viejo poema de Dylan Thomas, *«Do not go gentle into that good night»*, que delataba que nadie en el departamento de marketing del Solaz se lo había leído.

SOL. Que era también lo que no volvería a ver, o eso creía Sonya en la mesa de la cabaña, con su madre canturreando y su

hermana llorando y su padre sirviendo el agua. Cuatro ojos encendidos, cuatro caminos que convergen. El fin es inevitable. Inexorable.

Cuatro cabezas echadas hacia atrás para tragar. Y entonces los ve morir a todos.

15

Caminan hasta que cae la noche. En un momento dado, hacen un descanso para limpiarse la sangre de las manos y rascársela de debajo de las uñas. Alexander es el que sugiere que paren a pasar la noche. Acampan entre los árboles, pero con la carretera aún a la vista. Sonya encuentra un montón de ramas prácticamente secas en el sotobosque, y al volver ve que Alexander está teniendo problemas con el leño del Infalible. Se pone de cuclillas junto a él y le da un codazo para que se aparte.

Sabe cómo limpiar la zona, cómo desenvolver el complejo empaquetado para dejar a la vista el leño artificial que hay dentro sin romper el papel, que actúa como yesca. Lo enciende con manos firmes, y luego se arrodilla al lado con las manos extendidas. Tiene cortes debajo de las uñas del momento en que ha hundido los dedos en la tierra. Le duele el cuerpo del forcejeo y de andar.

Alexander le dirige una mirada valorativa.

—¿Qué pasa? —le pregunta ella.

—Que no esperaba que tuvieras habilidades de supervivencia —responde—. Yo por lo menos no tengo ni idea.

Ella esboza una media sonrisa.

—Me enseñó mi padre. Solíamos salir de acampada cuando éramos pequeñas, solo Susanna, mi padre y yo. Estoy bastante segura de que incluso podría cazar un conejo si no me quedara otra opción.

Amontona las ramas que ha recogido cerca del Infalible, para alimentar el fuego más tarde. Alexander desenrolla el saco de dormir. Tiene sombras en la garganta donde lo han estrangulado, sombras con forma de dedos. Se sienta con el pan y la mantequilla de cacahuete y se dispone a preparar un par de sándwiches. Ella lo contempla a través de las llamas.

—¿Sabes la canción que tuve que cantarle a Knox? —pregunta ella.

Él asiente sin mirarla.

—*La vía estrecha*, ¿no?

—Sí. Era la que estaba cantando mi madre justo antes de..., justo antes.

Él se detiene con una rebanada de pan encima de la mano y levanta la vista.

—Vaya.

—Luego mi padre nos alargó un sol a cada una de nosotras —continúa—. Y nos sirvió un vaso de agua lleno a cada una. Y eso es lo que me fastidia ahora. Nos llenó un vaso entero cuando no íbamos a necesitar más que un sorbo. —Deja una escapar una risita —. Porque el sol empieza a hacer efecto muy rápido, y estoy segura de que lo sabía. Es curioso, ¿eh? Cómo nos falla la lógica constantemente.

Alexander frunce el ceño. Ella desvía la mirada hacia los árboles. El cielo está tan oscuro que ya ni siquiera ve las siluetas de las ramas. Hay una perezosa luna creciente sobre sus cabezas.

—El sol no te mata de inmediato —continúa—. Te induce una sensación de euforia. Por eso cuando se lo tragaron se pusieron a reír. Yo no sabía qué hacer, y me quedé inmóvil. Cada segundo que pasaba estaba más cerca de tomármelo, estuve a punto de... —Un escalofrío le recorre la columna—. Pero luego se quedaron como... despatarrados.

Recordarlo es como estar mirando algo a través de un vaso de agua. No hay nada que tenga la forma que le corresponde.

—Yo seguía inmóvil. Hasta que llegó el alzamiento.

Vuelve a mirarlo y le sorprende ver que le brillan los ojos por las lágrimas.

—Me has preguntado si alguna vez me he planteado en qué tipo de hombre lo convertía el hecho de habernos dado veneno. La respuesta es no. Jamás. Estoy bastante convencida de que sé lo que vería si lo analizara con detenimiento. Y me resulta mucho más fácil recordarlos a todos... borrosos.

—¿Y por qué no te lo tomaste? —le pregunta con voz queda.

—No estoy segura —contesta—. Pero creo que... no sabía para qué iba a morir.

Las llamas engullen el leño del Infalible en tonos azules, naranjas y amarillos. Sus ojos se cruzan por encima del fuego. Los de él son negros como la noche, y se clavan en ella como si no existiera nada más.

—¿Sabes? No te estremeces jamás, ni aunque sople el viento. Es un poco inquietante, Sonya.

La luz del fuego pone de relieve sus facciones, la larga línea de una nariz, la cresta de una ceja. Está sentado con las piernas cruzadas, una mano sobre la rodilla y los largos dedos colgando. Ella lo estudia con detenimiento. Quiere ponerle la mano en el pelo. Quiere arrancarle las capas que lo envuelven. Quiere saborear el hoyuelo de su clavícula.

Lo desea.

Cae en la cuenta ahora, y es como si siempre lo hubiera sabido y lo acabara de descubrir, todo al mismo tiempo. Le tiemblan las manos. Se levanta y rodea el fuego para ponerse delante de él. Él alza la vista, iluminado por el fuego, paciente. No le pregunta qué está haciendo, y ella tampoco se lo pregunta a sí misma.

—Tengo la sensación de que esto es una traición. A todos, pero sobre todo... a él.

—A Aaron, quieres decir.

Ella asiente.

—El problema —continúa Sonya— es que ya es demasiado tarde.

Él se adelanta y se pone de rodillas. El fuego le calienta la espalda a Sonya. Él le desliza las manos por debajo del abrigo y las posa sobre sus caderas, con unos movimientos delicados, cuidadosos. Luego inclina la cabeza hacia atrás y la mira.

—Traiciónalo, entonces —propone él.

Hace que parezca fácil, y quizá lo sea.

Fácil...

Ella se levanta el dobladillo del jersey para que quede por encima de las manos de Alexander y sus dedos entren en contacto

con su piel desnuda. Tiene las manos frías y firmes. Sonya se inclina hacia delante y le desliza los dedos por el cabello, hasta la nuca.

Fácil...

Tensa las manos y se aferra a él con firmeza mientras lo besa. Él se abalanza sobre ella y le palpa el cuerpo alrededor de la caja torácica, hasta la espalda. Sabe a mantequilla de cacahuete. La respiración se le corta cuando ella se sienta a horcajadas sobre él, dejándose caer sobre su regazo. Jamás había sido así hasta entonces, antes de que se permitiera querer las cosas por el simple hecho de quererlas. Sin cálculos sobre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, lo deseable y lo indeseable, solo esto, sin vigilancia y sin cómputos, su sabor, su calidez. Con qué cuidado le quita el abrigo y le pasa el jersey por la cabeza. Cómo resuella contra su garganta, como si no pudiera parar ni siquiera para respirar.

Sonya está desnuda y la noche es fría, a diferencia del fuego y de él. Alexander le agarra los muslos con las manos e inclina la cabeza hacia el montón de ropa que han dejado a un lado, y queda al descubierto la envergadura de su cuello marcado. Ahí el final también está cerca, en la frágil piel salpicada de moretones de lo que podría haber llegado a ser una tragedia. Ella se los acaricia con cuidado mientras los dos se mueven al unísono.

Por primera vez, no piensa en lo que vino antes.

Existe solo aquí. Existe solo en el ahora.

Aflora del sueño y por un momento, antes de abrir los ojos, se olvida de que el día anterior mató a un hombre.

Luego nota el aliento cálido de Alexander en el rostro y su peso sobre ella, y se despierta de golpe. Alexander está saliendo a gatas de la cama improvisada y tropezando, desnudo, por la tierra mientras intenta ponerse los pantalones. Ella resopla de risa y él se vuelve hacia ella con los ojos entornados.

—Ahora te ríes, pero a ver la gracia que te hace cuando me niegue a acercarte tu ropa.

Sonya saca un pie del saco de dormir que han usado como sábana y alcanza sus pantalones con los dedos de los pies. Se viste dentro del saco para no pasar tanto frío, y luego deambula entre los árboles hasta dar con un arroyo lo bastante limpio como para asearse. Oye cerca el rumor del agua. Se arrodilla junto a un riachuelo próximo y se lava la cara, antes de humedecerse los dedos y pasárselos por el pelo. Se apoya en los talones y alza la vista al cielo, hacia las ramas espinosas de los abetos de Douglas y las pálidas nubes que los sobrevuelan. Piensa en el hombre de la Armada tumbado en la tierra con los brazos extendidos. Se estremece una vez, y después comienza a temblar sin control, hundiendo las rodillas en la tierra y las palmas en el agua.

Cuando regresa al campamento, con las manos enrojecidas por el agua helada y el pelo mojado en las sienes, no dice nada sobre el incidente. Alexander le ha preparado un sándwich de mantequilla de cacahuete. Se sientan el uno al lado del otro, rozándose con los hombros cuando se mueven.

—No soporto la mantequilla de cacahuete —dice ella—. En la Abertura no comemos otra cosa; es imperecedera y no necesita nevera. La he aborrecido.

—¿No me jodas que me estabas tomando el pelo cuando me dijiste que echabas de menos los Arf's?

—Estaba clarísimamente jodiéndote. Pero no, esas galletas me encantan.

Alexander mete la mano en la mochila y extrae un paquete de papel de plata del tamaño de un puño. Dentro hay un montoncito de galletas de mantequilla con forma de huesos caricaturescos.

—Hostia puta —suspira ella.

—Creo que es la primera vez que te oigo blasfemar —dice él, mientras ella le arrebata las galletas—. También te digo que son las galletas más aburridas que podrías haber elegido.

—Susanna y yo solíamos partirlas en dos —explica ella, y se lo demuestra rompiendo una de las galletas por la mitad—. Y quien se quedaba con la mitad más grande, pedía un deseo. Que, claro, ella sabía por dónde agarrarla para llevarse siempre el trozo más grande...

—Un truco más viejo que andar de pie.

—Pero a veces me lo cedía.

Guardan sus cosas y entierran la ceniza del leño del Infalible. Ha salido el sol. Grace Ward los espera, el cebo en el extremo del anzuelo. Sonya ignora el escozor de las ampollas y el intenso dolor de las piernas e intenta seguir el ritmo de Alexander y sus largas zancadas.

Es probable que el Triunvirato ya haya accedido a las imágenes de su Clarividencia y que puedan localizarlos por lo que está viendo. Sonya y Alexander salieron con ventaja el día anterior, puesto que con el pase de la Abertura tenía un margen de doce horas, pero cuanto más rápido se muevan, mejor.

—No dejo de pensar —dice Alexander al cabo de un rato— por qué se habrá involucrado la Armada en todo esto. No se me ocurren motivos.

—No creo que lo sepamos hasta que veamos dónde están reteniendo a Grace, y quién.

—Menos mal que tenemos las imágenes de tu Clarividencia —comenta Alexander—. Es tan fácil como enseñarlas para demostrar que actuaste en defensa propia.

Ella levanta la mirada hacia él.

—Voy a pasarme el resto de mi vida en la Abertura. Lo tengo asumido.

—Bueno —responde él con la misma firmeza—. Pues yo no.

«Idiota», piensa ella, pero con un afecto que no esperaba. Entrelaza su mano con la de él.

El camino los lleva a través de las ruinas de viejas civilizaciones: aparcamientos cuyo pavimento ha reventado la vegetación, tan grandes que Sonya trata de imaginarse todos los automóviles que cabrían, pero no es capaz. Estaciones de carga para vehículos eléctricos que parecen husos con muchos hilos, los cables ya erosionados. Tiendas para dispositivos oculares externos, los precursores de la Clarividencia, con nombres como VisiónClara y Secretaria (¡CIRUGÍA AMBULATORIA! ¡VUELVE A CASA CON EL ÚNICO AYUDANTE QUE NECESITARÁS HOY MISMO!, reza un cartel con letras de un rosa intenso). Espaciosos complejos para

videojuegos de realidad virtual, con los desfasados cascos ocupando los escaparates, cubiertos de polvo.

Abandonaron los negocios sin que nadie se preocupara por recogerlos. La Delegación prometió recompensar a todos aquellos que renunciaran a lo viejo en favor de lo nuevo. La gente dejaba sus casas y se mudaba a apartamentos urbanos con amplias ventanas; intercambiaban cámaras, móviles, videoconsolas y ordenadores personales por Clarividencias, y el gobierno les pagaba.

Tras uno de esos tramos de la civilización que fue, Alexander se detiene a consultar el mapa. Delante de ellos, la carretera gira a la derecha. En algún lugar a sus espaldas hay un cartel que dice CURTIDOR.

—Nos toca salir de la carretera —anuncia él—. Nuestro objetivo está cerca de la montaña. —Señala un montículo de tierra en la distancia.

Sonya abre la cremallera del bolsillo delantero de la mochila de Alexander para sacar su Sonsacador. Ayer lo apagó para ahorrar batería, pero ahora lo necesitan para usarlo de brújula.

Deja que lo encienda él, puesto que ella todavía no sabe cómo se utiliza, y los guía hacia los árboles.

Apenas hablan al adentrarse en el bosque. Se están acercando a Grace Ward, y ella lo presiente, por la tensión en la mandíbula, en los hombros. Esquiva unas ramas bajas y las agujas resinosas le rozan las mejillas. Le coge la mano a Alexander cuando escalan ramas caídas o suben por pendientes mojadas. Ya no necesita pedirle que baje el ritmo; se conforma con estar sin aliento, resollando hacia el húmedo aire, si así consiguen llegar antes a su destino.

El movimiento de las ardillas y los pájaros acompaña sus pasos, el crujir de los árboles con la brisa, el rumor del agua. La montaña está poco más adelante, una brújula que los conduce inexorablemente hacia el norte. Paran cerca de un estanque a repostar agua, hacer sus necesidades y comer algo (ella opta por dos rebanadas de pan blanco, en vez de más mantequilla de cacahuete), y se sientan en un tronco junto a la orilla mientras

mastican, contemplando el agua.

—Acabo de caer —dice él, con una voz fuerte y repentina que rompe el silencio— en que cambiaste de idea cuando viste el nombre.

—¿Eh?

—Te negabas en redondo a aceptar esta misión. Hasta el momento en que accediste, yo pensaba que ibas a decirme que me fuera a tomar por saco y que no volvería a verte. Pero entonces te di el papel con el nombre de Grace Ward escrito.

Sonya no se atreve a mirarlo. Observa las ondas que dibuja el viento sobre el agua.

—No fue la oferta lo que te hizo cambiar de idea, sino ella. —Alexander frunce el ceño—. ¿Por qué? ¿La conocías?

—En realidad, no —responde ella.

—Pero no voy desencaminado. No lo estás haciendo por tu libertad; lo estás haciendo específicamente por ella.

Sonya vacila con una palabra entre los dientes. Pero hay una cierta inevitabilidad en ese instante.

—Sí —contesta.

Sonya, una adolescente de dieciséis años con el pelo perfectamente rizado, está sentada en el monorraíl, cerca de la ventana, e intenta no resoplar. «Perturbación menor de la paz, tres desideratos menos», piensa. Permanece en silencio y espera a que el tren arranque de nuevo. Se detiene allí todos los días, casi siempre en el mismo sitio.

Está volviendo del instituto y solo le quedan dos paradas para llegar a casa. Tiene la mochila verde y gris, los colores patrióticos, entre los pies. Ha juntado las rodillas y ha cruzado las manos sobre el regazo. Ignora al hombre que dormita a su lado y mira por la ventana.

Una niña se balancea en el columpio del jardín lateral que hay en el edificio de ladrillos junto a las vías elevadas. En otro de esos momentos de demora, vio al padre de la familia construyendo el columpio, con el rostro encendido y la frente reluciente de

sudor. Ahora la niña balancea las piernas adelante y atrás, ganando altura. Cada vez que alcanza la cúspide, el columpio da un pequeño bote. Ha desgastado el césped que hay bajo ella, probablemente de arrastrar los pies para detenerse cuando el balanceo se le va de las manos.

Cae la noche, y Sonya no suele volver tan tarde a casa. Se ha quedado después de clase para ensayar con el coro. Es la primera contralto, nunca la solista, pero sí una persona en la que pueden confiar para que mantenga el tono. Falta una semana para el concierto y les está costando seguir el ritmo entre las secciones. Cuando Sonya intentó quejarse la otra noche de la incapacidad de algunas de las chicas para leer música, Susanna puso los ojos en blanco y le recordó que ella tampoco sabía leer música. «Porque no me hace falta —respondió Sonya, petulante—. Oigo el ritmo la mar de bien.» Diez desideratos menos por presumida.

Las luces del primer piso del apartamento están encendidas, justo al lado del columpio. Sonya distingue varias siluetas, dado que las cortinas están corridas. Le llama la atención un movimiento en una estancia hacia la parte delantera de la casa, los gestos agitados y los pasos de alguien en la cocina, con toda probabilidad la madre. Distingue el fulgor azul rectangular del televisor; el padre, quizá, descansando después del trabajo. Se imagina a una familia como la suya, aunque con una hija en lugar de dos, claro; a esta gente, con su pequeño apartamento, el césped desgastado y las cortinas ajadas, jamás le permitirían tener dos hijos.

Entonces algo se mueve en la parte trasera del apartamento. Sonya frunce el ceño y se acerca a la ventana hasta casi tocarla con la nariz. Las cortinas de la habitación trasera se desplazan apenas unos centímetros. La habitación está a oscuras, pero Sonya divisa un diminuto círculo blanco entre los pliegues de la tela.

Una Clarividencia reluciendo en la penumbra.

El corazón se le acelera. Sonya clava los ojos en la Clarividencia, y cree distinguir, bajo la luz, la curva de una minúscula mejilla, la punta de una barbilla. Luego el tren reemprende la marcha y una voz calmada se disculpa por el retraso. Pero Sonya no puede dejar de mirar por la ventana. Sabe

lo que ha visto: un segundogénito ilegal.

Realiza mentalmente la misma ecuación de siempre. Existe riesgo de penalización. No conoce a la familia del apartamento; tal vez su hija sea la que se esconde en la oscuridad y la niña del columpio sea otra persona del edificio. Perderá desideratos por inventarse cuentos si la información no es precisa. Pero no, no es la primera vez que ve a la niña del columpio, y sabe que el que lo construyó fue su padre.

No, sabe lo que ha visto.

—Volví a casa —dice Sonya con voz monótona— y se lo conté a mi padre. Le dije lo que había visto, y dónde estaba el edificio. No cabía en mí de orgullo. Me pasé toda la noche en vela esperando a que me aumentaran los desideratos. Y me jacté delante de Susanna cuando me los dieron. Se lo dije incluso a Aaron. Tanto verde... Podía llegar a ser tan útil...

Recoge una piedrecita que tiene junto a los pies, echa hacia atrás el codo y la lanza al agua. Cae con una salpicadura.

—Unos días más tarde, arrestaron a los Ward y la Delegación les quitó a Grace.

Alexander ha permanecido en silencio a lo largo de toda la historia, sentado a su lado.

—No lo sabías —dice él con voz ronca.

—Sabía lo suficiente —responde ella.

No ha pisado jamás una iglesia —no había recompensas ni penalizaciones de desideratos por las prácticas religiosas, dijo la Delegación, y en la Abertura no hay iglesia—, pero se imagina que eso es lo que se debe de sentir. Allí sentada, deseando ser otra persona. Deseando poder volver atrás en el tiempo.

Él la rodea con el brazo, pero ella lo aparta y se pone en pie.

—Sabía lo suficiente —repite, esta vez con firmeza—. Venga. Le debo la verdad.

Divisan el humo de la chimenea antes de ver la casa. Se alza hacia

el cielo en una única columna gris, con la montaña envuelta en bruma de fondo.

Lo siguiente son los rastros de neumáticos, profundos surcos que se curvan siguiendo un camino que Sonya no ha reconocido como tal hasta verlos. En las depresiones han brotado plantas, lo cual indica que quienquiera que condujera por allí hace mucho tiempo que no ha vuelto a hacerlo.

Poco después se dibuja la oscura silueta de un edificio entre los árboles. Bajan el ritmo al aproximarse. Es una cabaña, aunque la palabra es demasiado pequeña para hacer honor a su tamaño. La puerta principal está pintada de azul. Hay un jardín delante que le recuerda, con una punzada de dolor, a los planteles que crecen en el invernadero de la azotea del Edificio 4. Está protegido por una alambrada, probablemente para evitar que los animales salvajes se coman las hojas.

Alexander se detiene cuando aún están lo bastante lejos de la casa como para que los oigan.

—¿Y si nos ataca, quienquiera que sea? —pregunta.

Ella lo mira.

—¿Has llegado hasta aquí sin pensar que las personas que están reteniendo a Grace Ward podrían ser peligrosas? —replica.

—Pues sí, la verdad.

Ella sonríe y se quita la mochila. En el bolsillo lateral lleva el cuchillo que cogió de la cocina de Alexander. El cuchillo con el que mató al hombre. Está limpio; lo lavó en un arroyo. Debe de tener la longitud de la palma de su mano, y el mango es de plástico. Lo gira para que la hoja apunte hacia arriba y se lo guarda en la manga, antes de tocarle el brazo a Alexander.

—Parezco inofensiva, así que iré sola —dice—. Te haré una señal cuando sepa que no hay peligro.

Echa a andar hacia la casa ignorando las objeciones susurradas de él. Ya no pondrá en riesgo su seguridad corriendo tras ella. Está en campo abierto, a la vista de la puerta azul. Cojea un poco, exagerando el dolor de la pierna para parecer todavía menos amenazante. Apenas la separan unos metros del primer escalón cuando la puerta azul se abre y sale una mujer. Sostiene

algo en la mano que le resulta familiar.

Un arma, piensa, a la altura del ojo de la mujer, que la rodea con las manos. Es más grande que la que el tipo de la Armada trajo para asesinar a Sonya y Alexander, con una larga empuñadura de madera. Por un momento, Sonya solo es capaz de ver el arma, y luego observa a la mujer: es alta y de pelo cano, y lleva un jersey beige y unos vaqueros azules. Tiene un lápiz detrás de la oreja.

—¿Se puede saber quién coño eres? —le pregunta la mujer. Su voz es fría como un témpano.

—Necesito ayuda —responde Sonya—. No pretendo hacerle daño.

—¿Por eso llevas un cuchillo encima?

La mujer le hace un gesto de cabeza hacia la mano derecha. Sonya extiende el brazo a un lado y deja que el cuchillo caiga lejos de su alcance, a las hojas que hay a sus pies. Gira las manos hasta colocar las palmas en dirección a la mujer.

—No quería acabar metiéndome en una situación complicada —se defiende Sonya.

—Pues te ha salido el tiro por la culata, ¿no crees?

—Bueno, supongo que sí.

—Me parece que no has acabado de responder a lo de «quién coño eres» —insiste la mujer—. Aunque deduzco que la Clarividencia reduce bastante las opciones.

Sonya sabe lo que hacen las armas: recortan la distancia entre las personas. Ya no puede dar media vuelta y echar a correr. El luminoso halo de la Clarividencia se le antoja fuera de lugar, rodeado por todos estos árboles. Aquí fuera, lo único que brilla es la luz de la luna.

La mujer baja el arma unos pocos centímetros. Tiene los ojos negros y arrugados en las comisuras, y la boca macilenta y apretada. Hay algo en ella que le resulta familiar.

—Vienes de la Abertura —dice la mujer.

—Me he escapado. Con un amigo. Queremos alejarnos de la ciudad. Si le digo que venga, ¿le hará daño con esa... cosa?

—No, a menos que me dé un motivo para ello.

Sonya echa un vistazo por encima del hombro. No ve a

Alexander desde allí, pero sabe dónde lo ha dejado.

—¡Sasha! —grita, y oye sus pasos sobre las hojas caídas.

Lleva su mochila consigo, y mira a Sonya, a la mujer y el arma que tiene en las manos, tan larga como su brazo.

—Ya veo —dice la mujer, arqueando una ceja—. ¿Unos amantes desafortunados a la fuga?

—Algo así —responde Sonya, porque si esa mujer tiene a Grace Ward retenida en algún lugar de la casa, es mejor que se haga ideas románticas a que sospeche la verdad—. Hemos tenido que irnos precipitadamente y no hemos traído suficientes suministros. Hemos visto el humo de la casa desde lejos.

—Entonces la cuestión es: ¿me siento hoy generosa?

Sonya inclina un poco la cabeza hacia arriba y espera. La mujer pone los ojos en blanco y les hace un gesto para que la sigan adentro.

La casa huele a humo y a pan recién horneado. No hay nada que se parezca a un recibidor, más que un estrecho corredor con paneles de madera que a Sonya le recuerda a un féretro. A la derecha se encuentra la sala de estar, llena de cojines y sofás sin respaldo. Las paredes están atestadas de estanterías, pero solo unas pocas están llenas de libros. En otras hay restos de antiguos dispositivos tecnológicos. Es una combinación del apartamento de Knox y el edificio de la Armada Analógica, abarrotado de secadores de pelo y tocadiscos. Cachivaches viejos mezclados con objetos todavía más antiguos, como si de una ensalada se tratara. Los cables cuelgan de las baldas como enredaderas. Aquella mujer sabría arreglarle la radio.

Los guía directamente a la cocina. El techo es alto, cruzado por vigas de madera sin tratar. Los armarios también son de madera, ásperos y como si esperaran a que alguien les diera una capa de barniz. Sin embargo, las encimeras son de un blanco inmaculado, como las de un laboratorio. La pared opuesta está ocupada por las ventanas, desde las que se ven el bosque, la orilla de un lago y, en la distancia, la cresta de la montaña que hacía las veces de estrella polar para Sonya y Alexander.

—¿Puedo lavarme en algún sitio? —pregunta Alexander.

—No hasta que me digáis cómo os llamáis —responde ella.

Sonya vacila. No sabe si darle su nombre real o uno falso; a fin de cuentas, ignora a quién le debe lealtad aquella mujer.

—No soy enemiga de los de la Abertura —aclara la mujer—. Ni tampoco de los del Triunvirato, supongo.

Ajusta algo en el arma y la baja, antes de apoyarla contra la pared. Sonya destensa ligeramente la mandíbula.

—Pues entonces me llamo Sonya Kantor. Y este es Alexander Price.

La mujer, que en ese momento se está poniendo unas manoplas verdes, deja escapar un silbido.

—Kantor. Ese apellido sí que me suena —responde—. Conocía a tu padre, Sonya. ¿Te lo has dejado en la Abertura?

—No —contesta ella—. Mi padre murió.

—Mi más sentido pésame —dice ella. Abre el horno y saca una hogaza de pan con ambas manos. El olor hace que Sonya salive. La mujer lo coloca sobre los fogones, se quita las manoplas y apoya la cadera en la encimera—. Bueno, hay que ser justos. Yo me llamo Naomi. —Ladea la cabeza—. Y soy la que inventó lo que llevas en el cerebro.

16

—¿Tú eres Naomi Proctor? —exclama Alexander.

—Tampoco te sorprendas tanto, que aquí una podría ofenderse.

—Lo siento, es que... estás muerta.

Naomi mira a Sonya.

—Entiendo que sigues con él por su cuerpo, no por su cerebro.

Sonya trata de recordar la imagen de Naomi Proctor que aparecía en la unidad de historia de la Clarividencia. Los recuerdos son difusos, más allá de la vaga impresión de una mujer con aspecto severo y el pelo rubio. Esta Naomi, con un cabello gris tan claro que se acerca al blanco y la nariz recta y estrecha, encaja bastante bien en ese recuerdo. También le viene a la mente el día de su muerte, no solo la procesión del ataúd por las calles, sino también el funeral que se estuvo reproduciendo todo el día en el televisor de su casa. Sentados juntos en el salón, atendieron al discurso lúgubre que pronunció el director de la Regulación de Clarividencias, cuyo nombre se le ha ido de la cabeza. Todo gesto de respeto por los muertos proporcionaba desideratos, de modo que los Kantor los llevaron a cabo todos, incluso los opcionales. Al día siguiente, contemplando con la mirada desenfocada todos los desideratos que habían reunido, Julia le dijo a Sonya que se comprara algún capricho.

—¿Hicieron ver que habías muerto y te exiliaron? —le pregunta Sonya.

—No exactamente —responde Naomi—. Sentaos, que os preparo algo de comer.

Se sientan en el extremo más alejado de la sólida mesa que hay delante de las ventanas. Alexander se agarra al borde con las

manos. Es un recordatorio: no te fíes de una mujer que te ha amenazado con un arma. No te fíes de una mujer que ha vuelto de entre los muertos. No te fíes de una mujer cuya casa es la fuente de la DIU de Grace Ward.

Naomi prepara la comida como si estuviera acostumbrada a tener huéspedes: pone a calentar el agua del café, corta el pan y las manzanas, sirve frutos secos en unos cuencos diminutos y dispone tiras de cecina. Unos minutos más tarde, se sienta delante de ellos con una taza de café que sostiene con ambas manos y el banquete entre ellos. Alexander empieza a comer de inmediato; Sonya vacila, inhalando el aroma del café y valorando su próximo movimiento.

—Así que... —dice.

—Así que... —responde Naomi—, no me exiliaron. Cuando aprobaron la Regulación 82 quise marcharme, y acepté que le dijeran a la gente que había muerto si eso les convenía.

—La Regulación 82 establecía la obligatoriedad de las Clarividencias —indica Alexander después de tragarse un buen pedazo de manzana y de pan—. La tecnología era tuya y estaba a punto de ser omnipresente. ¿Por qué querrías marcharte?

—Os habréis dado cuenta de que yo no llevo Clarividencia —responde Naomi, tocándose la piel bajo el ojo derecho—. Y no es porque me la haya desactivado, sino porque nunca me la llegaron a implantar. Sabía que si cedía a esa norma en concreto, me estaría entregando a una observación constante, y eso no me complacía. Ni tampoco estaba interesada en pasarme el resto de la vida jugando a un juego con todas y cada una de las decisiones que tomara.

—No lo entiendo —dice Sonya—. ¿Qué juego?

—¿Qué crees que son los desideratos? —pregunta Naomi—. Usas el paso de cebra, diez puntos más. Cruzas en rojo, diez puntos menos. Desayunas sano, cinco puntos más. Te das el capricho de comerte un dónut, cinco puntos menos. Es un juego que asigna un valor moral incluso a las decisiones más insignificantes de la vida. ¿Conoces el término «condicionamiento operante»?

Sonya niega con la cabeza.

—Describe el proceso de aprendizaje de los humanos —responde Naomi—. Hay comportamientos particulares que vienen determinados por sus consecuencias. Si eres una niña y coges un cuchillo por la hoja, por ejemplo, el dolor resultante te enseñará a no volver a tocar el filo. Si quieres que tu hijo recoja sus cosas, puedes ofrecerle una recompensa a cambio. El sistema de Clarividencias aprovechaba esa realidad psicológica; definía los comportamientos deseables y manipulaba a la gente ofreciéndole penalizaciones o recompensas. En definitiva, os trataba a todos como a críos. Os moldeaba para que fuerais las personas exactas que quería que fuerais.

Naomi coge un pedazo de pan, le arranca parte de la corteza y se la come.

—El problema es... ¿quién decide qué es y qué no es deseable? Hay algunas cosas en las que todos podemos estar de acuerdo: no queremos que la gente se mate ni se pelee, nos gustaría que alimentaran y cuidaran a sus hijos, preferiríamos que no se orinaran en espacios públicos. Pero cosas como silbar en el metro, comerse un bombón, señalar cuando alguien no te está tratando bien... Un grupo de personas relativamente pequeño y homogéneo decidió que esas cosas también tenían un valor moral. Y que había algunas adecuadas para determinadas personas, pero no para todas. A ti, por ejemplo, se te descontarían más desideratos por levantarle la voz a un desconocido que, pongamos, a tu hermana. ¿Sabrías decirme por qué?

Sonya mira a Alexander. Naomi Proctor parece conocer mejor a la familia de Sonya de lo que ha dejado entrever.

—Porque te estaban manipulando, no para que tuvieras poder o influencia política, como a ella, sino para que fueras una esposa fiel y una madre entregada —continúa Naomi—. Cada uno de vosotros vivía en un sistema distinto, de forma bastante literal, bajo el gobierno de la Delegación, y se os desarrollaba para cultivar cualidades concretas. En tu caso, paciencia y pasividad. En el de tu amigo... —Se vuelve hacia Alexander y entrecierra los ojos —. Me atrevería a decir que lealtad, una alta tolerancia para el tedio y una supresión de la curiosidad.

—Pero... ¿no nos habríamos dado cuenta si estuviéramos perdiendo más desideratos que otras personas por el mismo acto? —pregunta Alexander.

—Esas discrepancias siempre podían explicarse por el contexto. Nadie conocía el algoritmo exacto que cuantificaba el comportamiento, y las diferencias entre actos concretos eran relativamente menores —dice Naomi—. E incluso si te dabas cuenta, en ese momento, de que te estaban tratando de otra forma, ¿a quién le habrías enviado las quejas? —Sonríe—. ¿A August Kantor?

—Tenía un sistema para recibir sugerencias —responde Sonya con voz queda.

—Ay, sí. Introduzca sus quejas en esta cajita y le prometemos —aquí Naomi se lleva la mano al corazón— que las atenderemos lo antes posible.

Sonya se recuesta en la silla. Recuerda demasiado bien la descripción que guardaba la Delegación de su persona. Inteligencia moderada, cambios de humor, ningún interés por los estudios; esas debían de ser las cualidades que determinaron su futuro. Obediente, en cambio; con facilidad para confiar en los demás, falta de curiosidad. Todo eso la convertía en una persona preparada para el futuro que le habían ofrecido. Lo presentaban como una recompensa: «Enhorabuena, cielo. Se te ha asignado una función especial». Su madre fue la que se lo contó. «Te casarás con Aaron Prince cuando cumplas los dieciocho.» Aaron, su amigo de la infancia, con el que la juntaban a la primera de cambio. «¿No te hace ilusión?» En teoría, sí. Todo el mundo sabía que Aaron estaba destinado a ser alguien importante, fuera lo que fuera, y Sonya estaría a su lado cuando llegara ese día, y, por tanto, ella también sería importante.

¿En qué momento exacto habían decidido quién era y en qué se convertiría? Cuando limitaron su utilidad en la sociedad, ¿era una adolescente?

¿Una niña pequeña?

Al pensarlo ahora, se pregunta cómo se lo presentaron a Aaron. ¿Le habrían dicho que, como sería alguien importante, se

había ganado una buena esposa? Sonya Kantor, atractiva, lo bastante lista como para mantener conversaciones interesantes, lo bastante obediente como para no dar problemas. «Enhorabuena, te hemos asignado un obsequio especial.» La bilis se le acumula en el fondo de la garganta. Cae en la cuenta de que está apretando el borde de la silla con tanta fuerza que le duelen las manos.

Alexander le toca el hombro con delicadeza. Ella lo mira con el rostro encendido. Él le hace un leve gesto de cabeza.

—Y entonces quisiste bajarte del carro —interviene Alexander, tomándole el relevo a Sonya—. Pero no podían permitírtelo, ¿verdad?

—No, la Regulación 82 no contemplaba excepciones —responde Naomi, y es como si no percibiera la conmoción de Sonya, como si no tuviera la menor idea del desastre que ha dejado tras de sí. Sorbe su café con despreocupación—. Me ofrecieron dos opciones: o ponerme el implante y unirme al juego o irme. Fueron generosos conmigo. Me dieron la muerte del héroe, y esta preciosa casa. Organizaron envíos regulares de comida y bienes especiales. Siempre he disfrutado de la soledad.

—Y el Triunvirato, ¿qué? ¿Continuaron enviándote esas cosas sin coste alguno?

—En efecto. —Naomi esboza una sutil sonrisa—. No menosprecies el poder que ejerzo, chico. ¿Sabes qué clase de problemas podría causarles si volviera de entre los muertos y le contara a todo el mundo que en realidad no les han extirpado las Clarividencias y que podrían reactivarse en cualquier momento? Se ha dicho antes, como es obvio, pero nunca en boca de alguien tan creíble como yo.

—¿Perdón? ¿Cómo que se pueden reactivar? —pregunta él, alterado.

Naomi ladea la cabeza y observa la cicatriz que le recorre la sien a Alexander, de un tono más oscuro que el resto de su piel.

—Esa cicatriz es falsa. No hay proceso quirúrgico alguno para desactivar la Clarividencia, porque no puede extirparse sin provocarle daños graves al cerebro. Solo puedes extraerla cuando la persona ha muerto. El Triunvirato me lo estuvo consultando

largo y tendido. Puedes desmantelar el sistema y apagar las luces, pero el *hardware* se queda en su sitio. El Triunvirato creía que la población reaccionaría con violencia al hecho de tener una tecnología dormida en el cerebro que no podía extirparse. Creyeron que se produciría un pánico generalizado. Por eso montaron el numerito de la desactivación y le hicieron a la gente esa preciosa cicatriz para despejar las posibles dudas. La cuestión es que yo podría reactivarte la Clarividencia ahora mismo, señor Price. No tengo más que conectarlo a un ordenador.

—¿Cómo fuiste capaz de algo así? —A Sonya le sorprende el ímpetu de la pregunta. Los pulmones se le agitan, desesperados por recibir aire—. ¿Cómo fuiste capaz de crear una tecnología que hace algo que te parece tan maligno, tan repulsivo, que ni siquiera quisiste utilizarla?

Naomi la observa como si fuera una chiquilla. Sonya también se siente como una cría que está a punto de echarse al suelo a gritar.

—No empezó así, por supuesto —responde Naomi con frialdad—. Me pidieron que creara algo más práctico que el Sonsacador. Nadie quería ir cargando con esos trastos por ahí constantemente. Probamos con unas gafas, pero la gente tampoco quería pasarse el día con unas gafas puestas. El implante era una maravilla. Elegante. Se inyectaba en el ojo y luego aprovechaba los mismos tejidos del cuerpo para autorreplicarse y crecer como... —Deja escapar una risita—. Como un ser vivo. No es un cuerpo extraño alrededor del cual tu cerebro se ha seguido desarrollando; eres tú, está formado por tus células, es la tecnología y la carne en una unidad perfecta.

Suspira.

—Y era esa tecnología lo que más me interesaba —añade Naomi—. ¡Imaginad lo que podríamos llegar a hacer si pudiéramos aunar lo sintético y lo orgánico con esa perfección de otras muchas formas! Podríamos devolver a la gente extremidades perdidas; sustituir órganos defectuosos con otros nuevos perfectamente funcionales. Podríamos extender la vida décadas. Se te desgasta el corazón, la columna vertebral, el páncreas... y recibes otro. Sería

un mundo sin las dolencias que suelen dividirnos o limitar nuestro potencial. —Los ojos se le iluminan. Hasta ahora no había hablado con tantísima emoción, aunque el tema sea reemplazar columnas vertebrales—. Es una lástima que nuestro gobierno fuera tan poco ambicioso. Lo único que querían hacer con esta maravilla de la ciencia, con este milagro, era espiar por la ventana de vuestra habitación.

Naomi jamás formó parte del gobierno, recuerda Sonya. Daba clases en la universidad. Fue la maestra de Knox.

—Lo que intento deciros —prosigue Naomi— es que mi propósito con la Clarividencia no fue jamás que se convirtiera en un dispositivo de vigilancia. Creé la tecnología que se me pidió porque yo tenía mis propios objetivos, que la Delegación ignoró en favor de los suyos.

Siguen sentados, Sonya recuperando el aliento, Naomi terminándose el café con un ligero temblor en las manos y Alexander mirando por la ventana hacia el bosque que se extiende más allá de la casa.

—Necesito ir al baño —dice Alexander de repente.

—Ese pasillo a la derecha —responde Naomi—. Y nada de pasearse por la casa.

Sonya cruza la mirada con Alexander un instante, lo justo para comprender que Naomi Proctor parece estar ocultando algo. O a alguien. Cuanto más se entretengan, más tiempo le darán al Triunvirato para alcanzarlos o a Naomi para advertirlos. No tiene nada claro cuáles son las intenciones de Naomi.

Alexander desaparece por el pasillo. Naomi mueve la taza de café vacía a un lado y cruza las manos frente a ella. No lleva anillos en los dedos. Estudia el rostro de Sonya como si intentara descifrárselo. Sonya se pregunta si ve en ella un lienzo en blanco, como Marie, o una chica espabilada, como Knox. Parece conocer al padre de Sonya lo suficiente como para saber también de la existencia de sus hijas. ¿Qué más sabrá?

—Siento de corazón lo de tu padre —dice Naomi—. Era un hombre bueno. Estaba orgullosísimo de sus niñas, pero creo que sentía especial debilidad por ti. Su chica del póster.

Una sensación gélida le recorre el pecho. «Su chica del póster», la ha llamado Naomi. Pero Naomi Proctor murió, o se dio por muerta, cuando Sonya era una cría, mucho antes de que posara para aquel póster.

—¿De qué lo conocías? —le pregunta Sonya.

—A veces nos movíamos por los mismos círculos sociales.

—Te lo pregunto porque —comienza Sonya, frunciendo el ceño— lo lógico sería que hubiera mencionado alguna vez a Naomi Proctor, la famosa inventora de la Clarividencia. Pero nunca me habló de ti.

Naomi se encoge ligeramente de hombros, pero eso no es una respuesta.

—¿Lo mataron durante el alzamiento? —pregunta.

—Lo cierto es que se suicidó —contesta Sonya—. Como toda mi familia. Con sol. Prefirieron eso a que los arrestaran.

—Claro, sol. La droga misericordiosa.

—¿Así la llamaban?

—La empresa que la desarrolló, Beake and Bell, tenía una debilidad especial por vender cosas aterradoras como si fueran productos buenos y agradables —explica Naomi con una media sonrisa. Afecta una voz aguda y delicada—: «No permita que sus seres queridos soporten ni un solo instante más de dolor. Sol: la droga misericordiosa. Deles paz».

—Siendo justos —replica Sonya con sequedad—, al final sí que parecía que se lo estuvieran pasando en grande.

—Estabas allí, entonces.

Sonya asiente.

—Me gustaría saber de dónde lo sacó —dice Naomi.

—¿El sol?

—Sí. Era una sustancia muy controlada. No era fácil adquirirla. El gobierno rastreaba todas las dosis..., o eso creía yo. —Naomi inclina la cabeza y escudriña a Sonya—. ¿Sabes? Me sigues recordando a una muchacha de la Delegación. Por cómo te sientas, cómo hablas. Sigues comportándote como si te estuvieran vigilando.

—Es que me siguen vigilando —dice Sonya, señalándose el

ojo derecho.

—Supongo que sí. Pero me genera curiosidad saber cómo te comportarías en otras circunstancias. Quién serías.

—Antes percibía a la Clarividencia como una amiga —dice Sonya—. Como si me estuviera cuidando. No te sientes amenazado cuando tu padre o tu madre entran a tu habitación a ver cómo estás mientras duermes, ¿verdad? —Se encoge de hombros y mira por la ventana—. Pero últimamente me siento como... como debía de sentirse todo el mundo entonces. Como si alguien estuviera esperando a que meta la pata. Como si estuvieran buscando razones para venir a por mí.

Fuera, una ardilla salta entre las ramas. Una de ellas se hunde bajo el peso de la criatura y esta trepa por el tronco, resuelta.

—¿Vas a mandarlos a por mí? —le pregunta a Naomi.

—Puede que prefiera al Triunvirato antes que a la Delegación —contesta Naomi—. Pero en realidad los gobiernos me interesan más bien poco, en general. —Se encorva por encima de la mesa y posa una mano sobre el brazo de Sonya. Su tacto es delicado, pero Sonya lo aparta con brusquedad, sobresaltada. Sin embargo, con el brazo estirado y la palma sobre la mesa, Naomi añade—: Un consejo no solicitado, querida. Cuando te marches de aquí, sigue andando hasta que llegues a un lugar donde nadie te conozca. Esa es la única forma de descubrir quién eres cuando nadie te está mirando.

Sonya cae en la cuenta, en un rincón de su mente, de que Alexander lleva mucho rato en el lavabo. Se levanta y echa a andar hacia la cocina.

—¿Puedo ir a buscar un vaso de agua? —pregunta.

—Ya te lo traigo yo —responde Naomi, poniéndose en pie, pero Sonya ya ha llegado a la cocina, y se interpone entre Naomi y el arma que está apoyada contra la pared. Naomi frunce el ceño, y Sonya le devuelve el gesto.

Alexander aparece en el umbral.

—En el piso de arriba hay una habitación con una puerta blindada, cerrada a cal y canto —comenta él—. ¿Nos podrías hacer una visita guiada?

Sonya y Naomi se mueven al mismo tiempo. Sonya llega primero al arma y la agarra por el cañón. Naomi consigue asirla también e intenta arrancársela de las manos, pero Sonya es joven y fuerte; se aferra a ella y sacude a la otra mujer hasta que se golpea el hombro con la pared. Naomi suelta el arma y se lleva la mano al hombro con una mueca de dolor, y Sonya la gira para sujetarla igual que Naomi antes. La apunta hacia ella, a la altura de los ojos, para que la otra mujer se encuentre frente a frente con el cañón.

—No tienes ni idea de cómo usarla —le espeta Naomi.

—Tampoco puede ser tan difícil descubrirlo —responde Sonya —. En el peor de los casos, siempre puedo reventarte la cabeza con la culata.

En el fondo, es tan fácil que da miedo. Cómo se deslizan los dedos hasta el gatillo, cómo se equilibra el peso sobre la mano.

—Venimos a buscar a una chica. Su DIU nos ha traído hasta aquí. Se llama Grace Ward.

Naomi tuerce el gesto.

—No conozco a nadie que se llame así.

—No me mientas. Tú misma nos has dicho que las Clarividencias necesitan el *hardware* para funcionar. Su Clarividencia habría dejado de transmitir la señal si no estuviera físicamente aquí.

—Si os enseño lo que hay en la habitación, ¿me creerás? — pregunta Naomi con las manos levantadas y las palmas apuntando a Sonya.

Sonya alza la barbilla.

—Ya veremos.

El rifle se calienta en las manos de Sonya mientras sigue a Naomi Proctor por el angosto pasillo hasta la puerta principal, antes de girar y subir por la escalera que conduce al segundo piso de la casa. Alexander las sigue de cerca. Oye su respiración, breve y agitada.

El arma pesa más de lo que creía, y es más incómoda. Tras días caminando, o quizá tras los pocos minutos que dedicó a

forcejear con todas sus fuerzas contra un hombre mucho más grande que ella, tiene los músculos doloridos y lo único que quiere es bajar el arma. Pero no la baja. Ni lo hará.

Al final de la escalera hay otro pasillo que se extiende en ambas direcciones. Allí las paredes, como en el piso de abajo, están cubiertas de paneles de madera. No hay cuadros ni tapices. Tampoco había flores abajo, ni jarrones ni figuritas. No hay forma de conocer a esa mujer, salvo por su evidente afecto por los cables. Los guía hacia la derecha y salta a la vista a qué puerta se refería Alexander: blanca, a diferencia de las puertas de madera del resto de la casa, con una manija considerable y una cerradura con teclado numérico.

Naomi introduce un código de siete dígitos, y entonces se vuelve a mirar a Sonya con una mano en la manija. No parece asustada ni avergonzada.

En sus ojos no hay más que lástima.

Abre la puerta y ante ella se abre una habitación larga y bien iluminada en la que todo es blanco. Una encimera blanca rodea el borde de la sala, ocupada por máquinas con forma de bloques negros, rojos o grises, grandes como un torso, que Sonya no comprende. Hay estantes de viales etiquetados con una caligrafía puntiaguda. De las paredes sobresalen varias pantallas, ahora negras. Al fondo de la habitación hay estanterías de metal llenas de suministros: cajas de guantes de goma, matraces y frascos de vidrio, pipetas, jeringuillas, cajas con etiquetas que no alcanza a leer desde allí, una vieja centrifugadora, una balanza.

En el centro de la habitación descansa una mesa rectangular con dos hileras de cilindros de cristal encima, a una distancia de medio metro los unos de los otros. Están iluminados desde abajo. La solución que contienen es de un azul pálido, y en ella flota algo diminuto y plateado que titila con la luz.

Sonya se acerca. Sea lo que sea, no es más grande que su pulgar, y le cuelgan unos filamentos de la parte trasera que le recuerdan a los tentáculos de una medusa. La cabeza es ligeramente redondeada y convexa, como el cristalino del ojo humano. Habría pensado que se trataba de algún tipo de criatura

marina de no ser por el círculo de luz de la parte superior del recipiente, proyectado desde aquel cuasiiris.

El mismo círculo de luz que le arde en su propio ojo. Son Clarividencias.

—Habéis seguido la DIU hasta aquí —explica Naomi— porque estas Clarividencias están suspendidas en una solución que las engaña para que piensen que continúan dentro de un cuerpo. Las conservo así para mis investigaciones. Sigo decidida a usar esta tecnología para cultivar órganos que sean mitad sintéticos, mitad orgánicos.

Una Clarividencia, piensa Sonya, mientras contempla lo que flota en aquel líquido. Naomi le ha dicho que la Clarividencia y ella eran lo mismo, que se la habían inyectado en forma de renacuajo en el cuerpo cuando era una niña, donde había generado un cuerpo más grande y maduro a partir de los minerales de la sangre. Aquella es su fase adulta, con una forma orgánica y un color sintético, como un niño que hereda algo distinto de cada progenitor. Flota inmóvil, como si esperara algo, aunque tal vez sea ella la que espera a procesar el pavor de la verdad.

—Me estás diciendo que una de esas Clarividencias es la de Grace.

—Sí.

La única forma de extirpar una Clarividencia del cerebro de una persona es después de muerta. Eso le contó Knox. Y eso mismo le ha dicho Naomi.

—¿De dónde coño la has sacado? —le espeta Sonya.

—Creo que ya sabes la respuesta —contesta Naomi, su voz apenas un susurro.

Sonya levanta el arma, aunque se le antoja tan pesada que casi cree que acabará derribándola, y se la acerca al ojo, tal como ha visto hacer a Naomi cuando han llegado a la casa. «Soy vuestra Alicia», piensa, y tiene que reprimir una carcajada. Alicia es Alicia Gleissner, la mujer cuya Clarividencia acabó siendo la de Grace Ward, pero Alicia también es la chiquilla del País de las Maravillas, y esto es lo que aguarda al final de la madriguera del conejo.

—Cuéntamelo —masculla Sonya, apuntándola con el rifle—.

Cuéntamelo todo.

Naomi se yergue y aprieta los labios.

—La extraje del cuerpo de Grace Ward hace poco más de diez años.

Sonya asiente. No osa mirar a Alexander. Sabe que hallará algo dulce y empático en sus ojos, y no puede soportarlo, porque esto no ha terminado, esto no ha acabado todavía.

Necesita oír el resto de la historia.

—Conocías a mi padre —dice Sonya—. Lo conocías de después de que murieras, de que te marcharas de la ciudad. Lo conocías porque él venía aquí, ¿verdad?

Naomi tiene unos ojos oscuros y fríos, como la tierra cubierta de escarcha. Se cruzan con los de Sonya sin expresión alguna. No importa. A Sonya le tiemblan las manos alrededor del arma.

—Cuéntamelo —repite.

—Tu padre le arrebató a Grace Ward a su familia y se la llevó de la ciudad —contesta Naomi—. Le administró sol. Murió durante el viaje. Me trajo el cuerpo y yo le extirpé la Clarividencia. Luego la enterró.

—Aquí hay seis Clarividencias —apunta Alexander.

—En efecto —asiente Naomi—. Grace fue la última que me trajo, pero hubo otros antes que ella.

—Niños. —Sonya se atraganta con las palabras—. Mi padre mataba niños.

Naomi se limita a mirarla.

Sonya se abalanza sobre ella y descarga la culata contra la frente de Naomi con la fuerza suficiente como para que la cabeza se le doble hacia atrás y le deje una marca.

—¿Sí o no?

—Sí —farfulla Naomi.

Sonya baja el arma y vuelve a asentir.

Grace Ward está muerta. Lleva más de diez años muerta.

Blande el arma como si de un bate de beisbol se tratara hacia uno de los cilindros de las Clarividencias y lo destroza. Un líquido azulón se extiende por la superficie de la mesa. Golpea de nuevo, una y otra vez, ignorando el dolor de los brazos, hasta que todos

los cilindros están hechos añicos. Apuntalando el sonido de cristales rotos hay un quejido sutil que sabe que está emitiendo ella, aunque parece no sentirlo.

Unos brazos recios le rodean el cuerpo entero y la sujetan con firmeza. Deja caer el arma con un repiqueteo. Alexander posa la barbilla sobre el hombro de ella y la abraza hasta que Sonya comienza a llorar, e incluso después.

Al cabo de un tiempo...

Durante un periodo de tiempo en que Sonya no es capaz de sentir nada en absoluto...

Al cabo de un tiempo, Naomi la lleva al exterior, detrás de la cabaña, donde hay un camino hollado en el suelo invadido ya por la vegetación que repta para ocupar el espacio. Cruzan un arco formado por las ramas de un puñado de abetos de Douglas, cargados de agujas, y alcanzan un claro cubierto de musgo. Dispuestas en una hilera perfecta hay varias piedras, seis en total, pulidas, del tamaño aproximado de un melón. Están manchadas de hermosos colores, varios tonos de marrón, gris y el turquesa del mar durante una tormenta.

—¿Cuál es la de Grace? —pregunta Sonya.

—No lo sé —responde Naomi.

Por supuesto que no lo sabe.

—¿Quiénes son los otros?

—Son de antes —dice Naomi—. De hace demasiado tiempo como para que al Triunvirato le dé por investigarlo.

Naomi la deja allí. Puede que vaya a salvar lo que pueda de sus preciadas Clarividencias, piensa Sonya. Le entran arcadas solo de pensar en Naomi Proctor con guantes blancos encorvada sobre el cuerpo aún caliente de un crío para extraerle un dispositivo tecnológico de la cabeza.

Enfrentada a la disposición de piedras que están demasiado cerca las unas de las otras como para ser las lápidas de cuerpos adultos, Sonya se arrodilla. El suelo está frío y húmedo, y aquel lugar es demasiado tranquilo, demasiado apacible para lo que hay

enterrado bajo la superficie. Si la palabra *sagrado* hace referencia a algo «reservado», Sonya supone entonces que aquel es un lugar sagrado, pues solo puede haber un lugar que albergue esto. Este horror.

Y este es también su lugar.

17

Más tarde, Sonya está sentada otra vez a la mesa de la cocina, con una taza de té delante que ni siquiera ha tocado. Observa a una araña en el exterior trazando un cuidadoso camino a través de su telaraña, y se recuerda sentada al lado de su padre en el Centella, y de cómo le rozó el hombro al sacarse un peine de plástico del bolsillo, junto con un cuadrado de papel vegetal. Esa misma mañana lo había visto con un cajón de la cocina abierto y ni se le había pasado por la cabeza preguntarle, pero debía de estar preparando el papel justo para ella, solo para eso. Envolvió el peine con el papel y se lo acercó a la boca, y las comisuras de los ojos se le arrugaron al sonreír.

Sopló una única nota hacia el peine, que emitió un sonido fuerte, agudo. Todos los pasajeros se volvieron hacia ellos. El hombre de cejas pobladas que tenían enfrente la miró con la cara larga. August cantó *Nuestros vacíos*, otra canción de la Delegación, en el peine, y ella dejó escapar una risita aguda.

Recuerda la delicadeza de sus manos cuando le depositó el sol en la palma, y que no titubeó con el tapón del frasco. Siempre fue un hombre tranquilo, incluso al final. Incluso al darles a sus hijas el veneno que debían tragarse.

La cuerda de la bolsita de té está empapada y se pega a la taza. La deja ahí y camina hasta el salón, pasando los dedos por las enredaderas de cables que cuelgan de los estantes, los conectores multicolores con múltiples extremos. Sube al piso de arriba, y en el fondo del pasillo que parece un ataúd oye a Alexander y a Naomi barriendo cristales en el laboratorio.

—¿... dijo por qué? —pregunta Alexander.

—Me interesaban las Clarividencias. Nada más. Y necesitaba que no estuvieran del todo desarrolladas, de ahí que fuera un

acuerdo mutuamente beneficioso. Él me las traía y yo luego me encargaba de... limpiarlo todo.

Alexander emite algún tipo de sonido entre dientes.

—No soy capaz de entenderlo. ¿Por qué matarlos? Al resto de los segundogénitos ilegales los reubicaron con padres adoptivos. ¿Por qué no hicieron lo mismo?

—Esos críos eran mayores. Entre tres y cinco años cuando me los traía.

—¿Y qué diferencia hay?

Naomi deja escapar un leve suspiro.

—Formulas la pregunta errónea. Quieres saber por qué no los daban en adopción, pero la pregunta que se hacía la Delegación era: «¿Por qué no nos deshacemos de ellos y ya está?». La Delegación se deshacía de mucha gente. Gente que no se callaba las infracciones de la Delegación, que no se echaba atrás por las penalizaciones de desideratos. Infractores de la ley, advenedizos, revolucionarios. Personas alborotadoras, desleales. Desaparecían sin más. Los podaban de la sociedad para que el seto fuera más bonito. A fin de cuentas, el control de la población era también una de sus prioridades.

—Esto es distinto —exclama él—. No hablamos de personas que habían infringido las normas, ¡eran niños!

—¿Y qué es un niño sino un futuro disidente? —plantea Naomi—. Esa era la lógica de la Delegación, no la mía. Imagina ser lo bastante mayor como para recordar que el gobierno te arrancó de los brazos de tus padres. Imagina recordar sus nombres, dónde vivían. ¿Podrías adaptarte a tu nueva realidad? ¿Necesitarías terapia para no estallar en público con comportamientos problemáticos? ¿Tendría que haber alguien vigilándote las veinticuatro horas del día para asegurarse de que no regresas a tu antiguo hogar? ¿Acabarías convirtiéndote en un sirviente leal y obediente del gobierno?

—No —responde Alexander—. Supongo que no.

Los cristales tintinean cuando retoma la limpieza.

Sonya apoya el peso en el otro pie, tan solo un poco, y el parqué cruje bajo ella. Echa a andar hacia el laboratorio,

consciente de que se ha descubierto. La mesa del centro de la sala está limpia y seca. Alexander barre los últimos trozos de cristal hacia un recogedor. Las Clarividencias parecen haber desaparecido. Sonya no quiere ni saber si Naomi ha podido recuperarlas.

Naomi se gira hacia ella. Inexpresiva. Igual que la mirada que le dirige Sonya. Las dos son iguales: tal vez no sean proveedoras de medicamentos para suicidarse ni ladronas de niños, pero son las que lo hacen posible, las que lo facilitan.

—Naomi dice que le costaría muy poco desactivarte la Clarividencia —dice Alexander—. Si quieres, claro.

De pequeña, pensaba que formaba parte de su cuerpo, que había crecido con ella desde la infancia igual que las manos o los pies. Le hablaron de ella en segundo. El profesor la describió como una receta: una cucharadita de anestesia y el pellizco de una aguja gruesa con la diminuta máquina comprimida en su interior para que se despliegue, a modo de paraguas, dentro del cerebro de Sonya; y *voilà*, la Clarividencia, su amiga y compañera de toda la vida, dispuesta a satisfacer todas sus necesidades.

Y, en efecto, esa era su función. Le enseñó por qué el cielo era azul, cómo se hacían los bebés, qué significaban las palabrotas, cómo preparar galletas. Cuando Susanna intentaba tomarle el pelo, la Clarividencia se aseguraba de que el engaño durara poco. Le ofrecía música que vibraba y le retumbaba en la cabeza, películas que la hacían reír hasta que le dolía la barriga. Superponía datos históricos y artísticos sobre todo lo que observaba.

Pero últimamente no hace más que acosarla. Fue una observadora pasiva del ataque que soportó en la Abertura, y del fin que David eligió sin contárselo a nadie, y de todas las sobredosis, los abusos y los problemas de salud desatendidos de la Abertura. Vio cómo su padre les arrebataba los hijos a sus padres y orquestaba su final. El Triunvirato podría estar esperándola a las afueras de la ciudad, planeando su arresto. La Clarividencia es ahora algo inerte, una sensación insidiosa en la nuca y un recordatorio constante de que, esté donde esté o le pase lo que le pase, está sola.

—Sí —responde—. Apágamela.

Se sienta en un taburete del laboratorio, de espaldas a la ventana. Alexander se apoya en la encimera cercana, y observa a Naomi reunir el equipo. Esparadrapo para pegarle cables en la sien, la mejilla y detrás de la oreja. Cables finos como pelos que se entrelazan y acaban sepultados en una cajita blanca, que a su vez cuenta con varios botones, ninguno etiquetado, así que Sonya no tiene ni idea de para qué podrían servir. Naomi conecta la caja a una de las pantallas de la pared con un cable azul.

Sonya no le presta atención mientras toquetea la pantalla. Mira a Alexander y trata de recordarlo así, en el centro exacto del halo de la Clarividencia. Se acuerda de haberle deslizado la mano por el cuerpo, de haberla encajado justo alrededor de su cadera. Tiene la sensación de que aquello fue hace años, y no anoche.

—Lista —anuncia Naomi.

Coge un dispositivo distinto, no demasiado diferente a la linterna que usan los médicos para comprobar la respuesta de las pupilas. En uno de los extremos hay un círculo abierto, como un halo, del tamaño de la cuenca ocular de Sonya. Naomi se coloca frente a Sonya con el artilugio.

—¿Estás segura? —le pregunta.

Sonya asiente y Naomi se dobla por la cintura antes de sostener el dispositivo sobre el ojo de Sonya. Presiona un botón del mango y se produce un pulso de luz roja.

El halo desaparece. Sonya da un respingo y se lleva una mano al ojo para frotárselo, como cuando quiere despejarse la vista por las mañanas. Con la diferencia de que en ese momento no consigue despejársela.

—Tardarás un tiempo en adaptarte, pero se te pasará —le dice Naomi.

Sonya parpadea deprisa. Le pesa un lado y se siente ligera en el otro. Naomi la agarra por los hombros para calmarla y, con voz queda, le dice:

—No te olvides de lo que te he dicho. Vete a donde no te conozcan. Descubre quién eres cuando nadie te está mirando.

Sonya permanece sentada en el porche trasero. La casa está orientada hacia el noreste. El sol todavía no ha conseguido atravesar las nubes, y solo sabe que se está poniendo por el tono azulado que arropa los troncos de los árboles que la rodean. El bosque está calmado y en silencio, una alfombra de agujas marrones y musgo inalterado salvo por algún que otro pajarillo que aterriza para picotear el suelo.

Sonya se cubre el ojo derecho con la mano, con la esperanza de que le mitigue la extraña sensación de vacuidad que le domina ahora la visión. Es como si tuviera algo alojado en el ojo, algo que le impide ver con claridad.

—A mí me costó varias semanas —dice Alexander. La puerta chirría cuando la cierra a sus espaldas. Se pone a su lado y se cruza de brazos mientras contempla los árboles—. Pero al final mejora. Lo más raro es cuando la echas de menos. No esperaba echarla de menos.

—Yo no la echo de menos —repone ella—. La perdí hace diez años, cuando dejó de responderme.

Él asiente. Acaba de salir de la ducha. Tiene el pelo mucho más denso que el de ella, y aún se le ve húmedo en algunas zonas: alrededor de las orejas, en el montón ondulado de la coronilla.

—Naomi dice que nos llevará a donde queramos ir. Tiene una camioneta en el cobertizo. —Señala el extremo de la propiedad, donde se alza una estructura de madera parcialmente camuflada por los árboles—. Pero tenemos que decidir algo.

Se vuelve hacia ella y le coge las manos. Él las tiene calientes, y fuertes. Recuerda cuando la agarraron con entusiasmo, rozando el frenesí, como si pensara que nunca iba a dejar que la tocara de nuevo y que lo mejor era aprovechar el momento. Rodeándole el muslo, revolviéndole el pelo. Piensa, tan inoportunamente como el que se ríe en un funeral, que sí que dejará que la toque otra vez.

—Si volvemos a la ciudad, te arrestarán y te encerrarán de vuelta en la Abertura —dice él—. O algo peor. Quizá deberíamos seguir avanzando y solicitar estatus de refugiados en el sector siguiente. Puede que sea tu mejor oportunidad de vivir una vida real.

Ella se mira las manos, entrelazadas con las de él. El corte que se hizo en el edificio de la Armada Analógica con el bisturí aún se está cicatrizando. Se ha mordido las uñas hasta dejárselas en carne viva. Se le están agrietando las cutículas. Muestra de los efectos que las últimas semanas han provocado en su cuerpo.

—No me vigila nadie —dice con voz queda, ni a Alexander ni a nadie en particular.

—Naomi podría enviarles un mensaje a los Ward y contarles lo que ocurrió con su hija. No se ha ofrecido, pero... creo que podré persuadirla.

Un pajarillo aterriza en la barandilla del porche, pardo y rechoncho.

—Sonya, no puedes cambiar lo que sucedió, hagas lo que hagas. Pero sí puedes intentar pasar página. Vamos a olvidarnos de todo esto.

Ella asiente. El pájaro picotea la madera, se mueve a un lado y al otro y alza otra vez el vuelo.

—Sería un sueño —responde ella, casi en un susurro. Le aprieta las manos—. Pero no podemos pasar página. Las únicas opciones que tenemos son huir de algo o enfrentarnos a ello.

Él agacha la vista hacia ella, con el ceño fruncido por la preocupación, y asiente. Le acerca una mano al cuello y utiliza el pulgar para levantarle la cabeza. La besa, despacio.

Tardaron un día entero en llegar a la casa de Naomi Proctor desde la parada de Gilman del Centella. En coche tardan poco más de una hora. Naomi se pasa todo el trayecto verbalizando su desaprobación; ella quería llevarlos en la dirección contraria.

Cuando pasan por el tramo de bosque en el que abandonaron el cadáver del atacante, Sonya nota un sabor a bilis en la boca. Los recuerdos siguen ahí, por mucho que ahora tenga la sensación de que aquello le ocurrió a otra persona. A la Sonya del pasado, a la que no sabía que Grace Ward ya estaba muerta.

Naomi los deja a las afueras de la ciudad. Caminan en silencio hasta la estación de tren, donde esperan a que pase el siguiente

Centella. Solo hay otra persona en el andén: una anciana que no le presta atención alguna a Sonya. La luz de la Clarividencia, que era el centro de todas las miradas, ha desaparecido. Tal vez, piensa, por fin dejen de llamarla la chica del póster.

El Centella se detiene en la estación, silencioso como un susurro, y se suben. Sonya se apoya en el hombro de Alexander cuando el tren empieza a moverse.

—¿Quién crees que dejó el mensaje? —pregunta ella—. El de los Ward, digo.

—No lo sé. —Se muerde el labio inferior—. ¿Y si fue una broma? ¿Alguien que leyó el artículo que hablaba de ti?

—No habría sabido lo de Alicia. Debió de ser algún conocido de los Ward.

Alexander asiente, pero no dispone de respuestas, y ella tampoco. El aire se comprime en los oídos de Sonya cuando el Centella gana velocidad.

—¿Quieres ir a algún sitio? —pregunta él—. Antes de volver. Por si acaso.

Sonya cavila y cierra los ojos.

—Al paseo marítimo. Suza me llevó un día al salir de clase. Me compró un bollito de miel y nos lo comimos en el muro del dique.

—¿Y el hedor no os arruinó la experiencia? —dice él, riéndose—. Allí siempre huele a pescado podrido.

—A ver, el bollito estaba asqueroso, pero Suza y yo no solíamos hacer cosas juntas, y me lo pasé en grande. —Suspira—. De todas formas, creo que ahora mismo no debería dar ningún rodeo. El Triunvirato estará buscándome.

—Ya, tienes razón.

Atienden a los anuncios que se están reproduciendo; Aquarrelax, una bebida mezclada con un tranquilizante; un servicio de suscripción que solo incluye libros prohibidos por la Delegación; Cicatrizal, una crema que hace desaparecer las cicatrices. Al final, la música y las nítidas voces metálicas se funden con el ruido de fondo.

—No dejo de pensar en ti —dice ella de repente.

—¿Qué?

—O sea, de acordarme de ti. Sentado al escritorio con los negativos.

—Ah, ya. —Alexander ladea ligeramente la cabeza—. Intenté revelar unos cuantos, un par de años después del alzamiento, cuando volvían a estar disponibles las sustancias químicas. Pero ya no era lo mismo.

—¿No?

Niega con la cabeza.

—Con la Delegación, los negativos eran algo casi de contrabando. La gente cree que las fotos solo registran lo que ves, pero todos los pequeños ajustes que se pueden llegar a hacer, el enfoque, el brillo, si está descentrada o no, todo afecta a lo que ves y cómo lo ves. Son un lenguaje, con la diferencia de que no necesitas hablar para entenderlo. Por eso, los negativos eran personas hablando de una forma que la Delegación no podía controlar. Observarlas era como oír mensajes secretos.

«Cada una es un mundo en sí misma», le dijo un día. Una ridiculez.

Sonya asiente.

—Entonces, cuando cayó la Delegación y la gente podía hablar libremente...

—Dejé de necesitarlos —responde él—. Podía pensar en lo que quería decir, y no en lo que necesitaba decir. Que puedas permitirte querer algo en lugar de necesitarlo... es un regalo. —Se encoge de hombros—. Te conozco, y es posible que no pienses como yo.

Quizá *sí*, piensa Sonya. Pero ante ella no ve más que necesidad. El anuncio del vodka luminoso aparece en la pared, y muestra unas botellas de un azul tétrico sobre un fondo negro. Un tipo al otro lado del pasillo dobla por la mitad el periódico y lo deja en el asiento que tiene al lado; Sonya decide llevárselo antes de bajarse del tren.

—Oye... No vengas conmigo a casa de los Ward.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Vuelve al trabajo, recoge tus cosas. Haz una copia de las

imágenes de mi Clarividencia de la semana pasada. Y luego... vete a casa de un amigo. Con aquella mujer de la playa, yo qué sé. —Se mira las puntas de los dedos, todavía en carne viva de haberlas hundido en el suelo—. Han intentado matarnos al salir de la ciudad. No les hará ninguna gracia que hayas vuelto.

—¿Y qué pasa contigo?

—Los dos sabemos que me arrestarán a la primera de cambio, incluso sin la Clarividencia —dice ella—. No te preocupes por mí. Esta misma noche estaré de vuelta en la Abertura.

En el monorraíl, Sonya ensaya lo que dirá, cómo rechazará todo lo que Eugenia Ward le ofrezca, aunque solo sea sentarse; cómo le hablará con delicadeza, pero sin recurrir a eufemismos. Articula las palabras «Grace está muerta» hacia la ventana, y se pregunta si esa será la excepción de Knox sobre los eufemismos, porque «muerta» suena muy insensible. Una planta descuidada se muere, un paquete de levadura viejo se muere, pero una niña pequeña... ¿no debería ser más que eso?

Le recorre un escalofrío cuando el tren pasa por el edificio de apartamentos de los Ward, las mismas vistas de hace una década, cuando vio a Grace en la ventana, con la Clarividencia de Alicia Gleissner brillando alrededor del iris. Los frenos se activan y el tren se detiene. Sonya baja al andén. Aspira una bocanada de aire fresco y húmedo y desciende la escalera hacia la calle.

Nada más salir, la esperan cuatro agentes del orden vestidos de blanco.

A pesar de todo, aquel no era el desenlace que había anticipado, a solo una manzana de casa de los Ward. Había dado por sentado que, al no poder rastrearla sin la Clarividencia, el Triunvirato tardaría en encontrarla; ¿cómo habían sabido adónde iría cuando regresara a la ciudad?

—Por favor —le suplica a uno de ellos, poco importa a quién; son personas sin rostro, con cascos blancos y velos iridiscentes—. Solo necesito diez minutos. Tengo que hablar con alguien.

—Prisionera 537 de la Abertura, se nos ha ordenado que

aseguremos su pronto regreso —anuncia uno de ellos. Tiene una voz aguda y ligera, pero la persona a la que va unida no intimida menos por ello. No oía su número desde que la encerraron en la Abertura.

—Ya lo sé —responde Sonya, frunciendo el ceño—. Ya lo sé, el problema es que... Necesito contarles lo que pasó con su hija.

—Si no coopera, nos veremos obligados a inmovilizarla —le informa el agente del orden.

—No es que no esté cooperando —replica ella, frustrada. Está tan cerca que puede ver la esquina del edificio de los Ward, el ladrillo rojo ensombrecido por el cielo encapotado—. Pero...

Uno de los agentes del orden la agarra del brazo y ella se zafa por inercia, pero eso resulta ser un error. Otro de los agentes la sujeta y le tuerce el brazo hasta colocárselo en la espalda, y ella profiere un grito. La estampan contra uno de los pilares que sostienen el andén, de tal manera que se araña la cara con la superficie áspera del metal, y le unen las muñecas con una brida.

Así entra en la Abertura unos minutos más tarde. La sacan del coche sin el más mínimo cuidado, y un deslumbrante foco se enciende en el portón en respuesta a sus movimientos. El círculo giratorio de la entrada de la Abertura se abre para dejarlos pasar, y los agentes del orden marchan hacia el interior. El grupo de prisioneros que beben en mitad de la calle Gris se quedan callados al verlos.

—Se la convocará para una vista disciplinaria —le anuncia el agente más cercano—. Acuda mañana al puesto de guardia para que se le comunique la fecha y la hora.

—¿Una vista disciplinaria? ¿Para qué? —le espeta Sonya—. Ya estoy cumpliendo una cadena perpetua.

—Le aseguro que su situación siempre puede empeorar.

El agente del orden le corta la brida, y desfila con los demás hacia el exterior de la Abertura, dejando a Sonya sola. Observa a los hombres que permanecen callados a unos cuantos metros. En la penumbra, no son más que un puñado de anillos blancos, de Clarividencias que brillan en el crepúsculo. Reconoce a uno de ellos del Edificio 1.

—¡Eddie! —grita—. ¿Está Graham Carter en casa? ¿Lo sabes?

Debe de tener unos cuarenta años, pero el sorbo que le da a la botella de licor casero es más propio de un hombre joven. Se da golpecitos en la mejilla con la boca de la botella mientras la observa, sin hambre, sin interés.

—¿Por qué? —Esboza una sonrisa rápida—. ¿Quieres pasar un buen rato?

Todos estallan en carcajadas. Sonya se da la vuelta y echa a andar hacia el Edificio 1, y oye gritar a sus espaldas:

—¡Fijo que está en casa, sí!

El túnel la rodea. Alguien ha encendido una vela y la ha colocado bajo uno de los nombres, Margaret Schulte. Lleva un buen rato ardiendo, y la mecha está envuelta por un charco de cera roja. En el patio, distingue siluetas oscuras en la hierba descuidada; las ratas han salido a sus rapiñas nocturnas.

Sube al tercer piso, donde en el apartamento de la izquierda están celebrando una fiesta. La puerta está abierta y el humo del tabaco y las risas se vierten hacia la escalera. Cuando pasa por delante, ve a un grupo de personas sentadas en torno a una mesa hecha de cajas de mudanza que están jugando a las cartas. Se dirige al 3B y llama a la puerta.

Graham Carter abre la puerta en batín. Es granate, con un ribete a conjunto que se ha separado de la tela en los puños y ahora le cuelga sobre las manos.

—¡Señorita Kantor! —exclama, y se cubre por completo el pecho con el batín, antes de apretar el cinturón—. ¿Qué te trae por...?

El apartamento está incluso más atestado que la última vez que estuvo allí; en una de las esquinas se alza una montaña de mantas y toallas viejas, y la colección de botellas de cristal vacías ha crecido. Una botella de licor casero descansa abierta sobre la encimera de la cocina, turbia y amarillenta, probablemente uno de los ingredientes del té nocturno de Graham, que humea en una mesilla auxiliar cercana.

—Me dijo que era amigo de mi padre —le dice ella—. Que a veces pasaba por su despacho para comer con usted.

—¿Y a qué viene eso ahora, querida? Estoy agotado y...

Sonya irrumpe en el apartamento. La cama de Graham ocupa el centro de la estancia, con un pliegue en medio del colchón por donde puede doblarse hasta convertirla en un sofá. Desliza los dedos por la baraja de cartas que hay en la mesilla auxiliar.

—La cuestión es que él nunca lo mencionó a usted. Nos contaba todo tipo de historias sobre sus amigos cuando éramos pequeñas, y, por alguna razón, usted no aparecía en ninguna.

Graham parece desconcertado.

—No creo que estés insinuando que te mentí, ¿verdad? —dice él.

—No —responde ella—. En absoluto. Hay dos explicaciones posibles sobre el hecho de que no hablara de usted. Una es que no lo conociera. Y la otra es que hubiera algo que lo avergonzara.

—Yo no...

—Basta —le espeta Sonya con frialdad—. Deje de mentirme. Ya sé lo que hacía mi padre. Mataba personas. ¡Mataba niños!

—No digas esas cosas —contesta Graham. Tiene el rostro y la suave piel de la garganta, tan parecida a la de un sapo, enrojecidos —. Tu padre era un buen hombre.

—No, no lo era. —Se acerca a él—. Deje de ser un cobarde.

A Graham le tiembla la barbilla. Sonya piensa que tal vez se venga abajo como un pastel a medio cocer.

—Venía a jugar al *euchre* —musita Graham. Se ha sentado en el borde de la cama y ha mandado al aire varias plumas del edredón—. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre los códigos? Las Clarividencias eran corazones, el *blitz*, *gin rummy*...

—El *euchre* significaba sol —dice Sonya.

Graham asiente.

—¿Cuántas veces? —La voz se le quiebra al pronunciar la pregunta.

Él la mira con la misma expresión que Naomi Proctor le dedicó cuando dejó a Sonya entrar en el laboratorio. Con lástima.

—Dígamelo, por favor.

—La verdad es que no las conté —responde Graham.

Es peor que conocer la cifra, piensa ella. Había seis niños

enterrados en el bosque tras la casa de Naomi Proctor, no los suficientes como para perder la cuenta. Y eso significa que hay otras tumbas en algún lado. Marcadas con piedras, quizá, o sin ningún tipo de marca, invadidas por la maleza, bien fertilizada.

—¿De dónde lo sacaba? —le pregunta.

—Yo no lo tenía; el sol está muy regulado. Pero sí facilitaba la comunicación entre él y una persona que trabajaba en una empresa farmacéutica, Beake and Bell. Cuando los puse en contacto, no conocía su verdadero nombre, y nunca estuve presente en ninguna de las reuniones. —Se frota la frente con la mano, sin cuidado.

—Fantástico —replica ella con sequedad—. Usted siempre tan útil, señor Carter.

Sonya se vuelve para marcharse. No soporta pasar ni un segundo más allí, en ese apartamento que huele a café rancio y a licor casero, con el humo de la fiesta que hay en el piso de al lado filtrándose por las paredes. Pero la voz de Graham la hace parar en seco.

—Sí que oí una de sus conversaciones. Llamó al hombre por su nombre, y no se lo tomó nada bien. Era inusual, como de punto cardinal. West..., no, ese no era...

Sonya tiene la mano en el pomo de la puerta. Se gira hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¿Easton? —pregunta—. ¿Easton Turner?

—Ese mismo —contesta Graham—. Easton.

18

Recorre arriba y abajo la calle Verde ignorando los gritos de los hombres cercanos.

Easton Turner es una de las tres personas más poderosas de la ciudad. Alguien que ha alcanzado el límite de lo que puede llegar a ganar y ahora tiene mucho que perder. Su carrera política acabaría destruida si alguien descubriera que le había suministrado sol al padre de Sonya y, por extensión, a la Delegación, para ayudarlo a matar niños. Y, a pesar de que Easton no haya sido capaz de detener la investigación sobre la desaparición de Grace Ward sin levantar sospechas, es probable que no contara con que Sonya Kantor, la niñata malcriada de la élite de la Delegación, hiciera progresos. Era, tal como ella misma había deducido desde el principio, una tarea deliberadamente imposible.

Pero tampoco había contado con su desesperación. Y, en efecto, Sonya había hecho progresos, gracias a Emily Knox, y por eso lo primero que intentó Easton fue obstaculizar la investigación a través de Alexander, enviando a su asistente para que insinuara que quizá lo mejor fuera que Grace Ward no apareciera nunca. Luego, a medida que se acercaba a la verdad, había cancelado por completo la misión, convencido de que si Sonya seguía atrapada en la Abertura, no podría hacerle ningún daño.

Y tal vez en eso no se equivocara, piensa Sonya. ¿Qué podría hacerle ahora? Todo lo que sabe proviene de criminales y mentirosos, y no hay forma de salir de aquí. Y aún sigue sin ser capaz de responder una de las preguntas más importantes: ¿qué tiene que ver Easton Turner con la Armada Analógica? Fueron ellos los que salieron tras ella con un arma. No puede ser casualidad.

Permanece inmóvil junto al portón durante un tiempo. Las placas interconectadas se han cerrado ya con firmeza. Volverán a

abrirse mañana, para recibir la entrega mensual de suministros. Un camión se detendrá en el centro de la Abertura y los agentes del orden descargarán comida, fresca y enlatada; artículos de limpieza y de aseo personal; ropa, donada por la gente de la ciudad; así como otros bienes domésticos, bombillas, esponjas y útiles de escritura. Todos los meses la misma lucha desesperada. La noche anterior, suele sentarse con Nikhil para decidir sus prioridades. Trabajan mejor en pareja.

Regresa al Edificio 4. Lleva la ropa que le dejó Naomi Proctor. Tiene el abrigo salpicado de agujas de pino y tierra en las zapatillas. Huele al jabón de Naomi: intenso, de limón y lavanda.

Esquiva una sábana que pende de la cuerda de tender; debe de ser miércoles, pues es el único día que la señora Pritchard permite que haya «obstrucciones que ofenden a la vista». Sube la escalera hasta su apartamento y se para justo enfrente, con la mano sobre el pomo.

Apenas recuerda las reglas del *euchre*; jugó un puñado de veces de niña. Solo hay una decisión en el juego: qué palo será el del triunfo. Se decide con información limitada, pues no puedes saber qué mano tiene tu pareja. Y una vez decidido, el resto de la mano se juega de la única forma posible. Recuerda sobre todo la tensión que se generaba mientras se decidía el palo del triunfo, y el momento de alivio cuando desaparecía ya toda decisión y solo quedaba la mano.

Tiene la sensación de que solo debe tomar una decisión más antes de rendirse a las circunstancias.

Enciende la luz de su apartamento y se dirige sin perder un instante a la caja que hay junto a su cama. Extrae una vieja libreta a la que apenas le quedan un puñado de hojas y un lápiz, y se sienta a la mesa de la cocina donde la pequeña Babs talló su nombre.

Sasha:

Necesito que envíes un mensaje a la oficina de Easton Turner de mi parte. Dile que quiero echar una partida de euchre *con él lo antes posible.*

Tras un instante de reflexión, añade:

P. D.: Gracias.

Pliega la hoja y sale del apartamento sin apagar las luces. En el patio, saluda con la mano a Charlotte, que está quitando la sábana de la cuerda, y esta le grita:

—¿Dónde has estado?

—¡Ahora vuelvo! —responde Sonya.

Atraviesa el túnel que conduce a la calle Gris y dobla la esquina hacia la calle Verde, cruza el túnel del Edificio 1 y llega a la caseta del guardia, donde Williams está sentado con las manos cruzadas sobre el vientre, dormitando.

Le da unos golpecitos en el cristal. Él se despierta de un respingo y abre la puerta con el pie.

—Te han revocado el pase de seguridad —le informa—. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Buenas tardes. —Esta es la última decisión que debe tomar. Después de esto, todo se desarrollará de la única forma posible—. Vengo a pedirte un favor.

Williams se cruza de brazos y espera.

—¿Te acuerdas de Alexander Price, el chaval alto y desgarbado que ha estado pasando por aquí? —le pregunta—. Me ha quedado un asunto pendiente ahí fuera, y necesito que lo termine por mí, pero no tengo modo de contactar con él. Tenía la esperanza de que... —Se aclara la garganta—. Tenía la esperanza de que pudieras hacerle llegar esto por mí.

Levanta la nota que ha escrito, doblada por la mitad con un pliegue marcado. Williams suspira.

—Sabes que no puedo hacer eso —responde.

—Sé que en teoría no puedes. Y también sé que no tengo nada que ofrecerte a cambio. Pero espero que me ayudes de todas maneras.

Contiene el aliento. El papel le tiembla en las manos. Él la observa pensativo. Es consciente de qué clase de cosas pedirían muchos guardias si tuvieran delante a una joven de la Abertura en una situación desesperada. No lo conoce lo suficiente como para saber si ese será el caso.

—Por favor —insiste Sonya—. Es mi última oportunidad. Por favor.

Tiene los ojos de un azul grisáceo, tan pálidos que, más que atractivos, parecen de otro mundo.

—Vale, vale —contesta él, y alarga la mano para que le dé la nota—. ¿Sabes por casualidad dónde vive?

A la mañana siguiente, no sale del apartamento. No quiere responder preguntas sobre el ojo apagado, las magulladuras de las puntas de los dedos o Grace Ward. Sabe que se está aferrando a algo con todas sus fuerzas, aunque no sepa qué es, y está convencida de que en algún momento acabará flaqueando y todo será una caída libre. Pero aún no.

Dormita hasta pasado el mediodía. Luego se fuerza a salir de la cama y se da una ducha. No se mira el cuerpo, maltratado por el viaje y la pelea con el pistolero y el tiempo que ha pasado de rodillas en el duro suelo frente a la tumba de Grace Ward.

Cuando sale del agua, oye el chirriar distante del portón de la Abertura abriéndose. Corre hacia las ventanas y echa a un lado el tapiz para ver quién entra o sale. Esperando a que se abra el portón hay un vehículo utilitario blanco con tres estrellas azules entrelazadas sobre el capó. Agentes del orden.

Ya vengan en nombre de Easton Turner o para llevarse a Sonya a alguna suerte de juicio, sabe que están allí por ella. Se viste sin perder un instante; los pantalones se le pegan a las piernas porque no las tiene del todo secas. Se alisa el pelo frente al espejo y luego se detiene a examinarse el ojo derecho, que ya no está iluminado por el halo blanco.

Siente una punzada de dolor en las entrañas. No parece ella.

Sonya se pellizca las mejillas para darse algo de color y se

pone las zapatillas. Corre escaleras abajo y pasa junto a Charlotte, que la mira boquiabierta y grita:

—¡Sonya!

Cuando llega a la calle Verde, baja el ritmo para recuperar el aliento. Todo el mundo avanza hacia el portón, como siempre que viene alguien a la Abertura. No le prestan atención a Sonya, que se abre paso entre ellos hasta alcanzar la puerta. Un agente del orden habla con el guardia, que en ese momento no es Williams, con la mano en la porra. Su casco velado se vuelve hacia Sonya.

—Ahí está. Señorita Kantor, hemos intentado contactar con usted a través de la Clarividencia.

—Ya —responde Sonya, hablando más alto de lo que pretendía, y a su alrededor todos se sumen en el silencio—. Mi Clarividencia ya no está activa. Tú dirás.

—Ya lo veo —dice el agente del orden—. Se nos ha ordenado que la escoltemos hasta el despacho del representante Turner.

Finge confianza al recorrer la distancia que separa el vehículo blanco de los residentes de la Abertura que se han reunido allí para ver qué era aquel jaleo. El agente del orden abre la puerta de atrás y ella se sienta primero y luego mete los pies, tal como su madre le enseñó. Elegancia con unos pantalones manchados de lejía y el jersey lleno de bolitas.

El portón de la Abertura se abre de nuevo y el vehículo da marcha atrás a través de la pupila sin esperar a que se dilate del todo. Mira por la ventana a Renee, con su bata de estar por casa, y el automóvil acelera calle abajo.

La ciudad se le antoja extraña a través del cristal, como en un sueño. El coche se mueve demasiado rápido como para poder distinguir las grietas del asfalto o la basura que tapona las alcantarillas, o los grafitis de los muros con mensajes contradictorios. Desde allí, tiene el mismo aspecto limpio y sereno que durante el gobierno de la Delegación. Pero ella ya no considera que la apariencia añada ningún valor.

El coche se detiene frente al edificio del Triunvirato, que se encuentra al otro lado de la calle de la estructura con patrones de rombos donde Alexander aún trabajaba hace unos pocos días. Este

es de cristal pulido y de una suave piedra blanca, aunque las uniones entre los materiales están tan disimuladas que casi parece un único bloque. Una escalinata se extiende hacia la calle. La bandera del Triunvirato (turquesa, con tres rayas blancas estrechas cruzándola) pende de la entrada, sacudiéndose con una ráfaga de viento.

El agente del orden la escolta por la escalera a un ritmo que le cuesta seguir. Trata de agarrarla del hombro, pero ella aparta el brazo y él no vuelve a intentarlo.

El vestíbulo es todo de cristal, igual que el exterior. Baldosas mates en el suelo del mismo color de la bandera; paredes espejadas en las que Sonya se ve desde todos los ángulos posibles. Una mujer con un severo uniforme gris los para cerca de la entrada.

—¿Identificación?

El agente del orden le entrega a la mujer la insignia de la Abertura de Sonya. La mujer la observa un largo rato, alza la vista hacia Sonya y le devuelve la insignia al agente.

—Adelante —dice.

Recorren varios pasillos cortos de cristal que producen mareo. Sonya a veces confunde su propio reflejo con el de una desconocida, cuyos ojos vacíos no reconoce. Pierde la noción de hacia qué dirección están yendo. Entran en un ascensor y suben dos pisos, y el pasillo que hay frente a ellos se divide en tres direcciones. Siguen el corredor central hasta llegar a la puerta de Easton Turner.

Cruza las manos en la espalda para disimular los temblores. Haber enviado a un agente del orden a recogerla a la Abertura es toda una declaración de intenciones: Easton Turner tiene poder, y está dispuesto a usarlo contra ella. Un agente del orden enviado a escoltarla podría convertirse con facilidad en un agente del orden enviado a interrogarla, o a hacerla desaparecer.

Una voz dentro de la oficina exclama:

—¡Pasad!

El despacho es un espacio gigantesco sin nada que lo llene, una pared formada por ventanales, un amplio escritorio, una hilera de archivadores, una estantería que cuelga del techo como un

columpio y una silla para visitas. Un hombre al que reconoce como John Clark charla con Easton Turner; cuando Sonya entra, le coge un Sonsacador a Easton y, al pasar por su lado, la mira de arriba abajo como si fuera menos de lo que esperaba. El agente del orden ha dejado de seguirla.

Easton se ha subido hasta los codos la camisa blanca almidonada y se ha desabrochado el primer botón. Le dirige una sonrisa.

—Hola, Sonya —dice, como si fueran viejos amigos—. Por favor, siéntate.

Tiene el cuerpo tenso, pero si él pretende fingir, ella no será menos. Se sienta en la silla que hay frente a él, cruza los tobillos antes de moverlos bajo el asiento y junta las manos sobre el regazo.

—Representante Turner. Gracias por aceptar esta reunión.

Entiende el papel de Easton en todo aquel asunto, cómo ha aprovechado sus medios diplomáticos para impedir la investigación sobre la desaparición de Grace Ward. Lo que la confunde es la muerte de Knox, y el hombre que la atacó en el bosque; ambos crímenes imputables a la Armada Analógica, no a Easton Turner. Por lo que sabe, la Armada no tiene ninguna relación con el Triunvirato; en todo caso, son una amenaza para su estabilidad.

—Ya que vamos a jugar al *euchre*, confío en que habrás traído tu propia baraja de cartas —dice Easton.

—Para jugar al *euchre* hacen falta cuatro personas —responde ella—. ¿Por qué no avisa a sus colegas representantes a ver si se animan?

Sonya examina el portalápices que hay sobre el escritorio, más cercano a ella que a él. Dentro hay un abrecartas con un delgado mango de metal.

—Creo que están bastante liados.

Easton Turner continúa sonriéndole. No lo ha visto jamás sin una sonrisa dibujada en el rostro. Siempre estrechando manos, haciendo discursos sobre la regulación de la tecnología, el progreso contenido, la apertura al comercio con otros sectores. «¿No sería

fantástico —recuerda Sonya que dijo hace unos años en un artículo de periódico que consiguió llegar hasta la Abertura— que pudiéramos comer plátanos una vez al mes y no solo una vez al año?»

Sonya, en aquel momento, llevaba desde la adolescencia sin probar un plátano, pero todavía podía sentir la sequedad en la boca mientras se lo tragaba.

—¿No te quedarás un rato? —pregunta.

Sonya se lleva automáticamente las manos a la cremallera para quitarse el abrigo. Luego se queda inmóvil, con una extraña sensación de familiaridad en el pecho, como si alguien le hubiera tañido una campana en la caja torácica.

—Creo que ya venía siendo hora de que tú y yo charláramos un rato —continúa Easton—. Me he enterado de tus aventuritas por el bosque. Lo curioso es que tu Clarividencia parece haber dejado de funcionar, algo que sin duda debemos agradecerle a la señora Proctor, y, por tanto, no he podido verlo todo de primera mano, pero sí informé a los agentes del orden de dónde podrían encontrarte cuando regresaras.

—Naomi me ayudó mucho —contesta Sonya.

—Es una mujer muy interesante. ¿De qué hablasteis?

Parece inofensivo. Las arrugas de los ojos. Los dientes blancos, perfectos. Pero es una inocencia que requiere cierto esfuerzo. Se inclina hacia delante y, a esa distancia, Sonya se percata de que tiene los ojos de un marrón cálido, como el del sirope de arce atravesado por un rayo de luz. No es un tono habitual, y le recuerda a algo.

—Bueno, para empezar me indicó dónde estaba la tumba de Grace Ward —replica Sonya con la máxima ligereza posible, y un regusto agrio en la garganta—. Y me contó algunas cosas sobre mi padre.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—Que le tenía un aprecio especial al *euchre*, claro. —Coge el abrecartas del portalápices y se lo coloca de lado sobre la palma de la mano. En la hoja roma han grabado el nombre de Easton con una caligrafía delicada—. Y que solía jugar con usted, ¿verdad?

Él no pierde la sonrisa.

—Tu padre y yo nos vimos varias veces, lo suficiente como para hacerme una idea de él. Es una lástima que no hayas podido conocerlo de adulta. Tal vez te hubiera resultado revelador.

Su voz es como la del ordenador que anunciaba su nombre en el apartamento de Knox, con un tono y un ritmo predeterminados ajenos al tema en cuestión. Con todo, se tensa algo al pronunciar la palabra *revelador*, y Sonya se pregunta a qué se deberá.

—Parece que usted tiene experiencia al respecto.

—Como la mayoría de la gente, señorita Kantor.

Sonya asiente, pero no deja de pensar en sus ojos. Miel. Igual que el ojo que vio brevemente tras el velo de Mito.

Mito, quien también le preguntó si no se quedaría un rato.

—¿Sabe?, deduje que era la Armada Analógica la que estaba detrás de la muerte de Emily —dice ella—. Y sé que fue un miembro de la Armada quien me atacó en el bosque. Lo que no era capaz de comprender es cuál era su relación con usted. Y creo que acabo de descubrirlo.

—No sé de qué me hablas.

—Mito es su padre.

Easton pierde al fin la sonrisa, y Sonya prosigue:

—Es evidente que usted no coincide con la filosofía de la Armada. Y, aun así, Mito ha hecho todo lo posible por asegurarse de que el nombre de su hijo no acabaría manchado por lo que encontrara cuando rastreara la DIU de Grace Ward. Debe de quererlo con locura.

Nota una sensación intensa en el pecho, dolorosa. No tiene claro que su padre, al que no le tembló el pulso a la hora de llevarse con él a su esposa e hijas durante el alzamiento, hubiera hecho algo así por ella.

—Sí, estoy seguro —reconoce Easton al cabo.

—Parece una persona brillante, aunque algo desequilibrada, no sé si me entiende. Me imagino que es difícil que se lo relacione con alguien así, teniendo en cuenta la profesión que ha elegido.

—¿Adónde quieres llegar?

—A lo que quiero llegar —responde— es a que me gustaría

poner fin a este jueguecito que está intentando jugar conmigo. —Hace un gesto con la mano entre ellos—. Me puse en contacto con usted porque tenía información que podía arruinarlo. Y usted sabía que la tenía, por eso me ha traído aquí. Empecemos por ahí.

—Es interesante que creas que puedes «arruinarme» —dice Easton—. Desde la Abertura y sin pruebas.

—Si fuera tan inofensiva, no habría conseguido una reunión cara a cara con usted.

—Tal vez te haya traído aquí para demostrarte lo poco que me costaría llegar a ti, si esa fuera mi intención.

Sonya se obliga a reír y deja el abrecartas sobre el escritorio.

—Pero usted es político —comenta ella—, y sabe lo inútil que es amenazar a quien no tiene nada que perder; es mucho más conveniente negociar.

Easton entorna ligeramente los ojos. Sonya se pregunta qué esperaba él de aquella reunión. Ella es consciente de su atractivo, y, como Marie le recordó, tiene esa especie de inexpresividad natural que hace que las personas proyecten sobre ella lo que les parezca. Quizá esperaba encontrarse con lo que leyó en los archivos de la Delegación: una muchacha que apenas tenía nada que ofrecer.

Pero esa chica, la chica del póster, nunca fue ella en realidad.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta Easton al fin.

—Salir de la Abertura, por supuesto —responde ella—. Y que dejéis a Alexander Price en paz. Él no es el responsable de todo esto.

—¿Y qué me garantiza a mí que, a cambio, no compartirás la información de que dispones?

—¿Mi palabra más sincera? —Esboza una media sonrisa—. Doy por sentado que, si no cumplo con mi parte, apareceré muerta en algún sitio. No creo que sus socios tengan ningún problema en hacerlo. ¿No le parece suficiente garantía?

Easton aprieta los labios y se ajusta el cuello de la camisa.

—Eres consciente de que podría ordenarlo de todos modos, ¿no?

—No se lo aconsejo, la verdad —contesta—. Mi muerte podría

provocar que se publicara un material que no quiere que sea público.

No es exactamente mentira; ha dicho «podría». Que interprete por su cuenta qué podría significar. Que se pregunte con quién ha hablado, y qué daño podrían llegar a hacerle.

La silla de Easton chirría cuando él se remueve. En algún lugar del pasillo, o tal vez en el despacho contiguo, alguien escucha ópera. El solo de la soprano está a punto de terminar cuando Easton toma una decisión.

—Enhorabuena, señorita Kantor —exclama. Sonríe como si Sonya acabara de llegar, como si hubieran vuelto a pintarle el camuflaje—. Has completado con éxito tu misión y, tal y como se te prometió, se te concederá la libertad de la Abertura en virtud de la Ley de los Niños de la Delegación. Te sugiero que aproveches la noche para despedirte.

—Adiós, representante Turner.

19

No se relaja hasta que está de vuelta en la Abertura. El portón se cierra a sus espaldas y ella se apoya en el muro exterior del Edificio 4 a recuperar el aliento. Donde las dos calles confluyen, Gabe, Seby, Logan y Dylan juegan al fútbol con unas porterías formadas por latas de sopa con dos metros de distancia entre ellas a cada extremo de la plaza. Logan le pasa la pelota a Seby, levantando gravilla del suelo, y este marca un gol. Gabe, frustrado, le da una patada a una de las latas de sopa vacías.

Sonya dobla la esquina hacia el túnel del Edificio 4 y cruza por el patio, que la señora Pritchard está deshierbando de nuevo. Alza la vista hacia Sonya un segundo y luego vuelve a mirarla, ojiplática.

—La Clarividencia, querida —dice—. ¿Has tenido suerte con la investigación?

A Sonya se le hace un nudo en la garganta. Asiente. La señora Pritchard le dedica una pequeña sonrisa. No recuerda la última vez que aquella mujer le sonrió. Lleva puesto el collar de perlas, escondido debajo del cuello de la camisa, y el pelo recogido en un moño apretado, pero tiene tierra debajo de las uñas recortadas.

—Que pases una buena noche, Mary.

Para cuando llega a la escalera, tiene lágrimas en los ojos, y no sabe por qué.

En la encimera de la cocina la espera una lata de sopa: fideos con pollo, con el lateral abollado; una de las donaciones del colmado. La observa durante un buen rato. Es un regalo, claro, de Nikhil, la única persona que entra en su apartamento cuando ella no está en casa. Lo cual también significa que se está disculpando.

Saca el abrelatas y gira la lata para abrirla, evitando la abolladura. Vacía la sopa viscosa en una cazuela y suelta una

carcajada entrecortada. Poco antes les ha suplicado a los agentes del orden que le concedieran diez minutos de libertad; ahora dispone de toda la que podría desear, y sigue en la Abertura calentando sopa.

Cuando está caliente, la lleva hasta la puerta de Nikhil con unas manoplas. Llama con el codo. Él responde con su segundo jersey favorito, el amarillo mostaza, con parches en aquellas zonas que se han ido desgastando con el paso de los años. La radio suena de fondo.

El apartamento huele a pan, lo que significa que Nikhil debe de haberle pedido a Charlotte que le enseñe a hacerlo.

—Veo que te ha llegado mi disculpa —le dice Nikhil, señalando con la cabeza la cazuela que lleva en las manos.

—Van a soltarme —anuncia ella—. Mañana.

Los ojos se le humedecen un poco, como siempre. Se frota uno con un pañuelo y se echa a un lado para dejarla pasar. Sonya coloca la cazuela sobre la mesa y abre el armario de la cocina para sacar un par de cuencos.

—Deberíamos convocar a los demás y organizar una despedida en condiciones —sugiere Nikhil.

Sonya niega con la cabeza. Deja los cuencos sobre la mesa y vuelve a por las cucharas.

—Tengo que contarte muchas cosas —le dice ella.

Las manos le tiemblan mientras rebuscan entre las cucharas hasta dar con las grandes que usan para la sopa. El tintineo de la cubertería es aún más potente que la radio. Nikhil le posa una mano sobre el hombro, en un gesto que le recuerda a Alexander, con ese cuidado que pone para no asustarla.

—No soporto las despedidas —comenta ella, y se le corta la respiración.

—Pues no nos despidamos —responde él—. Vamos a hacer como si no hubiera cambiado nada.

Ella asiente y se sienta a la mesa en el sitio de siempre. Levanta la tapa de la cazuela y Nikhil le alarga un cucharón.

Es posible que Nikhil sepa la verdad sobre el padre de Sonya, y que siempre la haya sabido. Es posible que le haya mentido

cientos de veces a lo largo de los últimos diez años. Los últimos días le han enseñado que no hay lucidez en el amor, ni honestidad; que una persona no es mejor de lo que realmente es solo porque la ames.

Recuerda, sin embargo, que el año anterior los del Edificio 4 intentaron organizarle una fiesta de cumpleaños sorpresa, y la verdad parecía pellizcarle la garganta a Nikhil siempre que la tenía cerca. Cuando le pidió que fuera al apartamento de Charlotte «a por un poco de azúcar», no cabía en sí de alegría. Podría estar dispuesto o no a engañarla, pero no se le da especialmente bien.

Por eso no le pregunta si llegó a saber lo que se traía su padre entre manos, porque no cree que lo supiera, pero también porque no quiere saberlo, no ahora, no la noche antes de marcharse y de que no le permitan regresar nunca más. Nunca volverá a sentarse en aquel apartamento, a la vieja mesa del señor Nadir, trasteando en la parte trasera de una radio solo porque a Nikhil le parece una buena idea. Nunca volverá a subir corriendo a la azotea por la mañana para comprobar si las semillas han brotado, como la niña que se levanta en invierno para ver si el pronóstico de nieve estaba en lo cierto. Ni tampoco le pedirá a Charlotte que reproduzca la música del Katherine, aunque al resto del Edificio 4 le horrorice; ni intercambiará comentarios pasivo-agresivos con la señora Pritchard sobre el estado de su pelo; ni paseará por el mercado con una cesta de hojas de menta, con la esperanza de trocarlas por una toalla nueva o unas deportivas.

Cierra los ojos, de repente incapaz de mirar a Nikhil, ese ángulo concreto del apartamento, la luz cálida, el pañuelo que sigue agarrando con la mano para secarse las lágrimas, la mesa destartalada que los separa. Él le posa una mano encima de la suya y se la aprieta.

—Igual que la vida que tenías antes de venir aquí —le dice—, esta vida también se te cerrará pronto, sí. Es como... una herida cauterizada. Tienes que cerrarla para que no te mate. Pero la vida está llena de momentos en que debemos aceptar que las cosas cambien.

Sonya gira la mano y se aferra a él.

—Yo me pasaré aquí lo que me quede de vida —añade Nikhil. Ella lo mira a los ojos, brillantes y vidriosos, del color de la bellota, el ocelo de una polilla—. No puedes llegar a imaginarte lo feliz que me hace saber que no será tu caso.

Sonya asiente, y no llora, porque detesta llorar, pero está a punto.

—Cuida del jardín —le dice a Nikhil.

Después de cenar, se dirige hacia el Edificio 3. La luna está alta y clara. Suena una música con un ritmo pesado y marcado en un apartamento lejano. El centro de la Abertura está vacío, abandonadas las latas de sopa del partido de antes. Cerca de la esquina del Edificio 1, divisa algo moviéndose con el viento, pero al acercarse se da cuenta de que no es más que una brizna de hierba. Un diente de león, desnudo de semillas, que muere con el invierno.

El día del funeral de David recogió un diente de león. Cuando estaba vivo, se los llevaba siempre que encontraba uno; crecían en abundancia en el patio. A veces hacía coronas para ella, o pulseras, partiendo los tallos y trenzándolos. Le dijo que la rareza les confería valor a las cosas, y que, en la Abertura, incluso un hierbajo tenía valor. «Además —comentó, deslizándole uno por detrás de la oreja—, tienen un tono amarillo precioso.»

Sonya cruza el túnel del Edificio 3 y los nombres de las personas desaparecidas se agolpan a su alrededor como fantasmas. Jack está sentado en el patio, leyendo con una linterna. No le ve más que la Clarividencia en el rostro.

—Buenas noches, chica del póster —la saluda, sin levantar la cabeza—. ¿Qué se cuece por ahí fuera?

—Lo de siempre —contesta—. ¿Está bien el libro?

—La persona que lo donó dejó notas en los márgenes. Si te soy sincero, me gustan más las notas que el libro en sí.

Ella se ríe y abre la puerta que da a la escalera. Sube hasta el apartamento de Renee y Douglas y llama a la puerta.

—¡Estamos durmiendo, Kevin! —brama Douglas desde el

interior.

—¡No soy Kevin! —responde Sonya.

Oye movimientos y una conversación amortiguada. Un minuto o dos más tarde, Renee sale del apartamento con un albornoz viejo y unas sandalias en los pies. Tiene el pelo enredado en un lado, donde apoyaba la cabeza mientras dormía.

—El ojo —suspira Renee.

—Sí.

Renee frunce el ceño.

—Te vas —le dice, y Sonya asiente.

Renee desaparece en la oscuridad del apartamento y vuelve un instante más tarde con una caja de cerillas y un cigarrillo. Se lo guarda todo en un bolsillo del albornoz y se dirige a la escalera. Juntas, suben hasta la azotea, dejando atrás pisos desiertos y silenciosos, cuyos residentes descansan antes de un día de una productividad ilusoria.

La noche sabe a humedad y en el aire flota un delicado aroma a petricor, como si acabara de llover. Se apoyan en el murete que rodea la azotea, con la mirada puesta en el portón de la Abertura. Renee le pasa el cigarrillo a Sonya y enciende una cerilla; Sonya le da la primera calada. La rareza les confiere valor a las cosas, piensa, y sabe que no volverá a probar un cigarrillo cuando salga de allí, porque habrá varias marcas disponibles entre las que elegir y habrán perdido todo el encanto.

—Deberías quedarte mi vestido, el amarillo —le sugiere Sonya—. Ve a buscarlo por la mañana, antes de que el Edificio 4 se entere de que me he ido. También tengo una nevera; está detrás de la madera contrachapada.

—Qué detallazo, chica del póster —le dice Renee, quitándole el cigarrillo con el pulgar y el índice, delicados como tenazas—. ¿Te han dado un nombre ya?

—Todavía no —responde Sonya—. Tampoco tengo claro que me importe. Total, la gente se conoce mi cara.

—Ojalá te envíen a otro sector para que puedas empezar de verdad de cero.

Sonya apenas piensa en los otros sectores. Durante la

Delegación, estaban cerrados, eran una imposibilidad. Incluso ahora, los permisos de viaje escasean.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué?

—Por irme, supongo.

Ahora Renee será la persona más joven de la Abertura.

—No seas tonta —replica Renee, dándole otra calada al cigarrillo—. Me alegro por ti.

Sonya arquea una ceja.

—Se puede sentir más de una cosa a la vez —añade Renee—. Puedo estar tan celosa que me arrancaría los ojos y alegrarme por ti a la vez.

Sonya coge a Renee de la mano y se la aprieta. Renee le devuelve el cigarrillo. Se lo fuman hasta llegar al filtro, y no se despiden.

Rose Parker la espera fuera del edificio de Knox, la Torre Artemisa. Parece más sosegada que de costumbre; lleva unos pantalones negros y un jersey blanco, y el único toque de color es el pañuelo del pelo, con un patrón de hojas verdes que hace juego con las enredaderas que reptan por la entrada del edificio. Cuando ve a Sonya acercarse, la saluda con la mano y sonríe, como si fueran amigas.

—Uy, sin la Clarividencia —comenta cuando tiene a Sonya lo bastante cerca como para que la oiga—. ¿Qué se siente?

—¿Qué sentiste tú? —Sonya se mete las manos en los bolsillos. La sensación de desubicación que le ha dominado el lado derecho del cuerpo desde que Naomi le desactivó la Clarividencia ya comienza a desvanecerse.

—En aquel momento, no era la única a la que se la habían desactivado —responde—. Así que todos fingíamos estar eufóricos.

Hubo una pantomima de felicidad similar en la Abertura, durante un tiempo. La gente fingía que se alegraba de que no la hubieran ejecutado y hacía planes para montar una pequeña utopía entre los cuatro edificios. «A mí no se me ha perdido nada ahí

fuera», decían, como si hubieran decidido estar allí y no fuera una prisión en la que los habían encerrado.

—Bueno, ¿vamos? —pregunta Sonya.

Guía a Rose hasta el vestíbulo del edificio. No está el guardia que la dejó entrar la última vez. La mujer que hay en su lugar la reconoce incluso sin la Clarividencia ardiéndole en el iris.

—Venimos a presentar nuestros respetos —anuncia Sonya.

—¿A la puerta? —le pregunta la guardia.

—Sí —contesta Sonya, y alza la barbilla como retando a la mujer a que se ría de ella.

La guardia hace un gesto hacia el ascensor.

Se suben en el ascensor y, mientras la puerta se cierra, Rose se gira para mirarla.

—Tienes un don especial, ¿lo sabes?

—No es la primera vez que vengo desde que murió.

—Pensaba que no habían podido abrir la puerta —dice Rose —. He oído que los agentes del orden han pedido permiso para echar abajo la pared.

El ascensor se eleva hasta el piso de Knox y a Sonya se le taponan los oídos. Está inquieta; es posible que la puerta no se le abra ahora que le han desactivado la Clarividencia, pero tiene que intentarlo. Recorre el pasillo y se planta frente a la puerta de Knox, igual que la otra vez. El ojo mecánico da un giro antes de clavarse en ella. El círculo blanco emite un destello y la puerta se abre.

—Invitada: Kantor, Sonya —anuncia la voz—. Nivel de acceso: cuatro.

—No sabía que tuvierais una relación tan estrecha —dice Rose.

—Apenas nos conocíamos. Pero teníamos un trato.

El apartamento está igual que la última vez que lo visitó, aunque quizá se haya posado más polvo sobre las superficies. De todas formas, verlo a través de los ojos de Rose Parker lo convierte en algo distinto. Lo toca todo, deslizando los dedos por la mesa que hay junto a la puerta, la encimera de la cocina con los cercos de café, el borde del escritorio de Knox. Desaparece en la habitación y Sonya oye que la cama chirría cuando Rose se sienta en el borde, el

repiqueteo de las botellas de plástico de la ducha. Rose regresa con una mirada que le recuerda al giro del ventilador de un ordenador, en un constante movimiento.

Sonya se saca del bolsillo las instrucciones para utilizar la base de datos de las DIU y las despliega. Se sienta en la silla del escritorio de Knox y alisa el papel frente a ella, antes de empezar a escribir. La última vez que se sentó allí, le aterraba lo que pudiera llegar a encontrar; le aterraba que tal vez no hubiera nada. Pero en esta ocasión sabe lo que la espera en el otro lado de aquel programa.

—No se me dan bien los ordenadores, así que confiaba en que pudieras echarme una mano —dice.

Teclea el nombre de Turner, Easton. La pantalla cambia y redibuja las líneas rectas de las carreteras hasta revelar que Easton Turner se encuentra en un edificio de apartamentos cerca del mar.

—¿Qué es eso? —pregunta Rose, frunciendo el ceño ante la pantalla—. ¿Cómo lo estás rastreando?

—Con la Clarividencia —responde Sonya.

—No lleva Clarividencia. —Rose le arquea una ceja a Sonya —. ¿No?

—Todos la llevamos —afirma Sonya, y le resulta extraño estar al otro lado de esa conversación—. No pueden extirparse. Es... una larga historia, y te lo contaré todo, pero ahora no tenemos tiempo. Sé que esta base de datos ha estado almacenando datos de ubicación desde que nos pusieron las Clarividencias. Necesito extraer todos los datos de ubicación de Easton Turner desde la caída de la Delegación hasta unos cinco años antes de ese día. ¿Crees que puedes descubrir cómo se hace?

Rose fija la mirada en la pantalla.

—A ver, puedo probar. Déjame que me siente.

Sonya se levanta y camina hasta la habitación de Emily Knox, donde las sábanas blancas siguen hechas un gurruño. Hay un largo pelo negro sobre una de las almohadas y una lentilla seca en la mesilla de noche. Divisa un trozo de papel asomando por uno de los cajones. «Violación de la privacidad, doscientos cincuenta desideratos menos», piensa, pero coge el papel de todos modos.

Tiene el tamaño de la mitad de una hoja y es grueso, como una tarjeta de visita. Hay una cuadrícula de líneas negras y texto, algo que reconoce de inmediato como un documento emitido por el gobierno. En un primer momento, la información aturulla a Sonya, pero el título, estampado en versalitas, reza: PERMISO DE VIAJE 249A, VÁLIDO PARA EL SECTOR 4C. Piensa en el fondo de pantalla del ordenador de Knox, el alba, o crepúsculo, en el desierto, no sabría decir cuál. «Una puede tener sus sueños, ¿no?», le dijo Knox.

—¡Creo que ya está! —exclama Rose desde la otra habitación —. ¿Ahora qué hago?

Sonya se guarda el permiso en el bolsillo interior del abrigo y regresa al salón.

—Envíatelo —le pide Sonya—. Y haz lo mismo con los datos de August Kantor. Las mismas fechas.

Los dedos de Rose vacilan sobre las teclas. Se vuelve hacia Sonya.

—Vale. Hasta ahora he tenido bastante paciencia, pero vas a tener que contarme de qué va todo esto.

Sonya mira por la ventana. El cielo está encapotado, como de costumbre, y el agua de la bahía, gris y calmada.

—Easton Turner trabajaba para Beake and Bell, la empresa farmacéutica, antes de que cayera la Delegación. Periódicamente, se veía con mi padre para proporcionarle sol, la droga suicida, que luego mi padre utilizaba para matar a personas que la Delegación consideraba inconvenientes. En al menos seis ocasiones, esas personas fueron niños.

Fuera lo que fuese que esperaba oír Rose Parker, es evidente que no era eso. Mira fijamente a Sonya con los ojos abiertos como platos.

—¿Grace Ward? —pregunta.

Sonya asiente.

—Lo que estoy intentando hacer es conseguir los datos de ubicación de Easton Turner y los de mi padre durante el mismo periodo de tiempo para demostrar que se reunieron varias veces —explica—. Junto con las imágenes de mi Clarividencia de las

últimas semanas, que Alexander Price ha copiado, debería bastarnos para exponer a Easton Turner como cómplice de asesinato.

—No es suficiente para abrir un proceso penal —responde Rose con voz queda.

—No, pero no podrá volver a presentarse a un cargo público. También espero que puedas usar sus datos de ubicación para demostrar que ha estado trabajando con la Armada Analógica, pero no las tengo todas conmigo. Emily Knox fue al edificio desde el que operan un par de días antes de morir. Si descubrimos dónde se encuentra, tal vez los datos de Easton Turner nos muestren que ha estado allí más de una vez. Al menos las suficientes como para levantar sospechas.

—Esto es... —Rose agita una mano sobre el teclado—. Un recurso tremendamente útil. Y aterrador.

—Por eso solo quiero sacarle lo que necesitemos —contesta Sonya—. Knox me dijo que terminara lo de Grace Ward, y este es mi plan.

—¿Y cuando acabes?

—Cuando acabe, lo borraré todo.

—¿Cómo que lo borrarás? —exclama Rose—. ¿Tienes idea de la cantidad de crímenes que podrían resolverse, de la cantidad de personas a las que podrías ayudar, con toda esta información al alcance de la mano?

—Knox me lo pidió —responde Sonya con firmeza—, y no pienso defraudarla. Lo que necesito que me digas es si estás dispuesta a escribir el artículo o no. Es un gran riesgo, pero necesito a alguien que lo asuma.

Rose la estudia unos instantes.

—Por supuesto que estoy dispuesta —afirma—. Aunque debo confesar que me sorprende que vayas a mancillar el nombre de tu padre solo por derribar a Easton Turner.

Lo ha entendido justo al revés, piensa Sonya. Es precisamente el nombre de su padre el que pretende mancillar.

En ese momento, comprende al fin lo que le dijo Alexander Prince cuando apenas había comenzado con la investigación, lo de

que había ayudado al alzamiento a destruir el hogar de su infancia. Por aquel entonces, le había repugnado. Pero ahora lo entiende. No es algo de lo que regocijarse, ni algo que debas ansiar o celebrar. Es, simplemente, lo que debe hacerse.

—Él tomó sus decisiones —declara Sonya—. Pero yo soy la que tiene que vivir con ellas.

Una hora más tarde, Rose Parker se marcha del apartamento. Se han pasado un buen rato debatiendo con exactitud lo que requeriría saber para involucrar por completo a Easton Turner, y luego experimentando con la base de datos de las DIU para exportar los datos. Una vez satisfecha, Rose se ha atado el pañuelo con firmeza alrededor de la cabeza, ha recogido sus cosas y ha dejado a Sonya sola en el apartamento de Knox.

Sonya saca las instrucciones de Knox para eliminar los datos de la Delegación. Garabateadas en la parte superior se leen las palabras PROTOCOLO DE DEPURACIÓN DE DATOS. Las instrucciones están escritas como si estuvieran dirigidas a un niño. Tratándola con condescendencia desde la tumba, piensa Sonya, y comienza a teclear.

Una vez puesto en marcha, el proceso lleva su tiempo. Hay tantísimos datos que purgarlos del sistema de Knox, por impresionante que este sea, es una tarea laboriosa, y todas las máquinas de la sala se ponen a zumbar, como si el apartamento estuviera cobrando vida. En la esquina inferior izquierda del terminal aparece un número que indica el porcentaje de archivos borrados.

1 %

2 %

3 %

Sonya se gira para mirar por las ventanas y espera. Acaba venciéndole el sueño en la silla de Knox. Cuando se despierta, a primera hora de la tarde, la lluvia salpica las ventanas. Se vuelve y descubre lo que ha aparecido en la pantalla:

100 %
Gracias.

Una especie de chisporroteo la sobresalta, y al mirar debajo del escritorio, detecta un hilo de humo que sale de la torre del ordenador. Corre al lavabo a por una toalla y la humedece en el lavamanos, y para cuando regresa, con el agua empapándole los zapatos, ve el ordenador entero engullido por una nube de humo negro. La pantalla que hay sobre el escritorio parpadea hasta apagarse y, en lugar de taparla con la toalla, recula unos pasos e inhala el aroma a plástico quemado y observa cómo se autodestruye el sistema de Knox.

Al final, el humo se disipa. Cuelga la toalla del respaldo de la silla y echa un último vistazo al apartamento: la habitación austera, las marañas de cables, la línea de luz rosa que rodea el escritorio. Poco después, deja la puerta abierta, pues ya no tiene sentido que los agentes del orden la echen abajo; ya no encontrarán allí nada que pueda servirles.

20

Llega al apartamento de los Ward a última hora de la tarde. Las cortinas están descorridas y la cocina amarilla reluce incluso con el cielo nublado. Espera un buen rato en el maltrecho felpudo de la entrada, con respiraciones hondas y lentas. Poco después, llama a la puerta.

Responde Trudie Ward. Lleva un jersey rosa intenso y el pelo recogido en una coleta alta.

—¡Anda! —exclama al ver a Sonya en la puerta—. Tú otra vez. —Frunce el ceño—. Ya no llevas la Clarividencia. Qué curioso, no parece que te hayan abierto la cabeza recientemente.

—¿Está tu madre en casa? —pregunta Sonya.

—Ha ido al mercado —responde Trudie—. No debería tardar en volver. —Aguarda un instante, suspira y abre la puerta para dejarla pasar—. Puedes esperar dentro, supongo.

Sonya entra en la casa. Trudie vuelve a la encimera de la cocina, donde un bol grande espera con algo con aspecto de chocolate dentro. Coge una espátula y la desliza por el interior del bol con movimientos firmes, mezclando la masa.

—Ayer vinieron a buscarte unos agentes del orden —le comenta Trudie—. Me dijeron que te habías ido. Supuse que habrías huido para siempre. Si te soy sincera, me sorprendió que no te hubieras escapado antes.

Sonya oye el «Me dijeron que te habías ido» igual que oía a su hermana equivocarse de acorde en la guitarra, con el sonido de cada cuerda arrollando la siguiente. La voz de Trudie, algo más grave que la media, algo ronca. «Me dijeron que os habíais ido..., y les creí. Soy vuestra Alicia.»

—Fuiste tú la que dejó el mensaje —dice Sonya—. ¿Te hiciste pasar por tu hermana y le dejaste un mensaje a tu madre?

Trudie sigue removiendo la masa con la espátula y le da tres vueltas completas antes de soltarla. Hunde un dedo en la mezcla, saborea el chocolate y se vuelve hacia Sonya.

—No te equivoques. No sería capaz de hacer algo tan cruel —responde, al cabo—. Me lo pidió ella.

—¿Por qué?

—Porque nos preocupaba que te lo estuvieras tomando con calma —contesta Trudie—. Cada día que transcurría sin encontrar a Grace era un día que podías disfrutar de tu libertad. Consideramos que si oías su voz, si pensabas que lo estaba pasando mal...

Se encoge de hombros. Lleva el bol hasta un molde que la espera en los fogones y vierte dentro la masa. No derrama ni una gota.

La primera vez que Sonya intentó hornear algo fue en la Abertura. Charlotte le enseñó a preparar un pan rápido con harina y avena. Sonya se olvidó de añadir la levadura química y el pan quedó como un ladrillo. Se lo comió de todos modos, con el café de las mañanas, porque malgastar harina y avena era casi un crimen en la Abertura.

Su madre no le enseñó jamás, y tampoco es que hubiera podido. Nunca tenía harina en las manos ni manchas en las mangas. Contrataba ayuda para las cenas, y convertía la vida doméstica en un espectáculo, con un delantal atado a la cintura y una cuchara de madera sumergida en un estofado a pesar de no haber colaborado en ninguna parte del proceso. Para Julia Kantor, una esposa obediente era una actriz capaz. No puede decirse lo mismo de Eugenia, que enseñó a su hija a ser una persona capaz.

Sonya nota un nudo en la garganta. Se abre la puerta principal y Eugenia se quita los zapatos incluso antes de sacar las llaves de la cerradura. Lleva una hogaza de pan envuelta en papel y un ramo de margaritas atado con una cuerda marrón. Entre las flores y el pastel que Trudie está metiendo en el horno, Sonya se pregunta si no estarán organizando alguna celebración. El nudo de la garganta se le aprieta todavía más.

—¡Ay! —exclama Eugenia al ver a Sonya—. Señorita Kantor.

Bienvenida. Espero que Trudie te haya ofrecido algo de comer.

—Hola, señora Ward —la saluda Sonya. Lo dice con toda la normalidad que es capaz de fingir, pero su tono no debe de ser del todo convincente. Eugenia se endereza y se aprieta el pan y las flores contra el pecho—. Necesito hablar con usted. Con los dos, si el señor Ward está en casa.

—Por supuesto —responde Eugenia, y deja el pan y el ramo encima de la encimera. Sale al pasillo que da a la cocina y grita—. ¡Roger! Ven un momento.

Sonya se queda cerca de la puerta. Desearía estar al otro lado del bosque; desearía haber decidido dejar todo aquello atrás. Sintió una lucidez inesperada en el porche de Naomi, pero esa lucidez ha desaparecido, asfixiada por el miedo que le sacude la columna como un terremoto, que le vibra en los dientes.

Roger Ward, a quien Sonya vio una vez montando un columpio en el jardín, entra en la cocina con unas pantuflas viejas. No parece haber cambiado casi nada desde entonces. Tiene la barba más gris y el pelo más ralo, y los hombros hundidos, como si soportara una pesada carga. La mira y, en un primer momento, no la reconoce, pero entonces muda el gesto, como la chispa en la rueda de un mechero antes de que aparezca la llama.

—Sonya necesita hablar con nosotros —dice Eugenia—. Ven y siéntate.

Roger se sienta en la isla de la cocina, igual que Trudie. Sonya se limita a cerrar los ojos, un instante, y sacude la cabeza. No es el rechazo elegante que había practicado. Es lo máximo que es capaz de ofrecer.

Apenas puede soportar ver a los tres juntos, Trudie con el dedo manchado de chocolate, Roger con las pantuflas y Eugenia con un llavero en las manos.

—No quiero alargar más la incertidumbre —declara Sonya. «Sin eufemismos», le insiste Knox en la cabeza, y añade—: Grace está muerta.

Oye a alguien inhalar con fuerza, pero no es Eugenia, sino Roger. Eugenia tiene la mirada tranquila. No le sorprende. Tal vez siempre lo haya sabido. Tal vez sea posible sentirlo cuando se te

muere un hijo, como si una parte de tu cuerpo se hubiera marchitado y hubiera acabado cayendo.

—¿Estás segura? —le pregunta Eugenia, y Trudie se echa a llorar.

Sonya se lleva ambas manos al abdomen y presiona para tranquilizarse.

—Estoy segura —responde Sony—. Pero la historia no comienza ahí.

Es consciente de que el corazón le late con fuerza en el pecho. En las mejillas. Se le corta la respiración, pero poco después continúa, centrándose en los ojos dulces de Eugenia.

—La historia comienza conmigo —prosigue Sonya—. Cuando tenía dieciséis años, cogí el monorraíl al salir de clase y se paró al lado de su edificio de apartamentos. Vi a Grace en una de las ventanas mientras Trudie jugaba en el jardín.

Eugenia levanta una mano y se la acerca a la boca. La cocina está en silencio.

Sonya recuerda el día en que se clavó una astilla en la planta del pie, de niña, mientras corría descalza por el jardín. Se pasó un día entero intentando ignorarla, pero le dolía demasiado, y al final no le quedó otra que confesarle a su madre que necesitaba que se la sacara. Julia se la extrajo del pie con una aguja esterilizada. Era una astilla tozuda, profunda, y Sonya gimoteaba y le gritaba a Julia que parara, pero esta se negaba. «Tiene que salir —le decía Julia—. Entera.»

—Volví a casa y se lo conté a mi padre, que era el director del Comité del Orden —dice—. Él fue el que ordenó que registraran su apartamento. No conozco los detalles exactos de la historia después de eso. Pero sé que tras llevarse a Grace, le administró sol. Murió sin dolor. Llevó el cuerpo a una casa del bosque, fuera de la ciudad, para enterrarla.

Roger coge aire con agitación, de una forma horrible. Trudie sigue llorando, pero en silencio.

Eugenia se limita a observarla.

—Una valiosa amiga de la Delegación, y ahora del Triunvirato, vive allí. Me pudo confirmar lo que había ocurrido.

Puedo darles la ubicación exacta del lugar, por si quieren ver la tumba y hablar con esa mujer.

Sonya no quiere contarles que la mujer es Naomi Proctor; les resultaría ridículo.

Ha practicado todo lo que ha dicho hasta el momento, pero nunca ha llegado a esta parte. La parte en que les pide perdón. La parte en que se permite ablandarse. Ahora se le antoja todo un error. No hay nada adecuado a lo que pueda recurrir en ese instante. Nada que lo haga más fácil, o sencillo, o bueno.

—Accedí a investigar la desaparición de su hija porque sabía que yo era la responsable —dice Sonya—. No puedo... —Se le corta la respiración; en algún momento durante los últimos minutos, ha empezado a llorar sin darse cuenta—. No puedo pedirles perdón. He venido a contarles la verdad, y ya está.

Se queda en silencio. Trudie y Roger se han cogido las manos sobre la encimera, el uno buscando al otro, consolándose. Pero Eugenia se ha quedado inmóvil y ha perdido la ternura de la mirada. Observa a Sonya, y Sonya querría encogerse, pero no lo hace. Le devuelve la mirada.

—¿Te sientes mejor? —le pregunta Eugenia con una voz frágil y fría—. ¿Te sientes mejor ahora que ya has hecho la gran confesión?

Sonya piensa que sería fácil sentirse superior a esa mujer; perdida ya la juventud, con aquel vestido floral desgastado y el horror de cocina amarilla que huele a aceite rancio y a pastel de chocolate. Pero esa forma de recibir la devastación que Sonya ha ido a ofrecerle hace que sea imposible. Sonya jamás podría sentirse superior a esa mujer.

—¿Crees que te convierte en una persona noble asumir la responsabilidad de lo que ha pasado? —continúa Eugenia—. Te has asegurado de decirme, con tus palabritas y tus gestos, que no has hecho esto a cambio de tu libertad, no, sino por razones magnánimas. Te has esforzado muchísimo por aparentar que comprendes lo que nos hiciste. Qué forma más elegante de manipulación has traído a nuestra puerta, Sonya Kantor.

Levanta la barbilla.

—¿En qué te gastaste los desideratos que recibiste por entregarnos? ¿En un vestido nuevo, en una noche loca? ¿O los ahorraste para el futuro perfecto que la Delegación te había preparado?

De hecho, Sonya sí que se había gastado los desideratos que había ganado por entregar a Grace Ward en una noche con Aaron. Su primera vez, el día que perdió la virginidad fuera del matrimonio. Una penalización sustancial de desideratos.

Sonya se estremece ante la pregunta. No responde.

—Mi hija está muerta —le espeta Eugenia—. Fuera de mi casa.

Con un sudor frío, Sonya se seca las mejillas, da media vuelta y se marcha. Esperaba toparse con un mar de personas volviendo a casa del trabajo, pero la calle está desierta, en silencio. La cruza y sigue andando, entre temblores, hacia el tren.

21

En el aire flota un aroma salado y acre. Sube la escalera hasta la parte superior del dique que rodea la mayor parte del paseo marítimo de la ciudad, de un piso de alto, para proteger la ciudad del nivel del agua, que no para de crecer. Hay tramos de cristal en algunos puntos para que los peatones puedan echar un vistazo a las profundidades del mar. Pasa por encima de uno mientras asciende. La espuma del mar se acumula en las esquinas superiores de la ventana.

El dique está vacío, probablemente debido a la lluvia, que le tamborilea en el hombro y en la coronilla, se le desliza por las orejas y se le acumula en el cuello de la camiseta. Apoya las manos en la barandilla y cierra los ojos. No oye más que el romper de las olas bajo sus pies. Se pregunta cómo debía de ser el sonido de la ciudad cuando las calles estaban llenas de coches. Cuando el agua no se agolpaba contra sus límites, luchando por abrirse paso.

No se mira por encima del hombro para comprobar si Easton Turner ha ordenado a alguien que la siga para asegurarse de que cumple con su promesa. Nunca llegó a planteárselo; lo único que quería era salir de la Abertura el tiempo suficiente como para hablar con los Ward y honrar la última petición de Knox. Para encontrar las pruebas que Rose necesita.

Knox ya se lo dijo al principio: «No acabas de entender cuánto puedes llegar a saber sobre una persona solo con conocer los lugares a los que ha ido y cuándo». Ahora sí lo sabe. La vida de su padre se desplegó ante sus ojos cuando Rose buscó su nombre y la pantalla se detuvo en el último lugar en que su Clarividencia emitió una señal: una tumba en algún sitio a las afueras de la ciudad, donde enterraron a muchas de las personas asesinadas durante el alzamiento. Podría haber conservado datos de su

familia, los que aparecían en la base de datos de las DIU; podría haber conocido los secretos de su madre, así como los de su padre y los de Susanna. Abrir en canal a su familia para ver qué había dentro. Llevaba tanto tiempo con los ojos cerrados que había algo tentador en el hecho de abrirlos, ahora, solo para descubrir lo ilusa que había sido.

Al final, decidió que todo aquello se desvaneciera.

La lluvia da paso a una delicada llovizna, y ella se sienta en un banco a ver cómo se mueve el agua. Está empezando a oscurecer. Se abre el abrigo lo suficiente como para acceder al bolsillo interior, donde ha guardado el permiso de viaje, pero no es eso lo que busca, sino el sobre desgastado que hay detrás. Hasta esa mañana, lo tenía guardado en la caja que hay junto a su cama. Lo abre y se deja caer una pastilla amarilla en la palma de la mano.

Diez años atrás, tomó la decisión de no quitarse la vida en un único instante, cuando inclinó la cabeza hacia atrás como sus padres y hermana sin llegar a abrir la boca. Pero mientras los observaba entregarse a unas risitas eufóricas, se lo volvió a plantear. Y cuando se desplomaron sobre la mesa, vacíos ya de toda vida, se lo planteó otra vez. Valoró la píldora que tenía en la mano durante mucho tiempo, antes de que el alzamiento echara abajo la puerta de la cabaña. Finalmente se la guardó por si llegaba a necesitarla más adelante.

Ahora vuelve a planteárselo. Ni siquiera siente miedo, ni desesperación. Se siente como quien ha destruido todo lo que tenía detrás y, por tanto, no tiene nada a lo que volver. En unos días o semanas, Rose Parker publicará el artículo que pondrá patas arriba la vida de Easton Turner y se llevará a la familia de Sonya por delante. No importa que fuera una niña cuando su padre asesinó a aquellas personas. No importa que su madre o su hermana lo supieran o no. Y no importa si adopta un nombre nuevo o no. Todos los habitantes de la ciudad conocen su rostro. Siempre será la hija de August Kantor.

Pero, siendo honesta consigo misma, no es por eso por lo que se plantea tomarse el sol en ese momento. Ese honor le corresponde a Eugenia Ward. «¿Te sientes mejor ahora que ya has

hecho la gran confesión?»

«No —respondería si pudiera volver atrás—. No, me sigue repugnando, estoy preparada para desaparecer.»

—Hola.

Las manos callosas de Alexander se cierran en torno al respaldo del banco, a su lado. La mira, observa sus cabellos mojados, el abrigo de lana empapada, la píldora amarilla en su mano. Luego dirige la vista hacia el agua. La única señal de emoción de Alexander la delatan sus manos, que le tiemblan cuando las levanta del banco. Lo rodea y se sienta a su lado.

—Rose Parker me ha pedido las imágenes de tu Clarividencia —le dice—. Estaba preocupado por ti. Me acuerdo de que me dijiste que querías venir al paseo marítimo. He tenido que devanarme los sesos para recordar dónde vendían los bollitos de miel.

—Es el sonido —responde ella—. Me gusta mucho el sonido que hay aquí.

—Ya. —Alexander vuelve a mirar la píldora, mordiéndose el interior de la mejilla—. ¿La has guardado hasta ahora?

Se la guardó dentro del puño, oculta a los agentes del orden, hasta que regresaron a la ciudad. Luego se agachó a atarse los zapatos y se la metió en el sujetador con la esperanza de que no la encontraran. Sin embargo, no les podría haber preocupado menos lo que llevara a la Abertura, lo que llevara encima. Así fue como Mary Pritchard conservó el collar de perlas, o Nikhil la fotografía de Nora, Aaron y Alexander que vivía en su cartera.

Lo único que Sonya introdujo fue el sol.

—No sabía qué me haría el alzamiento cuando me arrestaron. Me pareció una buena idea tener una vía de escape. Y luego simplemente me siguió pareciendo una buena idea contar con esa opción.

—Es terrible que una chica de diecisiete años tenga que plantearse algo así.

Ella asiente.

—Bueno, ¿y de qué va esto? —le pregunta él, señalándole la mano con la cabeza—. ¿Vergüenza?

—He hablado con los Ward —responde, y observa al otro lado del agua las tenues colinas del horizonte, grises y borrosas desde la distancia y con la capa de nubes—. La madre de Grace me ha preguntado en qué me había gastado los desideratos después de conseguir que mataran a su hija. ¿Y sabes en qué fue? —Se ríe, y, de algún modo, la risa se convierte en un sollozo—. En pasar la noche con Aaron. Él había estado intentando convencerme de que valía la pena, pero yo no estaba dispuesta a hacerlo a menos que tuviera un ingreso de puntos inesperado. —Se pasa la mano libre por el pelo, entrelazando los dedos en los finos mechones—. Joder, es que es repugnante. No puedo... —Se ahoga—. No puedo más. No puedo soportar lo que les hice. No soporto saber el por qué. —Cierra ambas manos y se las hunde en las piernas—. Siempre sabré lo que hice y qué consecuencias tuvieron mis actos. No lo superaré jamás.

Alexander le posa una mano en el puño con delicadeza para intentar que lo relaje. Luego se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas de sus piernas abiertas, y clava la mirada en el suelo que tiene entre los pies.

—Has tratado de ganarte la absolución por tus actos —concluye, y se pasa una mano por la nuca—. Igual que yo, vaya.

Alexander Price siempre está moviéndose, toqueteando algo en el bolsillo, jugando con la comida durante la cena, lanzando una moneda al aire mientras espera el monorraíl, mordiéndose las uñas en mitad de una conversación. En todos los recuerdos que tiene de él, se está moviendo. Se vuelve hacia ella ahora, alza los ojos hasta la altura de los suyos y, por fin, se queda inmóvil.

—No traicioné a mi familia. Sé que crees que sí, pero no hizo falta; mi padre se entregó de inmediato. Y apenas hice nada por el movimiento de la resistencia, ¿sabes? Me uní unos meses antes, pero apenas progresé, y durante el alzamiento me dio demasiado miedo que no fuera suficiente, me aterraba que me arrestaran, o que me mataran. Debería haberlos detestado después de que mi madre y Aaron murieran durante los disturbios, pero es que les tenía muchísimo miedo. Por eso cuando me preguntaron dónde podrían encontrar a tu padre... —La garganta le emite un

chasquido cuando traga saliva—. Se lo dije. No pensé en lo que podría pasaros a ti o a tu hermana, solo...

Sonya lo mira fijamente. Él sacude la cabeza.

—Diez años más tarde, descubrí a través de un amigo que el Triunvirato estaba evaluando tu caso; estabas justo en el límite para que te liberaran. Pensaban que corrían demasiado riesgo liberándote, que eras demasiado conocida, un símbolo importante de la Delegación. Por eso irrumpí en la vista y sugerí que, en vez de eso, te asignaran alguna tarea. Alguna forma de ganarte la libertad. Les dije que yo tenía unos asuntos pendientes que podían encajar con tu perfil, y accedieron. Pensaba que... si conseguía sacarte de allí, si conseguía que te liberaran, compensaría lo que te hice.

Niega con la cabeza.

—Y en absoluto. Ya lo sé. Sé que no hay nada que...

Sonya le pone una mano en el brazo y atrae los ojos de él de nuevo hacia los suyos.

—Sasha —dice—. Lo sé desde que cayó la Delegación.

Bajo esa luz, los ojos de Alexander parecen muy oscuros, de un marrón frío que el día nublado convierte en negro.

—Había muy pocas personas que supieran dónde estaba la cabaña —continúa—. Y la mayoría murieron antes de que el alzamiento nos encontrara. ¿Por qué crees que te odiaba tanto cuando te presentaste en mi apartamento? —Ladea un poco la cabeza—. Bueno, supongo que podía escoger entre varias razones.

—Ya lo sabías.

Ella asiente.

—Intenté seguir odiándote. Pero eras joven y tenías miedo, y sé lo que significa ser joven y tener miedo. —Se encoge de hombros en un gesto sutil—. No te lo merecías. En algún momento, no recuerdo cuándo, me lo... tragué.

Vuelve a mirar hacia el mar. Las olas rompen contra el dique con un ritmo imperfecto.

—Supongo que no puedo hacer que los Ward se traguen lo que sienten por mí.

—No —responde él con delicadeza—. No puedes. Ni siquiera

muriendo por ello.

Sonya asiente, antes de levantarse y apoyarse en la barandilla.

Decidir que quiere vivir es tan fácil como inclinar la mano para que la pastilla caiga al agua y se hunda hasta el fondo.

Está sentada en la oficina de una trabajadora social cuando toma una decisión. El despacho está en las profundidades de la parte trasera del edificio administrativo que Susanna describió una vez como el lugar más deprimente sobre la faz de la tierra. La moqueta bajo sus pies está salpicada de gris y azul, desgastada en los puntos que más suelen pisotear los pies. Un escritorio de metal destartalado la separa de Agatha Sherman, una burócrata eterna, que tiene una mancha de tinta en la comisura de la boca de haber estado mordiendo un bolígrafo. No hay ventanas.

Está examinando el papel que certifica la liberación de la Abertura de Sonya, que, en este caso, no ha emitido Easton Turner, sino los otros dos miembros del Triunvirato, Petra Novak y Amy Archer.

El escritorio de Agatha está atestado de figurillas con formas de ranas y sapos. Algunas son de cristal transparente, y otras están pintadas. Una lleva una corona de cerámica; otra tiene unos ojos que se mueven adelante y atrás a cada segundo, como un reloj; otra es del tamaño del puño de Sonya. No puede evitar mirarlas fijamente.

—Muy bien, señorita Kantor —comienza Agatha Sherman. Se frota la comisura de la boca, pero solo consigue que la mancha de tinta le llegue a la mejilla—. Según los términos establecidos en la Ley de los Niños de la Delegación, se desactivará su Clarividencia... —Hace una pausa y levanta la vista hacia Sonya—. Supongo que eso ya no le hará falta, pero tiene derecho a un hogar de transición y a una nueva identidad, si así lo desea. La mayoría de las personas que liberamos de la Abertura aceptan la oportunidad de empezar de cero...

—No —la interrumpe Sonya—. No, gracias.

Agatha frunce el ceño. Deja el papel y cruza las manos sobre

el escritorio. Vuelca con el codo una de las ranas, tropical, con la parte inferior pintada de azul y negro.

—¿Le puedo hacer una recomendación personal? Es usted demasiado conocida como para que su nombre actual no le genere problemas. La animo a que lo reconsidere. No hay razón para que se perjudique en ese sentido.

—Gracias —insiste Sonya—, pero no creo que tarde demasiado en marcharme de la ciudad y... —Se encoge de hombros —. Para bien o para mal, me llamo así.

Agatha parece algo molesta. Quizá no esté acostumbrada a que la gente no acepte sus recomendaciones personales.

—Muy bien. Entiendo que tampoco necesitará una vivienda temporal, ¿verdad?

—No —responde Sonya.

Agatha aprieta los labios y, acto seguido, sella el papel con un timbre enorme del Triunvirato. Se lo entrega a Sonya, quien lo acepta, lo dobla por la mitad y se pone en pie. Alarga el brazo por encima del escritorio de Agatha y devuelve la rana tropical a su posición original, y luego sale del despacho.

Se pasa las semanas siguientes sin apenas despegarse de Alexander Price. Por las mañanas, se dirige a la cocina con uno de sus enormes jerséis, descalza, para calentar el agua del café. Por las tardes, lee los libros que tiene amontonados por todo el pequeño apartamento. Por las noches, se despierta de un sobresalto y le pone una mano en el pecho para asegurarse de que aún respira. No ha conocido a sus amigos, ni establece contacto visual con los vecinos. Está esperando algo, y los dos lo saben.

El día que el número especial de la *Crónica* de Rose Parker aparece en la puerta, con una nota de Rose adjunta, Sonya se sienta a la mesa de la cocina y lee el periódico de principio a fin. La primera página reza: EASTON TURNER, CÓMPLICE DE ASESINATOS DE LA DELEGACIÓN, por Rose Parker. Luego, LOS DATOS DE UBICACIÓN DE TURNER REVELAN VÍNCULOS CON UN GRUPO EXTREMISTA. Y para acabar, AUGUST KANTOR, EL

ASESINO DE LA DELEGACIÓN.

Esa noche, lo arruga en el fondo de una papelera y sale al balcón con Alexander para quemarlo. Observa cómo se retuerce en las llamas hasta convertirse en ceniza. Después se pone de puntillas para darle un beso, y es algo parecido a una despedida.

Cuando Alexander la deja en el aeropuerto para que coja un vuelo excepcional fuera del sector, él le entrega el plato que le hizo a su padre, reparado con pegamento, la llave de su vieja casa y la púa de guitarra de Susanna.

Epílogo

Sonya se pasa un pañuelo por la frente y se lo guarda en el bolsillo antes de montarse en la motocicleta. Arranca el motor solar y acelera por el camino de tierra en dirección a la autopista. El sol se está poniendo por detrás de las montañas, recortadas en la distancia, pero allí no hay más que llanuras, y la vista le alcanza a ver a kilómetros a la redonda.

La carretera, por lo general, es lisa y no está agrietada. Ellie siempre dice que donde no hay humedad, tampoco hay necesidad de mantener las carreteras. El polvo le danza alrededor de los tobillos desnudos. Se le habrán manchado los calcetines para cuando vuelva a la residencia donde vive con el resto de los trabajadores del Edén del Desierto. El polvo se acumula allí también en todas las grietas; lo limpian por la mañana y reaparece por la noche. Saca el pañuelo para cubrirse la boca al llegar a la autopista.

La carretera está bordeada por árboles de Josué, como personas haciendo cola. El día que llegó, no podía dejar de mirarlos. Estaba acostumbrada a las pesadas ramas de los árboles de hoja perenne que se hundían bajo el peso de la lluvia. Estaba acostumbrada al musgo que crecía en los troncos. No sabía cómo reaccionar ante los troncos firmes y desnudos de aquellos árboles, las hojas espinosas y las protuberantes flores blancas. La primera vez que tocó una, se hizo sangre. Fue amor a primera vista.

«Descubre quién eres cuando nadie te está mirando», le aconsejó Naomi Proctor, y eso ha hecho Sonya. Le gustan las cosas que cuesta amar: el ambiente húmedo de la cúpula del Edén del Desierto que hace que todo el mundo tenga el pelo lacio; el polvo que se le acumula en los surcos de la cara; el aroma químico del protector solar con el que debe cubrirse todos los días para no

achicharrarse al sol; las manchas que le aparecen de todas formas en brazos y piernas, por mucho que se esfuerce por mantener el sol a raya.

Le gusta que le duela el cuerpo al acabar el día, que se le llenen las uñas de tierra, dormirse encima del libro sobre plantas que su supervisora, Ellie, le dio cuando llegó. El sector asignó a Sonya a aquel lugar cuando les dijo que sabía arreglar aparatos viejos y cultivar cosas, sus únicas habilidades útiles. La han recibido sin aspavientos; ni les ha sorprendido ni se han mostrado especialmente críticos con ella. A Ellie le gusta que aprenda tan rápido y que no se deje mangonear. A los demás les gusta que sepa liar cigarrillos y jugar a las cartas.

El sol se ha escondido ya detrás de una de las montañas y el cielo se ha teñido de un tono anaranjado tan brillante que Sonya no puede evitar detenerse. Apaga el motor solar y se queda inmóvil con la motocicleta entre las piernas, en mitad de la carretera que ya nadie llama I-40, aunque los carteles sigan en pie por aquí y por allá, torcidos y cubiertos de polvo. Sonya mete la mano en la bandolera y saca una cámara vieja que le pidió prestada a otra de las jardineras, Lily, quien también le enseñó a revelar el carrete a la antigua usanza. La gente allí es así; quieren viajar atrás en el tiempo, igual que la Armada Analógica. Por lo general, a Sonya le da igual.

Ajusta los parámetros y vacila con el dedo sobre la rueda que modifica la abertura. Le prometió a Sasha que le enviaría fotos con la próxima carta, y él accedió a hacerle llegar algunas a Nikhil. Se supone que pronto relajarán las restricciones para viajar a medida que el Triunvirato se estabilice, o eso le ha dicho. Ella nunca ha llegado a prometerle que volverá, pero un día, quizá, sí lo haga.

Con todo, no se acerca la cámara al ojo. En vez de eso, se limita a sostenerla con ambas manos y a mirar alrededor.

Allí es una mota de polvo, desapercibida, ignorada. Por todas partes, en todas direcciones, no hay más que vacío.

Por todas partes, en todas direcciones, no hay más que libertad.

Agradecimientos

Escribí este libro durante uno de los momentos más difíciles de la pandemia: habían pasado seis meses, no había vacuna a la vista y la fatiga por la cuarentena estaba en su máximo apogeo. Había mucha gente que, sin saberlo, nos mantenía a flote. Gracias sobre todo a todas esas personas.

Gracias también a John Joseph Adams y Joanna Volpe por ayudarme a dar forma a este libro y a pulirlo. Un reconocimiento especial a Jordan Hill por sus espectaculares notas cuando más las necesitaba. Gracias a Jaime Levine por sus esfuerzos e ideas.

Gracias a todas las personas de William Morrow: al equipo editorial; a los departamentos de diseño y arte por sus esfuerzos con esta preciosa cubierta, y especialmente a Mark Robinson; a los departamentos de publicidad, marketing y ventas, sobre todo a Emily Fisher, Tavia Kowalchuk y Deanna Bailey; y gracias a los héroes anónimos del departamento de producción, sobre todo a Ana Deboo, mi diligente correctora.

A Kristin Dwyer, por tu entusiasmo y creatividad. A Elisabeth Sanders, por ayudarme a no descarrilar.

A todas las personas de New Leaf, sobre todo a Meredith Barnes, Jenniea Carter, Katherine Curtis, Veronica Grijalva, Victoria Hendersen, Hilary Pecheone y Pouya Shahbazian, por vuestros esfuerzos y coherencia incluso en los momentos más duros.

A mis amigas escritoras Sarah Enni, Maurene Goo, Amy Lukavics, Michelle Krys, Kaitlin Ward, Kate Hart, Zan Romanoff, Jennifer Smith, Morgan Matson, Margaret Stohl, S. G. Demciri y Laurie Devore, por ayudarme a no perder el rumbo, apoyarme y hacer lluvias de ideas conmigo para este libro en numerosas ocasiones. A Kara Thomas, por aplicar su misteriosa hechicería al

primer borrador. A Courtney Summers, por animarme desde el principio a que fuera valiente e hiciera todo lo que el libro necesitara.

A Nelson, marido, amigo, primer lector, chófer, fotógrafo, confidente, compañero de cuarentena, por todo, por absolutamente todo.

A los Roth y los Ross, por vuestro apoyo constante, pero también por aguantarme cuando tenía dieciséis años y necesitaba paciencia y comprensión.

A los Fitch, por lo mismo salvo por la parte de los dieciséis años.

A todas las amistades que han quedado conmigo en Zoom y en varias plataformas de chat para ver la tele, y para pasear en pleno invierno y vernos en porches helados durante el último par de años.

A la canción *Wish You Were Here* de Pink Floyd, que me ayudó a conectar con el dolor de Sonya cuando lo perdía de vista.

Poster Girl
Veronica Roth

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Poster Girl*

Diseño de la portada, Jaya Miceli
© de la ilustración de la portada, © Sergej57 / Getty Images y © Tomo_kitano / Shutterstock

© 2022 by Veronica Roth
Published by arrangement with New Leaf Literary & Media, through International Editors & Yáñez' Co.
© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2023

© de la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2023

ISBN: 978-84-08-27612-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!